

Flann O'Brien

El consumo de patata en Irlanda

Traducción de Antonio Rivero
Taravillo y Iury Lech



Nórdicalibros

Traslattitudes

Flann O'Brien

El consumo de patata en Irlanda

Traducciones de
Antonio Rivero Taravillo Iury Lech



LA BOCA POBRE

DE CERDOS Y HOMBRES

En plena Segunda Guerra Mundial, época que Irlanda vivió de manera bien diferente al resto de Europa, dados su neutralidad y su ombliguismo por entonces (en doble sentido, ya que acababa de nacer como país independiente tras siglos de dominio británico y aún trataba de cortar definitivamente el cordón umbilical con Inglaterra); en tiempos, digo, que en la isla se denominaron no «The War», sino «The Emergency», como gusta de recalcar cómicamente Ronnie Drew, cantante de The Dubliners, un joven escritor de Strabane, condado de Tyrone, publicó una novela en irlandés, *An béal bocht*. Era 1941, y ese hombre de treinta años se llamaba Brian O’Nolan. El libro lo firmó no obstante como Myles na gCopaleen, en guiño a un personaje de una obra de teatro de Dion Lardner Boucicault estrenada en Nueva York en 1860, en la que alguien con ese nombre encarnaba a ojos de la era victoriana la imagen estereotipada del palurdo irlandés, tan grata al regocijo de propios y extraños. Como por su condición de funcionario no podía utilizar su propio nombre en las colaboraciones en prensa, este seudónimo lo emplearía también en una columna memorable de *The Irish Times*, comenzada en 1940 con el título *Cruiskeen Lawn* y antologada tras su muerte en varios volúmenes desopilantes y de relativamente exitosa andadura comercial. Ese escritor, sin embargo, alcanzaría cierta fama en todo el mundo bajo otra de sus adscripciones, Flann O’Brien, con la que firmó algunas novelas memorables en inglés, como *En Nadar-dos-pájaros*, o, más recientemente, *El tercer policía* y *Crónica de Dalkey* (estas tres, también publicadas en la editorial Nórdica, a la que hay que felicitar por ello).

O’Brien (convengamos en llamarlo por el nombre que le ha dado más

celebridad, aunque sea seudónimo con el que, ya lo hemos dicho, en realidad no firmó el libro que hoy presentamos) quiso hacer una sátira de todo un género que había arraigado recientemente en Irlanda, el de los libros memorialísticos sobre la áspera vida en las zonas de habla gaélica del oeste, con la autobiografía de Tomás Ó Criomthain a la cabeza: la pionera *An tOileánach* (*El isleño*, 1929). Robin Flower, un estudioso de Oxford que llegó a trabajar en el Departamento de Manuscritos del Museo Británico, la puso poco después en inglés. Tomás era natural de la Gran Blasket, una inhóspita isla frente a la península de Dingle, en el condado de Kerry, que fue definitivamente abandonada en 1953 dadas las pésimas condiciones de vida que soportaban sus habitantes. Debemos a W. B. Yeats una remembranza de cómo surgió aquella moda: «Hace algunos años, el Gobierno irlandés, a causa de la falta de textos en irlandés moderno que tenían los estudiantes, pidió al señor Robin Flower que persuadiera a uno de sus habitantes de más edad (de la Gran Blasket) para que escribiera su vida. Después de mucho esfuerzo consiguió que los hechos principales de esta quedaran reflejados en la página de un cuaderno, y pensó que con eso había terminado su tarea. Entonces el señor Flower le leyó algunos capítulos de las memorias de Gorki». Y Ó Criomthain, que vio que el libro del ruso estaba escrito sin afectación, como una pieza de narrativa oral, a la que él estaba tan acostumbrado, desgranó los episodios de su vida en un libro que Yeats recuerda que fue muy comentado. Fue el mismo poeta quien presidió aquella comisión del Senado para la publicación de libros en irlandés. Ahora bien, se equivoca en algún dato en este ejercicio propio de memorialismo: no fue Flower quien instó al isleño a narrar su vida, sino otro señor llamado Brian Kelly, que a su vez confió la edición del libro (su corrección de estilo, ordenación de materiales, etc). a un tercero apodado An Seabhac. Hubo además otro libro que Kelly leyó a Ó Criomthain en improvisada traducción gaélica: el célebre *Pescador de Islandia* de Pierre Loti. Así pues, las memorias de Gorki (*Reminiscences of My Youth* apareció en 1924) y el libro de Loti (con traducciones inglesas de 1888 y 1924) convencieron al aldeano irlandés (que aprendió a escribir su lengua cuando frisaba los sesenta años) de que merecía la pena contar su propia vida. Fresco y auténtico, a su aparición el libro fue saludado como un «milagro» desde las páginas del *Times Literary*

Supplement.

El isleño tuvo un gran impacto no solo en el resto de Irlanda, sino también en la propia roca pelada de la que surgió, pues como escribió en julio de 1932 Eibhlís Ní Shuilleabáin, nuera de Ó Criomthain, «la isla está ahora llena de visitantes y todos los días tenemos bailes en la playa». Por esas fechas, añade, está allí Flower con el gran celtista Kenneth Jackson, que se encontraba aprendiendo irlandés. Por ella sabemos también que los nativos pusieron a estos y otros visitantes el mote de *Lá breághs* (por la expresión *lá breágh*, «bonito día», muestra del magro gaélico que conocerían los entusiastas de la lengua o *gaeilgoiri*). También tenemos por ella testimonio de que en mayo de 1937 visitó la isla el equipo de rodaje de la película igualmente titulada *An tOileánach*, estrenada en 1938 y dirigida por Patrick Heale, en la que se cuenta la fascinación por la isla de un estudiante de medicina de Dublín, a partir de la lectura del famoso libro que pronto llenó de turistas de lo gaélico la Gran Blasket.

A este libro germinal siguieron otros como *Fiche bliain ag fás* (*Veinte años creciendo*, 1933), de Muiris Ó Suilleabáin, que en su traducción inglesa (con prólogo de E. M. Forster, autor de *Regreso a Howards End*) llegó a ser reseñado elogiosamente por Yeats aquel mismo año en las páginas del *Spectator* (el poeta además encareció su lectura a Dorothy Shakespeare en una carta); o *Peig* (1936), de Peig Sayers, una narradora tradicional analfabeta que tres años después, dictando sus experiencias, publicaría otro libro, *Meachtnamh seana-mhná*, *Reflexiones de una anciana*, traducido en 1962 al inglés. Pero no fueron los libros sobre las Blasket los únicos que inspiraron a O'Brien: así, la obra de Séamus Ó Grianna, autor de Donegal que utilizó el seudónimo «Máire», está igualmente presente en el germen de esta novela. De su novela *Mo dhá Róisín* (*Mis dos Rositas*, 1921) toma algún motivo, como hace con *Séadna* (1904), del padre Peadar Ó Laoghaire, autor de la traducción del *Quijote* al irlandés y al que se cita en el capítulo cuarto. No extraña por ello, dada la diversidad de fuentes, que al colegio de *La boca pobre* concurren niños de todas las zonas de habla gaélica del país, ni que desde la casa del protagonista se puedan ver regiones muy alejadas en la geografía de la atribulada Irlanda. También amolda a su novela un relato cuyo protagonista es Máel Dúin, el navegante medieval cuya leyenda

retomó asimismo Tennyson. En la máquina del tiempo que es el capítulo ocho de *La boca pobre*, O'Brien hace hablar al otrora héroe con un lenguaje arcaico, estilo paródico que por cierto es recurso que aparece de un modo u otro en capítulos del *Ulises* de Joyce, especialmente en el de «Los bueyes del sol», donde se juega con la prosa inglesa de otros períodos.

Lector voraz, ávido de textos en gaélico él mismo, hablante nativo de la lengua y estudioso de su literatura en el UCD (University College Dublin), O'Brien tomó algo de cada uno de estos libros en la novela que hoy presentamos. Del libro pionero de Ó Criomthain adopta esa frase que declara un fin de raza (*Ní bheidh ár leithéidí arís ann*, «Nunca habrá nadie como nosotros»), pero la aplica nada menos que a un cerdo, cuando dice: «No creo que nunca haya ninguno como él»: *ní dóigh liom go mbeadh a leithéid arís ann*. Es solo esta una de las irreverencias que inundan la novela; siempre pensó su autor, como Jonathan Swift, que la ironía es una poderosa arma contra el fanatismo.

En el periódico, O'Brien criticó el mismo año de 1941 la traducción de Flower, tan literal a veces, y en sus columnas tuvo como tema constante el cliché, las fórmulas huecas. En *La boca pobre* este es también uno de los motivos recurrentes, y en la novela se hace un repaso de diferentes tópicos adheridos a la imagen del campesinado irlandés, depositario de las tradiciones patrias sobre las que se vuelve un Estado (aún Estado Libre, pronto República) que comienza su andadura. No podía ignorar O'Brien, y menos él, que había visitado el país en varias ocasiones, que el nacionalsocialismo en Alemania también reivindicó por estos años, y ya se sabe cuán peligrosamente, la pureza de una raza y de su hábitat incontaminado bajo el lema «sangre y suelo». Hay una tremenda distancia entre ambos casos, pero Himmler y Rosenberg pusieron sus ojos en las nebulosas estepas rusas y los Urales; los *gaelgoirí* o amantes del gaélico, entre los que no faltaron una generación antes muchos profesores germanos como Rudolf Thurneysen o Kuno Meyer, hicieron lo mismo con el litoral atlántico y brumoso de la verde Erín.

En 1938, Niall Sheridan, buen amigo de O'Brien, escribió que el movimiento por la revitalización del idioma se caracterizaba por un fanatismo carente de humor, algo que, en rigor, era completamente ajeno al

alma irlandesa. No le faltaba razón. Por su parte, nuestro novelista se mofó de la «relación mística» que parecía haber entre «el baile de la giga, la lengua irlandesa, el ser abstemio, la moral y la salvación». Y es que la pureza lingüística se pretendía también pureza de las buenas costumbres y religiosa.

En algún otro lugar ya he escrito que, salvando las distancias, *La boca pobre* es a esos relatos de la *Gaeltacht* o Irlanda quintaesenciada, hipergaélica, lo que el *Quijote* a las novelas de caballerías. Quería O'Brien, empleando el mismo idioma que sus fuentes, denunciar lo huero no ya de las vidas de sus narradores, sino de la idealización iluminada de esa forma de vida «pura» y primigenia. Y a fe que lo consiguió, logrando una novela que supera con creces en intención literaria, en humor, en complejidad, a sus modelos, que serán excelentes documentos antropológicos, pero no literatura de creación.

Libro este sobre la identidad, real o impostada, el título de *La boca pobre* alude a una expresión gaélica que hace referencia a cargar las tintas sobre la pobreza y las penurias que se padecen, con objeto de obtener compasión y lástima, y los beneficios que estas reportan. Aquí todos buscan ser lo que no son. Los genuinos hablantes de gaélico aparecen aquí revestidos de nombres rimbombantes (Bonaparte, Maximiliano, etc.), testimonio del deseo de disimular el origen campesino y atrasado, a la par que los caballeros de la Liga Gaélica, con Douglas Hyde a la cabeza, adoptan nombres ridículos (*An Craoibhín Aoibhinn* o *An Tuiseal Tabharthach*, «la Ramita Deliciosa» o «el Caso Dativo») que actúan, en un no declarado ataque de culpabilidad, como disfraces de los verdaderos, de ascendencia inglesa. Y ya se sabe cómo entienden la fe los conversos... Como ha escrito Declan Kiberd, el autor era completamente consciente de que muchas personas insulsas y pusilánimes se adhirieron al movimiento por la revitalización del gaélico como medio para ocultar su grisura y la incapacidad de forjarse una auténtica personalidad propia, lo que llegó al extremo de la adopción del *kilt* o falda escocesa, algo ajeno a la tradición de Irlanda.

O'Brien amaba su lengua y su literatura (si no, cómo habría integrado de modo tan magistral a Fionn Mac Cumhaill o al loco Suibhne en su magistral *En Nadar-dos-pájaros*, también a su modo un fenomenal pastiche como este

que hoy nos ocupa); lo que detestaba, como desde posiciones bien distintas Patrick Kavanagh, era la visión recalcitrantemente estereotipada de lo irlandés, que llegó a suplantar a la realidad. Por eso tres años después de publicar *La boca pobre* escribió en su columna lo siguiente: «Me alegra ver por fin que uno de los periódicos de provincias hace algo por la revitalización del irlandés. Un periódico de Galway está publicando una serie de diálogos bilingües titulados “Irlandés todos los días”. No se trata de la basura habitual acerca de llevar cerdos al mercado o sacar papas. Son conversaciones realistas, que se asientan en la vida diaria del pueblo irlandés».

En un par de ocasiones, O'Brien se refirió al poco tiempo que dedicó a la redacción de *La boca pobre* (entre una semana y un mes, según las versiones). Pero lo cierto es que, a instancias de la editorial, hubo de revisar la obra y quitar cierto número de referencias sexuales y dejarla «más aséptica». Como escribió el gran narrador Máirtín Ó Cadhain refiriéndose a la editora nacional para textos gaélicos, «bajo esta organización literaria soviética, operaban dos censuras distintas: la censura normal del Estado y una censura especial de An Gúm que suponía que todo lo que había de escribirse en irlandés era o bien para niños o monjas». Finalmente, la obra la publicó otra casa editorial, pero ya sin ese contenido indecoroso que tampoco hay que pensar que fuera especialmente escandaloso, dada la mojigatería de la época. El anuncio en prensa afirmaba que se trataba «del primer libro, y el mejor sobre la Gaeltacht de Corca Dorcha». Ni que decir tiene que el nombre de la región es espurio y se basa en el real de Corca Dhuibhne, con un matiz más sombrío (*dorcha* significa «oscuro»). En carta en que acusó recibo de la novela, Sean O'Casey habló no solo del parentesco del libro con Swift, sino también con Mark Twain, apreciando su vis cómica. La comparación con el autor de *Las aventuras de Tom Sawyer* no es irrelevante, pues este fue también un excelente escritor en periódicos.

El libro se agotó en tan solo unas pocas semanas, y volvió a editarse en 1942, algo de lo que no se conocía precedente en la historia de la edición en irlandés (aunque luego transcurrieron veinte años sin ser reeditado). O'Brien admiró *An tOileánach* y detestó *The Islandamn* de Flower. «A miserably botched translation», una traducción lamentablemente chapucera,

la calificó. Pero no fue tanto esto resultado de la impericia como fruto de una deliberada labor de pulido y esa plaga que se ha cernido sobre tantos traductores en todo lugar y lengua: el propósito de «embellecimiento». Resulta que cuando se compara el original de *El isleño* con la versión de Flower uno se da cuenta de la inquina que este demuestra tener a los cerdos, de los que (quizá teniendo en mente a la *intellegentsia* judía de Gran Bretaña) prescinde draconianamente. Así, por ejemplo, donde en irlandés se habla de dos cochinitos que habitaban bajo la cama de una cabaña, la mención a los guarros se omite, por poco elegante. Choca este velo de silencio sobre la cohabitación con nuestros hermanos los cerdos, que sucede en varias ocasiones en el libro. No sorprende por ello que O'Brien, por contra, llene de puercos su novela, algo no comprensible al lector de O'Críomthain en la traducción inglesa del pulcro Flower. Ahora bien, ni siquiera la edición en irlandés que realizó An Seabhac era totalmente fiel. Un segundo editor del original le devolvió al texto algunos pasajes también expurgados, como alguna canción llena de significado amoroso (esta enmienda no la pudo conocer O'Brien, que murió en 1966, catorce años antes de que viera la luz esta edición a la que me refiero).

En 1965, a punto de morir, escribió O'Brien: «Apenas había terminado de leer este libro cuando me vi inmerso en la producción de un volumen que lo acompañara como parodia y mofa. Ahí está la prueba de la gran literatura: que una obra considerable provoque otra; así se considera que la *Eneida* provocó la *Comedia*». Breandán Ó Conaire se ha tomado la molestia de comparar las dos obras, y el resultado es sorprendente: la gran deuda del lenguaje y del estilo. Pero también ha analizado la huella de *Caisleáin Óir* de Máire, donde aparece el motivo del primer día de colegio del protagonista.

Posmoderna en su intertextualidad, y enormemente divertida, *La boca pobre* es una novela deliciosa. Su comprensión y disfrute aumentan desde el conocimiento de obras anteriores como *Peig*, *El isleño* y toda la narrativa de las desoladas islas Blasket, pero la familiaridad con ellas no es indispensable para el goce, pues como obra artística es autónoma, del mismo modo que leemos con fruición las aventuras de Alonso Quijano sin tener que habernos embarcado antes en las de Amadís de Gaula o Esplandián. Otra comparación no del todo impropia con nuestras letras: *La boca pobre* es un genuino

esperpento irlandés, correlato del que el gallego Valle-Inclán (Gleann Inclán, naturalizándolo gaélico) escribió entre nosotros. La sátira fue siempre un elemento muy presente en la tradición gaélica, desde la poesía medieval al espléndido y dieciochesco *Tribunal de la medianoche*. Flann O'Brien lo sabía y contribuyó al género con esta estupenda novela.

He traducido *La boca pobre* directamente del irlandés o gaélico, cotejando mi propia versión con la inglesa de Patrick C. Power. Más que de justicia, es obligado que aquí exprese mi agradecimiento a Teresa Merino, que me ayudó a poner en buen español esta novela; sin ella, sin sus sugerencias, *La boca pobre* sonaría hoy en un lenguaje asilvestrado, lleno de hibernicismos. Como los que inundan la sintaxis gaélica con palabras inglesas que puso en práctica Douglas Hyde en sus *Love Songs of Connaught* y Lady Gregory en su *Cuchulain de Muirtheimne*, así como Synge en sus obras teatrales. No he podido mantener la mayoría de juegos de palabras y retruécanos, y desde luego me ha sido imposible mantener las diferencias dialectales (el irlandés planteaba diferencias en las provincias de Munster, Connacht y Ulster, que se manifiestan en el texto, muy especialmente en su capítulo cinco).

Desde que Ó Conaire publicara su ensayo *Myles na Gaeilge*, los pasajes podados de *La boca pobre* han salido a la luz (o más bien penumbra) del estudioso especializado. Podría haber añadido a esta traducción esos párrafos, pero he preferido no hacerlo. Al fin y al cabo, más ácidamente cómico es saber, o imaginar, que había pecadillos de infidelidad y partes y funciones del cuerpo que no se podían referir en la pacata Irlanda de los años cuarenta del pasado siglo, cuando era presidente del país An Craoibhín Aoibhinn, seudónimo de Douglas Hyde, el único de los alias ridículos de los gaelicistas ausente de la lista con la que nos hace reír O'Brien.

ANTONIO RIVERO TARAVILLO
Sevilla, enero de 2008

*A mi amigo
T. M. Smyllie
dedico este libro.*

*Si se tira una piedra
no se sabe con antelación
dónde caerá.*



PRÓLOGO

Creo que este es el primer libro que se publica sobre Corca Dorcha. Me parece que es pertinente y oportuno. Es de gran conveniencia tanto para la lengua como para aquellos que la aprenden el que haya una crónica de las gentes que habitan esa remota zona de habla gaélica cuando ya ellas no estén, y también que pueda haber en algún sitio una breve referencia sobre el gaélico pulcro y cultivado que utilizaban.

Este escrito es exactamente igual al que recibí de manos del autor, con la salvedad de que una parte considerable ha sido omitida por razones de espacio y debido a que en ella había ideas indecorosas. Sin embargo, hay material disponible, con una extensión diez veces mayor, si el público de este libro lo demanda.

Obviamente, se debe entender que es solo a Corca Dorcha a lo que aquí se alude, no debiéndose suponer que haya referencias generales a las demás áreas de habla gaélica; Corca Dorcha es un lugar muy especial y las personas que allí viven escapan a cualquier comparación.

Es motivo de alegría que el autor, Bonaparte Ó Cúnasa, esté aún hoy con vida, a salvo en la cárcel y libre de las miserias del mundo.

EL EDITOR
Día de la Penuria, 1941

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Me entristece afirmar que ni alabanza ni elogio merece el pueblo irlandés —al menos las personas de alcurnia adineradas, o peces gordos (como ellos se consideran)— por haber dejado que una parábola como *La boca pobre* permanezca agotada durante años, sin que hayan podido verla pequeños ni mayores y, lo que es más, sin posibilidad de que hayan adquirido sabiduría, prudencia y coraje de las andanzas de esas gentes peculiares que viven al oeste en Corca Dorcha, raza de fuertes y flor y nata de los pobres.

Allí viven todavía hoy, pero no aumenta su número, y no progresa sino que se va apagando como enmohecido el dulce idioma gaélico, que está con más frecuencia en sus bocas que un poco de comida. Además, la emigración está dejando vacíos los distritos más apartados: la gente joven pone la vista en Siberia esperando de ella un clima más benigno que los libre del frío y las tempestades que siempre han conocido.

Propongo que este libro esté en cuantas viviendas y casas se aman las tradiciones de nuestra patria en esta hora en la que (como dice Standish Hayes O'Grady) «el día se acerca a su fin y casi ha declinado la pequeña y dulce lengua materna».

EL EDITOR
Día del Juicio, 1964

CAPÍTULO I

EL MOTIVO DE MI RELATO T MI NACIMIENTO T MI MADRE Y EL VIEJO CANOSO T NUESTRA CASA T EL VALLE EN EL QUE ME CRIE T LAS PENALIDADES DE LOS GAÉLICOS DE ANTAÑO

Estoy refiriendo cuanto hay en este documento porque la otra vida se me acerca rápidamente —que esté bien lejos de nosotros el mal y que el diablo no me tome por su hermano—, y también porque nunca habrá nadie como nosotros.[1] Es beneficioso y útil que pueda llegar a los que vengan detrás nuestro alguna información sobre las *diversiones* y las *aventuras* de nuestro tiempo, puesto que nunca más habrá nadie igual a nosotros ni habrá otra forma de vida en Irlanda comparable a aquella vida nuestra de la que ya nada queda.

Ó Cúnasa es mi apellido gaélico. Bonaparte es mi nombre y la mismísima Irlanda es mi patria. La verdad es que no recuerdo el día en que nací ni nada de los seis primeros meses que pasé aquí en este mundo, pero a buen seguro ya estaba vivo en esa época aunque no tenga un solo recuerdo de ella, pues yo no existiría ahora si no hubiera existido ya en aquel entonces, y es que a las personas, como a todas las demás criaturas, el entendimiento les llega poco a poco.

La noche anterior a mi nacimiento, sucedió que mi padre y Máirtín Ó Bánasa estaban sentados en lo alto del gallinero examinando el cielo, tratando de prever el tiempo y hablando honesta y decentemente de las dificultades de la vida.

—Bueno Máirtín, dijo mi padre, hay viento del norte y las Montañas Blancas tienen muy mal aspecto; habrá lluvia antes de que amanezca y tendremos una maldita noche de tormenta que nos hará temblar aunque estemos metidos en nuestras camas. Y mira, ¿no es mala señal que estén los

patos entre las ortigas? Horrores y desgracias caerán sobre el mundo esta noche, el Gato de Mar[2] rondará en la oscuridad y, si no ando errado, ninguno de los dos volverá a tener buena estrella.

—Vaya, Miguel Ángel, dijo Máirtín Ó Bánasa, no es poca cosa lo que dices, y si estás en lo cierto no es mentira lo que has dicho, sino la pura verdad.

En medio de esa noche fue cuando yo nací en el fondo de la casa. Mi padre no me esperaba en absoluto, pues era una persona decente poco familiarizada con las reglas de la vida. Mi pequeña cabeza calva le causó tal sorpresa que por poco no abandonó la vida justo en el mismo instante en que yo hacía mi entrada en ella y, aun así, fue desastroso y perjudicial para él no haberse marchado, pues no tuvo desde aquella noche más que siempre pesares, roto y desgarrado por la vida y sin un resto de salud en tanto que duró su existencia. También decía la gente que mi madre no me esperaba, y la verdad es que hasta se murmuraba que no había sido mi madre la que me había tenido, sino alguna otra mujer. Pero, hasta cierto punto, todo eso no eran más que habladurías de los vecinos, que no pueden darse por ciertas porque ya todos los vecinos han dejado este mundo y porque nunca habrá nadie como ellos. No puse la vista sobre mi padre hasta que fui bastante mayor, pero eso ya es otra historia que contaré más adelante en este escrito.

Fue en el oeste de Irlanda donde nací esa terrible noche de invierno — estemos todos sanos y salvos—, en el lugar que se llama Corca Dorcha y en el distrito llamado Lios na bPráiscín. Nací con muy poca edad —ni siquiera había cumplido un día—; hasta pasado medio año no comprendí nada de mi entorno ni pude distinguir a unas personas de otras. Pero la inteligencia y el entendimiento llegan a su paso, lenta e imperceptiblemente, a cada criatura; y ese año lo pasé tumbado sobre mis espaldas, posando la vista aquí y allá, en todo lo que tenía a mi alrededor. Sentía a mi madre ante mí en la casa, una mujer ancha, afable y huesuda, una mujer taciturna, arisca y de voluminosos pechos. Rara vez me hablaba y a menudo me pegaba con dureza cuando yo berreaba en el fondo de la casa, aunque pegarme era un mal remedio contra el alboroto, pues el segundo alboroto era bastante peor que el primero y, si recibía otra azotaina más, el tercer alboroto era aún peor que los anteriores. Con todo, mi madre era sensata y juiciosa y estaba bien

alimentada, y es seguro que nunca habrá nadie como ella. Se pasaba la vida limpiando la casa, barriendo el estiércol de vacas y cerdos de delante de la puerta, batiendo mantequilla y ordeñando a las vacas, hilando y cardando la lana y haciendo girar la rueca, rezando, maldiciendo y encendiendo grandes fuegos en los que cocer montones de patatas para los días de escasez.

Había otra persona ante mí en la casa, un viejo encorvado que se inclinaba sobre un bastón, invisibles la mitad de su cara y su pecho al completo porque una barba descuidada y de color gris lana los cubría; la pequeña parte de su cara que estaba libre de esa pelambre era morena, recia y arrugada como el cuero, y tenía dos ojos sagaces y sinceros que observaban el mundo exterior con la agudeza de una aguja. Siempre lo conocí por el nombre de Viejo Canoso. Habitaba en nuestra casa y a menudo él y mi madre no eran de la misma opinión y, caramba, era increíble las muchas patatas que devoraba, la mucha conversación que de él salía y lo poco que hacía en la casa. Al principio, siendo yo pequeño, pensaba que era mi padre. Recuerdo una noche que estaba sentado en su compañía, los dos mirando apaciblemente la masa roja del fuego, sobre el cual mi madre había puesto una olla grande como un barril con patatas para los cerdos; ella por su parte estaba tranquilamente en el fondo de la casa. Y resulta que el calor del fuego me estaba asando, pero aún no sabía andar en aquel tiempo y no tenía forma de escapar del calor por mí mismo. El Viejo me guiñó un ojo y exclamó:

—Hace calor, hijo.

—La verdad es que este fuego achicharra —le respondí—, pero fíjese, caballero: es la primera vez que me llama hijo. No hay peligro en afirmar que es usted mi padre y que yo soy su hijo, que Dios nos libre del mal y esté lejos de nosotros el demonio.

—Estás equivocado, Bonaparte —dijo él— porque lo que yo soy es tu abuelo. Tu padre está lejos de casa en este momento, pero estos son su nombre y su apellido en el sitio en el que está: Miguel Ángel Ó Cúnasa.

—¿Y dónde está?

—Está a la sombra —respondió el Viejo.

A la sazón no contaba más que diez meses de vida y no dije entonces ni pío, pero tan pronto como tuve ocasión salí a la sombra a buscarlo. Allí no

había ni sombra de mi padre. Pasó largo tiempo hasta que comprendí lo que había dicho el Viejo Canoso; pero eso ya es otra historia que contaré más adelante en este escrito.

Hay otro día de mi niñez que permanece nítido en mi memoria que se presta a ser narrado. Estaba yo sentado en el suelo sin poder todavía andar ni tenerme en pie, contemplando cómo mi madre barría la casa y se esmeraba en componer el fuego del hogar con las tenazas. El Viejo llegó del campo y se la quedó mirando hasta que ella hubo terminado su labor.

—Mujer —dijo él—, ten en cuenta que esa faena que estás realizando es perjudicial e impropia, y puedes estar segura de que ni provecho ni buenas enseñanzas obtendrá de ella la persona que tiene su trasero en el suelo de nuestra casa.

—Dulces me son cada palabra y casi cada sonido tuyos —contestó mi madre sardónicamente—, pero la verdad es que no entiendo lo que dices.

—Pues bien —replicó el Viejo—, siendo yo un simple mocoso, era (como es manifiesto para quien haya leído los buenos libros gaélicos) un niño entre cenizas. Has devuelto todas las cenizas de la casa al fuego o las has barrido a la calle, y no queda ni pizca para que el pobre crío que está en el suelo —me señaló con el dedo— pueda estar entre ellas, y su formación y crianza serán anormales y antinaturales si no tiene experiencia alguna de las cenizas. Es por eso, mujer, que es una vergüenza que no dejes la chimenea toda llena de cenizas y suciedad, tal y como la deja el fuego.

—Muy bien —dijo mi madre—, es cierto lo que dices, aunque rara vez te acompaña la razón, y con gusto volveré a poner en la chimenea todo cuanto he barrido.

Y lo hizo. Cogió del camino un cubo lleno de lodo, estiércol, cenizas y excrementos de gallina y lo llevó adentro, arrojándolo alegremente frente a mí junto al hogar. Cuando todo estuvo dispuesto, me acerqué al fuego y durante cinco horas fui un niño entre cenizas, un mocoso criado según la antigua tradición gaélica. Finalmente a media noche me levantaron y me llevaron a la cama, pero de aquella chimenea me quedó una pestilencia que duró una semana; era un olor rancio y putrefacto, y confío en que nunca haya otro como él.

Vivíamos en una casa pequeña, encalada y poco saludable, situada en un

rincón del valle a mano derecha según se va al este por el camino. No cabe duda de que ni mi padre ni ningún antepasado suyo habían construido y emplazado allí la casa, y no se sabe por tanto si fue dios, demonio u hombre el que primero levantó los toscos muros de adobe medio derruidos; si hubiera cien rincones en el valle, habría una pequeña cabaña encalada en cada uno de ellos, sin que tampoco se supiera quién la había levantado. Siempre fue el perpetuo destino de los verdaderos irlandeses habitar (si han de ser creídos los libros) en una pequeña casa encalada metida en un rincón del valle según se va al este por el camino, y hay que decir que esa es la explicación de por qué no tuve una bonita morada cuando llegué a este mundo, sino en honor a la verdad más bien lo contrario. Y por si no fuera bastante lo pobre de la casa, esta estaba pegada a una mole de roca sobre un peligroso desnivel (aunque había un excelente paraje sin ocupar un poco más abajo en el mismo valle), y si cruzabas la puerta sin prestar mucha atención a dónde ponías los pies, inmediatamente te encontrabas en trance de muerte debido a lo abrupto del terreno.

Nuestra casa consistía en una sola habitación, manojos de juncos por tejado arriba sobre nosotros, y juncos también haciendo las veces de camas en el fondo de la casa. A la puesta de sol se extendían los lechos de juncos por todo el suelo, y la familia en pleno se echaba a descansar encima. Allí un lecho con cerdos. Aquí otro con personas. Otro lecho mayor, con una vaca entrada en años y flaca, durmiendo despatarrada sobre su flanco izquierdo y tal vendaval de respiración saliendo de ella que levantaba una tempestad en el centro de la casa; gallinas y gatitos acurrucados al socaire de su barriga. Otro lecho, junto al fuego, en el que estaba yo.

Sí, la gente vivía pobremente en la época de mi niñez, y aquel que tenía muchos bienes y ganado, por la noche no tenía espacio para sí mismo en su propia casa. Ay, así ha sido siempre. A menudo oía referir al Viejo Canoso las penalidades y miserias de la vida de antaño.

—Hubo un tiempo —decía— en el que yo tenía dos vacas, un caballo de tiro y otro de carreras, ovejas, cerdos y otras bestias menores. La casa era estrecha, y por vida mía que nos veíamos todos en un buen aprieto cuando llegaba la noche. Mi abuela dormía con las vacas, y yo dormía solo con el caballo, que se llamaba Charlie y era manso y dócil. Con mucha frecuencia

estallaba una lucha entre las ovejas, y apenas me dejaban pegar ojo los balidos y bramidos que soltaban. Una noche mi abuela resultó lastimada y herida, y no se supo si las culpables eran las ovejas o las vacas, o si había sido mi abuela la que había empezado la pelea. Otra noche vino un caballero, un inspector de enseñanza que se había extraviado con la bruma del pantano y que había ido a parar a la entrada del valle.

Debía de estar buscando ayuda y hospedaje para la noche, y cuando vio lo que había que ver a la luz mortecina del fuego dejó escapar un largo grito de asombro y se quedó mirando fijamente a lo que había de puertas para adentro. Entonces preguntó:

—¿No es vergonzoso para su decoro yacer ahí en compañía de las bestias salvajes, todos ustedes en un mismo lecho? ¿No es vergonzoso, impropio y deplorable el estado en el que se encuentran todos esta noche?

—Es verdad lo que dice —respondí al caballero—, pero tenga usted en cuenta que nada podemos hacer para evitar esa indigna circunstancia que ha mencionado. Hace un tiempo desapacible, y conviene que cada uno de nosotros esté a resguardo, ya sean dos o cuatro las patas que lo sostengan.

—Si es así —dijo el caballero—, ¿no les resultaría fácil construir un pequeño cobertizo al lado del redil, separado un buen trecho de la casa?

—Sí que sería fácil —dije yo. Sus palabras me llenaron de sorpresa, pues nunca antes había pensado en nada igual ni en ningún otro plan destinado a remediar la lamentable situación en la que estábamos, todos apelotonados en el fondo de la casa. A la mañana siguiente reuní a los vecinos y les expliqué en qué consistía exactamente la sugerencia del caballero. Alabaron la sugerencia, y antes de una semana habíamos construido un hermoso cobertizo en las proximidades de mi casa. Pero, ay, las cosas no son siempre como uno imagina. Cuando mi abuela, dos hermanos míos y yo mismo llevábamos dos noches en el cobertizo, estábamos tan helados y profundamente empapados que fue un milagro que no desapareciéramos para siempre; y no encontramos alivio hasta que regresamos a nuestra propia casa y estuvimos de nuevo confortablemente instalados entre el ganado. Así hemos estado desde entonces, de la misma forma que cualquier pobrecito irlandés a este lado del país. El Viejo Canoso contaba muchas historias como esa sobre los viejos tiempos, y de él recibí mucho del sentido

común y la sabiduría que ahora poseo. Sin embargo, por lo que se refiere a la casa en la que nací al principio de mi existencia, tenía una vista magnífica. Había en la casa dos ventanas, con una puerta en medio. Mirando por la ventana que estaba a la derecha, se podía ver el paisaje desnudo y hambriento de los Rosses y Gaoth Dobhair, Cnoc Fola más allá y Oileán Thoraigh al fondo flotando como un gran barco en lontananza allí donde se juntan el cielo y el mar. Desde la puerta podía verse el oeste del condado de Galway, una buena parte de las rocas de Connemara, y lejos en el mar la Gran Áran y las pequeñas casas blancas de Cill Rónáin, nítidas y claras si se tenía buena vista y era un día de verano. Desde la ventana de la izquierda podía verse la Gran Blasket desnuda e inhóspita como si fuera una terrible anguila sobrenatural mecida suavemente sobre la cresta de las olas. Más allá estaba Dingle, con sus casas todas apiñadas. Siempre se ha dicho que ninguna otra casa en Irlanda tiene una vista que pueda comparársele, y no hay ningún mal en reconocer como cierta tal afirmación. Nunca oí que hubiera otra casa tan bien situada en ningún otro sitio sobre la faz de la tierra. Era maravillosa, por tanto, aquella casa, y creo que nunca habrá otra como ella. Allí es, en cualquier caso, donde nací, y eso es algo que, para bien o para mal, no puede decirse de ninguna otra casa.[3]

[1] *Porque nunca habrá nadie como nosotros* es una frase que aparece muy a menudo a lo largo de la obra, y está tomada de la autobiografía de T. Ó Criomthain *El isleño*, piedra fundacional de la narrativa irlandesa del siglo xx. O'Brien la emplea con intención de satirizar la visión estereotipada de Irlanda que aparece en ese y otros libros. Lo mismo sucede con otros clichés que se repiten en la novela, como «en el fondo de la casa», «un niño entre cenizas», etc. (*Todas las notas de la presente edición pertenecen al traductor, salvo que se especifique lo contrario*).

[2] *Gato de Mar* (en irlandés, *cat mara*): expresión que significa calamidad y desgracia. Aquí toma forma de monstruo.

[3] Son estas, Donegal, Connemara y Kerry, las tres zonas de Irlanda donde mejor se han conservado las tradiciones gaélicas. Basta coger un mapa para comprobar que no es posible ver esas costas desde un mismo punto.

CAPÍTULO II

UN MAL OLOR EN NUESTRA CASA T LOS CERDOS T LA LLEGADA DE AMBROSIO T LA VIDA DURA T MI MADRE EN PELIGRO DE MUERTE T EL PLAN DE MÁIRTÍN T SANOS Y SALVOS T MUERTE DE AMBROSIO

En tiempos de mi niñez, siempre olía mal en nuestra casa. A veces olía tan mal que le pedía a mi madre, aunque aún no sabía dar un paso detrás de otro, que me mandara al colegio. Quienes pasaban por allí no se paraban ni seguían andando normalmente, sino que corrían como locos hasta dejar atrás nuestra puerta, y no paraban de correr hasta que estaban a media milla de distancia del hedor. Siguiendo el camino, había otra casa a unos doscientos metros, y un día que nuestro olor era demasiado terrible, aquella gente se largó, todos se marcharon a América y nunca más regresaron. Se dijo que le habían contado a la gente de aquel lugar que Irlanda era un hermoso país, pero que el aire era allí demasiado fuerte. Ay, nunca hubo aire en nuestra casa.

Un habitante de nuestra casa era el culpable de ese hedor. Se llamaba Ambrosio. El Viejo le tenía un gran cariño. Ambrosio era hijo de Sorcha. Sorcha era nuestra cerda, y cuando le era dada descendencia, la descendencia era abundante. Aunque eran numerosas sus mamas, no había ninguna para Ambrosio si estaban los otros lechones tomando de ella su alimento. Ambrosio era tímido, y cada vez que el hambre asaltaba a los lechones (siempre asalta a los de su especie de repente a todos al mismo tiempo), el pobre Ambrosio terminaba quedándose sin mamar. Cuando el Viejo se dio cuenta de que este lechón se iba quedando raquítico e iba disminuyendo su vigor, lo metió con él dentro de la casa, le puso un lecho de juncos al lado del fuego y empezó a alimentarlo de vez en cuando con

leche de una vieja botella. Ambrosio salió adelante en muy poco tiempo, creció robusto y se puso hermoso y gordo. Pero, ay, quiso Dios que cada criatura poseyera su propio olor, y el olor que es natural a los cerdos no es precisamente agradable. Cuando Ambrosio era pequeño, despedía un pequeño olor. Cuando creció su tamaño, su olor aumentó en consonancia. Cuando fue grande, su olor fue igualmente grande. Al principio la situación no era demasiado desesperada durante el día, pues teníamos las ventanas abiertas de par en par, la puerta sin cerrar y grandes ráfagas de viento soplando por toda la casa. Pero cuando caía la noche y venían Sorcha y los demás cochinitos para dormir, entonces empezaba lo que en verdad escapa a toda descripción oral o escrita. Hubo veces en medio de la noche que creímos que no llegaríamos vivos a la mañana. Frecuentemente se levantaban mi madre y el Viejo y salían a caminar diez millas bajo el aguacero para escapar de la pestilencia. Después de un mes o así de tener a Ambrosio en casa, Charlie, el caballo, se negó a entrar por la noche, y todas las mañanas lo encontrábamos calado hasta los huesos (no había noche que no nos cayera encima un chaparrón), y sin embargo de muy buen humor pese a haber soportado las inclemencias del temporal. En realidad, yo fui quien más padeció aquel rigor, pues aún no sabía andar ni tenía ninguna otra forma de moverme.

Así siguieron las cosas una temporada. Ambrosio engordaba rápidamente, y dijo el Viejo que pronto estaría lo suficientemente fuerte como para salir al aire libre con los demás cerdos. Era el animal favorito del Viejo, y por eso mi madre no podía echar a palos al apestoso cerdo por más que su salud iba empeorando a consecuencia del pútrido mal olor. De repente, descubrimos que Ambrosio —en el transcurso de una sola noche— había adquirido un enorme tamaño. Estaba tan alto como su madre, pero mucho más grueso. Le llegaba la panza al suelo, y sus dos ijadas le sobresalían tanto que daba miedo. Ese día estaba el Viejo preparando una gran olla de patatas para la cena del cerdo cuando comprendió que la cosa no era muy natural.

—Válgame Dios —exclamó—, este está a punto de estallar.

Cuando examinamos con atención a Ambrosio, vimos claro que la pobre criatura estaba casi completamente esférica. No sé si por sobrealimentación o porque lo había atacado la hidropesía o alguna otra horrible enfermedad.

Pero aún no he contado todo. Ahora el olor nos resultaba casi insoportable, y mi madre cayó desmayada en el fondo de la casa, perdida la salud gracias a este nuevo hedor.

—Si este cerdo no sale de aquí inmediatamente —dijo desde el lecho en que estaba postrada en el fondo de la casa—, prenderé fuego a estos juncos y ese será el fin de las penurias con que vivimos en esta casa. Y aunque después vayamos todos al Infierno, nunca he oído que haya cerdos allí.

—Mujer, la pobre criatura está enferma, y no estoy dispuesto a ponerla de patitas en la calle estando como está, sin salud. Es verdad que este hedor rebasa todo lo tolerable, pero ¿no ves que el propio cerdo no suelta ni una sola queja aunque tiene hocico lo mismo que tú?

—Lo ha dejado mudo la peste —dije yo.

—Si es así —le dijo mi madre al Viejo—, incendiaré los juncos.

Estuvieron un rato disputando el uno con el otro, y finalmente el Canoso hizo caso a la mujer y consintió en expulsar a Ambrosio. Comenzó a engatusar al cerdo para que fuera a la puerta por medio de silbidos, cháchara sin sentido y lisonjas, pero el animal se quedó como estaba sin moverse.

Seguramente el cerdo tenía embotados los sentidos por el olor y no oía lo que decía el Viejo. Sea como fuere, el Viejo agarró un palo y condujo al cerdo desde el fuego hasta la puerta, levantándolo, empujándolo y moliéndolo a palos. Cuando llegó al umbral nos pareció que su cuerpo era demasiado gordo para dejarlo pasar. Se le soltó otra vez y regresó a su lecho junto al fuego, quedándose allí dormido.

—¡Válgame Dios! —exclamó el Viejo—. El pobre está demasiado cebado, y la puerta es demasiado estrecha aunque hay suficiente espacio para que pase por ella el caballo.

—Si es así —dijo mi madre desde la cama—, no hay que darle más vueltas, que es difícil escapar a lo que nos depara la suerte.

Su voz era débil y apagada, y yo sabía que ahora estaba deseosa de rendirse ante el destino y la putrefacción del cerdo, y dispuesta a entregar su alma al Altísimo. Mas de repente, se elevó un fuego asfixiante en el fondo de la casa: mi madre la había incendiado. El Viejo se volvió de un salto, arrojó un par de sacos viejos sobre el humo y los golpeó con un grueso

bastón hasta que se apagó el fuego. Entonces golpeó a mi madre, dándole buenos consejos mientras lo hacía.

Dios nos libre, nunca hubo un malvivir peor que el que nos dio Ambrosio a lo largo de las dos semanas siguientes: no se puede describir el olor que había en nuestra casa. Sin duda el cerdo estaba enfermo, y de él se alzaba un vapor que recordaba a un cadáver que llevara sin enterrar todo un mes. Por su culpa, la casa estaba podrida y descompuesta de arriba abajo. Durante ese tiempo, mi madre estuvo detrás, en el fondo de la casa, sin poder sostenerse ni hablar. Al cabo de los quince días nos dio su bendición y su adiós, lánguida y suavemente, y volvió su rostro hacia la Eternidad. El Viejo estaba en la cama, dándole toda la noche fuertes chupadas a su pipa como defensa contra el hedor. Entonces se lanzó sobre mi madre y la arrastró junto al camino, salvándola de la muerte aquella noche, aunque los dos quedaron calados hasta los huesos. Al día siguiente sacamos las camas al camino, y el Viejo afirmó que a partir de entonces nos quedaríamos allí, «pues es preferible estar sin casa a estar sin vida, y si nos mata la lluvia esta noche, mejor es esa muerte fuera que no la otra dentro».

Aquel día pasaba Máirtín Ó Bánasa por el camino, y cuando vio las fétidas camas al aire libre y nuestra casa vacía, se detuvo y entabló conversación con el Viejo.

—La verdad es que no comprendo la vida, y no sé la razón por la que están las camas de juncos fuera, pero mira: la casa está ardiendo.

El Viejo contempló la casa y meneó la cabeza.

—Eso no es fuego —dijo— sino un cerdo podrido que tenemos. No es humo lo que sale de la casa como tú crees, Máirtín, sino vapores de cerdo.

—No me agradan esos vapores —dijo Máirtín.

—No hay nada saludable en ellos —repuso el Viejo.

Máirtín reflexionó un rato sobre el asunto.

—¿No será que estás encariñado con ese cerdo, y no quieres cortarle el pescuezo y enterrarlo?

—Sí, esa es la verdad, Máirtín.

—En tal caso —dijo Máirtín— os prestaré ayuda.

Se subió a lo alto del tejado de la casa y puso varios tepes sobre la boca de la chimenea. Entonces cerró la puerta y bloqueó con barro y con trapos los

dos ventanas para que no pudiera entrar ni salir aire.

—Ahora —dijo— no tenemos más que esperar tranquilamente una hora.

—¡Válgame Dios! —exclamó el Viejo—, no entiendo esa acción tuya, pero ocurren cosas sorprendentes hoy día, y si estás contento con lo que has hecho no seré yo quien te lleve la contraria.

Transcurrida una hora, Máirtín Ó Bánasa abrió la puerta y entramos todos menos mi madre, que estaba aún postrada sobre el húmedo lecho de juncos. Ambrosio estaba extendido, frío y muerto, sobre el hogar. Su propia pestilencia había acabado con él, y una nube de negro humo casi nos asfixió. El Viejo estaba muy triste, pero dio a Máirtín las gracias de todo corazón y por primera vez en tres meses dejó de fumar su pipa.

Ambrosio fue enterrado de forma digna y honorable, y todos nosotros volvimos a estar muy bien en la casa. Mi madre se recobró rápidamente de su maltrecho estado de salud, y empezó a cocer, con renovado ímpetu, grandes ollas de patatas para los otros cerdos.

Fue Ambrosio un cerdo muy especial, y espero que nunca haya otro como él. Le deseo lo mejor si es que hoy está vivo en algún otro mundo.

CAPÍTULO III

VOY AL COLEGIO T «JAMS O'DONNELL» T EL PREMIO DE DOS LIBRAS T DE NUEVO LOS
CERDOS EN NUESTRA CASA T EL PLAN DEL VIEJO T NOS FALTA UN CERDO T EL VIEJO
NARRADOR Y EL GRAMÓFONO

Tenía siete años de edad cuando me llevaron al colegio. Yo era un niño rudo, pequeño y delgado y llevaba unos calzones grises de lana, pero sin ninguna otra prenda por arriba o por abajo.[4] Aparte de mí, había muchos otros niños camino del colegio aquella mañana, la mayoría con restos de cenizas todavía en los calzones. Algunos de ellos iban gateando por el camino, pues aún no habían aprendido a andar. Muchos eran de Dingle, otros de Gaoth Dobhair; un tercer grupo venía a nado desde Áran. Todos éramos chicos sanos y robustos en nuestro primer día de colegio. Cada uno llevaba un trozo de turba bajo el brazo. Sí, éramos sanos y robustos.

El maestro se llamaba Aimeirgean Ó Lúnasa. Era un hombre moreno, enjuto y alto; su semblante tenía un aspecto severo y agrio, y sus huesos asomaban protuberantes sobre la piel cetrina; no parecía gozar de buena salud. Presidía siempre su rostro una expresión furiosa, tan firmemente arraigada como su cabello. No sentía respeto por nadie.

Nos congregamos todos en el interior de la escuela, una choza pequeña y fea en la que la lluvia bajaba por las paredes y todo estaba reblandecido y húmedo. Nos sentamos en las bancas sin decir nadie ni pío por temor al maestro. Sus ojos malévolos pasaron sobrevolando por toda la clase hasta que descendieron sobre mí y así permanecieron fijos. ¡Por todos los santos! No me gustó nada sentir su mirada, aquellos dos ojos escrutándome. Luego me señaló con un dedo largo y amarillento, y dijo:

—*Phwat is yer nam?* [5]

Yo no podía comprender esa forma de hablar suya ni ninguna otra de las que se usan en el extranjero, pues el gaélico era mi único medio de expresión y mi defensa contra las dificultades de la vida. Solo supe quedarme mirándolo fijamente, enmudecido de miedo. Entonces vi que le venía un grave acceso de cólera que crecía y crecía como si fuera una nube cargada de lluvia. Miré alrededor, preso del pánico, a los otros chicos. Oí un susurro a mi espalda:

—Que le digas tu nombre.

Mi corazón saltó de alegría por esas palabras de ayuda, y quedó agradecido a quien me las había soplado. Miré cortésmente al maestro, y le respondí:

—Bonaparte, hijo de Miguel Ángel, hijo de Peadar, hijo de Eoghan, hijo de Sorchá, hija de Tomás, hijo de Máire, hija de Seán, hijo de Séamas, hijo de Diarmaid...

Antes de haber pronunciado siquiera la mitad de mi nombre, un ladrido rabioso brotó del maestro, quien con un movimiento de su dedo me ordenó que me acercara. Cuando llegué a su lado, él empuñaba un remo. Ya entonces lo había inundado una ola de ira, y agarraba diestramente el palo con las dos manos. Lo levantó por encima del hombro y lo soltó fuertemente sobre mí con un chasquido, propinándome un golpe demoledor en la cabeza. Caí desvanecido por el golpe, pero antes de perder del todo el conocimiento le oí gritar:

—*Yer nam is Jams O'Donnell!* [6]

¿*Jams O'Donnell?* Esas dos palabras resonaban en mis oídos cuando recuperé el sentido. Me encontré tirado en el suelo, con mis calzones, mi pelo y toda mi persona empapados por los ríos de sangre que manaban de la brecha que el remo me había abierto en el cráneo. En el momento en que mis ojos volvieron a funcionar correctamente, otro chico estaba de pie y era preguntado por su nombre. Está claro que el pobrecito no era muy sagaz y no había asimilado la provechosa lección del estacazo que yo había recibido, pues respondió al maestro dando su nombre simple y llano como yo había hecho. Otra vez el maestro blandió el remo que tenía agarrado, y no paró hasta que el chico vertió abundante sangre y quedó ya sin conocimiento, pero con un buen vapuleo, hecho un amasijo sangriento sobre el suelo, y

mientras lo golpeaba, volvió a chillar el maestro:

—*Yer nam is Jams O'Donnell!*

Así continuó hasta que hubo golpeado a cuantas criaturas había en la clase y dado a todo el mundo el nombre de *Jams O'Donnell*. Ninguna joven cabeza en toda la comarca se libró de quedar rota aquel día. Por supuesto, había muchos que no podían dar ni un paso cuando llegó la tarde, y fueron llevados a casa por otros muchachos parientes suyos. Fue una circunstancia penosa para aquellos que tuvieron que regresar nadando a Áran sin haber probado bocado ni gota de leche desde la mañana.

Cuando llegué a casa, allí estaba mi madre cocinando patatas para los cerdos, y le pedí un par de ellas para comer. Me las dio y las devoré sin otro condimento que una pizca de sal. La mala experiencia que había tenido en el colegio no dejaba de preocuparme, y finalmente decidí preguntar a mi madre:

—Mujer —le dije—, he oído que todo el mundo se llama *Jams O'Donnell* en estas tierras. Si es así, son cosas sorprendentes las que ocurren en el mundo, y, oye, debe de ser un hombre constante ese O'Donnell con el número de hijos que tiene.

—Tienes razón —dijo ella.

—Si tengo razón —le repuse—, no comprendo qué razón es esa.

—Pues mira —dijo—, ¿no comprendes que son los gaélicos quienes ocupan esta parte del país y no pueden escapar a su destino? Siempre se ha dicho y escrito que a todos los pobres niños gaélicos se los pega en su primer día de colegio porque no entienden inglés ni las formas extranjeras de sus nombres, y que nadie los respeta por ser gaélicos hasta la médula. No hay otra actividad ese día en el colegio que castigos cargados de venganza y siempre la misma tontería de *Jams O'Donnell*. Ay de mí, no creo que jamás lleguen a alcanzar los gaélicos una buena situación, sino penalidades sin fin. Ay, al Viejo Canoso también le pegaron un día y le llamaron *Jams O'Donnell*.

—Mujer —le contesté—, es sorprendente eso que dices, y no creo que vuelva nunca más a ese colegio, sino que ahora mismo pongo fin a mi educación.

—Eres muy listo —dijo mi madre— para ser tan pequeño.

A partir de aquel día no tuve ningún otro contacto con la enseñanza, y por eso nadie ha vuelto a partir mi cabeza gaélica. Pero siete años después (cuando yo tenía siete años más), sucedió algo sorprendente en nuestro vecindario, algo relacionado con el tema de la educación, y es por eso que debo ofrecer aquí un breve relato de ello.

Un día, el Viejo estaba en Dingle comprando tabaco y degustando licores cuando oyó una noticia que lo maravilló. No la creyó sin embargo, pues nunca confió en la gente de ese lugar. Pero al día siguiente estaba en los Rosses vendiendo arenques y volvió a recibir la misma noticia de la gente de allí; entonces la creyó a medias, pero no se la tragó del todo. Al tercer día estuvo en Galway, y también en aquella ciudad oyó la noticia. Finalmente la creyó a pies juntillas, y cuando aquella noche regresó calado hasta los huesos (todas las noches sin falta nos caía encima un chaparrón), informó de ella a mi madre (y también me informó a mí, que estaba escuchando a escondidas en el fondo de la casa).

—Válgame Dios —dijo—, me he enterado de que el Gobierno británico va a hacer una gran labor por el bien de los pobres de este lugar —¡estemos todos sanos y salvos en esta casa!—, y se dice que pagará dos libras al año por cada niño nuestro que hable la lengua inglesa en vez de este gaélico de ladrones. Quieren que abandonemos el gaélico, ¡loados sean *sempiternally!* [7] No creo que jamás lleguen a alcanzar los irlandeses una buena situación mientras les sea natural habitar casas pequeñas en un rincón del valle, moverse entre sucias cenizas, pescar continuamente en la continua tormenta, relatar historias de noche sobre las penalidades y penurias de los gaélicos en dulces palabras gaélicas...

—¡Ay de mí! —exclamó mi madre—, que no tengo más que un hijo, ese caso perdido que está ahí con el culo pegado al suelo.

—Entonces —dijo el Viejo—, debes tener más o te quedarás sin paga.

Durante la semana siguiente, una oscura y obsesiva tristeza embargó al Viejo, señal de que su cabeza estaba llena de intrincadas y difíciles ideas intentando resolver el problema de la falta de niños. Un día, estando en Cathair Saidhbhín, oyó que el nuevo plan iba viento en popa, que el buen dinero inglés ya se había recibido en muchas casas en aquel distrito. Y que un inspector estaba recorriendo toda la zona contando los hijos y

comprobando el nivel de inglés que tenían. También oyó que este inspector era un anciano tullido que ni tenía buena vista ni ponía convicción alguna en su trabajo. Meditó el Viejo todo lo que había escuchado, y cuando regresó de noche (calado hasta los huesos) nos dijo que no hay vaca sin leche, galgo que no corra, ni dinero que no se pueda robar.

—Válgame Dios —dijo—, antes de que amanezca seremos familia numerosa, y ganaremos dos libras por cabeza.

—Ocurren cosas sorprendentes en el mundo —dijo mi madre—, pero no espero nada semejante, y jamás he oído que se pueda formar familia en una sola noche.

—No te olvides —respondió el Viejo— de que está Sorcha.

—¡Sorcha! ¡Qué cosas dices! —dijo mi madre atónita. Yo salté de sorpresa al oír el nombre de la cerda.

—Pues sí, ella y no otra —dijo él—. Sorcha ya tiene un montón de hijos, y todos ellos con una voz de lo más potente aunque su dialecto nos resulte incomprensible. ¿Quién de nosotros puede asegurar que no es en inglés como conversan entre sí? Ya se sabe que los niños y los cerditos tienen las mismas costumbres, y ten en cuenta el extraordinario parecido que hay entre la piel de unos y de otros.

—Eso está bien pensado —dijo mi madre—, pero será necesario hacerles algún traje antes de que llegue el inspector para examinarlos.

—Será absolutamente necesario —repuso el Viejo.

—Ocurren cosas sorprendentes en el mundo hoy día —exclamé yo desde mi apartado lecho en el fondo de la casa.

—Válgame Dios, sí que ocurren cosas sorprendentes —dijo el Viejo—, pero a pesar de que ese dinero inglés beneficie a gente como nosotros, no creo que jamás gocen los irlandeses de una buena situación.

Al día siguiente ya teníamos a toda la familia dentro, con sus trajes grises de lana, resollando, hozando, gruñendo y roncando en los juncos en el fondo de la casa. Hasta un ciego hubiera podido adivinar su presencia por el hedor. Tenían la casa medio podrida. Cualquiera que fuese la situación general de los irlandeses en aquel entonces, la nuestra no fue una buena situación mientras aquel grupo fue nuestra constante compañía. Nos mantuvimos vigilantes ante la llegada del inspector. Fue larga la espera,

pero como dijo el Viejo Canoso, «lo que tenga que venir, vendrá». El inspector se presentó un día de lluvia, cuando había escasa luz en todas partes y una densa penumbra en el lugar donde se encontraban los cerdos en el fondo de la casa. Tenía razón quien dijo que el inspector era un anciano con pocas energías. El pobre hombre era inglés, y no gozaba de buena salud. Era delgado, encorvado y de agrio semblante. No le importaban nada los gaélicos, lo cual no es de extrañar, y jamás tenía deseos de entrar en las cabañas que estos habitaban. Cuando llegó a nosotros, se detuvo ante el umbral de la puerta y desde allí miró con ojos miopes al interior de la casa. Se sobresaltó cuando percibió el olor que había dentro, pero no se marchó, pues ya tenía gran experiencia de las viviendas de los verdaderos irlandeses. El Viejo Canoso estaba respetuosa y educadamente junto a la puerta delante del caballero, yo a su lado, y mi madre detrás, en el fondo de la casa, atendiendo y acariciando a los cochinitos. De vez en cuando, uno de ellos saltaba al centro de la habitación y regresaba de nuevo a la penumbra sin perder un instante. Por los calzones se diría que era un rollizo niño gateando por la casa. Mi madre y los cerdos murmuraban todo el rato, pero era difícil entender lo que decían debido al ruido del viento y de la lluvia en el exterior. El caballero miró a su alrededor severamente, sin que la pestilencia le produjera demasiada satisfacción. Finalmente dijo:

—*How many?*[8]

—*Twalf, sor*[9] —dijo amablemente el Viejo Canoso.

—*Twalf?* —El hombre echó otro rápido vistazo al fondo de la casa, reflexionando y tratando de hallar una explicación a lo que oía.

—*All spik English?*[10]

—*All spik, sor*[11] —contestó el Viejo.

Entonces el caballero advirtió que yo estaba allí detrás del Viejo, y me preguntó destempladamente:

—*Phwat is yer nam?* —dijo.

—*Jams O'Donnell, sor!*

Estaba claro que ni yo ni mis semejantes agradábamos al distinguido forastero, pero esta respuesta le causó alegría, pues ahora podía decir que había interrogado a la gente joven y había sido respondido en melodioso inglés; había cumplido su última tarea y ya podía escapar y librarse de la

peste. Se marchó en medio del aguacero sin decir palabra ni despedirse. El Viejo Canoso quedó muy satisfecho con el trabajo que habíamos realizado, y yo obtuve como recompensa suya una buena ración de patatas. Llevamos fuera a los cerdos, y todos pasamos felices y contentos el resto del día. Unos cuantos días después, el Viejo recibió un sobre amarillo que contenía un gran billete de banco, pero esa ya es otra historia que contaré más tarde en este libro.

Cuando se hubo marchado el inspector y la pestilencia de los cerdos abandonó nuestra casa, nos pareció que ya habíamos concluido aquel trabajo y que el episodio había finalizado. Pero, ay, en este mundo las cosas no son siempre como uno imagina, y si se tira una piedra no se sabe con antelación dónde caerá. Cuando al día siguiente contamos los cerdos para quitarles los calzones, echamos en falta uno. Grandes fueron los lamentos del Viejo Canoso al darse cuenta de que le habían birlado furtivamente un cerdo y un traje en el silencio de la noche. Es cierto que él robaba a menudo los cerdos de los vecinos y que muchas veces afirmaba que jamás mataba a los suyos propios, sino que todos los destinaba a la venta, aunque siempre teníamos un montón de lonchas de tocino en casa. De día y de noche se producían robos entre la gente del lugar —pobres que empobrecían a otros pobres—, pero nadie excepto el Viejo robaba cerdos. Por descontado que no se llenó su corazón de regocijo cuando descubrió que algún otro tocaba su mismo son.

—Válgame Dios —me dijo—, me parece que no todo el mundo es aquí decente y honrado. Me da igual el pequeño lechón, pero esos calzones eran de muy buen género.

—Cada cual que piense lo que quiera, buen hombre —le respondí—, pero no creo que hayan robado el cerdo ni tampoco los calzones.

—¿Es que piensas —dijo él— que el miedo les impediría cometer el robo?

—No el miedo —contesté—, sino la peste.

—Reconozco que tienes toda la razón, hijo mío. Entonces debe de ser que está de paseo por ahí.

—Si está usted en lo cierto —le dije— debe de ser un pestilente paseo.

Aquella noche el Viejo robó uno de los cerdos de Máirtín Ó Bánasa y lo mató silenciosamente en el fondo de la casa. El caso es que nuestra

conversación le había hecho caer en la cuenta de que se nos estaba acabando el tocino. Ya no se habló más en aquella ocasión del cerdo perdido.

Un nuevo mes llamado Marzo vino al mundo, estuvo con nosotros durante un mes, y después se marchó. Pasado ese tiempo, una noche oímos fuera un gruñido cuando más arreciaba la lluvia. El Viejo creyó que se estaban llevando otro cerdo por la fuerza, y salió rápidamente. Cuando volvió a entrar, su acompañante era nada más y nada menos que el cerdo que nos había desaparecido, calado hasta los huesos, y con los elegantes calzones convertidos en chorreantes andrajos. La pobre criatura tenía aspecto de haberse recorrido aquella noche una buena parte del globo. Mi madre se levantó de buena gana cuando el Viejo dijo que había que preparar una gran olla de patatas para aquel que después de todo había vuelto a casa. Eso de que todo el mundo estuviera despierto no le sentó muy bien a Charlie y, tras estar echado un rato sin pegar ojo, ceñudo e iracundo en medio de la conversación y el tumulto, inesperadamente se levantó y se marchó corriendo bajo la lluvia. Al pobre nunca le gustó demasiado la vida social; que Dios lo bendiga.

Nos sorprendió que el cerdo regresara en medio de la oscuridad, pero mucho más nos sorprendió la noticia que nos hizo saber cuando hubo dado buena cuenta de las patatas y fue despojado de los calzones. En un bolsillo encontró el Viejo una pipa vacía y buena picadura de tabaco. En el otro bolsillo encontró un chelín y una pequeña botella de licor.

—Válgame Dios —exclamó el Viejo—, si siempre les esperan penalidades a los gaélicos, no sucede lo mismo con este animal.

—Eh —dijo señalando al cerdo—, ¿de dónde ha sacado esas cosas, caballero?

El cerdo clavó sus pequeños ojos en el Viejo, pero no respondió.

—Déjale puestos los calzones —terció mi madre—. ¿Cómo sabemos que no volverá a nosotros todas las semanas con cosas extraordinarias y valiosas en los bolsillos —perlas, collares, rapé y, quién sabe, incluso un billete de banco—, de cualquier parte de Irlanda en que las encuentre? ¿No ocurren cosas milagrosas en el mundo hoy día?

—¿Cómo sabemos —replicó el Viejo— que regresará de nuevo y no se quedará a vivir para siempre donde pueda encontrar todas esas maravillas?

Entonces nos quedaríamos definitivamente sin el magnífico traje que lleva puesto.

—Tienes toda la razón, qué lástima —dijo mi madre.

Conque lo dejemos en cueros y lo llevamos con los demás cerdos.

Pasó otro mes entero hasta que descubrimos una explicación para la confusa historia de aquella noche. El Viejo oyó un cuchicheo en Galway, media palabra en Gaoth Dobhair y otra frasecita en Dún Chaoin. Lo sintetizó todo, y una tarde, cuando ya había acabado el día y el chaparrón nocturno caía con fuerza sobre nosotros, narró la curiosa historia que sigue.

Un caballero de Dublín, que estaba muy interesado en la lengua gaélica, estaba viajando por todo el país. Este señor se dio cuenta de que en Corca Dorcha aún vivían muchos hablantes que no tenían parangón en ningún otro lugar, y que además nunca habría nadie como ellos. Tenía un aparato llamado gramófono, y este podía memorizar todo lo que oía si alguien le contaba relatos o antiguas tradiciones; también le era posible devolver exactamente las mismas palabras que había oído cuando alguien así lo deseaba. Era un aparato maravilloso, que atemorizó a muchas personas del lugar e hizo enmudecer a muchas otras; dudo que nunca haya otro como él. Puesto que los lugareños creyeron que recaía algún tipo de maleficio sobre el aparato, fue una ardua tarea para el caballero recoger de ellos antiguas tradiciones orales.

Por ese motivo, no intentó recoger el folklore de nuestros mayores y nuestros antepasados excepto cuando, protegidos por la oscuridad, él y su aparato se escondían en el fondo de una cabaña y ambos escuchaban atentamente. Parecía ser un hombre rico, pues todas las noches gastaba mucho dinero en bebidas para librar de trabas y timidez las lenguas de los viejos. Era conocido por ello en toda la región, y cuando la gente se enteraba de que iba a visitar la casa de fulanito o de menganito, a esa casa iban todos y cada uno de los viejos que vivían en cinco millas a la redonda buscando soltar sus lenguas con la ardiente bebida medicinal; hay que decir que iban con ellos muchos jóvenes.

La noche de nuestra historia el caballero estaba en casa de Maximiliano Ó Píonasa, agazapado en la oscuridad y con la máquina de oír junto a él. Había al menos cien viejos congregados alrededor suyo, sentados, mudos e

invisibles, a la sombra de los muros, y pasándose de uno a otro las botellas de licor del caballero. De vez en cuando se dejaban oír débiles susurros, pero por lo general no había más ruido que el estruendo del agua que caía del sombrío cielo como si los de arriba estuvieran arrojando cubos de esa maldita lluvia sobre el mundo. Si el licor soltaba las lenguas de los hombres, no las soltaba haciendo que hablaran, sino que saborearan y relamieran las brillantes gotas de licor en sus labios. Así pasó el tiempo y fue avanzando la noche. Entre el grave silencio que había en la casa y el repiqueteo de la lluvia en el exterior, el caballero estaba empezando a desanimarse un poco. No había recogido ni una sola joya de nuestros mayores aquella noche, y había desperdiciado bebidas por valor de cinco libras sin resultado alguno.

De repente sintió un ruido de pasos en el umbral. Entonces, a la débil luz del fuego, vio que alguien empujaba la puerta hacia adentro (nunca había tenido cerrojo), y entró un pobre viejo calado hasta los huesos, borracho como una cuba, y que en vez de caminar iba arrastrándose debido a su profundo estado de embriaguez. El pobre se perdió enseguida en la oscuridad de la casa, pero allí donde estuviese tirado en el suelo, al caballero le dio un vuelco el corazón cuando oyó el gran torrente de palabras que provenía de aquel lugar. Era un hablar verdaderamente rápido, complicado y oscuro —se diría que el viejo estaba desvariando en su borrachera—, pero el caballero no esperó a comprender su significado. Se acercó de un salto y colocó la máquina de escuchar junto a aquel de quien brotaba gaélico a raudales. Al parecer, el caballero consideraba que aquella era una muestra extremadamente difícil de lengua gaélica, y estaba muy contento de que la máquina la estuviera absorbiendo: era consciente de que, si bien el buen gaélico es difícil, el mejor gaélico es casi ininteligible. Pasada aproximadamente una hora, el chorro de palabras cesó. El caballero estaba satisfecho con lo que había conseguido aquella noche. Como muestra de su gratitud, puso una pipa, picadura de tabaco y una botellita de licor en el bolsillo del viejo, que ahora dormía la borrachera en el mismo sitio donde había caído. Entonces el caballero se marchó con su máquina bajo la lluvia: se despidió cortésmente de la gente que llenaba la casa, pero nadie le respondió debido a que ya la embriaguez había inundado las cabezas de todos los viejos presentes.

Más tarde se dijo en la aldea que el caballero había recibido grandes elogios gracias al espécimen de narrativa tradicional que había atesorado aquella noche en el aparato de escuchar. Viajó a Berlín, una ciudad de Alemania, en Europa, y relató lo que había oído el aparato ante los mayores eruditos del continente. Aquellos sabios dijeron que jamás se había oído una muestra tan excelente de lengua gaélica, de un lirismo tan inigualable, y que era seguro que el gaélico no corría ningún peligro mientras se oyeran cosas semejantes en la Verde Erin. Otorgaron fervorosamente un ilustre título académico al caballero, y —lo que no es menos interesante— formaron un pequeño comité de entre sus miembros para realizar un minucioso estudio del habla del aparato con el propósito de encontrarle algún sentido.

Yo no sé si era gaélico o inglés, o un extraño dialecto irregular, lo que había en la antigua narración que el caballero recogió de nosotros aquí en Corca Dorcha, pero lo cierto es que, cualesquiera que fuesen las palabras pronunciadas aquella noche, fue nuestro cerdo errante quien las dijo.

[4] Los *calzones grises de lana* son la única prenda infantil que suele mencionarse en las obras satirizadas en *La boca pobre*, como si para los autores de las mismas los niños no llevaran otra ropa.

[5] Deformación del inglés *What is your name?*: «¿Cómo te llamas?».

[6] Deformación del inglés *Your name is James O'Donnell*: «Te llamas James O'Donnell».

[7] En inglés en el original, cuya posible traducción española, «sempiternamente», suena igual de rara.

[8] En inglés, «¿Cuántos?».

[9] Deformación del inglés *Twelve, sir*: «Doce, señor».

[10] Deformación del inglés *All speak English?*: «¿Todos hablan inglés?».

[11] Deformación del inglés *All speak, sir*: «Todos, señor».

CAPÍTULO IV

LAS IDAS Y VENIDAS DE LOS GAELICISTAS Y LA ESCUELA DE GAÉLICO Y LA CELEBRACIÓN DE UNA FIESTA GAÉLICA EN NUESTRAS TIERRAS Y LOS CABALLEROS DE DUBLÍN Y AFLICCIÓN TRAS EL BAILE

Una tarde estaba yo echado sobre los juncos en el fondo de la casa, meditando sobre los infortunios y males que habían padecido los gaélicos (y que siempre padecerían), cuando el Viejo Canoso apareció en la puerta. Tenía aspecto de estar aterrorizado, presa de violentos temblores en tronco y extremidades, con la lengua descolorida y seca entre los dientes, y sin vigor alguno. Ignoro si se sentó o cayó, pero aterrizó a mi lado en el suelo con un terrible porrazo a cuyo son bailó toda la casa. Entonces se puso a enjugar los goterones de sudor que perlaban su rostro.

—¡Sea usted bienvenido, buen hombre! —dije yo cortésmente—. ¡Tenga usted salud y larga vida! Estaba pensando en el miserable estado en que viven en la actualidad los gaélicos, y también que es evidente que no todos están igual de mal; me doy cuenta de que usted está ahora en una situación peor que la de cualquier otro gaélico desde el origen de la historia del gaelicismo. Parece que le faltan las fuerzas.

—Sí —dijo él.

—¿Hay algo que le preocupe?

—Sí.

—Entonces —le pregunté—, ¿es que esperan nuevas dificultades y calamidades a los gaélicos, y que una vez más se avecina un desastre para esta pequeña isla verde que es la patria de ambos?

El Viejo Canoso exhaló un suspiro y una expresión triste y ausente dominó su rostro, lo que me hizo pensar que estaba meditando sobre la

mismísima Eternidad. Cuando me respondió, tenía secos los labios y la voz apagada:

—Hijito, no creo que moje a nadie la lluvia de esta noche, pues será el fin del mundo antes de que anochezca. Hay abundantes signos de ello por todo el firmamento. Hoy vi el primer rayo de sol que jamás haya descendido sobre Corca Dorcha, un resplandor sobrenatural cien veces más hiriente que el fuego, que bajó deslumbrante de los cielos y cayó sobre mis ojos como la punta de una aguja. Vi también una ráfaga de aire que corría a través de la hierba de un prado y regresaba de nuevo cuando llegaba al otro extremo. Oí chillar en el campo a un grajo con voz de cerdo, oí mugir a un mirlo y piar a un buey. Debo decir que ninguna buena nueva prometen todas esas cosas horribles. Pero por nefastas que parezcan, aun advertí otra que sembró un miedo infernal en mi corazón...

—Querido amigo, lo que me cuenta es sorprendente —le dije con franqueza— y le agradecería que me informara un poco de esa otra señal.

El Viejo permaneció en silencio durante un rato, y cuando por fin salió de ese silencio, no fue hablar lo que hizo, sino susurrar con voz ronca pegado a mi oreja:

—Volviendo hoy a casa desde Fionntrá —dijo— observé que un forastero distinguido y elegante venía hacia mí por el camino. Puesto que soy un gaélico bien educado, allá que me tiré a la cuneta para que el caballero pudiera quedarse con todo el camino para él solo y no hubiera un tipo como yo delante suyo corrompiendo la vía pública. Pero, ¡ah, no hay explicación posible para los milagros del mundo! Cuando llegó a donde yo esperaba humildemente entre la mierda y la porquería del suelo de la cuneta, ¿qué dirías que hizo? ¡Se detuvo, me miró amistosamente y *me habló!*

Exhalé todo el aire que tenía en los pulmones, lleno de sorpresa y terror. Luego me quedé unos instantes mudo de miedo.

—Pero —dijo el Viejo poniendo una trémula mano sobre mi persona, también él casi mudo, pero haciendo los mayores esfuerzos por recuperar el habla—, pero... ¡Espérate! ¡*Me habló en gaélico!*

Al oír todo esto, empecé a sospechar del Viejo. Creí que era cuento lo que decía o que estaba delirando víctima de una intoxicación etílica... Hay cosas que superan los límites de lo creíble.

—Si es verdad eso —le dije finalmente— no viviremos ni una noche más y hoy será sin duda el fin del mundo.

Es, sin embargo, misterioso y desconcertante cómo el ser humano escapa a todos los peligros. Aquella noche llegó puntual y sin contratiempos, y después de todo no sufrimos ningún mal. Otra cosa: a medida que pasaban los días se fue haciendo evidente que el Viejo había dicho la verdad sobre el caballero que se había dirigido a él en gaélico. Ahora era frecuente ver caballeros por los caminos, unos jóvenes y otros de avanzada edad, que se dirigían en torpe e ininteligible gaélico a los pobres nativos, y les hacían perder el tiempo cuando estos iban a trabajar al campo. Estos señores dominaban el inglés, su lengua materna, pero nunca usaban ese noble idioma en presencia de los gaélicos, creo que por miedo a que estos pudieran aprender alguna palabra suelta como medio de defensa contra las dificultades de la vida. Así es como vino a Corca Dorcha por primera vez el grupo que hoy recibe el nombre de «gaelicistas». Estuvieron deambulando un tiempo con pequeños cuadernos de color negro por toda la comarca antes de que la gente descubriera que no se trataba de policías, sino de caballeros que querían conocer el gaélico de nuestros mayores y antepasados. Cada año que pasaba se hacía más numerosa esta grey. Pronto estuvo toda la región salpicada de ellos. Con el paso del tiempo la gente llegó a calcular el comienzo de la primavera, no por la primera golondrina, sino por el primer gaelicista que se veía en los caminos. Cuando venían, traían felicidad, dinero y gran jolgorio; eran criaturas simpáticas y graciosas —que Dios los bendiga—, y no creo que nunca haya nadie como ellos.

Después de que hubieran estado acudiendo a nosotros cosa así de diez años, notamos que su número empezaba a disminuir entre nosotros, y que aquellos que nos eran fieles se instalaban en Galway y en Rann na Feirste y solo hacían visitas de un día a Corca Dorcha. Por supuesto, se llevaban consigo mucho de nuestro buen gaélico cuando se marchaban cada noche, pero eran escasos los peniques que dejaban como gratificación a los pobrecitos que los habían esperado conservando vivo para ellos el gaélico más puro durante mil años. A la gente le resultaba esto difícil de comprender; siempre se ha dicho que la precisión que uno posee en el uso del gaélico (lo mismo que la santidad del alma) es proporcional a la carencia

de bienes terrenales, y puesto que nuestra era la flor y nata de la pobreza y la desgracia, no entendíamos por qué los eruditos prestaban atención al gaélico corrupto y poco afortunado que se podía oír en otras partes. El Viejo Canoso habló de este asunto a un noble gaelicista con quien se encontró.

—¿Con qué motivo y por qué razón —dijo— nos están abandonando los estudiosos? ¿Es acaso que nos han dado tanto dinero en los últimos diez años que han aliviado el hambre de la región y por eso mismo ha declinado nuestro gaélico?

—*Nou kreou ke la palabrra decklinadou aparesca en ningunou de los librous del Padrre Peadar*[12] —dijo educadamente el gaelicista.

El Viejo no respondió a esta frase, pero lo más probable es que dijera algo para sus adentros.

—*Porr la piuerrra el saliou, ¿diria ustett asi esa frase?* —le preguntó el gaelicista.

—Olvídelo, amigo —dijo el Viejo, y dejó allí al otro dándole vueltas en la cabeza a la pregunta aún sin resolver.

A pesar de todo, encontró una solución para aquel problema. Le explicaron —no se sabe quién, pero seguramente fue algún visitante que no dominaba el gaélico— qué era lo que estaba torcido, boca abajo y del revés en Corca Dorcha como centro de estudios. Se trataba de esto:

1. La tempestad del lugar era demasiado tempestuosa.
2. La pestilencia del lugar era demasiado pestilente.
3. La pobreza del lugar era demasiado pobre.
4. La gaelicidad del lugar era demasiado gaélica.
5. La tradición de los viejos era demasiado vieja.

Cuando el Viejo se dio cuenta de lo que sucedía, sopesó mentalmente la cuestión durante una semana. Vio que los estudiosos estaban en peligro de muerte debido al rencor y constante vómito del cielo, y que no podían guarecerse en las casas del pueblo por miedo a la pestilencia y putrefacción de los cerdos. Hacia el final de la semana, le pareció que todo sería más fácil si tuviéramos una Escuela de Gaélico como las que había en los Rosses y Connemara. Reflexionó sobre esta idea durante otra semana, y transcurrido ese tiempo todo quedó claro y preciso en su mente; tendríamos una gran

fiesta gaélica en Corca Dorcha con la que recaudáramos fondos para la escuela. Aquella misma noche visitó a algunas personas respetables de Litirceannain para disponer la organización y los preparativos de la fiesta; antes de que se hiciera de día estuvo con el mismo propósito en la Gran Blasket, y entretanto había enviado implorantes cartas a Dublín sirviéndose de la señora del correo como amanuense. Ni que decir tiene que nunca hubo nadie en Irlanda tan atraído por la causa de la lengua gaélica como el Viejo aquella noche; no es de extrañar que la escuela se construyera en un terreno suyo, un terreno que, en justicia, tasó muy alto cuando le fue comprado. También fue en un campo de su propiedad donde se celebró la fiesta, y percibió el alquiler de dos días por la pequeña parcela en la que se levantó el estrado. Como él decía a menudo, «si caen peniques, procura que caigan en tu propio bolsillo; no incurrirás en el pecado de la codicia si tienes en tu poder todo el dinero».

Sí, siempre recordaremos aquella fiesta en Corca Dorcha, y la diversión que tuvimos mientras duró. La noche anterior al gran día, una cuadrilla estuvo trabajando diligentemente bajo la lluvia para levantar un estrado junto al alero de nuestra casa, mientras el Viejo permanecía sin mojarse, resguardado en el umbral y dirigiendo el trabajo con instrucciones y buenos consejos. Ninguno de aquellos hombres volvió a tener nunca buena salud después del chaparrón y la tormenta de aquella noche, y uno que no sobrevivió fue enterrado antes de que se desmontara el estrado sobre el que había dado su propia vida por la causa de la lengua gaélica. ¡Ojalá que hoy esté sano y salvo en el estrado del Cielo!

Por aquel entonces yo tenía aproximadamente quince años, y era un muchacho triste y enfermizo, con algún diente partido, que crecía tan deprisa que siempre estaba débil y sin salud. Creo que no puedo recordar tantos extranjeros y señores distinguidos reunidos en un mismo punto de Irlanda antes o después de aquella ocasión. Vino un sinnúmero de ellos de Dublín y de la ciudad de Galway, y todos vestían ropas respetables de buena confección; también había unos pocos individuos que no llevaban pantalones, sino enaguas de mujer. Se dijo que lo que llevaban era el atuendo gaélico, y de ser eso cierto, hay que ver lo que se cambia de aspecto como consecuencia de unas palabras gaélicas metidas en la cabeza. Había

hombres ataviados con sencillos vestidos sin ornamentos: creo que estos sabían poco gaélico; otros lucían tanta nobleza, finura y elegancia en sus ropas de mujer que era evidente que hablaban con fluidez el gaélico. Me dio mucha vergüenza que no hubiera ni un solo gaélico verdadero entre nosotros, los habitantes de Corca Dorcha. Aún tenían otra cualidad de la que nosotros carecíamos desde que perdimos la verdadera gaelicidad: no usaban nombres y apellidos, sino títulos honoríficos que cada cual se había autoconcedido inspirándose en el cielo y el aire, la granja y la tempestad, el campo y las gallinas. Había un tipo gordo, torpe de movimientos, y con la cara gris y fofa, que parecía encontrarse entre las defunciones de dos enfermedades mortales, y él mismo se había dado el título de «la Margarita Gaélica». Otro pobre hombre que tenía el tamaño y las fuerzas de un ratón se hacía llamar «el Toro Fornido». Además de los ya mencionados, recuerdo que estaban presentes todos estos caballeros:[13]

El Gato de Connacht
La Gallinita Parda
El Corcel Audaz
El Grajo Vistoso
El Caballero Corredor
Róisín de la Colina
Goll MacMórna
Popeye el Marino
El Obispo Humilde
El Mirlo Melodioso
La Rueda de Máire
El Trozo de Turba
Babóro
Mi Amigo Droma Rúisc
El Remo
El Otro Escarabajo
La Alondra del Cielo
El Petirrojo
El Turno en el Baile

El Ulate[14] de Beandaí
El Zorro Canijo
El Gato de Mar
El Árbol Frondoso
El Viento del Oeste
El Abstemio de Munster
Liam el Marino
El Huevo Blanco
Ocho Hombres
Tadhg el Herrero
El Gallo Morado
La Hacinita de Cebada
El Caso Dativo
Plata
El Tío de las Pecas
El Dolor de Cabeza
El Chico Vivaz
El Conejo Tragón
La Chistera
Seán del Valle
Suyo Afectísimo
El Dulce Besito

El día de la fiesta amaneció frío y tempestuoso, y el chaparrón nocturno continuó sin tregua ni interrupción. Nos levantamos todos con el canto del gallo, y comimos nuestras patatas antes de que saliera el sol. A lo largo de la noche se habían ido reuniendo en Corca Dorcha pobres nativos de todas las regiones de habla gaélica, y a fe mía que era una muchedumbre andrajosa y hambrienta la que pudimos contemplar al levantarnos. Traían en los bolsillos nabos y patatas que devoraban ávidamente en los terrenos de la fiesta, bebiendo a continuación agua de lluvia a modo de salsa. Ya estaba avanzada la mañana cuando llegó la gente de alcurnia, pues sus automóviles se habían retrasado por culpa de las malas carreteras. Cuando estuvo a la vista el primer automóvil, muchos de los pobres se asustaron; salieron

corriendo a grito pelado y se ocultaron entre las rocas, aunque osaron acercarse de nuevo al comprobar que no había nada malo en aquellas grandes máquinas modernas. El Viejo Canoso dio la bienvenida a los nobles gaélicos de Dublín, y les ofreció para beber suero de leche como muestra de aprecio y bebida nutritiva con la que reponer fuerzas tras el viaje. Entonces se retiraron para preparar los detalles de la fiesta y elegir a los diferentes cargos. Cuando acabaron, informaron a la asamblea del nombramiento de la Margarita Gaélica como presidente, del Gato Impetuoso como vicepresidente, del Caso Dativo como interventor, del Viento del Oeste como secretario, y del Viejo Canoso como tesorero. Tras otra ronda de discusiones y conversaciones, el presidente y los otros peces gordos subieron al estrado en presencia del vulgo, y así dio comienzo la Gran Fiesta Gaélica de Corca Dorcha. El presidente colocó un reloj amarillo sobre la mesa que tenía delante, se llevó los pulgares a las sisas del chaleco, y pronunció este discurso genuinamente gaélico:

—¡Gaélicos! —dijo—, mi corazón gaélico se llena de alegría al estar hoy aquí dirigiéndome a vosotros en gaélico en esta fiesta gaélica en el centro del territorio gaélico. Dejadme decir que soy gaélico. Soy gaélico de pies a cabeza, gaélico por los cuatro costados. Asimismo, todos vosotros sois verdaderos gaélicos. Todos nosotros somos gaélicos de puro linaje gaélico. Quien es gaélico siempre será gaélico. Yo nunca he pronunciado (ni vosotros tampoco) una sola palabra que no sea gaélica desde el día en que nací, y lo que es más: todo lo que he dicho ha versado sobre el tema de la lengua gaélica. Si somos verdaderos gaélicos, es necesario que nos ocupemos siempre de la cuestión del gaélico y de la gaelicidad. De nada sirve saber gaélico si lo empleamos para conversar sobre cosas que no son gaélicas. Quienes hablan gaélico pero no se ocupan de la cuestión de la lengua, no son verdaderamente gaélicos en el fondo; personas así no benefician nada al gaelicismo, pues lo único que hacen es burlarse del gaélico e insultar a la gente gaélica. No hay nada en el mundo tan hermoso y tan gaélico como los verdaderos gaélicos verdaderamente gaélicos que hablan en verdadero gaélico gaélico sobre la gaélica lengua gaélica. ¡Por tanto proclamo gaélicamente inaugurada esta fiesta! ¡Arriba los gaélicos! ¡Larga vida a nuestra lengua gaélica!

Cuando este noble gaélico se sentó sobre su gaélico trasero, hubo gran algarabía y todos los asistentes estallaron en aplausos. A muchos de los gaélicos del lugar les flaqueaban las piernas debido a la falta de alimento, y ya desfallecían por estar tanto tiempo de pie, pero no se quejaban. Entonces subió el Gatito Impetuoso, un hombre alto, ancho y fuerte, con la cara de color azul oscuro a causa de lo cerrado de su barba y de la frecuencia con que se afeitaba. Él pronunció otro admirable discurso:

—¡Gaélicos! —dijo—, os doy mi más cordial bienvenida a esta fiesta que celebramos hoy, y deseo para todos y cada uno de vosotros salud, larga vida, abundancia, prosperidad y toda clase de dichas hasta el Día del Juicio y mientras vivan los gaélicos en Irlanda. El gaélico es nuestra lengua vernácula, y por tanto debemos ocuparnos seriamente del gaélico. No creo que los gobernantes se ocupen seriamente del gaélico. No creo que sean gaélicos de corazón. Lo único que hacen es burlarse del gaélico e insultar a las gentes gaélicas. Todos debemos estar firmememe a favor del gaélico. Tampoco creo que la Universidad se ocupe seriamente del gaélico. Los industriales y los comerciantes no se ocupan seriamente del gaélico. ¡A veces me pregunto si es que *alguien* se ocupa seriamente del gaélico! ¡No hay libertad sin unidad! ¡No hay patria sin lengua! ¡Larga vida a nuestra lengua gaélica!

—¡No hay libertad sin Su Majestad![15] —me dijo el Viejo al oído.

Siempre sintió gran veneración por el rey de Inglaterra.

—Me parece —dije yo— que este caballero es gaélico y se ocupa muy seriamente de la lengua gaélica.

—Por lo visto —repuso el Viejo— tiene la cabeza muy bien alimentada.

El público no solo recibió del estrado otro admirable discurso, sino ocho más. Muchos gaélicos cayeron desmayados de hambre y agotados por el esfuerzo de la escucha, y un hombre murió gaélicamente en medio de la multitud. Sí, tuvimos una gran jornada de oratoria en Corca Dorcha aquel día.

Cuando en el estrado se hubo dicho la última palabra sobre el gaélico, el jolgorio y el bullicio de la fiesta comenzaron. El presidente ofreció una medalla de plata como premio para aquel que más seriamente se ocupara del gaélico. Entraron en concurso cinco competidores, que tomaron asiento

sobre un muro. A primeras horas del día comenzaron a hablar gaélico poniendo en ello todo su empeño, sin apenas interrumpir el torrente de palabras y disertando únicamente sobre la lengua gaélica. Jamás oí un gaélico tan rápido, sólido y vigoroso como esta marea que fluía sobre nosotros desde el muro. Durante tres horas o así el parlamento fue melodioso y se podían distinguir unas palabras de otras. Por la tarde, la melodía y el significado habían desaparecido casi por completo de lo que decían, y solo se percibían murmullos sin sentido y gruñidos broncos e incomprensibles. Al llegar la noche, un hombre cayó desmayado, otro se quedó dormido —aun sin callarse—, y a un tercero se lo llevaron a su casa aquejado de una encefalitis que lo mandó al otro mundo antes del amanecer. Con esto, quedaron dos balando lánguidamente sobre el muro, con el chaparrón nocturno cayendo fatalmente sobre ellos. La medianoche llegó antes de que la competición tocara a su fin. De pronto, uno de los hombres interrumpió el ruido incoherente que había estado emitiendo, y el otro recibió la medalla de plata junto con un admirable discurso del presidente. El que no alcanzó la victoria no ha vuelto a hablar desde aquella noche, y es seguro que ya no volverá a hablar nunca más.

—Todo el gaélico que tenía en la cabeza —dijo el Viejo Canoso— lo ha soltado esta noche.

Por lo que respecta al granuja que ganó la medalla, prendió fuego a su casa —estando él dentro— justo un año después de la fiesta, y no se los volvió a ver —ni a él ni a su casa— tras el incendio. Donde quiera que hoy habiten, en Irlanda o en las alturas, ojalá que estén sanos y salvos los cinco hombres que compitieron por la medalla aquel día.

Ocho más perecieron el mismo día a consecuencia del exceso de baile y la escasez de comida. Los caballeros de Dublín habían dicho que no había danza tan gaélica como la Danza Larga, que era gaélica por ser larga, y verdaderamente gaélica por ser verdaderamente larga. Sin duda, la más larga Danza Larga que jamás se haya bailado no tiene ni comparación con el esfuerzo que realizamos aquel día en Corca Dorcha. El baile siguió hasta que a los bailarines se les escapó la vida por las plantas de los pies. Y ocho abandonaron este mundo en el transcurso de la fiesta. Entre la fatiga de la juerga y el hambre que siempre hemos tenido, no pudimos auxiliarlos

cuando cayeron sobre la pedregosa pista de baile, y a fe mía que fue breve su estancia sobre ese suelo, pues se fueron derechos a la Eternidad.

Aunque la muerte se iba llevando a muchos de nuestros mejores hombres, las danzas de la fiesta proseguían tenaz e ininterrumpidamente porque a todos nos daba vergüenza no aparecer como fervorosos defensores del gaélico a los ojos del presidente. En toda la extensión que podía abarcar la vista de este a oeste, había hombres y mujeres, jóvenes y viejos, bailando, brincando y dando vueltas desesperadamente, de tal manera que recordaban al mar en una tarde de viento.

Una singular anécdota aconteció a la puesta de sol, cuando ya la gente llevaba el día entero bailando y todos tenían las plantas de los pies despellejadas. El presidente tuvo la amabilidad de conceder una pausa de cinco minutos, y todo el mundo se desplomó con gratitud en el húmedo suelo. Tras la pausa se anunció el «Reel de las ocho manos»,[16] y observé claramente cómo el caballero a quien llamaban Ocho Hombres daba impetuosos tragos a una botella que se había sacado del bolsillo. Al anunciarse el «Reel de las ocho manos», arrojó la botella y avanzó en solitario hacia la pista. Otros le siguieron para abrir el baile, pero él los amenazó irritado, gritó que se fueran a paseo y atacó violentamente con un zapato a todo el que se le acercó. No pasó mucho tiempo antes de que estuviera seriamente enloquecido, y no se apaciguó hasta que recibió el terrible impacto de una gran piedra en la nuca. Nunca vi a nadie tan audaz, arrogante e indómito antes de recibir el impacto, ni tan apacible y tranquilo después de que la piedra fuera lanzada por el Viejo Canoso. Sin duda, es frecuente que unas pocas palabras lleven a un hombre por mal camino.

Por lo que a mí respecta, no paré hasta hacerme con la botella mágica que Ocho Hombres había tirado. Todavía quedaba un buen sorbo, y para cuando me llegó al estómago el mundo había sufrido un notable cambio. El aire era dulce, había mejorado mucho el aspecto del lugar, y hasta la misma lluvia producía un sincero placer. Me senté en una cerca y canté una canción gaélica lo más alto que pude, acompañando la melodía con el tintineo de la botella vacía contra las piedras. Cuando terminé la canción y miré a mis espaldas, vi nada más y nada menos que a Ocho Hombres, tirado junto a la cerca sobre el estiércol y sangrando profusamente por el agujero que la

piedra le había abierto. Si estaba vivo, no parecía que la vida que quedaba en él fuera muy vigorosa, y yo era de la opinión de que se encontraba en inminente peligro de desaparición. «Si va a marcharse de nuestro lado —dije para mis adentros—, no dejaré que se lleve al más allá ninguna otra botella aún por beber». Salté la cerca, me agaché y deslicé mis dedos inquisitivamente por el cuerpo del caballero. No tardé en encontrar otro botellín de ardiente agua,[17] y debo decir que no me detuve ni un instante hasta que estuve en un lugar apartado abrasándome la garganta con aquel aceite de sol. Sin duda, yo no tenía mucha práctica como bebedor en aquellos tiempos, y ni siquiera sabía qué era lo que me traía entre manos. No me fue demasiado bien el aprendizaje, la verdad. Está claro que mis sentidos se trastornaron. La cosa fue de mal en peor, y aún peor todavía, y no tardé en encontrarme peor que peor. Entonces, para colmo de males, el peor mal de males cayó sobre mí, dejándome en tinieblas y deteniendo el curso de la vida. No sentí nada más durante un rato, no vi nada ni oí un solo sonido. Sin que yo me diera cuenta, la Tierra seguía girando en su órbita por el firmamento. Transcurrió una semana hasta que descubrí que aún me quedaba un átomo de vida, y quince días más hasta que supe con certeza que estaba vivo. Tardé seis meses en recobrar me de la dolencia que la aventura de aquella noche me había proporcionado, ¡Dios nos guarde! Me perdí el segundo día de fiesta.

No, no creo que nunca pueda olvidar aquella fiesta gaélica que tuvimos en Corca Dorcha. En el curso de la misma murieron muchos hombres —nunca habrá nadie como ellos—, y de haber continuado otra semana es seguro que hoy no quedaría nadie vivo en Corca Dorcha. Aparte del mal que contraí por culpa de la botella, y de las extrañas visiones sobrenaturales que tuve, otra cosa marcó para siempre el día de la fiesta en mi memoria: a partir de aquel día, el Viejo tuvo un reloj amarillo.

[12] En el original el gaelicista habla un grotesco gaélico con acento inglés, que aparece reflejado en la ortografía.

[13] La lista es un revoltijo de títulos de canciones tradicionales, personajes de la mitología irlandesa y disparates varios, con múltiples connotaciones cómicas que lamentablemente escapan al lector español.

[14] Persona de Ulster.

[15] En el original, *Ní saoirse go Séoirse*, que literalmente significa «No hay libertad sin Jorge». Se ha sustituido en la traducción el nombre de este rey por «Su Majestad» para mantener con la rima el juego de palabras del irlandés.

[16] *Reel*: danza rápida de Escocia e Irlanda.

[17] La palabra «agua» es ambigua en este contexto, pues en gaélico es *uisce*, mientras que *uisce beatha* (literalmente «agua de vida») da nombre al *whiskey*. Lo mismo sucede en posteriores capítulos.

CAPÍTULO V

DE CAZA EN LOS ROSSES T LA BELLEZA Y LOS PRODIGIOS DE AQUELLA TIERRA T
FERNANDO Ó RÚNASA, EL VIEJO NARRADOR T MI PASEO NOCTURNO T ME PERSIGUE LA
BESTIA MALIGNA T A SALVO DEL PELIGRO

Érase una vez que las patatas estaban empezando a escasear en nuestra casa, y la sombra del hambre nos preocupaba, cuando el Viejo Canoso dijo que había llegado el momento de que saliéramos a cazar si es que queríamos mantener el alma dentro del cuerpo, en vez de dejarla volar por el firmamento como los melodiosos pajaritos.

—No es bueno que las personas vivan unas a la sombra de otras —dijo— si lo único que tienen es sombras. Jamás he oído que la sombra de alguien resultara efectiva como defensa contra el hambre.

Desde luego, no me llenaron de júbilo estas palabras. Por aquel entonces yo tenía casi veinte años, y era una de las personas más vagas y perezosas de cuantas vivían en Irlanda. No había tenido experiencia alguna de lo que era el trabajo, ni tampoco inclinación por él, desde que nací. Jamás había trabajado en el campo. Yo opinaba que todo lo relativo a la caza era especialmente penoso: un continuo recorrer lo más apartado de las colinas, un continuo acecho tirado sobre la hierba mojada, una continua búsqueda, un continuo esconderse, un continuo cansancio. No me importaría no haber cazado nunca en mi vida.

—¿Dónde cree usted, señor —pregunté—, que se encuentra la mejor caza de Irlanda?

—Hijito, chiquitín mío —me respondió—, es en los Rosses, en Tír Chonaill, donde está la mejor caza, y todo en aquella región es igualmente bueno.

Casi se me pasó el abatimiento cuando me enteré de que nos íbamos de

viaje a los Rosses. Nunca había estado en aquella parte del país, pero tanto había oído hablar de ella al Viejo que durante mucho tiempo tuve grandes deseos de conocerla: si hubiera podido elegir, no sé si habría preferido visitar el Cielo o los Rosses. Por lo que contaba el Viejo, podría creerse que traía más cuenta ir a los Rosses. No está de más decir que este caballero había nacido en los Rosses.

Según le había oído decir, en su juventud fue el mejor mozo de los Rosses. En lo que respecta a saltar, saquear, pescar, cortejar, beber, robar, pelear, desjarretar, correr, maldecir, jugar a las cartas, moverse en la noche, cazar, bailar, fanfarronear y pegar palos, no había nadie en la región que pudiera comparársele. Él solo fue quien mató a Martyn en Gaoth Dóbhair en 1889, cuando dicho individuo pretendió llevarse al padre Mac Pháidín a Derry; él solo fue quien mató a lord Leitrim cerca de Cratlach en 1875; él solo fue quien escribió en gaélico por vez primera su nombre en un carro, por lo cual fue procesado en aquella histórica ocasión; él solo fue quien fundó la Liga Campesina, el movimiento feniano y la Sociedad para la Lengua Gaélica. Sí, su vida había sido dilatada y activa, y de gran utilidad para Irlanda. Si no fuera porque nació en el tiempo en que nació y llevó la vida que llevó desde que vino al mundo, hoy nos faltarían temas de conversación en este país.

—¿Vamos a buscar conejos? —dije yo muy educadamente.

—No —respondió él—, o si prefieres: de ninguna manera.

—¿Cangrejos o langostas?

—Ni mucho menos.

—¿Cerdos salvajes?

—Ni son cerdos ni son salvajes.

—Si es así, señor —le dije—, vámonos, que no le haré de momento ninguna pregunta más, ya que no está usted muy hablador.

Dejamos a mi madre medio dormida sobre los juncos, y allá que nos marchamos en dirección a los Rosses.

Por el camino encontramos a un hombre de los Rosses que se llamaba Jams O'Donnell, y lo saludamos cortésmente. Se paró delante de nosotros, recitó el Canto de las Victorias, dio con nosotros los tres pasos de caridad, se sacó unas tenazas del bolsillo y las arrojó detrás de nosotros. Por si fuera poco, tenía aspecto de llevar una botella de más de una pinta en el bolsillo, y

de haber dado palabra y mano a una muchacha de Gleann Domhain. Vivía en un rincón del valle a mano derecha según se va al oeste por el camino. [18] Sin duda, era un nativo de Ulster como los que aparecen en los buenos libros, uno de los revoltosos que siempre ha habido en esa región.

—¿Está usted bien del todo? —le preguntó el Viejo.

—*Nada más que regular* —dijo Jams—, *pero no hablo gaélico; solo gaélico de Ulster.*[19]

—¿Estuvo usted en la fiesta de Corca Dorcha, caballero? —le pregunté.

—*No, estaba de juerga en Escocia.*

—Creí haberle visto entre la multitud que se congregó a la entrada del recinto de la fiesta.

—*No, no estuve entre la multitud de la entrada, capitán.*

—¿Ha leído usted *Séadna*?[20] —le preguntó amablemente el Viejo.

Seguimos charlando alegre y educadamente durante largo rato, comentando las novedades del día y las dificultades de la vida. De lo que dijeron ellos dos pude reunir mucha información sobre los Rosses y sobre la mala situación de la gente de allí, todos descalzos y sin medios de vida. Unos estaban siempre en apuros, otros de juerga en Escocia. En cada cabaña había: (1) por lo menos un hombre joven al que llamaban el Tahir, un zascandil que pasaba buena parte de su vida de juerga en Escocia, jugando a las cartas y al billar, y dándole al tabaco y al alcohol en las tabernas; (2) un anciano decrepito que se pasaba el día en la cama junto a la chimenea, y que se levantaba todas las noches a la hora en que llegaban las visitas para meter sus dos patas en los rescoldos, aclararse la garganta, encender su pipa y contar historias sobre los malos tiempos; (3) una linda mocita llamada Nuala, o Babaí, o Nábla, o Róise, a la que venían a cortejar todas las noches hombres con botellas de más de una pinta, uno de los cuales quería casarse con ella. No se sabe por qué, pero así era. Quien crea que no digo la verdad, que lea los buenos libros (o los *buenos libros*).[21]

Finalmente llegamos a los Rosses, después de haber recorrido gran parte de la corteza terrestre. Desde luego, era una región alegre aunque hambrienta. Por primera vez desde que nací, contemplé un paisaje que no estaba empapado por las copiosas lluvias. En todas direcciones, el colorido del firmamento era un regalo para la vista. Una suave y dulce brisa nos

pisaba los talones y nos ayudaba al andar. Arriba en el cielo había una gran lámpara amarilla a la que llamaban el Sol, arrojando luz y calor sobre nosotros. Muy en la distancia había grandes montañas azules que se alzaban al este y al oeste, vigilándonos. Un ágil riachuelo seguía de cerca a la carretera. Estaba oculto en el fondo de la cuneta, pero sabíamos de su presencia por el suave murmullo que proporcionaba a nuestros oídos. A ambos lados se extendían pardinegros campos de turba, aquí y allá salpicados de rocas. No pude encontrar defecto alguno a los Rosses, ni siquiera a uno de ellos. Tan bello era un Ross como el otro.

Por lo que respecta a la caza, el Viejo ya estaba metido de lleno en ella antes de que yo pudiera darme cuenta de que el aspecto del paraje sugería que era apropiado para cazar, o de que el Viejo estaba sobre la pista. De pronto saltó por encima de una cerca, y yo seguí sus pasos. Ante nosotros apareció una casa de piedra en un pequeño prado. En un abrir y cerrar de ojos el Viejo forzó una ventana y desapareció de mi vista en el interior de la casa. Me quedé unos instantes considerando lo sorprendente que es la vida, y entonces, cuando ya estaba a punto de seguirlo ventana adentro, salió él con la misma rapidez.

—Aquí siempre ha habido buena caza —me dijo. Abrió el puño, y quién hubiera podido imaginar lo que guardaba: cinco chelines de plata, un bonito y elegante collar de señora y un pequeño anillo de oro. Se metió todo aquello en un bolsillo interior con gran satisfacción, y me hizo emprender con él la marcha a toda prisa.

—Esa casa pertenece al maestro Ó Bónasa —dijo—, y rara vez he salido de ella con las manos vacías.

—Si es así, señor —le dije ingenuamente—, ¿no es extraño lo que ocurre en el mundo hoy día, e irregular la caza que estamos practicando?

—Aunque así sea —dijo aquella sagaz criatura—, este es buen momento.

Al llegar a otra casa con tejado de pizarra, el Viejo se coló de nuevo, y volvió a salir un rato después con un gran puñado de monedas de cobre que había encontrado en una taza sobre el aparador; en otra casa robó una cuchara de plata, y en una tercera cogió abundantes víveres con los que repusimos fuerzas tras la caminata y el agotamiento de la jornada.

—Entonces —dije finalmente—, ¿no hay nadie vivo en esta región, o es

que nos han dejado todos para irse a la remota América? Sea cual sea la explicación de lo que pasa en esta parte del mundo, todas las casas están vacías, y la gente fuera.

—No hay duda, oh hijito pequeñín —dijo el Viejo—, de que no has leído los buenos libros. Ahora está atardeciendo, y según el destino literario hay una tempestad frente a la costa, los pescadores corren peligro en el mar, la gente está congregada en la playa, las mujeres se lamentan, y una pobre madre grita: «¿quién salvará a mi Mici?». Así es como siempre han estado los gaélicos al caer la noche en los Rosses.

—Son increíbles —dije— las cosas que ocurren en el mundo hoy día.

Y vaya si lo eran. Después de haber estado cazando y robando de casa en casa, por fin llegamos a una alta colina desde la que se divisaba la orilla del mar al oeste, donde las grandes olas espumosas llegaban a tierra. Disfrutábamos de un tiempo apacible en la cima de la colina, pero era patente por el aspecto enfurecido del océano que la gente de abajo sufría un gran vendaval, y que debía de ser desagradable la situación del pescador que se encontraba en medio del oleaje. No pude ver a las mujeres que estaban lamentándose en la playa debido a la gran distancia que nos separaba, pero no cabe duda de que estaban allí.

Estuvimos sentados sobre una roca, el Viejo Canoso y yo, hasta que descansamos. Los bolsillos y las ropas del Viejo estaban repletos de lo que había robado, por no mencionar los valiosos objetos que llevaba en las manos y bajo el brazo. Verdaderamente había conseguido buena caza aquel día, y lo cierto es que nuestra visita no había resultado beneficiosa para los habitantes de los Rosses. El Viejo me pidió que cargara con parte del botín.

—Ahora iremos —me dijo— a la cabaña de mi amigo Fernando Ó Rúnasa, en Cill Aodha, donde me quedaré a pasar la noche, y tú volverás a casa después de haber tomado una patata y leche fresca. Yo cogeré el carrito de Fernando y mañana estaré de vuelta en casa con todo lo que me he agenciado hoy gracias a la cacería.

—Muy bien, señor.

Y allí fuimos. Fernando residía en una casita encalada, situada en un rincón del valle a mano derecha según se va al oeste por el camino. Tuvimos un gran recibimiento gaélico. Fernando era un anciano decrepito que vivía

solo con su hija Nábla (una muchacha pequeña, linda y bien proporcionada), y con una anciana (no se sabía si era su mujer o su madre) que llevaba veinte años agonizando en la cama junto a la chimenea y seguía sin marcharse al otro barrio. Tenía un hijo que se llamaba Mici (apodado «el Tahir»), pero estaba de juerga allá en Escocia.

Escondieron las mercancías del Viejo —era evidente que estaban acostumbrados a ese tipo de actividad—, y a continuación nos sentamos todos para dar buena cuenta de las patatas. Tras acabar con la pitanza, el Viejo Canoso le comentó a Fernando que yo era un joven sin mucha experiencia de la vida, y que jamás había escuchado a un viejo narrador auténtico contar viejas narraciones auténticas a la usanza tradicional gaélica.

—Por eso, Fernando, estaría muy bien que nos contaras una historia, si no te importa.

—Con gusto contaría una historia —dijo Fernando—, solo que no es apropiado que un viejo narrador que se precie cuente historias sin antes instalarse cómodamente junto al fuego y meter sus dos patas en los rescoldos; pero donde estoy sentado queda a un buen trecho del fuego, y el reuma no me permitirá levantarme ni acercar mi silla al hogar. Fueron ese par de malvados, el demonio y el Gato de Mar, quienes me trajeron el reuma, ¡mal rayo los parta!

—No te preocupes —replicó el Viejo—, yo os acercaré a ti y a la silla.

Dicho y hecho. Ó Rúnasa, el viejo narrador, fue trasladado al amor de la lumbre, y todos nos sentamos alrededor para calentarnos, aunque la noche no era fría en absoluto. Yo miré con curiosidad al narrador. Acomodó ceremoniosamente su cuerpo en la silla, colocó su trasero con cuidado, metió sus dos patas en los rescoldos, encendió la pipa y, cuando se encontró a gusto, se aclaró la garganta y comenzó a soltarnos esta historia:

—Cuando yo era un niño entre cenizas, no sabía, ni tampoco sabían Pats ni Micilín, ni Nora la del Pelo Rizado, hija de Néllí la Grande y nieta de Peadar el Joven, por qué razón le llamaban el Capitán. Sin embargo, tenía aspecto de haber pasado buena parte de su vida en el mar. Parecía que solo le gustaba su propia compañía, pues vivía solo en una pequeña casa encalada, situada en un rincón del valle a mano derecha según se va al este

por el camino, y, caramba, la gente del lugar rara vez le ponía la vista encima. Tenía un aire distante y reservado, y a menudo oí decir que su vida estaba marcada por una gran vergüenza sin nombre. Se contaba que había pasado buena parte de su vida de juerga en Escocia, que cuando era joven solía beber algo más que agua y suero de leche, y que no siempre era bueno lo que hacía cuando estaba bebido, pues era un tipo irritable y agresivo incapaz de contener esos ataques de ira que todo el mundo sufre de vez en cuando. Por lo demás, era educado y amable con quien lo merecía, o al menos eso es lo que he oído. Corrían muchas historias y rumores acerca de él. Se contaba que había sido cura en Escocia, pero que se apartó del buen camino y lo echaron de la Iglesia. Otros contaban que cuando era joven mató a un hombre en una taberna, y que había llegado a los Rosses huyendo de la justicia. Cada cual tenía su propia versión.

»Pues bien, llegó la Noche del Gran Viento.[22] Había mar gruesa y, como de costumbre, los pobres pescadores corrían peligro a la entrada del puerto intentando llegar a tierra. Madres y esposas contemplaban atormentadas a los pobres hombres abandonados sobre una roca, la barca destrozada en las aguas, y las terribles olas sin número que a cada instante amenazaban con ahogarlos precipitándose desde la oscuridad de la noche y arrojando grandes montones de algas sobre la negra superficie de las rocas. Las enormes olas asesinas salpicaban a las mujeres que miraban desde la playa, dejándolas completamente empapadas. El grito de una madre se alzó sobre el rugir del viento: «¡Oh, oh, oh! ¿Quién salvará a mi Páidí?».

»Yo no esperaba, ni tampoco esperaban Pats ni Micilín, ni Nóra la del Pelo Rizado, hija de Néllí la Grande y nieta de Peadar el Joven, la respuesta que obtuvo la súplica de la mujer. Alguien se movió tras la multitud: era el Capitán, que avanzó de un salto. Se quitó la chaqueta, y pronto estuvo en el agua antes de que nadie pudiera hacerle entrar en razón. «¡Ay! —gritó la gente—, ¡otro pobre hombre que va a morir!».

»Bueno, hubo lucha y esfuerzo, y padecimiento, y vida y muerte, aquella noche en el mar; pero para no alargar demasiado la historia, diré que el Capitán logró subir a la roca, y ató a los dos hombres que allí estaban con el cabo que llevaba alrededor y, Dios nos libre del mal, los tres fueron remolcados a tierra. Parece ser que el Capitán resultó herido aquella noche,

pues al día siguiente lo encontraron muerto en su cama.

»Fue en el velatorio donde me enteré de toda la historia.

»Cuando era joven y estaba de juerga en Escocia, el Capitán mató a un hermano de uno de los hombres que estaban sobre la roca, y a la hermana del otro. Allí pasó veinte años en la cárcel antes de venirse a vivir solo a la casita del rincón del valle. Cualquiera que fuera el pecado que pesaba sobre su alma, es seguro que lo lavó con la valerosa hazaña que realizó aquella noche, y lo compensó con creces antes de morir. Es asombroso cómo el destino nos conduce en esta vida de las malas obras a las buenas, y luego a las malas otra vez. Sin duda, fue el Gato de Mar quien llevó al Capitán a matar a los dos primeros, y algún otro poder el que le permitió salvar a los otros dos que estaban a las puertas de la muerte. Hay muchas cosas que no comprendemos y nunca podremos comprender.

El narrador terminó de hablar, y el Viejo y yo le dimos calurosamente las gracias por la hermosa historia que había contado.

Para entonces había empezado a oscurecer, y me pareció que ya era hora de emprender el largo camino que llevaría mis pasos a Corca Dorcha. Cuando estaba a punto de despedirme, unos golpes educados y verdaderamente gaélicos sonaron en la puerta, y entraron un par de hombres que yo no conocía. No hicieron falta muchas palabras para que me diera cuenta de que uno de ellos había dado palabra y mano a Nábla la derizada cabellera, quien ahora se encontraba reposando en el fondo de la casa, y de que traían una botella de más de una pinta para cerrar convenientemente el trato. Dije cariñosamente adiós a Fernando y al Viejo, y partí bajo el cielo nocturno.

Ya era de noche en los Rosses, pero me pareció que en algo había cambiado el aspecto del mundo. Llevaba un buen rato fuera cuando comprendí exactamente qué había de peculiar a mi alrededor. La tierra estaba seca, y ningún chaparrón caía sobre mí. Saltaba a la vista que en nada se parecían los Rosses y Corca Dorcha, pues en esta no había noche sin que un chaparrón cayera sobre nosotros desde el cielo. Aquí la noche era extraña y antinatural, pero, sin duda, también tenía su encanto.

El Viejo me había explicado antes el camino a Corca Dorcha, así que avancé decididamente. Las estrellas arrojaban su luz sobre mí; el terreno era

llano bajo mis pies, y el aire de la noche un fresco condimento que me despertaba el hambre de patatas. Podríamos vivir tres meses por todo lo alto con lo que mi compinche había robado aquel día. Iba silbando una cancioncilla mientras caminaba. Anduve cinco millas a lo largo de la costa, y luego tierra adentro hacia el este dejándome llevar por caprichosos caminos secundarios. Durante una hora, el rumor del mar estuvo presente en mis oídos, al tiempo que el olor salado de las algas invadía mi nariz; pero aunque atravesaba campos del litoral en ningún momento vi el agua. Cuando estaba a punto de separarme del mar, la senda me condujo a lo alto de un acantilado, y me detuve un rato a mirar desde allí. Abajo había una vasta playa arenosa; blanca, donde las pequeñas olas llegaban dóciles y silenciosas a tierra; accidentada y turbulenta cerca de mí al pie del acantilado; llena de irregulares peñascos cubiertos de una melena de hierbas marinas e iluminados por pequeñas lagunas que brillaban en el crepúsculo y aguardaban con paciencia la llegada de la pleamar. Todo era tan sereno y apacible en aquel lugar, que me senté para disfrutar del momento y dar a mis huesos la oportunidad de descansar un poco.

Mentiría si dijera que no eché una cabezadita, pero de repente hubo una gran explosión en medio del silencio y, como es natural, pronto volví a estar bien despierto y en guardia. Quienquiera que fuese el demonio u hombre que estaba por allí, me pareció que debía de encontrarse a unas doscientas yardas a mi izquierda, en la escarpada zona a la sombra del acantilado y oculto donde nadie pudiera verlo. Nunca había oído un ruido tan insólito y misterioso. En parte era sonoro como si una piedra cayera sobre otra; en parte, sordo como si una pesada vaca cayera en una charca. Permanecí inmóvil a la escucha, profundamente aterrorizado. Ahora no había más sonido que el que suavemente producía el agua abajo en la playa. Sin embargo, aún percibí algo más. El aire se había vuelto fétido con un rancio olor a podredumbre que me sacudió las fosas nasales. Me sentí embargado por el miedo, la nostalgia y el asco. ¡El olor y el ruido estaban relacionados! Deseé con todas mis fuerzas estar a salvo en mi hogar, durmiendo con los cerdos allá en el fondo de la casa. Me sentí desamparado, solo como estaba en aquel lugar y amenazado por aquella cosa maligna y desconocida.

No sé si fui entonces curioso o atrevido, pero tuve el impulso de

averiguar a qué me enfrentaba y comprobar si existía alguna explicación natural para el ruido y el mal olor que había sentido. Me levanté y me dirigí hacia el oeste, hacia el este luego, y más tarde al norte, sin detenerme hasta que descendí a la arena de la playa, blanda y húmeda bajo mis pies. Me acerqué con cautela al lugar donde se había producido el sonido. Ahora el hedor era verdaderamente intenso, y empeoraba a cada paso que yo daba. A pesar de todo, seguí adelante, rezando para que no me abandonara el valor. Una nube había cubierto las estrellas, y durante un tiempo no fue demasiado fácil distinguir el aspecto del terreno. Súbitamente, mi vista se posó en cierta sombra más negra que las otras que estaban al pie del acantilado, y el mal olor me acometió de tal manera que me revolvió el estómago. Allí mismo me detuve para serenarme y sacar fuerzas de flaqueza, pero antes de que tuviera ocasión de hacerlo la cosa negra se movió de donde estaba. A pesar de lo mucho que me atemoriqué en aquel momento, mis ojos vieron con claridad todo cuanto había ante ellos. Un gran animal de cuatro patas se había incorporado, y ahora se alzaba en medio de las rocas arrojando andanadas de una intensa y horrible pestilencia alrededor. Pensé al principio que se trataba de una foca extremadamente voluminosa, pero pronto sus cuatro patas me hicieron descartar esta idea. Entonces aumentó levemente el tenue resplandor del cielo, y vi que una cosa peluda, grande y robusta me hacía compañía aquella noche, y que bajo su gris pelaje unos ojos enrojecidos y crispados me miraban fijamente llenos de ira. La oscuridad estaba corrompida por su aliento, y mi salud se deterioraba a toda velocidad. De pronto, la cosa maligna se agitó y soltó un gruñido, y me di cuenta de que se disponía a atacarme e incluso devorarme. Jamás he oído una palabra gaélica que designe el miedo que sentí. Un violento temblor se apoderó de mis huesos desde la cabeza a los pies, apenas me latía el corazón, y abundante sudor frío manaba de mi cuerpo. Llegado ese momento, creí que no sería larga mi estancia sobre el verde suelo irlandés. Nunca he estado en una posición tan poco saludable como aquella noche junto al gran océano. Un miedo amargo y seco, un temor callado, vergonzoso y cobarde me invadió de repente. Hubo en mi interior una tempestad de sangre, un torrente de sudor y una gran agitación mental. Un nuevo ladrido brotó de aquel demonio gris. Al mismo tiempo, un fuerte impulso se adueñó de mis

pies, una agilidad sobrenatural que me trasladó veloz como el viento sobre el áspero terreno en que me encontraba. La cosa aquella me perseguía. Su tos y la podrida pestilencia venían tras de mí mientras me desplazaba sobre la maravillosa tierra de Irlanda.

Para cuando pude recobrar la percepción y la comprensión del mundo, ya había recorrido un largo camino. No quedaba ni rastro del gran mar de algas y arena, y el espíritu maligno había dejado de perseguirme. Me hallaba a salvo de aquel demonio sin nombre. No me había herido ni devorado, pero, a pesar de mi gran cansancio, no abandoné la desenfrenada carrera hasta que estuve de nuevo sano y salvo en Corca Dorcha.

Al día siguiente regresó el Viejo Canoso con el fruto de su caza. Le dimos una afectuosa bienvenida y nos sentamos a comer patatas. Cuando todos los habitantes de la casa, lo mismo personas que cerdos, tuvieron bien llenos de patatas sus cuerpos, me llevé aparte al Viejo y le hablé al oído. Le dije que mi estado de salud no era bueno después de la noche que había pasado.

—¿Es que estuviste bebiendo, hijito, o es que anduviste de caza nocturna? —me preguntó.

—De verdad que no, señor —le respondí—, lo que pasó es que una cosa gris con cuatro patas me persiguió. No conozco ninguna palabra gaélica para designarlo, aunque seguro que no era nada bueno. Ignoro cómo me las arreglé para escapar, pero el caso es que aquí estoy ahora, y eso ya es un gran triunfo para mí. Sería una vergüenza dejar este mundo estando como estoy en la flor de la vida, porque nunca habrá nadie como yo.

—¿Y eso te pasó en Donegal, mi alma?

—Sí.

Una sombra de preocupación cubrió el rostro del Viejo.

—¿Serías capaz de pintarme en un papel la forma de esa cosa salvaje?

El recuerdo de la noche anterior estaba tan claramente grabado en mi memoria que no tardé mucho en hacer un dibujo de la criatura cuando tuve el papel. Así era:[23]



El Viejo examinó atentamente la figura, y su semblante se oscureció.

—Si es así, hijo mío —dijo asustado—, es una excelente noticia que estés hoy vivo y a salvo entre nosotros. ¡Lo que viste anoche es el Gato de Mar! ¡El Gato de Mar!

El color desapareció de mi cara cuando oí el terrible nombre pronunciado por el Viejo.

—Seguramente —dijo— acababa de salir del mar para ocasionar algún daño en la zona de los Rosses, pues a menudo ha sido visto en aquella región atacando a los pobres y prodigando la muerte y la desgracia entre ellos. Su nombre siempre está allí en boca de la gente.

—¿El Gato de Mar...? —dije yo. Apenas si me sostenían mis debilitadas piernas.

—El mismo.

—¿Es que nunca nadie ha visto al Gato de Mar antes que yo? —le pregunté con voz apagada.

—Creo que sí que lo han visto —respondió—, pero no han podido contarlo. No sobrevivieron.

Hubo una breve pausa en nuestra conversación.

—Me voy a los juncos —dije cuando recuperé el habla—. Lo dejo con la pipa.

-
- [18] Se alude aquí a elementos que aparecen en la obra del escritor Séamus Ó Grianna, más conocido como Máire.
- [19] Las intervenciones de este personaje aparecen en el original con abundantes formas dialectales del gaélico de Ulster. De aquí que aparezcan con letra cursiva en la traducción.
- [20] *Séadna*: título de la famosa obra de P. O'Leary, uno de los «buenos libros» que inspiran el extraño comportamiento de este Jams O'Donnell.
- [21] *Buenos libros*: en el original, imitando la pronunciación inglesa de Ulster (*guid buiks*).
- [22] *Noche del Gran Viento*: expresión utilizada para designar en particular la noche del 6 de enero de 1839. En general, noche muy tempestuosa.
- [23] El amable lector se dará cuenta de que hay un enorme parecido entre la silueta del Gato de Mar tal como la dibujó Ó Cúnasa y la de este pequeño país que es patria de todos nosotros. Hay muchas cosas en la vida que no comprendemos, pero no carece de importancia el que compartan la misma forma el Gato de Mar e Irlanda, y que ambos tengan el mismo destino aciago, las mismas dificultades y la misma mala fortuna que tenemos nosotros. (*N. del A.*)

CAPÍTULO VI

ME HAGO HOMBRE T LA FIEBRE DEL MATRIMONIO T EL VIEJO CANOSO Y YO DE NUEVO EN
LOS ROSSES T MUERTE Y DESGRACIA

Cuando me hice hombre (pero no robusto ni viril) un día descubrí que no sucedía conmigo lo mismo que con aquellos de Corca Dorcha que eran mis contemporáneos y habían crecido en mi compañía. Ellos estaban casados y tenían numerosos hijos. Sin duda, algunos de estos niños ya iban al colegio y recibían del maestro el nombre de *Jams O'Donnell*. Yo no tenía esposa, y me parecía que esa era la razón por la que nadie me respetaba. Con esa edad no conocía las cosas básicas de la vida, no tenía idea de nada. Creía que los niños caían del cielo, y que lo único que necesitaba quien quisiera tenerlos era buena suerte y un terreno bastante extenso. Sin embargo, tenía ligeras sospechas de que las cosas no sucedían de este modo. Había personas — viejos inútiles— con grandes propiedades de tierra que no tenían ningún hijo, mientras que otros que no poseían tierra ni para una gallina tenían la casa llena de pequeñajos. Me pareció razonable plantear esta cuestión al Viejo Canoso.

—¿Con qué motivo y por qué razón —le pregunté un día— no estoy casado?

—Con paciencia se gana el cielo —respondió.

No dijimos nada más en aquella ocasión, pero me pasé un mes considerando tranquilamente el tema tumbado sobre los juncos en el fondo de la casa. Me di cuenta de que los hombres siempre se casan con las mujeres, y las mujeres con los hombres. Aunque a menudo oí que Máirtín Ó Bánasa me llamaba «pobre criatura» en presencia de mi madre, yo opinaba

que muchas mujeres me aceptarían de buena gana.

Un día que iba por el camino, encontré a una dama de la parte alta de Corca Dorcha. Me saludó discretamente, y yo le dirigí unas palabras.

—Señorita —le dije—, he alcanzado la edad adulta, y ya ve usted que no tengo familia. ¿Habría alguna posibilidad, graciosa y gentil señorita, de que usted se casara conmigo?

No recibí respuesta ni amable despedida, sino que desapareció a todo correr por el camino renegando a voz en grito. Cuando empezaron a caer las aguas nocturnas, vino un hombre alto, fornido y de negra pelambreira preguntando por mí a mi madre. Agarraba una estaca de endrino, y tenía fruncido el ceño con cara de pocos amigos. Mi madre adivinó que aquel hombre moreno no traía dulces palabras ni buenas intenciones hacia mí, de forma que le dijo que yo había salido y que no esperaba que volviera. El caso es que me hallaba en mi posición habitual, a saber: descansando sobre los juncos en el fondo de la casa. El hombre se marchó, pero pronunció muchas palabrotas y voces malsonantes antes de dejarnos. Su visita me aterrorizó profundamente, pues comprendí que guardaba algún tipo de relación con la mujer que había visto en el camino.

Tras haber meditado el asunto otro año más, volví a abordar al Viejo.

—Buen hombre —le dije—, llevo dos años esperando y aún no tengo esposa, y no creo que nunca pueda irme bien sin ella. Me temo que los vecinos se burlan de mí. ¿Cree usted que mi problema tiene remedio, o tendré que estar solo hasta el día en que me muera y me entierren para siempre?

—Chico —dijo el Viejo—, sería conveniente que conocieras a alguna muchacha.

—Si es así —contesté—, ¿cuál cree usted que sería el mejor sitio para encontrarla?

—Los Rosses, sin duda. El Gato de Mar volvió a mi pensamiento y me desanimé un poco. Pero de nada sirve ignorar la verdad, y confié en el Viejo.

—En ese caso —le dije con voz decidida—, mañana iré a los Rosses para buscar una mujer.

Al Viejo no le agradó la idea, y durante un rato estuvo tratando de engatusarme para que abandonara la fiebre de matrimonio que me había

entrado, pero, por supuesto, yo no tenía intención de abandonar el propósito que durante un año había estado firmemente arraigado en mi pensamiento. Finalmente tuvo que ceder, e informó de la novedad a mi madre.

—¡No me digas! —exclamó ella—. ¡Pobre criatura!

—Si consigue volver con una mujer de los Rosses, es posible que ella traiga dote, y eso nos convendría ahora que ya casi no nos quedan patatas y hemos llegado a la última gota de licor en el fondo de nuestra botella.

—No me atrevería a decir que no tienes razón —contestó mi madre.

Finalmente resolvieron ceder del todo a mis pretensiones. El Viejo manifestó que conocía en Gaoth Dobhair a un hombre que tenía una linda hija de rizados cabellos que aún permanecía soltera aunque todos los mozos de los alrededores la cortejaban enloquecidos por la fiebre de matrimonio. El padre se llamaba Jams O'Donnell, y Nábla la muchacha. Dije que estaría contento de aceptarla. Al día siguiente, el Viejo me metió una botella de más de una pinta en el bolsillo y los dos partimos rumbo a Gaoth Dobhair. Después de mucho caminar llegamos a aquel pueblo a media tarde, cuando aún quedaba luz en el cielo. De repente, el Viejo se detuvo y se sentó junto al camino.

—¿Estamos cerca ya de la morada y residencia permanente del caballero Jams O'Donnell? —dije suave y cortésmente, interrogando al Viejo.

—Sí, es esa casa de allí.

—Estupendo —dije—. Venga, vamos a cerrar el trato y a tomarnos unas patatas. Mi hambre se muere de hambre.

—Hijito —respondió él entristecido—, me temo que no comprendes las cosas de la vida. Se dice en los buenos libros que describen la existencia de los pobres gaélicos que es en mitad de la noche cuando dos hombres van de visita si tienen una botella de más de una pinta y buscan mujer. Por esa razón tenemos que quedarnos aquí sentados hasta que llegue el momento.

—Pero va a ser una noche pasada por agua. El cielo está cargado de lluvia.

—Es lo mismo. No sirve de nada que tratemos de escapar a nuestro destino, oh caro amigo.

No conseguimos escapar aquella noche ni al destino ni a la lluvia. Quedamos con las ropas caladas, y, debajo de las ropas, calados hasta los

huesos. Cuando finalmente alcanzamos el hogar de Jams O'Donnell, estábamos totalmente empapados, y caían de nosotros chorros de agua que mojaban a Jams y a su casa, así como a cuantos objetos o seres vivos había allí. Apagamos el fuego, que tuvo que ser vuelto a encender nueve veces.

Nábla estaba acostada —o «descansando»—, pero no es necesario que cuente la estúpida conversación que mantuvieron el Viejo Canoso y Jams O'Donnell sobre el tema de la boda. Toda la conversación se puede encontrar en los buenos libros a los que antes me he referido. Cuando nos separamos de Jams con las primeras luces del día, la muchacha ya era mi prometida, y el Viejo estaba borracho. Llegamos a Corca Dorcha a la hora del mediodía, muy satisfechos del negocio de la noche.

No hace falta que diga que hubo jolgorio y grandes festejos en este pueblo cuando llegó el día de mi boda. Los vecinos vinieron a darme la enhorabuena. Para aquel entonces, el Viejo ya se había bebido todo el dinero que había recibido como dote, y no quedaba en la casa ni una sola gota con la que convidar a los vecinos. Cuando se dieron cuenta de que eso era lo que había, se llenaron de pesadumbre y malhumor. Se oyeron algunos susurros amenazadores por parte de los hombres, y las mujeres se pusieron a comer todas nuestras patatas y a beber todo nuestro suero para hacernos pasar tres meses de escasez. Al Viejo le entró una especie de terror cuando vio lo que estaba sucediendo con los visitantes. Me habló privadamente al oído.

—Muchacho, si no damos a esta gente licor y tabaco, me temo que alguien va a robar uno de nuestros cerdos esta noche.

—Señor, nos robarán todos los cerdos, y a mi esposa también.

En aquel momento, Nábla estaba en el fondo de la casa, y mi madre encima de ella. La pobre muchacha estaba tratando de escapar de nuevo a casa de su padre, y mi madre intentaba hacerle entrar en razón diciéndole que hay que resignarse y aceptar el destino gaélico. Tuvimos mucho llanto y alboroto aquella noche en nuestra casa.

Fue Máirtín Ó Bánasa quien nos salvó. Cuando peor estaba todo, entró con un barrilito de agua bajo el brazo. Me ofreció amablemente el barril y me felicitó con cortesía por mi matrimonio. Al darse cuenta el gentío que teníamos dentro de que por fin se había abierto la puerta de la hospitalidad, todos quisieron estar alegres y animados, y empezaron a beber, a bailar y a

cantar con todas sus fuerzas. En poco tiempo armaron un escándalo que hizo temblar las paredes de la casa y llenó de turbación y pánico a los cerdos. A la mujer que estaba en el fondo de la casa le dieron un vaso lleno de aquella ardiente agua —a pesar de que no tenía estómago para ello—, y no pasó mucho rato hasta que dejó de batallar y cayó sobre los juncos amodorrada por la bebida. A medida que los hombres iban bebiendo más y más, perdían la compostura y las buenas maneras que les eran naturales. Cuando llegó la medianoche, la sangre ya corría generosamente y varios hombres se habían quedado poco menos que en cueros. A las tres de la mañana, dos hombres murieron víctimas de una violenta lucha que estalló en el fondo de la casa, pobres inocentes gaélicos que no estaban acostumbrados al agua abrasadora del barril de Máirtín. Por lo que respecta al Viejo, fue por poco que no se marchó al otro mundo aquella noche en compañía de los otros dos. Ni participó en la pelea ni recibió ningún golpe, pero durante la fiesta estuvo sentado cerca del barril. Me pareció que mi mujer hizo bien en perder el conocimiento y no darse cuenta del comportamiento que hubo en la celebración de la boda. No se oyeron sonidos melodiosos, y las manos que se alzaron no hicieron nada bueno.

Sí, cuando llevaba casado aproximadamente un mes, se produjeron en casa disputas y airadas discusiones entre mi mujer y mi madre. La situación empeoraba día a día, y finalmente el Viejo nos aconsejó que nos marcháramos para siempre de la casa y nos estableciésemos en otro lugar, pues, dijo, así ha sucedido siempre con todas las parejas de recién casados. No era bueno ni apropiado, señaló, que dos mujeres vivieran bajo un mismo techo. Comprendí que las peleas entre ellas lo preocupaban y turbaban su sueño por las noches. Adaptamos como vivienda la vieja choza que hacía tiempo se había construido para los animales. Una vez hecho esto, y colocados dentro los lechos de juncos, mi mujer y yo abandonamos la otra casa llevando con nosotros dos cerdos y unos cuantos enseres domésticos, y comenzamos a vivir en nuestro nuevo hogar. A Nábla se le daba muy bien cocer patatas, y vivimos en armonía durante un año, dándonos mutua compañía en el fondo de la casa. Muchas tardes acudía el Viejo Canoso a charlar con nosotros.

Sí, la vida es sorprendente. Una vez, al regresar yo de Galway en la

oscuridad de la noche, cuál no sería mi sorpresa al descubrir que poseíamos un nuevo cochinito en el fondo de la casa. Mi mujer estaba dormida, y aquel bichito diminuto y de piel clara resollaba débilmente en el suelo. Lo levanté cuidadosamente, y a punto estuve de dejarlo caer del susto que me llevé al ver qué era exactamente lo que sostenían mis manos. La pequeña cabeza era calva, la cara del tamaño de un huevo de pato, y las piernas como las mías. ¡Yo tenía un bebé! No hace falta que diga que me latió aceleradamente el corazón con una alegría indescriptible. ¡Yo tenía un niño! Sentí que me llenaba de importancia y dignidad, y que todo mi ser tomaba consistencia.

Dejé suavemente al crío junto a su madre, y salí corriendo en busca del Viejo con la botella de licor que tenía escondida hacía un año. Juntos en la oscuridad bebimos un vaso, y luego otro, y después bebimos a la salud del pequeño. Pasado un rato, cuando algunos vecinos oyeron el vocerío y el jaleo de la borrachera que nos traíamos, se dieron cuenta de que había líquido gratis, y se levantaron de sus lechos de juncos para venir a hacernos compañía. Fue una gran noche hasta que se hizo de día. Acordamos llamar al muchacho Leonardo Ó Cúnasa.

Pero, ay, la felicidad y la alegría duran poco para los pobres gaélicos, que no pueden escapar por mucho tiempo al azote del destino. Un día, jugando con Leonardo sobre el césped que había delante de la puerta, cuando él tenía un año y un día, descubrí que de repente le había sobrevenido algún trastorno, y que no se encontraba lejos de la Vida Eterna. Tenía la carita gris, y una terrible tos se había apoderado de su garganta. Me sentí horrorizado al no poder calmar a la pobre criatura. Lo dejé como estaba sobre la hierba, y entré corriendo a buscar a mi mujer, y qué sucedió sino que la encontré muerta y fría sobre los juncos, con la boca abierta y los cerdos gruñendo a su alrededor. Cuando llegué otra vez a donde había dejado a Leonardo, también él estaba sin vida. Había regresado al lugar de donde vino.

Aquí tienes, lector, alguna información sobre la vida de los pobres gaélicos de Corca Dorcha, y un relato acerca del destino que los aguarda desde el primer día. Tras la alegría viene la aflicción, y el buen tiempo no dura para siempre.

CAPÍTULO VII

SITRIC EL MENDIGO T ESCASEZ Y DESGRACIA T EN BUSCA DE FOCAS EN LA ROCA T NOCHE
DE TORMENTA T EL HOMBRE QUE NO REGRESÓ T ALOJAMIENTO CON LAS FOCAS

Había una vez en este pueblo un hombre que se llamaba Sitric Ó Sánasa. Tenía grandes dotes de cazador, un corazón generoso, y todas las demás cualidades que siempre son alabadas y tenidas en gran estima. Pero, ay, también se había extendido su fama por algo que no era bueno ni afortunado. Poseía la más distinguida pobreza, hambre, y también miseria. Era generoso y desprendido, y jamás poseyó cosa alguna, por pequeña que fuera, que no compartiera con los vecinos; sin embargo, no recuerdo que poseyera en mis tiempos el más mínimo objeto, ni siquiera la cantidad de pequeñas patatas necesaria para mantener unidos cuerpo y alma. En Corca Dorcha, donde todo ser humano vivía en la pobreza, siempre lo consideramos digno de limosnas y compasión. Los caballeros de Dublín que vinieron en coche a observar a los pobres, lo alabaron mucho por su pobreza gaélica y afirmaron que nunca habían visto a nadie que pareciera tan verdaderamente gaélico. Una vez que Ó Sánasa tuvo una botellita, uno de los caballeros la rompió porque, según dijo, estropeaba el efecto. No había nadie en Irlanda comparable a Ó Sánasa en cuanto a la excelencia de su pobreza y a la cantidad de hambre que aparecía grabada en su figura. No tenía ni cerdo, ni vaso, ni objeto doméstico alguno. A menudo lo encontraba en pleno invierno en la ladera de la colina, y lo veía disputar y pelear con un perro vagabundo; un hueso delgado y duro era el premio por el que ambos competían, y los mismos gruñidos y ladridos rabiosos brotaban de los dos. Tampoco tenía cabaña, ni conocimiento de lo que es estar bajo techo o al calor de los fogones. Con sus propias manos había excavado un agujero en

medio del campo, y a la entrada del agujero había colocado sacos viejos y ramas de árboles, así como cualquier otra cosa que sirviera como resguardo contra el agua que caía sobre la región todas las noches. Los forasteros que pasaban por allí cerca pensaban que se trataba de un tejón metido en tierra cuando notaban el pesado respirar que venía del fondo del agujero y el salvaje aspecto de la morada en general.

Un día que estábamos el Viejo Canoso, Máirtín Ó Bánasa y yo sentados juntos en la falda de un cerro, conversando sobre las dificultades de la vida y hablando de la miserable situación en que estaba (y siempre estará) Irlanda, ay, nuestra charla se centró en nuestros propios paisanos y en la escasez de patatas, y muy especialmente en Sitric Ó Sánasa.

—No creo, caballeros —dijo Máirtín—, que Sitric haya comido una sola patata desde hace dos días.

—Válgame Dios, es verdaderamente cierto lo que dices —dijo el Viejo—, y nada saludable puede obtenerse de la áspera hierba que cubre esta colina.

—Ayer vi al desgraciado —dije— y estaba fuera bebiéndose la lluvia.

—Aunque no es muy nutritiva, al menos es sabrosa —comentó el Viejo—. Si los gaélicos se pudieran alimentar de la lluvia que cae del cielo, no creo que hubiera un solo estómago vacío en esta zona.

—Si a la ilustre compañía le place escuchar mi propia opinión —dijo Máirtín—, creo que el pobre e inocente individuo del que hablamos no está muy lejos de alcanzar la Vida Eterna. Quien vive sin patatas no goza de buena salud.

—Oh, gente de dulces palabras —dije yo cortésmente—, si no me engañan mis ojos, ahí viene Sitric, que ha salido de su cueva.

Abajo en el llano se encontraba Sitric mirando a su alrededor, un hombre largo como una lanza y tan flaco por el hambre que podría pasar inadvertido a la vista si se hallaba de perfil. Parecía alegre y atolondrado, sin el control apropiado sobre sus piernas debido a la ebriedad que le producía el aire de la mañana. Tras permanecer un rato de pie, cayó desmayado sobre el tremedal.

—Nunca pudo mantenerse de pie quien pasó mucho tiempo sin patatas —dijo el Viejo.

—Es verdad todo lo que has dicho, amigo —dijo Máirtín—, y esa verdad es verdadera.

—Respetables señores —intervine—, por si acaso nos abandona en este mismo instante y emprende el camino de la suprema verdad, creo que haríamos bien si al menos fuéramos a hablar con él, aunque solo sea para ayudarlo en este trance.

Estuvieron de acuerdo, y allá que bajamos adonde se hallaba el endeble Sitric. Se sobresaltó cuando sintió pasos cerca, y entonces nos saludó en voz baja pero educada y amablemente. A decir verdad, tenía pocas fuerzas en aquel momento. El aliento se le escapaba débilmente, y por lo que respecta a la sangre roja que pudiera tener dentro, no se veían indicios de su existencia en parte alguna de su piel.

—¿Hace mucho que no pruebas bocado, Sitric, oh amigo de los amigos? —preguntó afablemente Máirtín.

—No he tomado una sola patata en una semana —le respondió Sitric—, y hace un mes que no pruebo ni pizca de pescado. Lo único que tengo delante a la hora de comer es el hambre misma, y ni siquiera puedo acompañarla con un grano de sal. De forma que anoche me comí un trozo de turba, y yo diría que esa ración de negro alimento no le sentó muy bien a mi estómago, ¡Dios nos ampare! Anoche estaba vacío, pero hoy, en cambio, tengo la barriga llena de dolores. ¿Acaso no viene lentamente, amigos, la muerte al encuentro de quien la desea?

—¡Ay de quien se come el tremedal! —exclamó el Viejo—. No es sana la turba, pero, claro, ¿cómo podemos saber que no terminaremos por alimentarnos de tremedales y colinas, Dios no lo quiera?

Sitric cambió de posición, rodando hasta quedar con la espalda sobre el suelo, y nos miró fijamente con ojos inyectados en sangre.

—Respetables señores, ¿les importaría llevarme a la playa y tirarme al mar? Peso menos que un conejo, y no sería tarea tan difícil para unos hombres robustos y bien alimentados arrojarme desde una roca.

—No te preocupes, mi alma —dijo con tristeza Máirtín—, pues siempre habrá una patata para ti mientras yo tenga cerdos en casa y una olla hierva para ellos. Oye, tú —se dirigió a mí—, ve corriendo y trae una patata gorda de la olla que tengo para los cerdos en mi cabaña.

Partí de buena gana, y no me detuve hasta que cogí la mayor patata que había en el cacharro y regresé al lugar del hambre. El hombre que estaba en

el suelo engulló vorazmente la patata, y cuando se hubo tragado el almuerzo observé que se había operado en él una notable mejoría. Se incorporó.

—Es un plato sabroso, y estoy lleno de agradecimiento, pero, bueno, no quiero tener que estar siempre mendigando ni que por mí sufran escasez los cerdos. Nunca en la vida tendré casa, y cuanto antes me arrojéis al mar antes os quedaréis todos tranquilos. Lo que quiero es hundirme en el agua y nunca más salir.

—Nunca había oído —dijo el Viejo— que nadie fuera tranquilamente al mar sin tener debajo un bote.

—Por malo que sea el mar salado —respondió Sitric—, resultará agradable para quien habita en esa sucia cueva y soporta el aguacero que cada noche cae sobre su cabeza sin tener ante él más que perpetuo fango, humedad y hambre cruda...

—No te olvides —dije yo— de que eres gaélico y no es buena fortuna lo que te está destinado.

—... y miseria y dificultades y desgracias... —dijo Sitric.

—No es natural que siempre nos caigan chaparrones encima —dijo el Viejo— sin un solo rayo de sol de vez en cuando.

—... y asquerosos tejones, y gatos de mar y ratones pardos que todas las noches corren por mi cabeza... —siguió diciendo Sitric.

—Pero, ¿cómo podemos saber que nunca llegará la luz del sol a Corca Dorcha? —preguntó Máirtín.

—... y de aquí hasta el fin del mundo —dijo Sitric angustiado— necesidad, apuros y pobreza; temporal, escarcha y nieve, truenos y relámpagos; y el rencor del mundo cayéndonos del cielo cada noche...

—¡Ó Sánasa vivirá otro día más![24] —exclamé yo como un falso profeta.

—... y las pulgas... —continuó Sitric.

Era evidente que se encontraba en mal estado, de mal humor, con mal aspecto y en una situación miserable. Nunca antes le había oído maldecir ni quejarse. Semejante cosa no era ni correcta ni gaélica, e intentamos tranquilizarlo y levantarle el ánimo por miedo a que luego se tirara al mar sin que nosotros lo supiéramos. Máirtín Ó Bánasa habló muy oportunamente.

—Ayer estuve en Dingle, y conversé con un hombre de la Gran Blasket.

Me contó que hay muchísimas focas en Inis Mhicealáin y que la gente de la isla pretende matar unas cuantas. Su grasa tiene mucho valor, y la carne es sabrosa.

—Hay peligro en esa faena, amigo —dije yo. No me hacía ninguna gracia la idea de tener que enfrentarme o, tal vez, poner la mano encima a aquellos bichos. Se me ocurrió que era fácil resultar muerto o herido al realizar esa tarea.

—He pensado —dijo Máirtín— que haríamos bien en traernos unas cuantas de la Roca a Corca Dorcha. No sería tanta la oscuridad si tuviéramos su aceite.

—Yo prefiero —dije— estar vivo a oscuras que muerto en plena luz.

Me di cuenta de que el Viejo fruncía el ceño, señal de que una gran actividad se estaba desarrollando en su cabeza. Finalmente dijo:

—Mira, Sitric, si tuvieras una gran foca entera para ti solo, puesta en salazón en tu casa, no habría peligro de que pasaras hambre en tres meses, y no te verías en la necesidad de mendigar patatas. Yo diría que *todos* debemos salir al mar, matar a las focas en sus guaridas y traérnoslas a casa.

—Me parece muy razonable, querido amigo —dijo Sitric—, pero yo no sería capaz de luchar con la más pequeña foca que jamás haya habido sobre las rocas del mar, pues ahora mismo no me pueden sostener mis piernas.

—No te preocupes, hombre —lo tranquilizó Máirtín—, esta noche te mandaré a un muchacho con otras dos patatas, y mañana, cuando vuelvas a tener fuerzas y vigor, nos haremos a la mar.

Así quedó la cosa. A pesar de que el Viejo había dicho que *todos* nos haríamos a la mar, yo salí de la cama muy temprano a la mañana siguiente y, tras consumir un pedazo de patata, me encaminé a la colina. Nunca había navegado, ni me apetecía hacer tal cosa, y tenía muy claro que —mientras supiera qué me convenía— nunca iría a abatir focas a aquella región submarina en la que acostumbraban a tener su hogar. Pensé que lo más saludable que podía hacer ese día era estar en la colina. Tenía varias patatas para comer, y me pasé todo el día tranquilamente sentado sobre mi trasero, en medio de la lluvia, haciendo como que estaba de caza. Cuando clareó, vi que Máirtín Ó Bánasa, el Viejo Canoso y Sitric Ó Sánasa se reunían y salían al mar llevando al hombro picas, sogas, cuchillos y otras cosas de utilidad.

Me estuvieron cayendo chaparrones todo el día, y naturalmente llegué empapado y extenuado a casa al anochecer. Me puse a comer patatas con avidez, y después de tragármelas pregunté por los que habían salido. Mi madre se quedó escuchando el gran vendaval que arremetía contra la casa, y cuando dejó de aguzar el oído me di cuenta de que estaba preocupada.

—No creo —dijo— que regresen sanos y salvos esta noche, pues ninguno de ellos ha estado antes en el mar. ¡Maldito sea el que los incitó a ese viaje!

—Mucho más agradable es nadar y remar en la colina —dije yo.

Llevé adentro a los cerdos, y todos nos fuimos a los lechos de juncos. En aquel momento la lluvia repiqueteaba violentamente sobre la casa, la gran voz del trueno bramaba arriba en el cielo, relampagueos de rayos que se perdían al este y al oeste rasgaban la oscuridad, y golpes de agua salada restallaban contra el cristal de la ventana a pesar de que había diez millas de camino hasta la playa. En una noche así, no eran desde luego las focas lo que preocuparía a los hombres que estaban en el océano, sino intentar aprender a la primera el oficio de marinero, con el fin de poder llegar sanos y salvos a tierra firme. También recordé que yo sería en adelante el cabeza de familia si se daba el caso de que no regresara el Viejo de su travesía.

Las cosas no son siempre como uno imagina, al fin y al cabo; al menos en Corca Dorcha. Después de que se hiciera de día y la tempestad amainara, el Viejo y Máirtín Ó Bánasa entraron por la puerta, los dos completamente exhaustos y calados hasta los huesos, pero aun así pidiendo patatas a voz en grito. Les dimos una calurosa bienvenida y pusimos la mesa para comer.

—¿Dónde está el tercer hombre que fue de viaje con ustedes? —pregunté—. ¿Está el señor Ó Sánasa en esta o en la otra vida durmiendo el sueño de los justos?

—Está vivo y goza de excelente salud —dijo Máirtín—, pero sigue bajo el agua.

—Caramba —exclamé—, eso está muy bien, pero le doy mi palabra, señor, de que no entiendo lo que me dice.

Cuando tuvieron la barriga llena de abundantes patatas, los dos marineros me explicaron los sucesos de la noche y, desde luego, puedo decir sin temor a exagerar que fue algo asombroso. Parece ser que los tres se hicieron con un bote en Dún Chaoin y partieron hacia la Roca. Cuando

llegaron a donde las focas vivían, descubrieron un gran agujero en la pared de un acantilado, y lo tantearon con un remo. La cavidad se adentraba bajo el nivel del mar, y había un fuerte oleaje a su alrededor. Ninguno de los tres que iban en la canoa tenía grandes deseos de sumergirse en aquella misteriosa región, y durante un rato se quedaron donde estaban, con más actividad verbal que cinegética. Al final los dos más viejos vertieron tal cantidad de palabras y consejos en los oídos de Ó Sánasa que este accedió a atarse una soga a la cintura y tirarse de un salto al interior del agujero. Bajó, y le echaron una soga bien larga. El mar estaba empezando a picarse y el cielo presentaba mal aspecto. Ó Sánasa había prometido volver a la superficie tan pronto como pudiera para informar acerca de la región sumergida a los dos que estaban secos. Sin embargo, no hubo ningún informe que escuchar, e iban pasando los minutos sin que se percibiera mejora alguna en la melodía del viento. Acordaron tirar de la soga y poner a salvo a Sitric forzándolo a salir del agua. Dieron un gran tirón de la cuerda, pero fue sin resultado: continuó tensa en la boca del agujero. Cuando dejaron de tirar, y mientras discutían qué hacer, ocurrió que la cuerda se movió: ¡el de abajo les hacía saber que no había marchado a la Vida Eterna! Ahora, el viento venía acompañado de lluvia, y la canoa era empujada lo mismo a lo alto del cielo que al fondo de la mar oceánica. El Viejo decidió poner rumbo al este para volver a tierra y dejar al de abajo donde estaba, teniendo en cuenta todo lo que les había dicho sobre el mundo submarino. Pero Máirtín no estuvo de acuerdo con este plan. Estaba convencido de que no volvería a ver tierra firme, dada la gran cantidad de agua y viento que había alrededor, debajo y encima suyo, y le pareció que sería inteligente bajar a donde Sitric Ó Sánasa aún seguía vivo. Adoptó una pose valiente, le dijo adiós al Viejo y se arrojó al agua. El Viejo estuvo allí solo un buen rato esperando, seguramente lleno de miedo y soledad, recibir noticias de los otros dos. La tempestad había llegado a ser muy violenta, y ya era imposible distinguir entre el mar, el cielo y el arenoso viento. No se sabe si el Viejo descendió a la guarida de las focas o fue despedido fuera de la barca, pero lo cierto es que bajó al fondo del océano. Desgraciadamente, su cabeza resultó dañada, y también sus huesos, sobre los picos de las rocas y, cuando cayó al mar, el agua que se arremolinaba en el agujero se lo tragó enseguida. Al

recuperar de nuevo el conocimiento, se encontró tendido sobre un saliente rocoso que permanecía seco y a salvo del agua, y la luz del día llegaba desde una grieta que había allá en lo alto lejos de donde él estaba. Se daba la circunstancia de que la gruta hacía una curva: al principio iba bajo el agua, y luego torcía hacia arriba a través del acantilado. Al parecer, había allí una cámara grande y espaciosa, una zona de rocas aquí, y más allá un manantial de agua, y todo estaba silencioso y sereno en contraste con la tormenta del exterior. Cuando los ojos del Viejo se acostumbraron a la mortecina luz de este lugar, descubrió que Ó Bánasa y Ó Sánasa estaban juntos allí, sentados junto a una foca muerta y masticando su insípida carne. Fue hacia ellos y los saludó.

—¿De dónde habéis sacado a ese bicho negro? —le preguntó a Máirtín.

—Tienen la casa llena en el fondo del agujero, las hay de todos los tamaños —dijo Máirtín—. Siéntese a la mesa, caballero.

De esa forma pasaron la noche. Prepararon una lámpara con aceite extraído del hígado de la foca, y estuvieron todo el rato hablando de las dificultades de la vida y de la escasez de alimentos que siempre padecerían los gaélicos. Cuando llegó la mañana, el Viejo afirmó que no era natural estar tanto tiempo sin patatas y que, por consiguiente, había decidido volver a la superficie y emprender el camino a casa. Máirtín alabó la idea, pero por increíble que parezca Sitric les tendió la mano, diciéndoles adiós y deseándoles buen viaje.

—Válgame Dios —le dijo el Viejo asombrado—, ¡que te lleve el diablo!

Entonces Ó Sánasa expuso su propia visión del asunto. En aquel lugar se hallaba libre de las inclemencias del tiempo, el hambre y los reveses de la vida. Las focas le servirían tanto de compañía como de sustento. Desde el techo de la cueva goteaba agua del cielo, que podría utilizar como condimento y como vino cuando tuviera sed. No parecía que fuera a abandonar una morada tan hermosa y acogedora después de haber conocido la miseria en Corca Dorcha. Estaba decidido, aseguró.

—Que cada cual haga lo que quiera —dijo Máirtín—, pero yo no tengo ganas de seguir viviendo bajo el agua.

Allí lo dejaron, y allí ha permanecido desde entonces. A veces se le ha vuelto a ver con la pleamar, salvaje y peludo como una foca, cogiendo peces

con gran energía acompañado de la comunidad de la que se hizo huésped. A menudo he oído decir a los vecinos que Ó Sánasa era un excelente pescador, pues con el tiempo se había convertido en un sabroso pez, y que tenía dentro aceite suficiente como para alumbrar todo un invierno. Sin embargo, no creo que nadie haya tenido el coraje de intentar capturarlo. En la actualidad sigue enterrado en vida y feliz, a salvo del hambre y de la lluvia, allá en la Roca.

[24] Adaptación de la frase gaélica *Beidh lá eile ag an bPaorach* («Power vivirá otro día más»), atribuida a Edmund Power, que al parecer la dijo cuando iba a ser ahorcado; de aquí su ironía.

CAPÍTULO VIII

LAS DIFICULTADES DE LA VIDA T EL DILUVIO EN CORCA DORCHA T MAOLDÚN Ó
PÓNASA T EL MONTE DEL HAMBRE T LEJOS DE CASA T MISERIA Y DESGRACIAS T ESTOY
AL BORDE DE LA MUERTE T EL FIN DE MI VIAJE T RÍOS DE WHISKEY T DE NUEVO EN CASA

De una forma u otra, íbamos dejando pasar la vida y sufriendo miseria, con alguna patata a veces, y a veces sin nada que llevarnos a la boca excepto melodiosas palabras gaélicas. En lo que atañe al tiempo, todo iba de mal en peor. Nos parecía que las lluvias que caían sobre Corca Dorcha eran más insultantes cada año, y algún que otro pobre se ahogaba incluso en tierra firme debido al gran volumen de agua y vómito del cielo que se vertía sobre nosotros: en este tiempo no era muy seguro estar en la cama si no se sabía nadar. Corrían grandes ríos por delante de la puerta, y si bien se nos llevaban las patatas de los campos, también es cierto que a menudo se podían coger peces junto al camino en una especie de trueque nocturno. Aquellos que llegaban a salvo hasta sus lechos en tierra firme, por la mañana se encontraban con que estaban bajo el agua. De noche era frecuente ver pasar canoas procedentes de Blasket, y los que en ellas iban consideraban que era pobre la pesca de una noche si no dejaba en sus redes algún cerdo o lechón de Corca Dorcha. Hasta se dijo que Ó Sánasa vino nadando desde la Roca una noche para volver a contemplar su tierra natal; pero quién sabe si el visitante no era más que una vulgar foca. No hace falta decir que los lugareños andaban de mal humor, pues eran víctimas del hambre y las desgracias y en tres meses no hubo un solo día que pudieran estar secos: muchos se marcharon a la otra vida, los que se quedaron en Corca Dorcha sobrevivieron con cosas de escaso valor y gran escasez. Un día le planteé la cuestión al Viejo, y entré en conversación con él.

—¿Cree usted, amable caballero, que alguna vez podremos estar secos?

—La verdad es que no lo sé, dulce amigo, pero si esta lluvia sigue como hasta ahora, soy de la opinión de que los dedos de los pies y de las manos de los pobres gaélicos se cerrarán y cubrirán de membranas como las de los patos para poder ir por el agua. ¡Esta no es vida para seres humanos, oh hijo mío!

—¿Seguro que los gaélicos son seres humanos? —le pregunté.

—Al menos esa es la reputación que tienen, caballerito, pero nunca se ha hallado confirmación. No somos ni caballos ni gallinas, ni focas ni fantasmas, y, a pesar de todo, es increíble que seamos seres humanos; pero todo esto no es más que una opinión.

—¿Cree usted, oh sublime anciano, que alguna vez vivirán los gaélicos en buenas condiciones, o siempre tendremos dificultades, hambre, lluvias nocturnas y gatos de mar?

—Tendremos todo eso —respondió— y lluvias diurnas también.

—Si es así, opino que tiene suerte Ó Sánasa de estar allá en la Roca. No tendrá pequeña fortuna mientras haya peces en el mar que le sirvan de alimento y disponga de un agujero en que dormir los días de tempestad.

—Puedes estar seguro de que las focas tienen sus propios problemas —aseguró el Viejo—. Son bichos tristes y desgraciados.

—¿Eran las grandes lluvias de antes tan fuertes como las de ahora? —le pregunté.

El Viejo rio mostrando sus dientes oscuros, señal de que mi pregunta no tenía mucho sentido.

—Debes saber, muchachito formal —me dijo—, que esta lluvia no es más que un chubasco de verano para quien conoció los viejos tiempos. En la época de mi abuelo había gente que nunca supo en toda su vida lo que era suelo seco o un buen sitio para dormir, y que nunca probó nada que no fuera pescado y agua de lluvia. Quien no sabía nadar bien se iba al Cielo.

—¿De verdad?

—Pero en aquel entonces oía a mi anciano abuelo ensalzar el buen tiempo, diciendo que era estupendo y que no tenía nada de malo en comparación con la agonía que la gente recibía del cielo cuando él era pequeño. La gente de aquella época creía que otra vez iba a venir el Diluvio.

—¿Sobrevivió alguien a las grandes lluvias de entonces?

—Solo unas cuantas personas. Pero ya mucho antes el tiempo había sido tan endiablado que se dice que todos los habitantes de la región se ahogaron, menos un hombre llamado Maoldún Ó Pónasa. Este hombre era tan sabio y prudente que fue el primero en construir y aparejar una barca en esta parte del país, y sacó un gran provecho de ello. Marchó sano y salvo con la pleamar, y recogió todo tipo de cosas que habían dejado atrás aquellos que se despidieron de esta vida: magníficas patatas arrancadas de la tierra por la inundación, pequeños enseres domésticos, algo de licor y valiosas piezas de oro que habían sido atesoradas durante años. Cuando abandonó Corca Dorcha, te aseguro que era rico y estaba pero que muy satisfecho, no te quepa la menor duda.

—¿Y adónde llegó con su barca, querido amigo? —le pregunté, muy interesado en la conversación. El Viejo señaló con su arrugado dedo a Las Montañas Blancas, que quedaban lejos de nosotros hacia el nordeste.

—La que está en el centro se llama Monte del Hambre, porque Ó Pónasa consiguió llegar a la cima. En aquel tiempo sería para un navegante como una isla en medio del mar, y se cuenta que él fue el único hombre que llegó a alcanzar la cumbre de la montaña, pues era demasiado empinada, y el ascenso demasiado accidentado para ir a pie.

—¿Nunca volvió a bajar?

—Claro que no. El camino que es demasiado empinado hacia arriba también lo es hacia abajo, y es evidente que quien descendiera caminando desde la cima del monte hasta la base se arriesgaría a su autodestrucción, y que lo que alcanzaría sería la Vida Eterna en vez de la llanura. Él desembarcó en la cumbre de la montaña, y allí sigue con su barca desde entonces, si es que aún queda hoy día rastro de sus huesos.

—Parece por consiguiente, bienaventurado caballero —dije yo, rebosante entonces de grandes y beneficiosos pensamientos—, que en lo alto del Monte del Hambre todavía hay en la actualidad valiosos objetos nada despreciables: peniques de oro y todas las demás cosas con las que arrambló Ó Pónasa el día de la tormenta.

—Allí están, si son ciertos y creíbles los tesoros de la narrativa tradicional y los relatos orales transmitidos de boca en boca que tenemos en Corca

Dorcha provenientes de nuestros mayores y antepasados.

—Muy grato me ha sido escuchar su historia, oh generoso anciano, y mi agradecimiento le está agradecido.

Cuando por la noche llegué a mis juncos, no pude pegar ojo ni conciliar el sueño a causa de la cantidad de pensamientos que me absorbían y seducían relativos al Monte del Hambre. Con los ojos de la mente vi con claridad la cima del monte, el esqueleto de la barca y el del hombre, y cerca de ellos en aquel lugar solitario, las brillantes piezas de oro, toda la fortuna de la que se había apoderado Ó Pónasa en tiempos del diluvio. Me pareció que era una gran vergüenza que los pobres estuvieran aquí pasando hambre, y que habiendo allí medios de salvación no pudiéramos conseguirlos. Debo decir que en aquel instante tomé la determinación de llegar a la cima del monte alguna vez en mi vida, vivo o muerto, con más o menos años, con la barriga llena o hambriento. Consideraba que era preferible hallar la muerte buscando la buena vida en el Monte del Hambre que padecer siempre el malvivir en Corca Dorcha. Era mejor perecer a causa del agua que caía de los cielos y de las penalidades en el Monte, que vivir con hambre en casa en mitad de la inundada llanura. Estuve considerando el asunto toda la noche, y cuando llegó esa luz tenue que señala el momento en que el día rompe las tinieblas, ya tenía todo decidido mentalmente. Yo iría un día al Monte del Hambre. Iría en busca del dinero, y si regresaba a salvo después de todas las dificultades, a partir de entonces estaría en posesión de una gran riqueza, con la barriga llena, y a menudo bebido.

Para que no hubiera otro beneficio que el mío propio en la cumbre de la montaña, decidí guardar la resolución firmemente para mis adentros, sin compartirla con los vecinos y ni siquiera informar de ella al Viejo Canoso. Comencé entonces a observar la evolución del mal tiempo, examinando el curso de la tempestad y la conducta habitual del viento para ver si había algún instante del día o del año más propicio que el resto para ir al Monte. Así fueron las cosas durante un año, al cabo del cual me di cuenta de que mi esfuerzo había sido en vano. En Corca Dorcha, la fuerza del viento y la intensidad de la lluvia eran siempre las mismas, constantemente, sin variación, día y noche, verano e invierno. Era una tontería esperar a que hiciera buen tiempo, y finalmente decidí que ya era hora de emprender mi

viaje.

La ladera de la montaña era tan abrupta, y mi salud tan precaria, que mi estrecha y frágil espalda solo era capaz de transportar un ligero y reducido equipaje. En secreto reuní unas pocas cosas necesarias: una botella de agua, un cuchillo, una bolsa para el oro y una carga de patatas.

Recuerdo perfectamente la mañana que me puse en camino. El agua manaba tan copiosamente del cielo que me llenó de terror y me lastimó la coronilla. En un principio, no había pensado subir al Monte aquel día, pero me pareció que las gentes del lugar estaban a punto de ahogarse y que yo tenía una pequeña posibilidad de ponerme a salvo si conseguía avanzar, aunque solo fuera unos pasos, por la falda del cerro. Si no hubiera sido por las enormes precipitaciones de aquella mañana, es de temer que nunca hubiera tenido el valor de dejar atrás la casita en que nací y dirigirme a la Montaña del Destino, mi objetivo ignoto y abominable.

Estaba oscuro. Cuando mi cuerpo abandonó los empapados juncos, agarré el fardo que tenía dispuesto para el viaje oculto en un agujero de la pared, y salí sin hacer ruido. La lluvia y el aspecto salvaje de aquel crepúsculo infernal llenaron mi corazón de horror y miedo. Encontré el lugar donde calculaba que debía de hallarse la carretera, y avancé, caminando y medio caminando, tropezando y medio tropezando, en dirección a la montaña. Ríos de agua que me llegaban por la rodilla corrían impetuosamente en contra mía, y la verdad es que no me movía con demasiada facilidad, sino que iba constantemente a trompicones y medio cojeando, a veces derribado sobre el acuoso cieno, y a veces alzado lejos del suelo por la airada tormenta, envuelto en el lluvioso vendaval y sin apenas dominio sobre mi propio cuerpo. Sin duda poseí la miseria gaélica aquella mañana.

Después de tantos apuros, estaba claro que empezaba a adelantar un poco, pues notaba que el suelo ascendía bajo mis pies y era mayor la dificultad. Chaparrones de salado sudor me caían borbotando sobre los ojos para aumentar mi desgracia, y me parecía que lo que me bañaba los pies era más sangre que agua. Pero ya estaba en marcha, y no tenía intención de ceder a nada excepto a la muerte.

Cuando me encontraba a bastante altura en la ladera del cerro, me di cuenta de que se me venían encima enormes raudales de agua, junto con

árboles, grandes rocas y pequeñas parcelas de tierra: aún hoy me sorprende de que aquella diabólica avalancha no me dejara de regalo una brecha mortal en la cabeza. De vez en cuando me invadía la nostalgia del hogar, pero a pesar de ello nunca me abandonó del todo el coraje. Seguía avanzando con todas mis fuerzas, aunque a menudo me hacía retroceder un pedazo de montaña que caía sobre mi cabeza. Puedo asegurar que pasé lo que quedaba de noche hasta que se hizo de día afanándome con los pies, y que fue una ardua y sudorosa tarea.

Cuando la débil e insignificante luz que tenemos por día en Corca Dorcha apareció, qué asombrosa visión me fue revelada. Me encontré casi en la cima del monte, entre amoratada y roja mi piel a causa de la sangre vertida y del zarandeo nocturno, y mi cuerpo despojado hasta del último jirón de ropa. Casi podía rozar con la coronilla las furiosas nubes de negra panza que derramaban agua con gran violencia, tanta que me arrancaba el cabello a toda velocidad. A pesar de todos los intentos y vehementes esfuerzos que realicé en contra, me estaba bebiendo el agua y se me estaba inflando peligrosamente el estómago, lo cual no facilitaba demasiado mis movimientos al andar. Abajo, no distinguía más que la niebla y el vaho de la mañana. Arriba, veía de vez en cuando la cumbre del monte, y a mi alrededor solo había rocas, suciedad y el perpetuo y húmedo ventarrón. Continué subiendo. Era un lugar asombroso, y más que asombroso era el tiempo que hacía. Creo que nunca habrá otro como él.

Sin duda, estuve largo rato en el pico antes de percibir claramente cómo era el terreno. Había una pequeña meseta en la cima, charcas de agua aquí y allá, y coléricos ríos amarillos que corrían entre ellas llenando mis oídos de un murmullo sobrenatural y misterioso. En ciertos lugares, había aldeas de piedras inclinadas de color blanco y superficies que parecían coladores, llenas de oscuros agujeros sin fondo en los que veloces aguas caían sin cesar. Desde luego, el aspecto de aquel paraje no era nada normal, y aunque mala era Corca Dorcha, con gusto la hubiera alabado en aquel momento.

Procedí a recorrer y examinar minuciosamente el lugar, caminando, tropezando y nadando, en un esfuerzo por descubrir alguna huella de la barca o alguna pista sobre Maoldún Ó Pónasa. El hambre me cosquilleaba en la barriga, y una fatiga indescriptible adormecía mis piernas con un sopor

malsano. Sin embargo, sabiéndome cercano a la Vida Eterna y con pocas posibilidades de mejorar mi pésima situación, seguí dando resbalones sin rumbo, adelante y atrás, mientras mis ojos buscaban algún asentamiento humano y mi garganta procuraba no tragar excesivas cantidades de lluvia. Así estuve bastante tiempo.

No sé si dejé pasar la mayor parte del día dormido o medio inconsciente, pero, si hubiera sido así, ahora me sorprende de haber llegado a despertarme de nuevo. Sea como fuere, me pareció que el crepúsculo de la noche venía en mitad de la mañana, y que se recrudecían el frío y la fuerza de la tempestad. Para entonces ya había perdido toda la sangre y estaba a punto de rendirme al destino, yaciendo resignado en el lodo y con el rostro vuelto hacia el cielo, cuando descubrí una lucecita que brillaba débilmente a lo lejos, casi perdida en la niebla y la cortina de lluvia. El corazón me dio un brinco de alegría. Mi cuerpo recuperó las fuerzas y me dirigí con los pies destrozados, aunque con vigor, hacia la luz, si es que de una luz se trataba. Esa era, pensé, mi única oportunidad de escapar a las puertas de la Vida Eterna.

Se trataba, en efecto, de una luz procedente de una cueva situada entre dos rocas. La entrada de la cueva era estrecha y angosta, pero, claro, yo estaba delgado como un remo a causa de la pobreza, las inclemencias del tiempo y la pérdida de sangre del día anterior. Enseguida estuve dentro a salvo del vendaval; allí delante estaba la luz y continué aproximándome a ella. No tenía ninguna práctica en arrastrarme por cuevas rocosas, y sin embargo me adentraba con agilidad hacia donde estaba el resplandor.

Cuando llegué a aquel punto, ni el escenario, ni la compañía que encontré allí, ni el asunto que me traía entre manos me parecieron demasiado satisfactorios. Dentro había una celda o pequeña habitación de techo bajo con cabida para cuatro o cinco hombres; era tosca, desnuda y empedrada, y el agua goteaba por las paredes. Grandes llamaradas se elevaban del rocoso suelo, y detrás había un manantial de agua fresca que burbujeaba vivamente formando un riachuelo que corría por la cueva hacia donde yo me encontraba. Pero lo que me dejó perplejo fue un anciano que estaba —mitad sentado, mitad reclinado— al otro lado de las llamas; tenía debajo algo así como un asiento de piedra, y todo en él parecía indicar que estaba muerto.

Lo envolvían unos cuantos andrajos irreconocibles, la piel de sus manos y rostro parecía arrugado cuero marrón, y su aspecto era completamente sobrenatural. Tenía ambos ojos cerrados, la boca de negros dientes abierta, y la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Me puse a temblar, lleno de frío y miedo al mismo tiempo. ¡Por fin había encontrado a Maoldún Ó Pónasa!

De pronto recordé el propósito que me había llevado a aquel lugar, y dicho y hecho, nada más acordarme de los peniques de oro, los tuve en mis manos. Estaban esparcidos a mi alrededor, aquí y allá, por todo el suelo; miles de ellos, y también anillos de oro, piedras preciosas, perlas y gruesas cadenas amarillas. El saco de cuero del que todo había salido estaba allí, lo cual fue una verdadera suerte, pues yo ya estaba entonces completamente desnudo y carecía tanto de bolsa como de bolsillo. Mis manos recogieron los peniques, y no pasó mucho tiempo hasta que tuve metido en la bolsa todo el oro que me era posible transportar. Mientras me dedicaba a dicha tarea, noté que mi corazón se animaba y tocaba un aire musical.

No tenía ningunas ganas de mirar al muerto, y cuando hube recogido todo el oro me arrastré de nuevo hacia el exterior de la cueva. Había alcanzado la salida, y las voces terribles del viento y de la lluvia asaltaban mis oídos, cuando un desafortunado pensamiento me sacudió.

Si Maoldún Ó Pónasa estaba muerto, ¿quién había encendido el fuego, y quién lo alimentaba?

No sé si me dio un arrebató en aquel instante, o si perdí temporalmente el miedo, pero el caso es que regresé junto al individuo que estaba dentro. Allí lo encontré tal como lo había dejado. Me acerqué a él con precaución moviéndome sobre panza, rodillas y manos a través del húmedo suelo. Repentinamente, una de mis manos resbaló, se me escurrió la cabeza y mi cara se estrelló contra el suelo. Sucedió entonces que probé el agua amarillenta que brotaba de la fuente junto a las llamas, y me llevé un terrible susto al hacerlo. Cogí un poquito con la palma de la mano y lo saboreé. ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver que se trataba de *whiskey*! Era amarillo, amarillo y muy fuerte, pero no cabía duda de que tenía el sabor característico. Delante mío un arroyo de *whiskey* salía de la piedra y fluía sin que nadie lo bebiera ni comprara. Tan intenso fue mi asombro que me

dio dolor de cabeza. Fui de rodillas hasta el manantial, al lugar del que manaba el líquido amarillo, y bebí tal cantidad que se pusieron a temblar todos mis huesos. Estando allí, observé con atención el fuego y vi claramente que había otro pequeño manantial del mismo licor, pero este estaba ardiendo, y las llamas subían y bajaban conforme brotaba la sustancia aquella.

Pues así andaban las cosas. Si Maoldún Ó Pónasa estaba muerto, era evidente que había vivido durante siglos alimentándose del *whiskey* de la primera fuente, protegiéndose del frío con el fuego de la segunda, y llevando una vida apacible, libre de toda necesidad, como antes había hecho Sitric Ó Sánasa entre las focas.

Lo miré. No hizo el más mínimo movimiento, ni siquiera para respirar. Aunque el miedo no me permitía acercarme a él, hice unos cuantos ruidos violentos desde donde me encontraba y arrojé una piedrecita que le dio en medio de la nariz. Pero no se movió.

—No tiene nada que contar —dije en parte para mis adentros y en parte en voz alta.

De nuevo me dio un vuelco el corazón. Oí una voz que salía del cadáver, como de alguien que hablara desde detrás de un pesado manto, una voz ronca, ahogada e inhumana, que me dejó paralizado unos instantes.

—*¿E qué nuevas quisierdes oír?*[25]

Me quedé mudo, sin poder responder a la pregunta. Entonces vi que el muerto —si es que estaba muerto, y no profundamente dormido por los efectos del alcohol— trataba de acomodarse en su asiento de piedra, acercaba las patas al fuego, y se aclaraba la garganta para narrar alguna historia. Casi me muero de miedo al oír otra vez su débil vocecilla.

—*Non se savía por qué apodaban Capitán a aqeste omne rufo, menudo e esforçado cuya albergada e morada e residencia era una casa chica encalada en un rincón del valle. E mucho era pagado de passar el año de Beltaine a Samain*[26] *de moçedades en Scottia, e de Samain a Beltaine de moçedades en Irlanda. E una vez aconteçió...*

No sé si se apoderó de mí una oleada de malestar, miedo o náuseas al escuchar aquellas palabras fantasmales, pero al final me armé de valor y, cuando una vez más pude sentir la gran agitación del firmamento, ya me

encontraba fuera bajo el fuerte azote de la lluvia, con el saco de oro sobre mi espalda desnuda y exangüe, y bajando del monte a la llanura a través de arroyos y pendientes. A ratos me sentía alzado sobre los cielos sin límite, a ratos bajo agua, a ratos me destrozaba y magullaba contra las rocas, y también a ratos pesados y cortantes objetos caían abundantemente sobre mí rajándome la cabeza y el cuerpo. Sin duda, mi regreso montaña abajo fue terrible y desgraciado, pero nada más comenzar el descenso me di un golpe con el pico de una roca, con lo cual perdí el control de mis sentidos; y así fui bajando, llevado por el agua y por el viento, como un fardo privado de razón y de consciencia.

Cuando recobré el conocimiento ya era de día, y me encontré tirado boca arriba sobre la blanda y sucísima suciedad que no puede haber en ningún otro sitio más que en Corca Dorcha. Tenía toda la piel desgarrada y hecha trizas como si de un traje viejo se tratara, y a pesar del zarandeo mortal que mis manos habían sufrido por el camino aún tenía bien agarrado el saco de oro. Estaba a una milla de distancia de aquella casita que era mi hogar y residencia.

Aunque fatigado y exhausto, me sentía satisfecho. Pasé media hora intentando mantenerme en pie. Cuando por fin lo logré, enterré el saco de oro y me dirigí cojeando a casa. Tenía el dinero bien seguro en mi poder. ¡Lo había conseguido! Traté de entonar alguna melodía, pero ningún sonido salió de mí. Al parecer, mi garganta estaba agujereada, y la verdad es que ni mi boca ni mi lengua se encontraban en buenas condiciones.

Cuando atravesé la puerta completamente en cueros, vi ante mí al Viejo Canoso sentado sobre los juncos y dándole a la pipa mientras meditaba tranquilamente sobre las dificultades de la vida. Le saludé con cortesía. Se me quedó mirando unos instantes, escrutador y taciturno.

—Válgame Dios —exclamé—, me muero por una patata: he estado nadando en el mar, que es bueno para la salud.

El Viejo se sacó la pipa del morro.

—No hay quien entienda el mundo hoy día, especialmente en Corca Dorcha. Hace poco se nos escapó un cerdo, y cuando volvió traía puesto un traje estupendo. Tú te marchaste vestido de arriba abajo, y ahora vuelves tan desnudo como el día que naciste.

En aquel momento, yo estaba llevándome las patatas de la boca al estómago, y el Viejo no recibió respuesta alguna.

[25] El centenario Maoldún Ó Pónasa habla gaélico medieval, reflejado aquí en un castellano igualmente arcaico.

[26] En la antigua Irlanda, *Beltaine* era la festividad del primero de mayo. *Samain* era el primero de noviembre, día de los difuntos.

CAPÍTULO IX

DESCONTENTO CON MI RIQUEZA T VOY A LA CIUDAD EN BUSCA DE BOTAS T MI PASEO
NOCTURNO T EL GATO DE MAR EN CORCA DORCHA T UN GUARDIA EN NUESTRA CASA T
MISERIA Y CALAMIDADES T ENCUENTRO A UN FAMILIAR T FIN DE MI RELATO

Quien ha pasado toda su vida amenazado por la miseria y la escasez de patatas, no puede llegar a comprender fácilmente lo que es la felicidad ni el buen uso de la riqueza. A mi regreso del Monte del Hambre seguí viviendo otro año más a la antigua usanza gaélica: mojado, hambriento y enfermo noche y día, sin más expectativas que la lluvia, la pobreza y la desgracia. El saco de oro continuaba a salvo bajo tierra, y aún no me había decidido a sacarlo a la superficie. Me pasaba las noches atormentado sobre los juncos en el fondo de la casa, intentando decidir qué haría con el dinero, o qué cosa especial podría comprarme. Era una tarea difícil, irrealizable. Al principio se me ocurrió comprar cosas de comer, pero nunca había probado nada más que patatas y pescado, y no era probable que los variados alimentos que consumían los caballeros de Dublín me sentaran bien, aun suponiendo que tuviera ocasión de adquirirlos y conociera sus nombres. Luego pensé en el licor, pero recordé que pocas personas se dieron a la bebida en Corca Dorcha sin que la muerte se los llevara a las primeras de cambio. También pensé en comprar un sombrero para protegerme de la lluvia, pero juzgué que no existía ninguno capaz de resistir cinco minutos intacto y sin pudrirse bajo las inclemencias del tiempo. Lo mismo pasaba con la ropa. El Viejo poseía un reloj de oro desde el día de la fiesta gaélica, pero yo nunca comprendí qué utilidad tenía aquel pequeño aparato, ni cuál era su misión en el mundo. No ambicionaba ni un vaso, ni un mueble para la casa, ni un cacharro en el que dar de comer a los cerdos. Yo vivía en la pobreza, medio

muerto de hambre y de miseria, y sin embargo no se me ocurría ninguna cosa útil y apetecible que pudiera necesitar. Realmente, pensé, ¡los ricos tienen preocupaciones y problemas!

Una mañana me levanté cuando la lluvia se precipitaba desde los cielos. Estuve un ratito dando vueltas por la casa, sin interesarme por nada y sin prestar más atención a una cosa que a otra. De repente descubrí que el suelo estaba rojo, rojo tirando a negro en algunas partes, y pardo en otras. Esto me dejó asombrado, y abordé a mi madre, que en ese momento atendía a la tarea de alimentar a los cerdos junto al fuego.

—¿Acaso, buena mujer, ha llegado tras larga espera el fin del mundo y la terminación del universo, y nos caen encima chaparrones rojos en plena noche?

—No, no es eso, desgraciadito mío, sino que el Viejo ha estado derramando sangre toda la mañana.

—¿Es que ha arrojado toda esta sangre por la nariz?

—No es eso, no, corazón, sino que ha sufrido heridas mortales e incurables en los pies. Esta mañana compitió con Máirtín Ó Bánasa para ver quién era capaz de levantar una gran piedra. El pobre Máirtín perdió al no poder mover la roca, ¡Dios nos libre del mal! El Viejo tuvo suerte, como de costumbre. Levantó la piedra hasta la cintura y ganó la apuesta que habían hecho.

—Siempre ha sido fuerte.

—Pero entonces, debido al mucho peso, la piedra se le escapó de las manos, y desafortunadamente le cayó en los pies, de forma que estos reventaron, me temo que rompiéndose todos sus huesos y huesecillos. El desdichado estuvo gritando y dando vueltas por toda la casa mucho tiempo después de aquella hazaña, pero puedes estar seguro de que no fueron los pies el medio de locomoción que empleó.

—Nunca creí —dije— que el Viejo tuviera tanta sangre.

—Si la tenía, ya no la tiene.

Todo este asunto me hizo reflexionar sobre mi dinero. Si el Viejo hubiera llevado botas, pensé, menor habría sido el daño producido cuando la piedra le dio en las pezuñas. ¿Quién sabía si mis propios pies no resultarían heridos de la misma forma? ¿Qué mejor que comprar un par de botas?

Al día siguiente fui al lugar donde tenía enterrado el saco de oro. Me encontré con Máirtín Ó Bánasa por el camino y lo interrogué sobre cuestiones comerciales, algo de lo que yo no tenía la menor idea.

—Una pregunta, amigo Máirtín, ¿sabes alguna palabra para decir «botas»?

—Sí —respondió—, recuerdo que una vez estuve en Derry y presté atención a lo que allí se decía. Un hombre entró en una tienda y compró botas. Escuché con claridad lo que le dijo al tendero: *bootsur*.^[27] Sin duda, así se dice «botas» en inglés. *Bootsur*.

—Muchísimas gracias, Máirtín, y más gracias además de las que ya te he dado.

Me marché. El saco de oro permanecía a buen recaudo donde lo había dejado. Cogí veinte peniques de oro y volví a enterrarlo. Hecho esto, partí de buena gana hacia cualquier ciudad que pudiera encontrar en dirección oeste: Galway, Cathair Sáibhín o algún sitio así. Había muchas casas, tiendas y gente, y trepidante actividad por doquier. Busqué por la ciudad hasta dar con una zapatería, y allá que entré alborozado. Un hombre grueso y simpático estaba a cargo de la tienda, y cuando me puso la vista encima se metió la mano en el bolsillo y me ofreció un penique de cobre.

—*Away now, islandman*^[28] —me dijo, aunque sin malicia en la voz.

Acepté agradecido el penique, me lo metí en el bolsillo, y saqué una de mis monedas de oro.

—Y ahora —dije educadamente—, *bootsur*.

—*Boots?*

—*Bootsur*.

Ignoro si el caballero se quedó asombrado o es que no comprendió mi inglés, pero se me quedó mirando largo rato. Entonces se dio la vuelta y cogió muchos pares de botas. Me dio a elegir. Yo preferí el par más elegante; él cogió el penique de oro y nos dimos mutuamente las gracias. Metí las botas en un viejo morral que tenía y emprendí el camino de vuelta a casa.

Sí, las botas me causaban miedo y vergüenza. Desde el día de la gran fiesta no se habían visto en Corca Dorcha botas ni rastro de ellas. Estos brillantes objetos de cuero eran motivo de burla y chanzas por parte de la gente. Temía convertirme en el hazmerreír de los vecinos si no conseguía

instruirlos previamente sobre la elegancia y distinción inherentes a las botas. Decidí esconderlas y considerar tranquilamente la cuestión.

Transcurrido un mes, el tema de las botas empezó a fastidiarme. Las tenía y no las tenía. Estaban bajo tierra y no me habían proporcionado beneficio alguno desde que las compré. Nunca las habían probado mis pies, y ni un solo minuto las había tenido puestas. Si no practicaba en secreto con ellas y me familiarizaba con la técnica del desplazamiento con botas en general, nunca tendría valor suficiente para llevarlas en público.

Una noche —la más nocturna de las noches, por la cantidad de lluvia y la negrura de la negra oscuridad— me levanté a hurtadillas de los juncos en que dormía, y atravesé los campos sin hacer ruido. Fui a la sepultura de las botas y las saqué a la superficie con mis propias manos. Estaban resbaladizas, húmedas y flexibles, así que mis pies encajaron en ellas sin gran dificultad. Me até los cordones y caminé por allí, con el furibundo viento azotándome y las ráfagas de lluvia restallando de forma abominable sobre mi coronilla.

Calculo que llevaba recorridas diez millas cuando volví a enterrar las botas. Me gustaron mucho a pesar de la opresión, la tortura y el daño que me producían en los pies. Regresé muy cansado a los juncos antes de que amaneciera.

Era la hora de las patatas de la mañana cuando me levanté, casi sin poder tenerme en pie, y me di cuenta de que algo raro pasaba en el mundo. El Viejo Canoso había salido —algo que jamás sucedía a la hora de las patatas—, y los vecinos estaban allí en pequeños grupos, conversando atemorizados en voz baja. Todo tenía un aire misterioso, y hasta la misma lluvia parecía diferente. Mi madre estaba preocupada y taciturna.

—¿Acaso, adorable doncella —pregunté dulcemente—, toca ahora a su fin la miseria gaélica, y los pobres aguardan la explosión definitiva del mundo?

—La cosa es aún peor, creo yo.

No conseguí sacarle ni una palabra más debido al sombrío disgusto que se había apoderado de ella.

Salí de casa. Vi a Máirtín Ó Bánasa en medio del campo observando el suelo con aprensión. Me acerqué adonde él estaba y lo saludé muy cortésmente.

—¿Qué malas noticias hay en el pueblo —pregunté— o qué nuevo desastre se cierne sobre los gaélicos?

Se quedó callado unos instantes, y cuando por fin habló fue con la voz enronquecida por el miedo. Pegó sus labios a mi oreja.

—Anoche el maligno estuvo en Corca Dorcha.

—¿El maligno?

—El Gato de Mar. ¡Mira!

Señaló al suelo con el dedo.

—Fíjate en esas huellas, y en esas otras: mira cómo atraviesan el campo.

Dejé escapar una exclamación de sorpresa.

—No son patas de caballo, ni de vaca, ni de cerdo ni de ningún otro ser terrenal —dijo apresuradamente—, sino del Gato de Mar, que ha venido de Tír Chonail. ¡Estemos todos a salvo! Será algo calamitoso, catastrófico e inenarrable la mala fortuna y la desgracia que nos sobrevendrán a partir de hoy. Seguramente será mejor tirarse al mar y alcanzar la Eternidad. Por malo que sea dicho lugar, la situación que padeceremos en Corca Dorcha de ahora en adelante será endemoniadamente peor.

Le di tristemente la razón y me marché. Sin duda alguna, Máirtín y los otros vecinos se referían a las huellas de mis botas. No me atrevía a decirles la verdad por miedo a que se burlaran de mí o quisieran matarme.

Este desconcierto continuó dos días, durante los cuales todo el mundo pensó que el cielo se iba a desplomar o que la tierra se abriría arrastrando a la gente a alguna región subterránea. Yo conservé la calma todo el tiempo, libre de temor y disfrutando de la información que guardaba para mí solo. Muchas personas elogiaron mi valor.

Al levantarme el tercer día por la mañana, descubrí que teníamos compañía en casa. Había un forastero alto y corpulento en el umbral hablando con el Viejo. Lucía un bonito traje de color azul marino, con los botones muy brillantes, y unas enormes botas. Oí que se expresaba en áspero inglés, y que el Viejo trataba de apaciguarlo en una mezcla de gaélico e inglés chapurreado. Cuando el forastero me vio en el fondo de la casa, dejó de hablar y se precipitó hacia mí saltando por encima de los juncos. Era un tipo hosco y fornido, y tanto me atemorizó que me puse a temblar. Me agarró del brazo con fuerza.

—*Phwat is yer nam?* —preguntó.

Casi me tragué la lengua de puro miedo. Cuando pude recuperar el habla, le respondí:

—*Jams O'Donnell.*

Entonces soltó una gran parrafada en inglés, pero yo me quedé como el que oye llover. No entendí ni palabra. El Viejo se acercó a mí y me habló.

—Sin duda era el Gato de Mar, y ya tenemos aquí la primera desgracia. ¡Esto que ves es un guardia, y tú eres lo que ha venido a buscar!

Me entró un fuerte temblor nervioso al oír estas palabras. El guardia volvió a soltar otra parrafada en inglés.

—Dice —explicó el Viejo— que algún canalla mató hace poco a un caballero en Galway y le robó gran cantidad de monedas de oro. Dice que la policía tiene información de que tú has estado comprando cosas con oro en los últimos tiempos, y también dice que saques inmediatamente todo lo que tengas en los bolsillos y lo pongas sobre la mesa.

El guardia lanzó un ladrido rabioso. Aunque no podía comprender el significado de sus palabras, sí que comprendí la fiereza de su voz. Mostré sobre la mesa todo lo que llevaba en los bolsillos, incluyendo las diecinueve monedas de oro. Se quedó mirándolas, y luego me miró a mí. Cuando su vista se hubo saciado, se puso a vomitar más gritos en inglés, y me agarró aún con mayor fuerza.

—Lo que dice —aclaró el Viejo— es que sería conveniente que lo acompañaras.

Me temo que tras oír esta frase perdí el sentido, y quedé sin apenas dominio sobre mi propia vida, mi cuerpo y mi persona. En aquel momento no era capaz de distinguir la noche del claro día, ni la lluvia del suelo seco en el fondo de la casa. Estaba sumido en la oscuridad y confusión. Durante un buen rato no percibí nada a mi alrededor, excepto que el guardia me tenía agarrado y que íbamos caminando juntos por la carretera alejándonos de Corca Dorchá, donde había transcurrido toda mi vida y donde mis amigos y familiares habían vivido desde tiempos inmemoriales.

Creo recordar que estuve en una gran ciudad llena de caballeros que calzaban botas; conversaban educadamente entre ellos, yendo de un lado a otro y montando en carruajes; no llovía ni tampoco hacía frío. Recuerdo

vagamente haber estado primero en un noble palacio con muchísimos guardias que se dirigían a mí, y unos a otros, en inglés; luego fui a la cárcel. No comprendía nada de lo que pasaba a mi alrededor, y ni una sola palabra de lo que se decía o de las preguntas que me formulaban. También me parece que estuve junto con otros en una sala grande y suntuosa, en presencia de un señor que llevaba peluca blanca. Había muchas otras personas distinguidas, unas hablando y otras escuchando. Así fue la cosa durante tres días, en los cuales todo lo que vi despertó mi interés. Cuando esto terminó, creo que me encarcelaron de nuevo.

Una mañana me despertaron temprano, ordenando que me dispusiera a marchar de inmediato. La noticia me produjo tristeza y alegría a la vez. En mi celda estaba a salvo, seco y sin hambre; y sin embargo sentía cierto deseo de regresar con mi gente a Corca Dorcha. Pero cuál no sería mi sorpresa al ver que no iba con los dos guardias a mi pueblo, sino a otro sitio al que llamaban *station*.^[29] El rato que estuvimos allí me dediqué a observar con atención cómo unos enormes carruajes pasaban empujando grandes cosas negras de hierro que iban resoplando, tosiendo y soltando nubes de humo. Vi que otro pobre con aspecto gaélico entraba en la *station* acompañado de dos guardias con los que hablaba en inglés. No volví a fijarme en él hasta que al cabo de un rato noté que estaba a mi lado y me dirigía la palabra.

—Es evidente —me dijo en gaélico— que tu situación actual no es demasiado favorable.

—Estoy bien aquí —respondí.

—¿Pero tú entiendes qué es lo que has recibido de los nobles y peces gordos de esta ciudad?

—No entiendo nada.

—Pues te han echado veintinueve años de cárcel, amigo, y ahora van a llevarte a otra prisión.

Pasaron unos instantes hasta que comprendí lo que el hombre había dicho. Entonces caí desmayado al suelo, y aún hoy seguiría en aquella penosa condición si no fuera por el cubo de agua que me tiraron.

Cuando volví a ponerme en pie, tenía ida la cabeza y aún estaba medio inconsciente. Observé que algunos carruajes llegaban a la *station* y que de ellos salía tanto gente rica como pobre. Mi mirada se posó en un hombre y,

sin yo proponérmelo, permaneció fija en él. Estaba claro que algo suyo me resultaba familiar. Yo nunca lo había visto, pero su aspecto no era el de un extraño. Era viejo, encorvado, débil y más delgado que una brizna de hierba. Vestía sucios andrajos, iba descalzo y los ojos le llameaban en la marchita calavera. Él también se me quedó mirando.

Nos acercamos lenta y tímidamente el uno al otro, embargados por una mezcla de miedo y atracción. Lo noté inquieto, con los labios temblorosos y los ojos relampagueantes. Le hablé en inglés casi susurrando.

—*Phwat is yer nam?*

Me respondió con voz cascada y como por casualidad:

—*Jams O'Donnell.*

Descendieron sobre mí la sorpresa y la alegría como rayos caídos del terrible cielo. Me quedé sin habla y casi perdí de nuevo el conocimiento.

—¡Mi padre! ¡Mi propio padre! ¡Mi papaíto querido, mi familiar, mi progenitor, mi amigo! —Nos devoramos ávidamente con la mirada, y le tendí mi mano.

—Mi propio nombre y apellidos —dije— son también *Jams O'Donnell*. Tú eres mi padre, y está claro que regresas de estar una temporada a la sombra.

—¡Mi hijo! —exclamó—. ¡Mi hijito! ¡Ay, hijo mío!

Me cogió de la mano, comiéndome con los ojos. Cualquiera que fuera la ola de alegría que lo inundó, vi que el desgraciado no gozaba de buena salud; realmente, no le había sentado muy bien la alegría de encontrarme en aquel momento en la *station*; estaba blanco como la nieve y se le caía la baba.

—He oído —le dije— que me he ganado veintinueve años en la misma cárcel.

Hubiera deseado continuar hablando y que cesara aquel extraño mirarnos de hito en hito que nos turbaba a los dos. Vi que la expresión de su rostro se suavizaba y que dejaban de temblarle las piernas. Me hizo una señal con el dedo y me dijo:

—He estado veintinueve años en la cárcel, y la verdad es que es un sitio desagradable.

—Dile a mi madre que volveré...

Una vigorosa mano me agarró de repente por la espalda, tirando de mis

andrajos, y me arrastró violentamente. Un guardia me asaltaba. Salí volando a causa de un terrible empujón que recibí en mitad de la espalda.

—*Kum along, Blashketman!*[30] —dijo el guardia.

Me arrojaron a un coche y emprendimos nuestro viaje sin más demora. Atrás quedaban Corca Dorcha —para siempre, quizás— y yo iba camino de la remota cárcel. Me tiré al suelo y lloré a lágrima viva.

Sí, esa fue la única vez que puse la vista en mi padre, y que él la puso en mí: solo un minuto en la *station*, y luego separación para siempre. Verdaderamente, sufrí la miseria gaélica toda mi vida: infortunios, penurias, desastres, estrecheces, dificultades, oprobios, calamidades, necesidades y desgracias. Creo que nunca habrá nadie como yo.

[27] Deformación del inglés *boots, sir*: «botas, señor».

[28] En inglés, «Ahora vete, isleño».

[29] En inglés, «estación».

[30] Deformación del inglés *Come along, Blasketman*: «Vamos, tú, el de la Blasket».

LA VIDA DURA

INTRODUCCIÓN

*No es que haya conocido a mi madre solo a medias.
Conocí solo la mitad de ella, la mitad inferior...*

Así comienza *La vida dura*, y de inmediato el lector sabe dónde está. Se arrellana en el sofá, estira las piernas, esperando que le tomen el pelo: está en la tierra de Flann O'Brien, en donde todo es lógico y racional y nada es como debería ser. Es una tierra peculiar de contrastes inverosímiles: de exactitud y disparate (por lo general se generan mutuamente); de escualidez y fantasía (o, mejor dicho, de fantasía escualida y de escualidez fantástica); de pedantería e ingenio. Es un lugar de extravagante inventiva, en donde los libros pueden tener todos los comienzos que les plazcan, en donde las notas a pie de página ofrecen una narrativa paralela pero inconexa, en donde un James Joyce reformado escribe tratados religiosos devotos y una aventura romántica es el amor de un hombre por su bicicleta. El lector podrá saber en qué lugar está, pero no tiene ni idea de hacia dónde va.

Flann O'Brien fue el seudónimo de Brian O'Nolan. Este personaje nació en 1911 en Strabane (hoy día condado del norte de Irlanda), en 1935 comenzó a trabajar en la Administración pública irlandesa, llegando a ocupar el importante cargo de funcionario principal de Planificación Urbanística, y falleció en Dublín en 1966. Como Flann O'Brien su biografía es mucho más misteriosa. Flann es un bromista y un bebedor. No tiene edad y obviamente es irlandés, aunque proviene de un país o lugar indefinido. Flann es escritor: siempre lleva puesto un sombrero negro. Sus novelas abarcan desde la clásica *En Nadar-dos-pájaros* (1939) hasta la póstuma *El tercer policía* (1967). Pero lo más curioso de Flann O'Brien (seudónimo de

Brian O’Nolan) es que también tenía a su vez un seudónimo: Myles na Gopaleen. Bajo este nombre escribió su maravillosa y mordaz columna satírica «Cruiskeen Lawn», para el periódico *The Irish Times*.

No es de esperar que un hombre con tantos nombres pueda ser fácilmente clasificado. Esto resulta evidente en su historial literario. *El tercer policía*, su último libro publicado, en realidad fue escrito en 1940. Si damos un salto de veinte años nos topamos con el libro que tenemos entre manos, *La vida dura* (1961), seguido de *La boca pobre* (1964), subtulado como «Un mal relato sobre el malvivir». Pero *La boca pobre* apareció originariamente en 1941 como *An Béal Bocht*, una sátira en irlandés sobre el movimiento renovador de la lengua irlandesa. Ese mismo año, 1964, apareció *Crónica de Dalkey*, que es una secuela, o una precuela, o un embellecimiento o una síntesis de —en todo caso un regreso a— la todavía inédita *El tercer policía*. ¿Tiene todo esto un sentido? Es probable, pero si lo consideramos con tranquilidad.

En Nadar-dos-pájaros apareció cuando el mundo estaba absorto por el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Se vendieron unos trescientos ejemplares, pero, gracias al apoyo de luminarias como Graham Greene en Londres y James Joyce en París, comenzó a ser considerado un éxito de crítica, feliz desenlace al que aspira todo escritor. Para resultar convincente, un éxito de crítica debe dar indicios de convertirse en un verdadero éxito. Eso es lo que Flann O’Brien creyó cuando, en 1940, acabó el manuscrito de *El tercer policía*. Irónicamente, a pesar de ser su novela más leída, fue rechazada por las editoriales de Londres. Durante el resto de su vida, tanto daba si era Flann, Brian o Myles, justificó la no publicación de esta obra maestra alegando, entre sus camaradas de copas, que había extraviado el manuscrito en alguna taberna o que se lo había dejado olvidado en algún tren. La engañifa acerca de los manuscritos perdidos es un tema que ha forjado muchas leyendas dublinesas. No obstante, este manuscrito en particular fue hallado, después de la muerte de su autor, en un aparador de su casa donde por lo visto estuvo expuesto a la vista de todo el mundo durante veintiséis años, a modo de burlón recordatorio del rechazo de las editoriales de Londres de una obra maestra, así como presumiblemente también de su autor.

Se dedicó al periodismo (aunque más correcto sería decir columnismo) y

durante los siguientes veinte años, como Myles na Gopaleen, fue el azote de los pretenciosos de toda Irlanda. El humor de la columna «Cruiskeen Lawn» —los chistes, invenciones e hilaridad que destilaba— despierta nuestra admiración. (En la actualidad han sido seleccionados y recopilados en media docena de volúmenes). Pero no podemos lamentarnos de la brillantez de sus primeras novelas.

Hasta los años sesenta, el mundo opinaba que el Flann O'Brien novelista era un fracaso. No deja de sorprender que el personaje, Brian O'Nolan, compartiera esta opinión, e incluso la propagase. Renegaba de *En Nadar-dos-pájaros* por considerarla una «obra inmadura». En una entrevista concedida a la radio irlandesa en 1964 lo tildó de «ese maldito libro», y remarcó: «no puedo expresar cuánto lo detesto». Esto resulta muy curioso debido a que en 1960 *En Nadar-dos-pájaros* había sido reeditado con un éxito de crítica masivo. Fue inmediatamente reconocido como un clásico moderno. Incluso se convirtió en un «grandes ventas». Pero en Flann O'Brien no encontraremos esa confianza y convicción tan necesarias para la protección de un escritor, esa cicatera seguridad que refrenda la valía de uno mismo ante la indiferencia del mundo. En realidad, lo único que descubrimos es al cascarrabias. Durante veinte años el mundo había insistido en la fallida grandeza de su primera novela: estaría bueno que ahora, solo por otro capricho del mundo, tuviese que revisar esa apreciación.

A pesar de ello, la reedición en 1969 de *En Nadar-dos-pájaros* tuvo un efecto importante. Le motivó a escribir una nueva novela. Esta nueva novela, publicada en 1961, no es otra que *La vida dura*, subtitulada «Una exégesis de lo escuálido».

La escribió de un tirón en dos meses. A primera vista contiene todos los temas usuales de O'Brien: conversaciones pedantes; preocupaciones grotescas; humor en medio de la sordidez; mitos (la visita del simplón al papa pertenece a un antiguo relato); la obsesión por las enfermedades y los datos científicos. Es un mundo masculino, avuncular, fraternal, en el que la maternidad no es más que un mero accidente del parto. El estilo narrativo también resulta familiar: minucioso y fluido, con alternancia del empleo de

la jerga y de palabras excesivamente largas. Yendo un poco más lejos, se puede percibir que el sentido de las palabras se ha distanciado de su uso, que la propia lengua chirría, no se utiliza correctamente y está en constante necesidad de lubricación (aquí proporcionada por el señor Collopy de su inseparable jarra). Tampoco podemos olvidarnos de la extravagante fantasía, si bien dice mucho del conjunto de la obra de un autor que una novela que culmina con una audiencia papal donde se trata, ejem, el tema relativo a la «comodidad» de las damas, sea el menos fantástico de los libros de O'Brien.

De todos modos, también hay anomalías. Existe la sensación de que más que innovación lo que destila el libro es contención. Manus es un narrador ineficaz y es un elemento totalmente incidental para la trama, que evidencia algunos baches. ¿Resulta creíble que el hermano invite a Collopy a Roma? Incluso hay una trama con un final endeble. La novela se puede leer como un intento de hacer realismo, un alejamiento de sus primeros trabajos, como si el personaje O'Nolan estuviese llamando al orden al modernista O'Brien. En este sentido, *La vida dura* fracasa magníficamente. Del modernismo no queda ni rastro. ¿Quién, sino Flann O'Brien, podría haber escrito una novela histórica prescindiendo completamente de una historia?

Aparentemente, O'Brien abrigaba la esperanza de que el libro fuese prohibido en Irlanda. En 1961 la censura aún funcionaba activamente. En algún momento de sus carreras, todos los grandes escritores en prosa irlandeses (excepto Joyce, por extraño que parezca) habían sufrido la censura. El «libro censurado» era la prueba irrefutable para cualquier escritor irlandés, sin la cual no se podía decir que había llegado. Por desgracia para O'Brien, la Ley de Censura de Publicaciones de aquellos tiempos solo prohibía la literatura obscena (dentro de lo cual se incluía la defensa y promoción de la anticoncepción). O'Brien jamás abordó temas sexuales en sus escritos. Hasta los asuntos amorosos son poco frecuentes y los personajes solo demuestran algo de ardor cuando el objeto del amor es una bicicleta, como sucede en *El tercer policía*. Es verdad que en *La vida dura* se hace referencia a nociones superficiales de la vida disipada y de sus consecuencias venéreas, pero se hace con un lenguaje tan esotérico («Linfogranulo-ma Venéreo») que causa gracia y sin duda habrá pasado

desapercibido para los pomposos miembros de la junta de censura. ¿Obscenidad?

No iba por aquí O'Brien, sino que sus intenciones apuntaban al tema eclesiástico, aunque en este caso la junta de censura hizo la vista gorda. El sacerdote amigo de la familia se llama padre Fahrt. Las charlas entre el clérigo y el señor Collopy suponen las partes más cómicas del libro. Todo se desarrolla en un ambiente educado, gentil y caballeroso, mientras entre ambos vacían el recipiente de *whiskey* y Collopy ataca con virulencia la Orden de los Jesuitas a la que pertenece Fahrt. Puede que para el lector no irlandés una trama diseñada para meterse con el clero resulte algo escandaloso. Pero para los lectores irlandeses no merece más que una leve sonrisa, actitud similar que presumiblemente adoptaron los miembros de la junta de censura. El retrato del padre Fahrt resulta entrañable antes que irreverente y entronca con una larga tradición de entrañables sacerdotes irlandeses.

En las «disputas religiosas» del señor Collopy hay tanto de tributo como de sátira. Gran parte de la vis cómica se apoya en la futilidad de la discusión. El señor Collopy no pretende de ninguna manera convencer al sacerdote. El objetivo de sus razonamientos no es la búsqueda de la verdad, sino la exposición de palabras, hechos y fechas. Y para un creyente católico de aquella época, este era el sentido de una discusión: ser escolástico, puntilloso, en definitiva, fútil. Sospechamos, al menos de O'Nolan, que así es como lo prefería.

De todas formas allí tenemos la comedia, la inventiva, el lenguaje, el meticuloso retrato del decoroso Dublín a través de sus cocinas y salones, sin olvidarnos de la lluvia. Consideremos la siguiente frase: «Las palabras en latín murmuradas junto a la tumba parecían empeorar el clima reinante». Hay en ella una melancolía poco frecuente en O'Brien.

El oficio de un maestro es escribir obras maestras, una afirmación con la que estarán de acuerdo todos los escritores. Comparada con *En Nadar-dos-pájaros* y *El tercer policía*, *La vida dura* es sin duda una novela menor. Lo cual no quita que sea la obra de un genio y debe ser leída como tal.

JAMIE O'NEILL, 2003

NOTA DEL TRADUCTOR

A fin de mantener en lo posible el sabor irlandés del libro, creímos conveniente no traducir la totalidad de los nombres propios de los personajes, hecho que tal vez haya mermado el corrosivo juego de doble sentido implícito. Para que el lector tenga al menos un reflejo de esa «escualidez» onomástica, a continuación damos una serie de aclaraciones.

Así, Collopy deriva del término inglés *collop*: pedacito o bocadito; Fahrt es un leve enmascaramiento de *fart*: flatulencia o persona fastidiosa. Crotty no tiene un par exactamente literal, aunque podemos asociarla fonéticamente con *crotchety*: caprichosa, o con *scotch*: entrepierna; caso similar es el de Cruppy, que es posible diferirlo en *crupper*: nalgas. Mientras que Gaskett y Rice aluden directamente a *gasket*: arandela, y a *rice*: arroz, Finbarr nos sugiere una palabra compuesta por *fine*: excelente y *bar*: lugar donde se despachan bebidas. Otro caso parecido es el de Blennerhassett, en donde el autor vuelve a insistir en la duplicidad, a saber, *blenny*: baboso, y *haslet*: menudencias de cerdo. Por último, Cahill nos suena (por deducción) a *cahier*: memorándum.

*Ofrezco honorablemente a
GRAHAM GREENE,
cuyos estados de desaliento admiro,
esta obra del señor*

*Todos los personajes de este libro son reales
y ninguno es ficticio
ni siquiera parcialmente*

*Tout le trouble du monde vient de ce
qu'on ne sais pas rester seul
dans sa chambre.*

PASCAL

CAPÍTULO I

No es que haya conocido a mi madre solo a medias. Conocí solo la mitad de ella, la mitad inferior: su falda, piernas, pies, sus manos y muñecas cuando se inclinaba hacia adelante. Creo recordar nebulosamente su voz. En aquel tiempo, naturalmente, yo era muy joven. Luego un día ella pareció desaparecer. Hasta donde yo recuerdo, se fue sin decir una sola palabra, ni adiós o buenas noches. Poco después le pregunté a mi hermano, cinco años mayor que yo, que dónde estaba la mamá.

—Se ha ido a una tierra mejor —dijo él.

—¿Regresará?

—No lo creo.

—¿Quieres decir que jamás volveremos a verla?

—Supongo que no. Se fue a vivir con el anciano.

En ese momento todo aquello me pareció vago y poco satisfactorio. Jamás llegué a conocer a mi padre, pero a su debido tiempo pude ver y estudiar una descolorida fotografía color sepia: una severa figura enhiesta con gran mostacho y vestida de uniforme y con gorra de visera larga. Nunca logré descubrir la razón de aquel uniforme. Podría haber sido un mariscal de campo o un almirante, o simplemente un oficial de turno del cuerpo de bomberos; en realidad, podría haber sido un cartero.

Mis recuerdos son un poco confusos acerca de lo que exactamente sucedió después de la partida de la mamá, salvo por una muchacha descuidada de largo y lacio cabello rubio que vino a cuidarnos a mi hermano y a mí. No hablaba mucho y parecía estar continuamente de mal humor. La conocimos como la señorita Annie. Por lo menos así es como nos ordenó

que la llamásemos. Se pasaba la mayor parte del día lavando y cocinando, especializándose en pastel de patatas y guisos a base de patatas y verduras, o preparando eternamente albóndigas cubiertas con una salsa grasienta. Llegué a odiar aquellas cosas.

—Si alguna vez vamos a parar a la cárcel —dijo mi hermano una noche en la cama—, estaremos muy acostumbrados a ella antes de haberla conocido. ¿Alguna vez has visto una cena semejante a las que nos prepara? Yo diría que esta Annie está un poco chiflada.

—Si te refieres a las albóndigas —dije—, a mí me parece que son pasables... si no viésemos tantas y tan seguido.

—Estoy seguro de que son pésimas para nosotros.

—Bueno, esa especie de salsa es demasiado espesa.

—Qué gusto cuando mamá se despreocupaba una vez a la semana y solo hacía jamón hervido con col. ¿Te acuerdas de eso?

—No. En ese entonces yo aún no tenía dientes. ¿Qué es jamón?

—¿Jamón? Hombre, algo grandioso. Es una clase de carne roja que traen del condado de Limerick.

Esto es todo lo que puedo evocar acerca de la clase de conversaciones tontas que solíamos tener. Probablemente estén todas tergiversadas.

Cuánto tiempo duró esta situación —una suerte de interregno, vacío, hiato—, no lo puedo decir, pero lo que recuerdo es que cuando mi hermano y yo advertimos que la señorita Annie comenzó a lavar con mayor brío, a planchar casi con ferocidad y a *empacar*, supimos que algo se traía entre manos. Y no nos habíamos equivocado.

Una mañana después del desayuno (gachas de avena, té con pan y jamón) llegó un taxi y de él descendió una extraña anciana dama con bastón. La vi primero por la ventana. El cabello que asomaba por debajo de su sombrero era gris, tenía la cara muy roja y caminaba lentamente como si su vista no fuese buena. La señorita Annie la hizo entrar, diciéndonos antes que la señora Crotty estaba aquí y que nos comportásemos bien. La señora permaneció en la cocina en silencio durante un momento, mirando a Annie con una vaga expresión en su rostro.

—Estos son los dos bribones, señora Crotty —dijo la señorita Annie.

—Que tienen un aspecto magnífico. Dios les bendiga —dijo la señora

Crotty en voz alta—. ¿Hacen todo cuanto se les dice?

—Oh, supongo que sí, pero a veces cuesta que se beban la leche.

—Vaya, por cierto —dijo la señora Crotty con un tono de voz espantado— jamás he escuchado semejante disparate. Cuando yo tenía su edad nunca me daban *suficiente* leche. Nunca. Podía beberme jarras enteras. También crema de leche. En todo el mundo no hay nada tan bueno para el estómago o los nervios. ¡Se lo repito noche y día al señor Collopy pero es como hablarle a *esta mesa!*

Dicho esto descargó un golpe sobre la mesa con su bastón. La señorita Annie pareció sorprendida de que su trivial comentario acerca de la leche hubiese dado lugar a tanta vehemencia. A continuación se quitó el delantal.

—Ya veremos —dijo de mal agüero—. ¿Está el chófer afuera? Tengo preparados todos los bultos.

—Sí, el señor Hanafin está afuera. Solo tienes que llamarle. ¿Están aseados estos caballeres?

—Tanto como se ha podido. Lo que ambos precisan es un buen baño. No hace falta decirle el problema que hay aquí con el agua.

—Que el Señor nos ampare —dijo la señora Crotty con una mueca—, no hay nada más terrible bajo el firmamento que la suciedad. Pero todo eso ya lo solucionaremos a su debido tiempo, si Dios quiere. ¡Ahora en marcha!

La señorita Annie salió, regresando con el señor Hanafin, el taxista. Este tenía la cara enrojecida, probablemente a causa de toda la cerveza que había bebido, aunque vestía con corrección: gorra de visera y gabán verde oscuro.

—Muy buenos días a todos ustedes —dijo con afabilidad—. Precisamente estaba diciendo, señora Crotty, que la señorita Annie tiene muy buen aspecto.

—¿De veras? Pues aquí ha tenido bastante faena, pero como el señor Collopy tampoco es ninguna ganga, puede que haber descansado de él le haya sido tan benéfico como una quincena en la costa.

—Ah, ahora tiene un color magnífico —respondió galantemente el señor Hanafin—. ¿Son estos dos jóvenes archiduques mis pasajeros?

—Sí —dijo la señorita Annie—, ellos son la carga principal. Cuide de no perderles.

—Seré como un padre —dijo el señor Hanafin, sonriendo—, Marius estará

encantada. Vamos a tener un agradable paseo esta mañana.

—¿Quién es Marius? —preguntó el hermano.

—La yegua, chaval.

Más tarde el hermano me dijo que pensaba que era un nombre extraño para una yegua. María hubiese sido mucho mejor. Incluso entonces ya era muy despabilado. Creo que en ese momento utilicé una palabra grosera para designar al animal que se hallaba afuera. Él me dijo que no debía hablar de esa forma.

—¿Por qué?

—A Teresa no le gustaría.

—¿Quién es Teresa?

—Nuestra hermana.

—¿Nuestra *hermana*? ¿PERO QUÉ DICES?

La señora Crotty le dijo a la señorita Annie que le mostrara al señor Hanafin dónde estaba el equipaje, y ella le condujo a la habitación que había detrás de la cocina. Pronto oímos un fuerte ruido de cosas que se movían y que eran arrastradas. El tamaño del equipaje solo podía explicarse por la cantidad de mantas, almohadas y otras ropas de cama embaladas, ya que tanto el vestuario de mi hermano como el mío no era..., bueno..., muy amplio. Tal vez también había allí cortinas.

Finalmente, el señor Hanafin lo tuvo todo amontonado sobre el techo del taxi. Era verano y mi hermano y yo viajábamos con lo puesto. La señorita Annie cerró cuidadosamente con llave la casa y se acomodó remilgadamente junto a la señora Crotty en el asiento trasero del taxi, mientras que a nosotros nos ubicaron frente a ellas. El viaje fue delicioso, las grandes casas resultaban casi imperceptibles, los tranvías rechinaban en medio de la calle, unas enormes carretas se movían lentamente tiradas por enormes percherones y nuestra Marius producía una deliciosa música con sus cascos. Como supe más tarde, nuestro destino era el Pasaje Warrington, una continuación más bien secundaria del señorial Pasaje Herbert, paralelo al canal en el lado sur de la gran ciudad de Dublín.

Dirigiendo una mirada al pasado, deduzco que entonces yo tenía unos cinco años de edad. El año era 1890 y mis jóvenes huesos me decían que estaba por producirse un gran cambio en mi vida. Poco sabía yo acerca de la

magnitud de ese cambio. Estaba a punto de conocer al señor Collopy.

CAPÍTULO II

Hay algo engañoso, pero no deshonesto, en este retrato del señor Collopy. No se trata verdaderamente de la impresión que tuve al verle por primera vez sino más bien de una síntesis de todos los pensamientos y experiencias que tuve junto a él con el paso de los años, una vasta mirada al pasado. Pero recuerdo con suficiente claridad que lo que noté esa primera vez fue, como quien dice, su ausencia: la señora Crotty, habiendo llamado imperiosamente a la puerta, de inmediato comenzó a rebuscar en su bolso la llave. Estaba claro que no esperaba que abriesen la puerta.

—En cualquier momento se pondrá a llover —le comentó a la señorita Annie.

—Aparentemente —dijo la señorita Annie.

La señora Crotty abrió la puerta y nos condujo en fila hasta la cocina delantera, casi un sótano, con el señor Hanafin cargado de maletas cerrando la marcha.

El señor Collopy se encontraba sentado cerca del hornillo en un torcido y destartalado sillón de caña, mirándonos con sus pequeños ojos enrojecidos por encima del borde de unas gafas de acero, la cabeza echada hacia adelante para una inspección más minuciosa. Un guiñapo de largos cabellos aplastados le cubría la amplia coronilla. Toda la zona de la boca permanecía oculta por unos espesos y descuidados bigotes, desteñidos en las puntas, y un imperceptible mentón se unía a un largo y delgado cuello que a su vez desaparecía dentro de un collarín de celuloide blanco sin corbata. Unas ropas indescriptibles cubrían su magro cuerpo de baja estatura y sus pies calzaban unas inmensas botas con los cordones desatados.

—Padres celestiales —dijo con voz apagada—, pero si habéis venido demasiado temprano. Buenas, Hanafin.

—Buenas, señor Collopy —dijo el señor Hanafin.

—Gracias a Dios que Annie lo dejó todo pulcramente ordenado —dijo la señora Crotty.

—Dudo que siga así —dijo la señorita Annie.

—Palabra, señor Collopy —dijo alegremente el señor Hanafin—, nunca le he visto mejor aspecto. No sé lo que estará haciendo, pero tiene usted un color magnífico.

El hermano y yo miramos el blando y grisáceo rostro del señor Collopy y luego nos miramos el uno al otro.

—Pues vaya usted a saber —dijo el señor Collopy—, creo que el trabajo duro jamás le ha hecho mal a nadie. Por ahora puede poner esas cosas en el cuarto trasero, Hanafin. ¿Entonces, señora Crotty, son estos los dos tunantuelos abandonados a la buena de Dios? Por lo visto las sabrosas comidas que les has estado preparando no les han hecho adelgazar, Annie, y eso hay que reconocerlo.

—Aparentemente —dijo la señorita Annie.

—Por favor, le ruego que me los presente, señora Crotty.

Nos acercamos y recitamos nuestros nombres. Sin levantarse del sillón, el señor Collopy abrochó un botón del cuello del jersey del hermano y luego nos estrechó las manos con solemnidad. De su chaleco extrajo dos peniques y nos dio uno a cada uno.

—Santiguo vuestras manos con bienes terrenales —dijo—, y al mismo tiempo pongo mi bendición en vuestras almas.

—Gracias por los bienes terrenales —dijo el hermano.

—Manus y Finbarr son bonitos nombres, bonitos nombres irlandeses —dijo el señor Collopy—. En latín Manus quiere decir grande. Recuérdalo. *Ecce Sacerdos Manus* está escrito en el misal y es un nombre muy edificante. Ah, pero Finbarr sí que es un verdadero nombre irlandés, ya que fue un santo del condado de Cork. Hace miles de años divulgó los Evangelios por todas partes pero no le sirvió de mucho, ya que creo que murió de hambre, perseguido y andrajoso, en alguna de las islas del río Lee, más allá de Queenstown.

—Siempre escuché decir que el santo Finbarr había sido protestante — espetó la señora Crotty—. No intente burlarse de mí. Sabe Dios qué tendría en la cabeza la persona a quien se le ocurrió ponerle un nombre así al pobre mozuelo.

—Tonterías, señora Crotty. Su corazón estaba con Irlanda y su alma con el obispo de Roma. ¿Qué es eso que sobresale de aquella bolsa, Hanafin? ¿Son escobas o palas o qué?

El señor Hanafin había reaparecido con una nueva carga de maletas y siguió con la vista la mirada fija del señor Collopy.

—En verdad, señor Collopy —le respondió—, no son palas. Estos son palos de *hurley*.^[31] Del mejor fresno irlandés del condado de Kilkenny, puede usted estar seguro.

—Estoy encantado de oírlo. ¿De las sinuosas riberas del Nore, eh? Yo tenía un buen lanzamiento en los días de mi infancia. En aquellos tiempos era capaz de mandar un disco desde medio campo y convertirlo en un tanto, hombre.

—Pues no es de extrañar que nunca se canse de hablar del reumatismo de sus nudillos —dijo la señora Crotty en un tono cortante.

—Basta ya, señora Crotty. Se trataba de un magnífico juego masculino y yo no me avergüenzo de ninguna de las lesiones que aún pueda tener. En aquellos días uno era un don nadie si no jugaba al *hurley*. El cardenal Logue es un lanzador y un irlandés que habla la lengua natal, respetado por el papa y por todos. ¿Ha jugado usted al *hurley*, Hanafin?

—De donde provengo yo, Tinahely, nos interesábamos más por el balompié.

—¿Supongo que de acuerdo al reglamento gaélico de Michael Cusak?

—Oh, ciertamente, señor Collopy.

—Me parece muy bien. Los juegos nativos para la gente nativa. En una ocasión papá y yo vimos al otro lado de Bull Island a un montón de jóvenes en calzoncillos abolsados jugando a este nuevo juego llamado golf. Por el amor de Dios, que me aspen si aquello se parece en algo a un juego.

—Oh, en Dublín siempre se puede encontrar petimetres a la moda, no le quepa la menor duda —dijo el señor Hanafin—. Se pondrían una camisa de dormir si vieran que los militares británicos las llevaban puestas para jugar

al polo en el parque. No tienen ni una pizca de vergüenza.

—Y luego se la pasan hablando del Gobierno autonómico[32] —aseveró el señor Collopy—. ¡Pues anda que lo tenemos bien! A juzgar por aquellos zascandiles de Bull Island somos tan aptos para un Gobierno autonómico como los zulúes de África.

—Sentaos a la mesa —dijo la señora Crotty—. ¿El té ya está hecho, Annie?

—Aparentemente —dijo la señorita Annie.

Todos nos sentamos y el señor Hanafin se marchó, no sin antes colmarnos de bendiciones.

Me parece que llegados a este punto, debo explicar la naturaleza y posición de las personas allí presentes. El señor Collopy era medio hermano de mi madre y por lo tanto era mi medio tío. Se había casado dos veces, y la señorita Annie era hija de su primer matrimonio. La señora Crotty era su segunda esposa aunque jamás la llamaban señora Collopy, por motivos que desconozco. Ella podría haber conservado deliberadamente el nombre de su primer marido debido a un afectuoso recuerdo, o bien se fue creando el hábito por distracción. Por otra parte, ella siempre llamaba a su segundo marido utilizando el estilo formal de señor Collopy, así como él también la llamaba señora Crotty, al menos en presencia de otras personas; no puedo hablar sobre los términos que prevalecían en privado. Una persona mal pensada podría sospechar que ambos no estaban casados y que la señora Crotty solo era una concubina, o una prostituta residente. Pero esto era algo totalmente impensable, no solo porque el señor Collopy se interesaba profundamente por la Iglesia y los asuntos de la doctrina y del dogma, sino también por su larga amistad con el presbítero alemán de la calle Leeson, el padre Kurt Fahrt, miembro de la Compañía de Jesús, el cual era un asiduo visitante.

Si por una parte me ha parecido conveniente, como ya he dicho antes, ofrecer esta explicación, no por ello pretenderé aclarar la situación o hacerla más razonable.

[31] Juego irlandés parecido al *hockey*.

[32] Alusión a la voluntad de Irlanda de independizarse de Gran Bretaña.

CAPÍTULO III

Los años pasaron lentamente en aquella familia cuya atmósfera podía calificarse de inerte. Mi hermano, cinco años mayor que yo, fue el primero en ser enviado a la escuela, marchándose una mañana temprano con el señor Collopy a ver al superior del Colegio de los Hermanos Cristianos en la calle Westland. Cualquiera persona hubiera pensado que la ocasión iba a ser meramente una introducción formal y la matriculación, pero cuando el señor Collopy regresó, lo hizo solo.

—Por voluntad de Dios —explicó— hoy el pie de Manus ha pisado el primer peldaño de la escalera del aprendizaje y de la realización, desde cuya cima hará señas a la estrella solitaria.

—El pobre muchacho no había almorzado —dijo la señora Crotty con voz chillona.

—Deberíais tener en cuenta, señora Crotty, que el Señor proveerá, al igual que lo hace para con los pajarillos del campo. Le di al chaval dos peniques. El hermano Cruppy me dijo que los muchachos pueden comprar una buena bolsa de bizcochos partidos por un penique en la barbería situada calle arriba.

—¿Y qué hay de la leche?

—¿Estás fuera de tus cabales, mujer? Acaso te olvidas de las batallas que se han librado en esta cocina para que bebiera su leche. Él cree que la leche es un veneno, del mismo modo que *tú* crees que un trago de malta es veneno. Esto me recuerda..., creo que me merezco mi jarabe. ¿Dónde está mi tarro?

Mi hermano, que con el paso del tiempo se había vuelto más reservado,

no me hacía muchas confidencias acerca de su nueva condición excepto que «la escuela era agotadora». A mí me llegaría el turno antes de lo que pensaba. Una mañana el señor Collopy me preguntó dónde estaba el periódico matutino. Yo le alcancé el que tenía más a mano. Él me lo devolvió.

—El de esta mañana te he pedido.

—Pensé que era el de esta mañana.

—¿Has *pensado*? ¿Es que no sabes leer, muchacho?

—Pues... no.

—¡Vaya, que el dulce Todopoderoso nos tenga compasión! ¿Te das cuenta de que a tu edad Mose Art había escrito cuatro sinfonías y no sé cuántas canciones preciosas? Pagan Neeny[33] dio un recital de violín ante el rey de Prusia, y Juan el Bautista fue lanzado al desierto sin recursos alimentándose solo de langostas y miel silvestre. ¿Es que no te da vergüenza?

—Bueno, todavía soy joven.

—¿Es eso un hecho? Eres como todo el resto, cuentas a partir del extremo equivocado. ¿Cómo sabes que no estás a tan solo tres meses del final de tu vida?

—¡Oh, Dios mío!

—¿Ah?

—Pero...

—Puedes guardarte tus peros en el bolsillo. Te diré lo que vas a hacer. Mañana te levantarás con las campanadas de las ocho en punto y te harás una buena limpieza.

Aquella noche en la cama el hermano me dijo, no sin regocijo, que por alguna razón pensaba que muy pronto yo sería experto en latín y en Shakespeare y que el hermano Cruppy me colmaría de pan celestial con sus clases de Doctrina Cristiana y que me haría entender, mediante azotainas que me dejarían medio muerto, lo que sentían los primeros cristianos al ser arrojados a los leones. Aquella noche me dormí desconsolado, aunque mi hermano solo había tenido razón en parte. Para mi sorpresa, a la mañana siguiente el señor Collopy me condujo con paso firme a través de la ribera del canal, se internó por la calle Synge y tocó el timbre en la parte residencial del establecimiento de los Hermanos Cristianos. Cuando un

desaliñado joven contestó a la llamada, el señor Collopy dijo que deseaba ver al superior, el hermano Gaskett. Se nos guio a un pequeño cuarto sombrío que tenía en la pared un grabado de acero de la cabeza del hermano Rice, fundador de la Orden, unas cuantas sillas, una mesa y nada más.

—Dicen que la piedad tiene un olor característico —dijo en tono meditativo el señor Collopy para sí mismo—. Es una noción perversa. A lo único que se refieren es a la ausencia de olor femenino.

El señor Collopy me miró.

—Sabes que en esta casa bendita no se le permite la entrada a ninguna mujer viva. Así es como debe ser. Incluso si un hermano tiene que ver a su propia madre, lo tiene que hacer en secreto calle abajo en el Hotel Imperial. ¿Qué te parece eso?

—Me parece muy severo —dije—. ¿No podría ella verle aquí y hacer que estuviese otro hermano presente, al igual que lo hacen en las cárceles cuando durante el día de visita hay un carcelero presente?

—Pues esa es una comparación peculiar, no hay duda. Efectivamente, esta casa puede que sea una especie de cárcel, pero las cadenas son del más fino y puro oro de dieciocho quilates al que los santos hermanos gustan de besar arrodillados.

La puerta se abrió silenciosamente y un hombre grueso, entrado en años y de rostro triste, se deslizó en el cuarto. Sonrió con decoro y nos saludó con un excéntrico apretón de manos, manteniendo su codo doblado y sujetando la mano extendida contra su pecho.

—¿No es acaso una magnífica mañana, señor Collopy? —dijo con voz ronca.

—Lo es, gracias a Dios, hermano Gaskett —respondió el señor Collopy mientras todos tomábamos asiento—. ¿Necesito decirle el motivo por el cual he traído a este joven rufián conmigo?

—Bien, me imagino que no será para que le enseñemos a jugar a los naipes.

—En eso tenéis toda la razón, hermano. Su nombre es Finbarr.

—¡Vaya, pero qué sorpresa! Es un nombre precioso, uno honrado por la Iglesia. Supongo que queréis que nosotros ayudemos a Finbarr a ampliar sus conocimientos, ¿no es cierto?

—Es una forma muy amable de decirlo, Hermano Gaskett. Pienso que habrá que realizar unas ampliaciones muy grandes ya que lo único que sabe son las vulgares canciones de los titiriteros, el «venga todos» de Cathal McGarvey, y sus oraciones. Espero que le admitáis, hermano.

—Por supuesto que le admitiré. Ciertamente, yo mismo le enseñaré, desde lectura, escritura y aritmética hasta Euclides, Aristófanes y la lengua gaélica. Le daremos una concienzuda base en el terreno de la Fe y, con la ayuda de Dios, si un día se sintiera con deseos de entrar en la Orden, siempre habría un sitio para él en esta humilde institución. Después de que haya sido adiestrado, naturalmente.

La frase final de aquel discurso ciertamente me alarmó, incluso me vi tentado a percibir en ella alguna clase de advertencia. Ni siquiera me gustaba como broma y menos viniendo del seboso hermano.

—Yo..., yo creo que eso puede esperar un poco, Hermano Gaskett — balbuceé.

El hermano se rio con tristeza.

—Ah, pero por supuesto, Finbarr. Cada cosa a su debido tiempo.

Luego él y el señor Collopy se entregaron en voz baja a una charla personal y al cabo de un rato Collopy se incorporó para marcharse. Yo también me puse en pie, pero él hizo un ademán.

—Nos quedaremos por ahora en el mismo sitio —dijo—. El hermano Gaskett piensa que puedes empezar ya mismo. Siempre es mejor coger al toro por los cuernos.

A pesar de que me lo veía venir, casi me causa una conmoción.

—Pero —dije en voz alta—, no he almorzado... ni siquiera bizcochos partidos.

—No te preocupes —dijo el hermano Gaskett—, nosotros te daremos en primer lugar un refrigerio.

Así fue como traspasé los siniestros portales del colegio de la calle Synge. Muy pronto iba a conocer el instrumento que llamaban «el pellejo». No era, como uno se podía imaginar, una correa de piel de aquellas que se usaban en los bolsos. Se trataba de un cierto número de correas cosidas entre sí y que formaban un objeto de gran grosor, casi tan rígido como una porra, pero lo suficientemente flexible como para evitar quebrar los huesos de la

mano. Un golpe con esto, particularmente si iba dirigido (como con frecuencia lo era) a la parte superior del dedo pulgar o de la muñeca, producía de inmediato una parálisis seguida de un dolor agónico mientras la sangre intentaba volver a circular por la parte mortificada. Con el tiempo aprendí de mi hermano una cierta costumbre profiláctica que él había ideado, aunque solo tenía un efecto parcial.

Ninguno de los dos llegamos jamás a comprender la razón por la cual el señor Collopy nos había enviado a colegios diferentes. Mi hermano creía que era para prevenir que «hiciésemos trampa» o que copiásemos uno del otro las tareas escolares, de las que recibíamos grandes cantidades para hacer en casa cada noche. Pero esto no era cierto, ya que en cada colegio existía un elaborado sistema para «hacer trampa» del cual se servían aquellos que llegaban a primera hora de la mañana. Personalmente, siempre me pareció que esta decisión había sido producto de la innata astucia del señor Collopy, que había aplicado la máxima de «divide y vencerás».

[33] Se refiere a Mozart y Paganini.

CAPÍTULO IV

Gracias a Dios los años siguieron pasando sin acontecimientos demasiado notables. Yo ya tenía once años y mi hermano, quien estaba convencido de ser un hombre maduro, dieciséis.

Una tarde de primavera, a eso de las tres y media, regresaba yo a casa del colegio con paso fatigado por la calle Synge. Caminaba por el otro lado del canal y unos cincuenta metros antes de llegar a casa levanté por casualidad la vista y me paré en seco allí mismo, completamente petrificado. Mi corazón latía violentamente contra mis costillas y desvié la vista hacia el suelo. Me santigüé. Tímidamente volví a mirar hacia arriba. ¡Allí!

A la izquierda de la entrada de la casa y tal vez a unos quince metros de ella había un árbol bastante alto en el jardín delantero. Por encima del árbol, si bien algo alejado, vi la cabeza y los hombros de mi hermano. Me quedé mirando fijamente la aparición, fascinado al igual que aquellos animales que son hipnotizados por una mortífera serpiente antes de atacar. Mi hermano comenzó a agitar los brazos de un modo lamentable y lo que vi a continuación fueron sus espaldas. ¡Iba en dirección a la casa y *estaba caminando en el aire!* Completamente aterrorizado, pensé en el Otro que había caminado sobre el agua. Desasosegado, volví a desviar la vista y al cabo de un rato, entre afligido y tambaleante, llegué a casa. Debía de estar muy pálido, pero no dije nada.

El señor Collopy no estaba en su habitual sillón junto al hornillo. Annie — nos habíamos acostumbrado a prescindir del «señorita»— colocó patatas y un gran plato de guiso delante mío. Pensé que sería mejor aparentar una actitud indiferente.

—¿Dónde está el señor Collopy? —dije. Ella señaló con la cabeza el cuarto trasero.

—Está allí dentro —dijo—. No sé lo que padre se trae entre manos. Está tomando medidas con la cinta métrica. Me temo que la pobre señora Crotty está cada vez peor. El doctor Blennerhassett ha venido de nuevo esta mañana. ¡Dios nos tiene a menos!

La señora Crotty estaba indudablemente enferma. Desde hacía dos meses permanecía en cama e insistió en que la puerta que comunicaba su dormitorio con la cocina estuviese siempre ligeramente entreabierta de modo que sus quejidos, con frecuencia débiles, pudieran ser oídos por el señor Collopy o por Annie. Ni yo ni mi hermano habíamos entrado jamás en su habitación, pero sin embargo tuve ocasión de verla alguna vez de manera fortuita. Sucedió cuando ella bajaba por las escaleras apoyada en el señor Collopy, aferrándose al pasamano con su endeble mano, vestida con una bata o camisón de extravagante corte y color, y una palidez alarmante en su consumido rostro.

—Me temo que está *muy* enferma —dije.

—Aparentemente.

Me bebí el té y abandoné la cocina con indiferencia, pero al subir las escaleras no pude evitar sentirme preso de la excitación. Entré en el dormitorio.

Mi hermano, dándome la espalda, estaba inclinado sobre el escritorio examinando unos pequeños objetos de metal. Levantó la vista y asintió abstraídamente.

—¿Te importaría —dije nervioso—, te importaría contestarme una pregunta?

—¿Qué pregunta? Estoy ocupado con esta buena cantidad de engranajes.

—Es la siguiente. ¿Es posible que te haya visto caminando en el aire al volver del colegio?

Se dio la vuelta para observarme fijamente y luego se echó a reír a carcajadas.

—Caramba —dijo con una risita—, supongo que sí, por decirlo de alguna manera.

—¿Qué quieres decir?

—Tu pregunta es interesante. ¿Se me veía bien?

—Si lo quieres saber, se te veía inhumano y si te estás aprovechando de un poder que no proviene de Dios, si estás teniendo tratos con criaturas impías de las tinieblas, te recomiendo seriamente que vayas a ver al padre Fahrt, porque estas cosas no te conducirán a nada bueno.

Mi hermano esbozó una sonrisa tonta.

—Echa un vistazo por la ventana —dijo.

Con mucha cautela hice lo que me dijo. Entre el alféizar y una gruesa rama de la copa del árbol se hallaba extendido un cable en tensión, el cual me di cuenta de que pasaba por debajo de la ventana cerrada y estaba sujeto en tensión mediante un artefacto a la pata de la cama, situada contra la pared.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamé.

—¿No es ingenioso?

—¡Caracoles, si es un maldito alambre para caminar!

—Lo he conseguido a través de Jem, ya que lo acaban de poner a la venta en los almacenes Queen. No hay nada que se le parezca. Si mañana instalo el alambre en esta habitación de pared a pared a solo treinta centímetros del suelo, tú también podrías caminar sobre él con muy poca práctica. ¿Cuál es la diferencia? ¿Cuál es la diferencia de que estés a diez centímetros o a cien metros de altura? El único problema es aquel que llaman psicológico. Se trata de una palabra nueva, pero yo conozco su significado. Lograr el equilibrio es juego de niños, y todo el truco reside en sacar de tu cabeza la noción de altura. Se ve peligroso, naturalmente, pero hay dinero en esta clase de peligro. Peligro inofensivo.

—¿Qué pasa si te caes y te rompes el cuello?

—¿Jamás has oído hablar de Blondin? Murió en su lecho a los setenta y tres años, pero cincuenta años antes había cruzado las Cataratas del Niágara caminando sobre un alambre a cincuenta metros de altura por encima de las estrepitosas aguas. Y lo hizo varias veces: cargado con una persona sobre sus espaldas, deteniéndose a freír huevos. En definitiva, un gran hombre. Me parece que una vez también actuó en Belfast.

—Me parece que se te va la olla.

—Voy a hacer dinero, ya que tengo... ciertos proyectos, ciertos proyectos

muy importantes. Mira esto. Es una máquina de imprimir. La he conseguido de uno de los amigos de la calle Row, quien se la había robado a su tío. A pesar de que es vieja, servirá para comenzar a funcionar.

Yo no podía apartar mis pensamientos de aquel alambre.

—¿Así que serás el Blondin de Dublín?

—¿Y por qué no?

—Niágara está muy lejos, naturalmente. Supongo que extenderás el alambre sobre el Liffey.

Mi hermano dio un brinco, tiró al suelo un objeto metálico y me miró con los ojos muy abiertos.

—Querido hermano —dijo—, sin duda has dado en el clavo. *Sin duda has dado en el clavo.* ¿Extender un alambre sobre el Liffey? ¡El Temerario Enmascarado de la calle Mount! ¡Allí hay una fortuna, *una fortuna!* Que el Señor nos proteja, ¿cómo es que no se me había ocurrido?

—Por Dios, solo estaba bromeando.

—¿*Bromeando?* Espero que sigas haciendo esta clase de bromas. Iré a consultar con el padre Fahrt sobre el asunto.

—¿Para que te dé su bendición antes de arriesgar tu vida?

—¡Una mierda! Necesito un organizador, un empresario. El padre Fahrt conoce a un montón de jóvenes maestros y yo le pediré que me ponga en contacto con alguno de ellos. Son unos tipos muy aficionados a los deportes. ¿Recuerdas a Frank Corkey, N.T.?[34] Estuvo una vez aquí de visita. Es un jesuita malogrado. Ese hombre haría saltar por los aires los muros de Jerusalén por dos libras. Sería el hombre adecuado.

—¿Para ser despedido de su colegio por ayudar a un joven lunático a matarse?

—Le convenceré. Espera y verás.

Con esto se dio fin a la inesperada controversia de aquel día. En el fondo me divertía la idea de ver a mi hermano abordando al padre Fahrt y pidiendo su colaboración para organizar una caminata a través del Liffey sobre un alambre en tensión, mientras el señor Collopy escuchaba la petición repantigado en su sillón de caña. Había oído hablar de terremotos y de las devastaciones que les acompañaban. Aquí seguramente iba a tener lugar un terrible cataclismo.

Pero una vez más no había tenido en cuenta a mi hermano. Sin decir nada a nadie, un buen día se presentó sigilosamente en el número 35 de la calle Lower Lesson y vio al padre Fahrt en privado. Eso es lo que me dijo aquella noche, al regresar con un aspecto ligeramente derrotado.

—El santo fraile —dijo— no quiere saber nada. Me preguntó si yo me consideraba un chico de la calle y que si no tenía ningún respeto por mi familia. Una travesura pública es como llamó a caminar sobre un alambre en las alturas. Me amenazó con decírselo al viejo Collopy si yo no me sacaba esa idea de la cabeza. Me pidió que se lo prometiese. Yo se lo prometí, naturalmente. Pero iré a ver a Corkey por mi cuenta y juntos haremos una excelente pareja, créemelo. ¿Que si no tengo respeto por mi familia? ¿Qué familia?

—A ningún jesuita le gusta que lo tomen por un animador de espectáculos —le hice notar.

Un poco disgustado, dijo:

—Ya volverás a oír de este asunto.

Estaba seguro de que así sería.

[34] *N.T.*: abreviatura utilizada en inglés para *Nuevo Testamento*, que aquí se emplea como *net ton*: tonelada neta.

CAPÍTULO V

Con el tiempo resultó evidente que uno de los planes del hermano estaba en marcha, debido a que comenzó a llegar una gran cantidad de correspondencia dirigida a su nombre y su actitud se hizo más reservada que nunca. Yo me negué a darle la satisfacción de preguntarle qué se traía entre manos. Todo eso lo contaré más adelante, pero ahora quiero explicar la clase de veladas nocturnas que tenían lugar en nuestra cocina y el tipo de conversaciones que allí se desarrollaban. Como era usual, el tema de las charlas jamás se mencionaba.

Mi hermano y yo estábamos en la mesa luchando con las detestadas tareas escolares, maldiciendo a Wordsworth, a Euclides, a la Doctrina Cristiana y a otros similares flagelos de la juventud. El señor Collopy permanecía repantigado en su sillón de caña, con sus gafas de montura de acero apoyadas en la punta de la nariz. Frente a él, sentado en una poltrona, estaba el padre Kurt Fahrt, un hombre muy alto, delgado, ascético, de cabello cano, las mandíbulas amoratadas y con un cuello tan fino que dentro de su collarín clerical había sitio, como quien dice, para dos más. En el borde del hornillo, al alcance de aquellos filósofos, había apoyado un vaso. En el suelo y detrás del sillón del señor Collopy se encontraba lo que todos conocían como «el tarro». En realidad era una rechoncha vasija de barro, con un asa a cada lado, que la Destilería Kilbeggan usaba para poner a la venta sus mercancías. Las palabras irlandesas para *whiskey* —*Uisge Beatha*— estaban marcadas a fuego sobre su superficie. Este recipiente era, por supuesto, opaco y por lo tanto misterioso; no podía saberse cuán vacío o lleno estaba, ni cuánto había estado bebiendo el señor Collopy. La puerta del

dormitorio de la señora Crotty estaba, como de costumbre, ligeramente entreabierta.

—¿Qué diablos le pasa, padre? —preguntó el señor Collopy casi con irritación.

—Oh, no es nada, Collopy —dijo el padre Fahrt.

—Por el amor de Dios, ese rascarse y escarbarse...

—Deberá disculparme. Tengo un leve acceso de psoriasis alrededor de la espalda y del pecho.

—¿El sore[35] *qué*?

—Psoriasis. Una enfermedad de la piel sin importancia.

—El Señor nos guarde, pensé que había dicho que tenía los ojos irritados. ¿Se trata de un problema con costras o algo parecido?

—Oh, nada de eso. Sigo un tratamiento. Me pongo una pomada que contiene un producto llamado crisarobina.

—¿Entonces este sore-lo-que-sea es el motivo de la picazón?

El padre Fahrt se rio suavemente.

—Ciertas veces parece más una punción —dijo sonriente.

—Lo que usted necesita es azufre. El azufre es uno de los remedios más eficaces del mundo. Es tan excelente que un amigo mío incluso lo utiliza en su jardín.

El padre Fahrt se rascó inconscientemente.

—Dejemos a un lado estas cosas tan triviales —dijo—, que gracias a Dios no es nada grave. ¿Así que otra vez está dándole vueltas al proyecto?

—Es una vergüenza, padre —dijo el señor Collopy con agitación—. No es otra cosa que una condenada vergüenza.

—Mire, Collopy, ¿por qué razón estamos en este mundo? Estamos aquí para sufrir. Debemos santificarnos. Para eso sirve el sufrimiento.

—¿Sabe una cosa, padre? —dijo el señor Collopy con enfado—, me da dolor de tripas oír tanta palabrería suya sobre el sufrimiento. Usted parece tenerle afición al sufrimiento, pero cuando lo padecen los demás. Le quiero ver si tuviese la misma situación en su propia casa.

—En mi propia casa haría lo que mi superior me instruyera que hiciese. Mi Orden es verdaderamente un ejército. Estamos bajo órdenes.

—Páseme el vaso, Su Santidad.

—Que sea poco, Collopy.

A continuación hubo un breve silencio que pareció tener consecuencias ominosas, si bien yo no levanté la cabeza para ver qué sucedía.

—Padre —dijo finalmente el señor Collopy—, usted se volvería completamente loco si tuviera la misma situación en su propia casa. Quedaría en ridículo ante todos. Mandaría al diablo al padre superior, se marcharía saltando por encima de la puerta principal para practicar la mendicidad en Stephen Green. Oh, yo ya estoy prevenido contra ustedes los santos. Muy bien prevenido. ¿No cree que las mujeres ya tienen bastante sufrimiento, como lo llama usted, con traer niños al mundo? ¿Y por qué lo hacen? ¿Porque están desesperadas por santificarse? ¡Pues claro que no! ¡Es porque el marido es una gran antorcha inflamada por los fuegos de la lujuria!

—Collopy, por favor —dijo el padre Fahrt a modo de débil protesta—. Esta actitud suya es completamente errónea. La procreación es un *derecho* del hombre casado. Sin duda es su servicio para la mayor gloria de Dios. Es un servicio prescrito por el sacramento del matrimonio.

—Oh, así que es eso —dijo el señor Collopy en voz alta—, ya lo creo que es eso. ¿Para traer más chavales desgraciados a este valle de lágrimas y que reciban su parte de sufrimiento del cual usted tanto habla, eh? O tal vez otra mujer. ¡Santo Dios!

—Vamos, vamos, Collopy.

—Dígame una cosa, padre. ¿Usted diría que es *natural* que una mujer tenga niños?

—Siempre que haya contraído matrimonio mediante una unión bendecida por la Iglesia, sí. Nada más natural y más deseable. Es un acto sagrado criar niños para mayor gloria de Dios. Esto lo encontrará en su catecismo. El celibato y el sacerdocio conforman el estado más sagrado de todos, lo cual no hace que la condición de hombre casado sea innoble. Y por supuesto, la esposa recatada es la doncella del Señor.

—Muy bien —dijo el señor Collopy con entusiasmo—. Entonces dígame una cosa: ¿es natural el otro asunto?

—Naturalmente. Nuestros cuerpos son santuarios. Se trata de una función.

—Muy bien. ¿Cómo llamaría usted a esos malévolos ignorantes que de un modo encubierto censuran esta función?

—Se trata de, eh, desatención —dijo el padre Fahrt con su voz más suave—. Tal vez si se hiciera una clara insinuación...

—*¡Si se hiciera una insinuación!* —explotó el señor Collopy—. *¡Si se hiciera una insinuación!* Válgame Dios, yo creo que usted está tratando de arruinar mi temperamento, padre, y sacarme de mis casillas y hacer de mí un pobre desgraciado. Si se hiciera una insinuación..., ¡lo que tengo que oír! Usted sabe perfectamente que me he gastado la suela de los zapatos subiendo y bajando por las escaleras de esa sucia Corporación implorándoles, diciéndoles, ordenándoles que hiciesen algo. Usted ha visto las copias de las cartas que le he enviado al sabueso ese que llaman alcalde. De cualquier modo, no hay nada que ese hombre desconozca sobre trabas. ¿Y qué he conseguido de todo esto? Únicamente un trato abusivo por parte de los recaderos y chupatintas de la oficina.

—¿Nunca se ha puesto a pensar, Collopy, que tal vez su sentido del tacto no sea el más conveniente?

—¿Tacto, dice? ¿Es esa la última? Páseme su vaso.

Hubo otra pausa para la decantación y el sosiego.

—Lo que me gustaría hacer —dijo sentenciosamente el señor Collopy— es escribir y publicar un extenso libro de cuentos basados en sus teorías en favor del sufrimiento. Que me parta un rayo si usted sabe algo acerca del sufrimiento. Solo las personas sin experiencia producen teorías. Naturalmente, usted se limita a escupir lo que le han enseñado en los seminarios. «Ganarás el pesar con el sudor de tu frente». Oh, la ilustre y vieja Iglesia católica siempre ha tenido una gran estima para con los dolientes.

—Collopy, esa cita que ha invocado es inexacta.

—¿Pero ahora se supone que yo tengo que ser diácono o un estudioso de la Biblia o algo por el estilo? Usted no encontrará cuáqueros o metodistas que le vengán con toda esta patraña sobre el sufrimiento. Tratan a sus empleados con corrección, les brindan un alojamiento digno, saben cómo ganar mucho dinero honestamente y son tan santos —cada uno de sus servidores— como cualquier maldito jesuita o como el mismísimo papa de

Roma.

—Dejemos al santo padre fuera de esta disputa, al igual que a los humildes miembros de mi Compañía —dijo piadosamente el padre Fahrt.

De repente comenzó a rascarse con intensidad.

—¿Acaso he oído bien cuando usted ha dicho «humilde», padre? Un jesuita humilde es como un perro sin rabo o como una mujer sin bragas. ¿Alguna vez ha oído hablar de la Inquisición española?

—Por supuesto que sí —dijo sin alterarse el padre Fahrt—. La fe estaba en peligro en España. Si un viento desfavorable está por apagarle la vela, usted protegerá la llama con la palma de su mano. O tal vez con una especie de escudo de cartón.

—¿Un escudo de cartón? —repitió desdeñosamente el señor Collopy—. Pues, joder con los escudos de cartón que usaron los dominicos en España, esos reverenciadores manchados de sangre.

—Mi propia Orden —dijo el padre Fahrt con modestia— estaba entre las garras de la Suprema en Madrid y sin embargo yo no me quejo.

—¿Pues no es algo muy bondadoso de su parte, padre? Esos bárbaros gamberros le pusieron la cogulla a su propia Orden y *usted* no se queja, sentado aquí con un vaso de malta en su mano. En verdad es usted un hombre modesto y decente, que Dios le bendiga.

—Lo que quise decir, Collopy, es que puestos a erradicar un grave mal, a veces todos tenemos que sufrir.

—¿Y qué tiene eso de malo, padre? ¿Acaso el sufrir no es algo espléndido?

—No es placentero pero sí benéfico.

—Usted siempre tiene una respuesta ingeniosa para todo. «¿Cree usted en la verdadera fe?» «No». «Muy bien. Ochocientos azotes». Si piensa que eso es la Iglesia católica, no me asombra que hubiera una Reforma. ¡Tres hurras por Martín Lutero!

El padre Fahrt se quedó estupefacto.

—Collopy, por favor, recuerde que usted también pertenece al verdadero rebaño. Esa forma de hablar es escandalosa.

—¿Verdadero rebaño? ¿Que yo pertenezco? ¿Y qué me dice del alcalde y de los otros estafadores del ayuntamiento? ¿Aprueba el modo en que proceden: *matando* mujeres desgraciadas?

—Olvídese de ese tema.

—No dejaré de acordarme de ese tema hasta el día de mi muerte —replicó excitado el señor Collopy—. ¿Ochocientos latigazos por decir la verdad que a uno le dicta su conciencia? A ver si me comprende: en España los santos frailes propagaron la verdadera fe mediante la aplicación de clavos al rojo vivo sobre las espaldas de los desgraciados judíos.

—Tonterías.

—Y les escaldaban los testículos con agua hirviente.

—Está exagerando, Collopy.

—Y les metían por la fuerza alambre de púas o cosas por el estilo en donde usted ya sabe. Y era todo *AMDG*,[36] por utilizar su máxima, padre.

—Por Dios, Collopy, entre en razón —dijo el padre Fahrt con calma y tristeza—. No sé dónde ha leído todas estas cosas tan absurdas y extravagantes.

—Padre Fahrt —dijo seriamente el señor Collopy—, a usted no le gusta la Reforma. Es probable que a mí tampoco me entusiasme. Pero fue nuestra propia gente, los rufianes en España y demás, quienes la provocaron. Proclamaron como herejes a hombres decentes y el remedio fue prenderles fuego. Por no hablar de la cantidad de papas deshonestos con sus ejércitos y sus estados pontificios, metiendo a duquesas y monjas en líos y esparciendo por toda Italia sus hijos ilegítimos, sin hacer otra cosa que tramar intrigas y corromper las cortes de Dios sabe cuántos reyes extranjeros decentes. ¿No es esto un hecho?

—En absoluto, Collopy. La Reforma fue una revuelta doctrinal, y no tengo dudas de que inspirada por Satanás. No tuvo nada que ver con la temporaria debilidad humana surgida en el papado o en alguna otra parte.

—Vaya, no me diga —dijo burlonamente el señor Collopy.

—Sí, se lo digo. No odio a ningún nombre, ni siquiera a Lutero. En realidad, gracias a su traducción de la Biblia, puede atribuírsele el mérito de haber inventado efectivamente mi propio idioma, *die schöne deutsche Sprache*. Pero estaba poseído por el demonio. Era un hereje. Heresiarca sería una palabra más adecuada. Y cuando falleció en 1545...

—Discúlpeme, padre Fahrt.

Esta intervención de mi hermano me sobresaltó intensamente. Había

estado siguiendo aquel acalorado coloquio sin molestarse en disimularlo, pero el que hubiera intervenido me parecía algo inconcebible y provocador. El señor Collopy y el padre Fahrt también se mostraron igualmente sorprendidos al girar sus cuellos y posar sus ojos sobre él.

—¿Sí, muchacho? —dijo el padre Fahrt.

—Lutero no falleció en 1545 —dijo mi hermano—. Fue en 1546.

—Vaya, vaya, quizá tengas razón —dijo el padre Fahrt de buen humor—. Quizá tengas razón. Ay, mi vieja cabeza nunca fue muy buena para los números. Bueno, Collopy, veo que hay un teólogo en su familia.

—Un historiador —dijo mi hermano.

—Y yo corregiré esta corrección —dijo ásperamente el señor Collopy—. Un maldito joven bocazas que no se dedica con aplicación a sus estudios, eso es lo que tenemos. Páseme ese vaso suyo, padre.

Se hizo otro intervalo de silencio mientras mi hermano, con gran cuidado de su parte, volvió a concentrarse en sus estudios. Luego de beber un largo trago de su vaso recién servido, el señor Collopy se echó hacia atrás en su deforme sillón y lanzó un profundo suspiro.

—Me temo, padre Fahrt —dijo por último— que solo estamos perdiendo el tiempo y fastidiándonos uno al otro con estos argumentos. Estas cosas han sido discutidas a fondo hace años. Le parecerá que estamos llevando aquí una disputa del mismo calibre que la sostenida por Nuestro Señor con los doctores en el templo. La verdadera cuestión es esta: ¿Qué clase de medidas podemos tomar?, *¿qué es lo que se puede hacer?*

—Bien, ciertamente este es un planteamiento más razonable, Collopy. Mucho más razonable. Y mucho más práctico.

—¿*Quod faciamemus*, eh?

—¿Ha pensado en algún momento en una asamblea pública?

—Pues claro que sí, infinidad de veces —dijo el señor Collopy con un dejo de tristeza—. Le he dedicado lo mejor de mis desvelos. No daría resultado. ¿Y quiere que le diga el porqué? A las asambleas públicas van solo los hombres. Ninguna dama se dejaría caer por una asamblea pública. ¿Lo sabía usted? Solamente encontrará merodeando a unas cuantas prostitutas. ¿Y los hombres? ¿Para qué sirven *ellos*? Seguro que no les importaría un comino si las mujeres se murieran por las calles como moscas. Para ellos las mujeres

solo tienen dos usos, padre: o irse a la cama con ellas o bien molerlas a palos hasta dejarlas moribundas. Había pensado en parte conseguir el apoyo de esta nueva Liga Gaélica, pero me temo que no son más que un montón de farsantes. No comprenderían esta crisis que invade nuestra vida nacional. Pensarían que soy un viejo verde y llamarían a la DMP.[37]

—Hum.

El padre Fahrt frunció el entrecejo especulativamente.

—¿Y qué hay de convocar una movilización frente al Castillo de Dublín? Sin duda ellos pueden presionar a la corporación.

—¿Y hacer que me metan preso? No soy ningún condenado imbécil.

—¡Ah! No estoy familiarizado con la política.

—Que me fastidien si hay algo político en todo esto, pero esos miserables del castillo arrestarían a un irlandés bajo el cargo de traición si sus pantalones son un poco más amplios o si ha olvidado afeitarse. Pero se me acaba de ocurrir otro enfoque del asunto...

—¿De qué se trata, Collopy?

—¿Por qué no denunciemos toda esta situación escandalosa desde el púlpito?

—Oh..., querido.

El padre Fahrt emitió una grave, melodiosa y sardónica risa.

—La primera preocupación de la Iglesia, Collopy, es en cuanto a la fe y a la moral. Su aplicación a la vida cotidiana es bien vasta, pero me temo que este problema particular esté fuera de sus límites. De ninguna manera podemos llevar a una iglesia semejante asunto. Incluso podría originar un escándalo. Si yo fuera a exponer el tema en la Universidad Eclesiástica, supongo que sé lo que diría el Padre Superior, y no mencionemos a Su Excelencia el Arzobispo.

—Pero escuche...

—No, no, basta, Collopy. *Ecclesia locuta, causa finita est.*

—Ah, bien, supongo que de eso se trata —dijo el señor Collopy resignado—. La Iglesia se mantiene completamente apartada de las congojas y problemas cotidianos de la gente, pero voto a Dios que así no era cuando teníamos el Código Penal, con Paddy Whack[38] vigilando a la soldadesca desde lo alto del foso un domingo por la mañana y debajo apiñados los

pobres campesinos andrajosos respondiendo al avemaría en irlandés. Es algo demasiado grande para usted y su Iglesia, padre.

—Me temo que existe una cosa llamada Ley Canónica, Collopy.

—En este país tenemos demasiadas leyes. Incluso pensé en ponerme en contacto con los francmasones.

—Espero que no lo haga. Es pecaminoso tener tratos con esa gente. Desprecian al Espíritu Santo.

—Me pregunto si desprecian a las mujeres tanto como lo hacen el alcalde y su condenada corporación.

—Existe un recurso que estoy seguro que usted no ha probado, Collopy.

A continuación el padre Fahrt volvió a rascarse imperiosamente.

—Estoy seguro de que hay uno. Probablemente miles. ¿De qué recurso se trata?

—La oración.

—¿La qué cosa dijo?

—*La oración.*

—¿La oración? Ya veo. Nunca se sabe, todavía estamos a tiempo para intentarlo. Se pueden mover montañas mediante la oración, lo creo, pero yo no quiero mover montañas. Quiero poner una bomba debajo de ese alcalde. Pero se me ocurre una idea bastante descabellada, y endemoniada si funciona. Necesito influencia..., una palabra de las altas esferas... mucho tacto y modestia..., tal vez una palabra de apoyo de Su Excelencia. Seguramente podría ser la solución completa y final para todo este terrible problema. Si sale bien haría una peregrinación hasta Lough Derg el Día de Acción de Gracias.

—Si ha llegado tan lejos es que usted debe estar buscando un milagro, Collopy —dijo el padre Fahrt sonriendo—. ¿Y cuál es esa idea suya?

—Tranvías, padre. *Tranvías.* No sé cuántos itinerarios hay en esta ciudad, pero digamos que en total hay ocho. Un tranvía por cada itinerario y en cada dirección sería suficiente, o dieciséis tranvías en conjunto. Los viejos tranvías reparados y redecorados harán el trabajo.

—¿Habla en serio, Collopy? ¿Tranvías?

—Sí. Tranvías. Tendrán que distinguirse del resto, preferentemente que sean de color negro y que lleven en lo alto de la parte delantera un único

cartel: simplemente la palabra MUJERES. ¿Comprende? Ningún hombre que se precie de serlo intentaría subir en uno de ellos.

—Vaya, vaya. Al menos es una idea original. ¿Se tendría que pagar algo?

—Es muy posible que al principio hubiera una tarifa de viaje de un penique. Pretender un servicio gratuito desde el comienzo sería puro idealismo. Pero una vez que tengamos los coches en movimiento, podríamos animar a la opinión pública para que quitara la tarifa de un penique en beneficio de la humanidad.

—Ya veo.

—Me gustaría que meditara sobre este asunto, padre. Digamos que una dama y un caballero están caminando por la calle y tienen en mente dar un paseo por el Parque Fénix. Totalmente legítimo. Pero primero hay que hacer una necesidad. Permanecen a la espera en la parada del tranvía. Mira, ahí llega el Tranvía Negro. La dama sube al coche y se aleja por su cuenta. Y la perfección del plan consiste en que *ella podrá coger un tranvía corriente para regresar* a reunirse con su amigo que la espera. ¿Cae en la cuenta ahora?

—Sí, creo que le comprendo.

—Oh, padre, usted no sabe cuán importante es para mi alma esta contienda y cuánta paz caerá sobre mi cabeza el día en que concluya felizmente para siempre. Las personas decentes tienen que cuidar de las mujeres, ¿no estoy en lo cierto? El sexo débil. ¿Acaso Dios no las ha creado iguales a usted y a mí, padre?

—Sin duda así lo hizo.

—Entonces ¿por qué no jugamos limpio con ellas? Quiero decir, usted o yo podemos entrar en una taberna...

—¡Excúseme, Collopy! Yo ciertamente *no* puedo entrar en una taberna. En toda su vida usted jamás habrá visto a un sacerdote en una taberna.

—Pues bien, *yo* puedo entrar en una taberna y sin duda lo hago a menudo.

—Vaya, vaya, Collopy, usted está repleto de ideas, pero yo debo marcharme. No me había dado cuenta de la hora que es.

—Como guste, pero espero verle por aquí otra vez. Piense acerca de lo que le he dicho. ¿Puedo ofrecerle un último trago de despedida?

—Gracias, pero de ninguna manera, Collopy. Buenas noches, muchachos, y no os olvidéis del artículo griego hau-hi-tau.

Al unísono:

—Buenas noches, padre Fahrt.

Y salió de la casa dignamente, acompañado por el señor Collopy.

[35] Juego de palabras intraducible: *sore* en inglés significa «aflicción», «picazón», y *sore eyes*, «ojos irritados».

[36] *Ad maiorem Dei gloriam*, también conocida por su abreviatura AMDG, es la divisa de la Compañía de Jesús.

[37] *DMP*: siglas para designar a la Policía Militar de Dublín.

[38] *Paddywhack*: jerga irlandesa que hace alusión a un personaje popular; traducido literalmente significaría «furia, acceso de cólera».

CAPÍTULO VI

A media tarde de un típico día nublado de otoño, decidí que lo único que valía la pena hacer era ir a pescar alguna carpa en el canal. Mi caña era bastante tosca, pero yo tenía unos anzuelos de tamaño especial que guardaba en nuestro dormitorio en una gaveta. Saqué la caña de pescar y subí en busca de un anzuelo. Para mi sorpresa, la gaveta se hallaba repleta de giros postales por valor de seis peniques cada uno y también de cartas a nombre de mi hermano, al cual se dirigían como «Director del Gimnasio General Georama». Decidí dejar en su sitio aquel extraño material, cogí un anzuelo y me marché caminando a lo largo del canal. El caso es que posiblemente mi cebo no fuese demasiado bueno, ya que no logré pescar nada y al cabo de una hora estaba de vuelta en casa. Al llegar me encontré con mi hermano en el dormitorio, escribiendo abstraído en la mesa pequeña.

—Vengo de pescar en el canal —comenté—, para lo cual necesité sacar un anzuelo de la gaveta. He visto que está repleta de giros postales de seis peniques.

—No está repleta —dijo afablemente—. Solo hay veintiocho. Pero no se lo digas a nadie.

—Veintiocho hacen catorce chelines.

—Así es, pero aún espero unos cuantos más.

—¿Qué es todo eso del Gimnasio General Georama?

—Pues por el momento es mi nombre —dijo.

—¿Qué es Georama?

—Si no sabes lo que significa una simple palabra inglesa, quiere decir que los hermanos de la calle Synge no te son de mucha utilidad. Un georama es

un globo que representa la Tierra. Algo parecido a lo que hay en las escuelas. Su sonido pega con gimnasio y general. Por esa razón lo elegí. Afiliate al GGG.

—¿Y de dónde han salido todos esos giros postales?

—De los demás. Coloqué un pequeño anuncio en uno de los periódicos. Quiero enseñar a la gente a caminar sobre un alambre en las alturas.

—Santo Dios, ¿y para eso sirve el Gimnasio General Georama?

—Sí. Y es uno de los cursos más baratos del mundo. Una gran cantidad de personas desean caminar sobre un alambre en las alturas y alardear de ello. Es probable que algunos no sean más que mercenarios ansiosos de amasar una rápida fortuna en algún circo importante.

—¿Y les enseñas por correo?

—Pues sí.

—¿Qué pasará cuando uno de ellos se caiga y se mate?

—Un veredicto de muerte por percance, supongo. Pero esto es improbable, ya que no creo que ninguno de ellos se atreva a subir a un alambre que se encuentre a cierta altura del suelo. Si son jóvenes, sus padres se lo impedirán. Si son viejos, el reumatismo, los nervios y sus músculos debilitados se encargarán de hacérselo imposible.

—¿Quieres decir que llevarás un curso por correspondencia con estas personas?

—No. Recibirán una copia de mi libro de instrucciones de cuatro páginas. Por solo seis peniques. Una insignificancia. Un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas te costarán casi lo mismo, pero ningún pitillo te dará la misma emoción que la idea de caminar sobre un alambre en las alturas.

—A mí me parece una estafa.

—Disparates. Yo soy solo un vendedor de libros. Las valiosas instrucciones y explicaciones han sido escritas por el profesor Latimer Dodds. Y también ha incluido una advertencia acerca de los posibles peligros.

—¿Quién es el profesor Latimer Dodds?

—Un equilibrista y gimnasta del trapecio ya jubilado.

—Jamás he oído hablar de él.

—Toma, echa tú mismo una ojeada al curso. Estaba preparando los envíos

de las copias para mis clientes.

Cogí el cuadernillo toscamente impreso y lo guardé en mi bolsillo, diciendo que lo leería más tarde y que cuidaría de que el señor Collopy no lo viese. No quería que mi hermano viese mi reacción ante su obra manual, puesto que ya sentía deseos de reírme. El señor Collopy no estaba en casa y Annie conspiraba con la señora Crotty en su dormitorio. En la planta baja encendí la lámpara y ahí obtuve una lección gratis de cómo caminar sobre un alambre en las alturas. En la primera página, o portada, ponía: «—EL EQUILIBRISMO— La naturaleza mantenida a raya — Estremecedor y Estimulante Espectáculo Esplénico para Espectadores Deportistas— por el profesor H. Q. Latimer Dodds».

Más abajo estaba el nombre del gimnasio y nuestra dirección. No se hacía ninguna mención de mi hermano, pero había una nota que decía: «Consultas con el director únicamente mediante cita previa». Me horroricé al pensar qué sucedería en caso de que viniese un desconocido pidiéndole al señor Collopy que fuera tan amable de darle una cita con el director del gimnasio.

En la parte superior de la cara interna de la hoja había un prólogo que creo que debo citar:

Sería una insensatez aseverar que la peripatesis periastral sobre el *aes ductile*, o alambre, está desprovista de un profundo peligro no solo para diversas *membra*, o extremidades, sino también para la espalda y para la misma existencia. Por lo tanto, se suplica amablemente al lector interesado que se abstenga de *le risque majeur* y someterse antes a una minuciosa revisión por parte de un médico altamente capacitado o cirujano, además de alguna verificación anatómica para detectar evidencias del mal de Ménière, que produce hemorragias dentro del laberinto del equilibrio de los oídos y origina un grave problema de nistagmo e inseguridad al andar. Si hay sospechas de que el vértigo proviene de un trastorno gástrico, habrá que recurrir al bromuro de potasio, o a la acetanilida bromural o dorsal. El laberinto auricular está formado por un número de celdas membranosas y tubos inmersos en un líquido albergado en la cavidad del oído interno; en los mamíferos está

unido al caracol del oído interno. La sección membranosa del laberinto consiste en dos bolsas pequeñas, el sáculo y el utrículo, y en tres canales semicirculares que se abren dentro de él. Los nervios que proporcionan a la extremidad del laberinto cierto número de celdas a modo de proyecciones filamentosas, agrupados conforman los dos órganos otolito en el sáculo y el utrículo y los tres *crístae* de los canales semicirculares. En los órganos otolito las protuberancias filamentosas se encuentran embebidas por una masa gelatinosa que contiene carbonato de calcio. La función de este magnífico aparato, en cuanto concierne al *Homo sapiens*, es lograr que permanezca en posición vertical, algo sumamente deseable en el caso de un gimnasta que ha de caminar sobre un alambre extendido a muchos metros del suelo.

Me di cuenta de que leer concienzudamente aquel escrito requería una considerable concentración. No sabía lo que quería decir, pero no me cabía la menor duda de que los «clientes» de mi hermano tampoco lo entenderían. Las instrucciones referentes a caminar sobre un alambre eran no obstante más comprensibles. Quizás la propia experiencia de mi hermano (ya que indudablemente él era el profesor Latimer Dodds) le hacía recomendar un dormitorio como lugar para las primeras prácticas. El alambre debía estar tensado a una altura de treinta centímetros del suelo entre dos camas apuntaladas mediante «bolsas de cemento, piedras, cajas de caudales u otros objetos voluminosos». Una vez que el equilibrista neófito estuviese listo para comenzar a practicar, las camas habían de ser separadas por «amigos», a fin de establecer y mantener una necesaria tensión del alambre. «Si sucediera que el peso de una cama se mostrase insuficiente para aguantar el peso del gimnasta sobre el alambre, los amigos deberían sentarse o acostarse en la cama». Más adelante la práctica se trasladaría «al huerto», en donde se debería buscar dos sólidos árboles frutales contiguos, los cuales serían utilizados para anclar el alambre y cuya altura se aumentaría de forma gradual. Se hacía hincapié en la necesidad de una práctica diaria y (salvo accidentes) se prometía un buen resultado en tres meses. Se prescribía un cierto régimen dietético, el cual prohibía totalmente el alcohol y el tabaco, agregando que incluso si el estudiante demostraba una absoluta incapacidad

en sus intentos de caminar sobre el alambre, de todas formas su salud y su espíritu mejorarían notablemente al cabo de esos tres meses.

Al escuchar los pasos del señor Collopy, provenientes de la entrada lateral, me guardé apresuradamente el tratado en el bolsillo. El señor Collopy colgó su abrigo detrás de la puerta y se sentó junto al hornillo.

—¿No ha venido un hombre por las cloacas? —preguntó.

—¿Las cloacas? Me parece que no.

—Vaya, Dios quiera que venga mañana. Tiene que hacer una nueva conexión en el patio, no me preguntes la razón. Es un hombre decente llamado Corless, gran jugador de balonmano en sus tiempos. ¿En dónde está ese hermano tuyo?

—Arriba.

—¿Así que arriba! ¿Qué está haciendo arriba? ¿Se ha ido a la cama?

—No. Creo que está escribiendo.

—¿Escribiendo? Vaya, vaya. Una isla de santos y hombres de letras. Está arriba escribiendo y consumiendo gas. Dile que si desea escribir que venga a hacerlo aquí abajo.

En ese momento Annie salió de la habitación trasera.

—A la señora Crotty le gustaría verte, padre.

—Oh, con mucho gusto.

Subí a prevenir a mi hermano. Él asintió con una mueca y apiñó un gran fajo de sobres con sellos, listos para ser enviados por correo, dentro de su chaqueta. Después apagó la lámpara de gas.

CAPÍTULO VII

Habían pasado muchos meses y la situación en nuestra cocina era la misma que tiempo atrás: mi hermano y yo sentados a la mesa tejiendo la telaraña del saber mientras el señor Collopy y el padre Fahrt descansaban junto al hornillo con el tarro, vasos y una jarra de agua de por medio.

Ya hacía mucho rato que el fontanero Corless se había marchado, destrozando el patio trasero y llevando a cabo una serie de misteriosos trabajos, no solamente allí sino también en el dormitorio de la señora Crotty. Habían traído un cargamento de madera para el señor Collopy y según Annie, ya que estas cosas se desarrollaban principalmente cuando mi hermano y yo estábamos en el colegio, el ruido de los martillazos y del jaleo de las obras que provenían de la habitación de la pobre mujer era «exasperante». Fue cuestión de apatía, tacto, o de seguridad, convenir con mi hermano en no demostrar curiosidad o hacer preguntas acerca de lo que se estaba preparando.

—Es posible que solo estén construyendo un ataúd —dijo mi hermano—, y naturalmente se trata de un asunto muy religioso. En estos casos las personas se vuelven muy susceptibles. Haremos mejor en no entrometernos.

Aquella noche el señor Collopy emitió una exclamación de contrariedad.

—Una pipa, Collopy. Tan solo una pipa.

—¿Y esto cuando comenzó?

—Hace dos semanas.

—Pues... si a usted le agrada no tengo nada que objetar, aun cuando creo que es un hábito insalubre y un hábito sucio. Crea almidón en el estómago, según tengo entendido.

—Al igual que muchas otras cosas —dijo cortésmente el padre Fahrt—, con moderación resulta inocuo.

Dicho esto comenzó a rascarse perentoriamente la espalda.

—¿Acaso ya no tengo bastante con cargar con una cruz? Pero al médico que he visto recientemente le pareció que mi mente desvariaba un poco, algo nada bueno en nuestra Orden. Tal vez el padre superior haya divulgado su opinión de que yo estaba trabajando mucho. Como no estoy dispuesto a tomar ninguna medicina, el médico dijo que el tabaco, usado con moderación, era un excelente sedativo. Él también fuma, naturalmente. Durante la primera semana esta pipa fue para mí una penitencia. Pero ahora me siento bien. Ahora me deja pensar.

—Le vigilaré y hasta es probable que también siga su ejemplo, pese al almidón y todo lo demás. Yo también necesito contarle mis preocupaciones..., mis confusiones. La labor a la cual estoy entregado tiende a escapárseme de las manos.

—Usted vencerá, Collopy, debido a que su perseverancia es heroica. El hombre cuya aspiración es allanar la senda de la humanidad no puede fracasar fácilmente.

—Pues espero que eso sea verdad. Páseme su vaso.

La bebida fue nuevamente servida con fervor y precisión sacramental.

—Resulta curioso —dijo meditativo el padre Fahrt— que los hombres de mi posición tengamos que abordar una y otra vez el mismo problema, resolverlo, y aun así descubrir que la solución nunca es fácil de alcanzar. La semana próxima tengo un retiro espiritual en Kinnegad. Después de ese, me esperan otros retiros en Kilbeggan y Tullamore.

—¡Ja! ¿Kilbeggan? De ahí es de donde proviene mi pequeño tarro. Que he rellenado y vaciado unas cien veces, por cierto.

—Quiero fijar un tema central para el retiro. No es tan fácil pensar en uno que valga la pena. Quiero decir, que no tenga que ver con los habituales sermones sobre el fuego del infierno, naturalmente.

El señor Collopy asintió, reflexivamente. Cuando se dispuso a hablar, lo hizo con un deje de impaciencia.

—Padre, ustedes los jesuitas siempre están buscando puntos de vista bonitos y a la vez extraordinarios, una especie de monserga teológica. La

mayor parte de sus camaradas se creen santo Tomás de Aquino. Por amor de Dios, ¿es que acaso no tenéis los Diez Mandamientos, eso que nosotros llamamos Decálogo?

—¡Ah, santo Tomás! Sí, en su *Summa* se pueden encontrar cosas muy interesantes referentes a ese mismo Decálogo. Al igual que en Duns Scotus y Nicolás de Lira. Por supuesto que se trata de valores auténticos.

—Ya que hemos tocado el tema, ¿por qué los habitantes de este país no obedecen los Diez Mandamientos dejados a cargo de Moisés? «Honrarás a tu padre y a tu madre». La juventud de hoy día piensa que el padre es un vago y la madre una pobre criada. ¿Acaso eso es justo?

Mi hermano se puso a toser.

—Claro que no —dijo el padre Fahrt.

Él también tosió, pero supongo que fue a causa de su pipa.

—Lo que sucede es que los jóvenes son un poco atolondrados. Me atrevería a decir que usted, Collopy, cuando era joven era tan malo como el resto.

—Sí, padre. Contaba con que usted diría eso. ¿He de suponer que también piensa que habré codiciado a la mujer de mi vecino?

—No, Collopy, no mientras era joven.

—¿Qué? Insinúa que cuando me hice adulto...

—No, no, Collopy, estaba bromeando.

—En verdad no creo que los Mandamientos sean, por Dios ungido, el tema más apropiado para hacer bromas. Jamás le he puesto la mano encima a ninguna mujer casada y eso que en mi comité hay dos de ellas, unas criaturas muy valiosas y formales.

—¡Qué disparate! Pero si ya lo sé.

—¿Quiere escarificar a los espíritus malignos de Kinnegad? En esa ciudad hay tabernas. ¿Y qué me dice de nuestro otro viejo amigo, «No robarás»?

—Una ordenanza descuidada.

—Pues en Dublín tenemos a los taberneros más picaros que jamás hayan existido, son peores que los ladrones de caminos. Al *whiskey* le echan agua y luego le sirven a uno menos de lo debido. El bocadillo de ternera se lo dan a uno sin la carne, solo los restos de la piel del asado del domingo preparado por las manos sucias de mamá en la cocina del piso de arriba. Algunas de

esas personas no se lavan durante semanas y eso es un hecho. ¿Sabe usted por qué algunas de estas damas faltan a menudo a misa? Porque tienen que bañarse. Y zurcir sus condenadas medias.

—Creo que como de costumbre usted exagera, Collopy.

—¿Y doy pruebas falsas, no es así? En este pueblo hay personas que no pueden abrir sus fauces sin verter toda una sarta de mentiras y difamaciones. En vez de hundir sus colmillos en una deliciosa manzana madura prefieren despedazar al prójimo en cualquier ocasión.

—Sí, la lengua es temeraria.

—¿Y el adulterio? ¡Que el Señor nos proteja! No hablemos del adulterio.

—Yo sé, Collopy, que usted está consagrado a las mujeres y a sus necesidades. Pero me temo que no *todas* ellas sean ángeles. Ciertas veces uno se cruza con la tentadora. Usted ha dicho algo sobre morder una manzana madura. No se olvide del jardín del Edén.

—¡Bah! Adán fue un verdadero tonto, un sacrílego si lo prefiere. No tuvo miedo de nadie, ni siquiera del Todopoderoso. Una versión deficiente de Lucifer. ¿Por qué no mandó al diablo a ese suplicio que tenía por mujer?

—Discúlpeme, padre Fahrt.

Mi corazón, detector de problemas, sufrió un leve sobresalto. Era de nuevo mi hermano interrumpiendo a sus mayores. Ambos se dieron la vuelta y le miraron fijamente, el señor Collopy frunciendo las cejas en señal de disgusto.

—¿Sí, Manus?

—La esposa de Adán en el jardín del Edén fue Eva, que dio a luz a dos hijos, Caín y Abel. Caín mató a Abel, pero más tarde en el Edén tuvo un hijo llamado Enoc. ¿Quién fue la esposa de Caín?

—Pues —dijo el padre Fahrt— sobre ese punto hay una serie de controversias.

—Pero si Eva hubiera tenido una hija, de la cual no se hace ninguna mención, sería la hermana de Caín. Si no fue así, entonces Caín tuvo que casarse con su propia madre. Ambas posibilidades dan la impresión de ser un feo caso de incesto.

—¿Qué clase de insolente menosprecio te atreves a hacer de la Sagrada Biblia? —bramó el señor Collopy.

—Solo estoy preguntando —dijo mi hermano tercamente.

—Vaya, quizá Dios se apiade de nosotros. Lo que *tú* necesitas con suma urgencia es al padre y a la madre de una buena zurra.

—Bueno, bueno —dijo el padre Fahrt suavemente—, esa pregunta ya ha sido analizada por los Padres. Lo que en estos días entendemos por incesto no fue pecaminoso en el caso de nuestros primeros padres, dado que era inevitable que la humanidad tenía que sobrevivir. En otra oportunidad ya conversaremos sobre este tema, Manus, tú y yo.

—Eso es, padre —dijo en voz alta el señor Collopy—. Aliéntele. Bendiga la maldad que hay dentro de él. Pero mañana mismo iré a la calle Westland a hablar con el Padre Cruppy. Le diré...

Llegado a ese punto se interrumpió y todos nos quedamos en silencio. La débil voz de la señora Crotty volvió a salir de su habitación.

—*¿Está ahí el padre Fahrt?*

El señor Collopy se incorporó y entró precipitadamente, cerrando la puerta detrás suyo.

—Ah, Dios quiera que no sea nada malo —dijo el padre Fahrt en voz baja.

Permanecemos en silencio, mirándonos uno al otro. Al cabo de unos minutos reapareció el señor Collopy.

—Desea verle a usted, padre —dijo con una extraña voz.

—Naturalmente —dijo el cura incorporándose.

Se dirigió despacio hacia la habitación, la cual yo sabía que solo estaba iluminada por una vela. El señor Collopy se dejó caer en su sillón, preocupado, sin percatarse en absoluto de nuestra presencia en la mesa. Se bebió su trago de un modo automático, observando el destello del fuego a través de las barras del hornillo. Mi hermano me dio un suave codazo e hizo girar los ojos.

—Válgame Dios —murmuró con tristeza el señor Collopy.

Se sirvió un poco más de bebida en su vaso, sin olvidarse de hacer lo mismo con el del padre Fahrt.

—No sabemos ni el día... ni la hora. Al que espera todo le llega a su tiempo. El demonio me lleve.

A continuación volvió a hundirse en su silencio y durante un tiempo que pareció interminable, no hubo otro sonido que el del reloj despertador que

se encontraba sobre el hornillo y el cual nosotros comenzamos a oír por primera vez. Finalmente, el padre Fahrt salió silenciosamente de la habitación y volvió a sentarse.

—Estoy muy complacido, Collopy —dijo.

El señor Collopy le miró con ansiedad.

—¿Estaba —preguntó—, estaba...?

—Se encuentra en paz. Ya ha rendido cuenta de sus inofensivas acciones. Aquí vemos obrar la gracia de Dios. Ahora se encuentra en paz. Cuando la dejé, estaba sonriendo. La pobre criatura está muy enferma.

—¿Usted... hizo lo requerido?

—Ciertamente. Una salvaguarda dulce y espiritual no es sinónimo de muerte. A menudo significa una recuperación milagrosa. Conozco muchos de estos casos.

—¿Voy a buscar al doctor Blennerhassett? —dijo mi hermano.

—No, no —respondió el señor Collopy—. Tiene que venir esta noche de todos modos.

—Collopy, no nos precipitemos —dijo amablemente el padre Fahrt—. No conocemos los designios del Señor. Puede que dentro de dos semanas esté nuevamente en pie. Debemos rezar.

Pero al cabo de cuatro días la señora Crotty había muerto.

CAPÍTULO VIII

Cuando murió la señora Crotty, el «negocio» de mi hermano ya había prosperado considerablemente. En la tienda de ultramarinos de Davies consiguió una caja —una caja de jabón de tamaño adecuado—, y cada mañana bien temprano se dirigía al vestíbulo para recoger la pequeña avalancha de cartas dirigidas a su nombre antes de que el señor Collopy reparase en ellas. Utilizando todavía la dirección de nuestro domicilio, se había convertido, además de ser el profesor Latimer Dodds, en la Agencia de Carreras de Caballos Excelsior, que operaba, según mis sospechas, con el viejo sistema de dividir a la clientela en una cantidad de grupos iguales al número de caballos por cada carrera, e inscribiendo al azar en cada grupo un caballo diferente. No importaba cuál era el caballo que ganase: siempre había un grupo de clientes que apostaba por él, y una de las reglas del negocio de mi hermano era que todo cliente ganador debía enviarle la ganancia correspondiente a una apuesta de cinco chelines. Para entonces fumaba abiertamente por la casa y varias veces le vi entrar o salir de una taberna, por lo general acompañado de sujetos bastante desaliñados. Se veía que tenía dinero para gastar.

También dirigía la Escuela de Periodismo Zenit, la cual afirmaba ofrecer un método infalible de cómo lograr una fortuna con la pluma en doce «claras, precisas, analíticas y ejemplares lecciones». Al mismo tiempo tenía intención de inundar Gran Bretaña con un tratado sobre pájaros en cautiverio, publicado por el Fondo Naturaleza Simple, el cual también tenía publicada una *Guía de jardinería*, ambos trabajos obviamente compuestos con material pirateado de libros de la Biblioteca Nacional. Se había deshecho

de su pequeña prensa y ahora la impresión se la hacía un desgraciado a cargo de un humilde taller tipográfico. Cierta vez me pidió que le consiguiese sellos, para lo cual me dio dos libras; esto da una idea del volumen de su correspondencia.

Se le veía de mal humor la tarde en que los restos de la señora Crotty fueron llevados a la iglesia de la calle Haddington. Al término de la ceremonia se marchó sin decir palabra, probablemente a visitar alguna taberna. A la mañana siguiente amaneció nublado, amenazante y muy húmedo, clima sin duda muy adecuado, me pareció, para celebrar un funeral. Recordé a Wordsworth y su funesta «falacia patética». Mi hermano, aún de mal humor, bajó como de costumbre para recoger su correspondencia.

—Al diablo con esta casa y su existencia —dijo al regresar—. Ahora tendremos que desplazarnos hasta Deansgrange con este atroz chaparrón.

—La señora Crotty no fue de las peores —dije—. ¿No le estarás escatimando un funeral? Tú mismo necesitarás uno algún día.

—Con ella no había problema —reconoció—. Es su maldito marido de quien me estoy cansando...

El señor Hanafin nos recogió con su taxi a mí, a mi hermano, al señor Collopy y a Annie. El coche fúnebre y otros dos taxis aguardaban frente a la iglesia, albergando ocultas en su interior a personas de luto que se acercaron de prisa al señor Collopy y a Annie con susurros y formales apretones de manos. En cuanto a mí y a mi hermano, fuimos completamente ignorados. Antes de que la misa diese comienzo, llegó un tercer taxi con tres damas ancianas y un caballero alto y demacrado de riguroso negro. Estos, como descubriría más adelante, eran miembros del comité que asistía al señor Collopy en su labor, cualquiera que fuese.

—La pobre señora Crotty estaba muy encariñada con el mar —dijo finalmente el señor Collopy.

—Aparentemente lo estaba —comentó Annie—. Una vez me dijo que cuando era niña no había nada que pudiese mantenerla alejada del mar en Clontarf. Hasta era capaz de nadar.

—Así es, una mujer muy versátil —dijo el señor Collopy—. Y una santa.

Un entierro con la lluvia cayendo abundantemente sobre los miembros de

la comitiva fúnebre, no es otra cosa que un ejemplo de escualidez. Las palabras en latín murmuradas junto a la tumba parecían empeorar el clima reinante. Mi hermano, que se mantenía al fondo de la congregación, maldecía pausadamente en voz baja. Me quedé sorprendido, y a la vez un poco escandalizado, cuando le vi sacar furtivamente del bolsillo de la cadera una botella plana de un cuarto de litro y con una mueca beber largos tragos. ¿No era esto algo indecoroso durante el entierro de un muerto? Creo que el padre Fahrt se dio cuenta.

Cuando todo concluyó y la turgente y empapada tierra tapaba a la difunta, nos dirigimos hacia la salida. El señor Collopy caminaba junto a un corpulento hombre jadeante que había venido a pie. Cuando se nos dijo que aquel pobre hombre no tenía medio de transporte, mi hermano le ofreció galantemente su asiento en el taxi, el cual fue aceptado con gratitud. Mi hermano dijo que conseguiría una bicicleta, pero yo estaba seguro de que su intención era conseguir algo más que una bicicleta, debido a que cerca de allí, en la avenida Kill, había una taberna.

De camino a casa el señor Collopy parecía un poco más animado, no cabe duda de que aliviado ahora que la penosa experiencia ya había tocado a su fin, y nos presentó a aquel desconocido como el señor Rafferty.

—No diré, Rafferty, que lo-que-usted-ya-sabe haya sido la única causa del fallecimiento de mi mujer. Sin duda no fue la *única* causa. Pero por Cristo que tuvo muchísimo que ver con ello.

—Eso no se puede saber —dijo el señor Rafferty—. No hay manera de estar seguro de que así fue. Al final uno se pregunta si este es un país cristiano, el Señor nos proteja.

—Es un país de grandiosos hipócritas.

—La otra noche se me ocurrió una idea, señor Collopy. Dentro de dos años habrá elecciones en la Corporación. Confío en que usted será propietario de su propia casa, con lo cual le aceptarían en calidad de miembro. ¿Por qué no ir más lejos y presentarse como candidato? Usted podría presentar una moción en el ayuntamiento y avergonzar a todos esos bastardos. El secretario del ayuntamiento podría recibir órdenes de instruir al ingeniero municipal, o al agrimensor, o como quiera que se llame, para dotarle al municipio de lo que nos hiciera falta.

—Ya había pensado en eso —dijo el señor Collopy—. ¿Pero ha dicho dos años? Solo el Todopoderoso sabe cuántas mujeres desgraciadas serán llevadas a una muerte prematura en ese tiempo. Ah, vaya usted a saber si las preocupaciones y los contratiempos no me harán correr la misma suerte.

—Vamos, no deje que esos pensamientos tan tontos se le metan en la cabeza. Irlanda le necesita y usted lo sabe.

El señor Rafferty, rechazando cortésmente la invitación de hacer con nosotros todo el camino, se apeó en Ballsbridge. Una vez en casa nos quitamos nuestros abrigos empapados, el señor Collopy atizó el fuego del hornillo y sin pérdida de tiempo sacó el tarro, dejándose caer luego en su sillón.

—Annie —dijo—, tráeme tres vasos.

Cuando los tuvo delante suyo, sirvió en cada vaso una generosa medida de *whiskey* y un poco de agua.

—En una mañana como esta —dijo ceremoniosamente—, y dadas las tristes circunstancias, creo que todos los presentes necesitamos un buen trago fuerte si no queremos morirnos de frío. No apruebo que se tomen bebidas alcohólicas antes de los cuarenta y cinco años, pero en nombre de Dios esta vez lo tomaremos como un medicamento. Es mucho mejor que todas las píldoras, narcóticos o mejunjes que os darán esos rufianes en las farmacias, veneno de primera clase para el hígado y los riñones.

Brindamos por aquello. Era la primera vez que probaba el *whiskey*, pero me sorprendió descubrir que para Annie la ocasión resultaba completamente natural, como si hubiese estado acostumbrada al licor. Al rato comencé a sentirme soñoliento, así que decidí recostarme durante un par de horas. Finalmente caí en un sueño profundo. Me desperté sobre las cinco y al regresar a la cocina hizo su aparición mi hermano. Por lo visto, el señor Collopy no se había separado del tarro durante todo aquel intervalo y no reparó en el indecoroso hecho de que mi hermano estaba borracho. Era la única palabra que podía aplicársele: *borracho*. Se sentó con gran esfuerzo y miró al señor Collopy.

—En un día como este, señor Collopy —dijo—, creo que podría probar un poco de ese tónico que guarda allí.

—Por una vez creo que tienes razón —respondió el señor Collopy—, y si

consigues otro vaso veremos qué es lo que se puede hacer.

Apareció el vaso y fue relleno con generosidad. A mí nadie me ofreció nada y todos bebieron en silencio. Annie comenzó a preparar la mesa para el té.

—No creo —dijo por último el señor Collopy— que haya ninguna necesidad de que vayáis al colegio mañana y quizá tampoco al día siguiente. Ya sabéis, es por el duelo. Los Hermanos lo comprenderán.

Mi hermano depositó su vaso sobre el hornillo con un tintineo.

—No me diga, señor Collopy —dijo con un tono de voz disgustado—. ¿De veras? Déjeme decirle una cosa. Yo no pienso volver a ese maldito colegio ni mañana ni al día siguiente ni cualquier otro día.

El señor Collopy dio un respingo, sorprendido.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Que a partir de hoy dejo el colegio. Estoy harto de toda la ignorante patraña que vierten esos gusanos Hermanos Cristianos. Son hijos de campesinos analfabetos. Probablemente hayan recibido su educación en alguna sucia escuela de clase baja.

—¿Por piedad, quieres tener un poco de respeto por los hábitos de esos piadosos servidores de Dios? —dijo severamente el señor Collopy.

—Esos no son servidores de Dios sino esclavos de sus propias pasiones sádicas, son unos embaucadores e impostores y una desgracia para el clero. Están malogrando a los jóvenes de este país y encima se enorgullecen de su abominable obra.

—¿Pero es que no tienes vergüenza?

—Tengo mucha más vergüenza de la que tienen esos sodomitas. De todas maneras, yo ya he dejado el colegio para siempre. Quiero ganarme la vida.

—¿Ah, sí? ¿Haciendo qué? ¿Conduciendo un tranvía o una carreta de pan, o tal vez barriendo en las calles detrás de los caballos?

—Dije que quería ganarme la vida. Lo que quiero decir es que ya *me* estoy ganando la vida. Soy un editor, un instructor internacional. ¡Mire esto!

Mi hermano registró sus bolsillos, sacando de ellos un espectacular fajo de billetes.

—Observe bien —exclamó—. En este manojito hay cerca de sesenta y cinco libras y arriba tengo veintiocho libras más en giros postales que aún no he

cobrado. Usted tiene su jubilación y ningún trabajo que hacer, ni tampoco deseos de hacerlo.

—Basta ya —replicó el señor Collopy con creciente furia—, esto es demasiado. Dices que no tengo nada que hacer. No sé de dónde habrás sacado esa información. Pero déjame que te diga algo, a ti y a tu hermano. He estado comprometido en uno de los proyectos más arduos y patrióticos que jamás haya intentado hombre alguno en esta ciudad. Ya os enteraréis de ello cuando me muera. Vaya descaro que tienes al decir que no trabajo. ¿Con mi delicado estado de salud?

—A mí no me diga nada. Yo he dejado el colegio y eso es todo.

El tema pareció llegar a un punto muerto y ahí se quedó. Había sido un día física y emocionalmente agotador y ni el señor Collopy ni mi hermano sabían beber. Más tarde, en la cama, mi hermano me preguntó si seguía teniendo la intención de continuar con los hermanos de la calle Synge.

—Por el momento no hay razón para que deje de ir —respondí—, al menos hasta que encuentre un trabajo en el que me acepten.

—Haz como te plazca —dijo—, pero a mí este sitio no me va. Una dirección irlandesa es completamente inservible. A los británicos no les gusta y desconfían de ella. Piensan que todas las personas capaces y honestas viven en Londres. Es un detalle que no puedo descuidar.

CAPÍTULO IX

Durante el año siguiente a la muerte de la señora Crotty, la atmósfera de la casa cambió en cierto modo. Annie ingresó en una especie de pequeño club, probablemente formado en su mayoría por mujeres que se reunían cada tarde para jugar a los naipes o hablar de las tareas domésticas. Todo parecía indicar —¡caramba!— que comenzaba a salir de su caparazón. El señor Collopy volvió a su misterioso trabajo con renovado ímpetu, no siendo infrecuentes sus reuniones de comité en nuestra cocina no sin antes haber advertido a todo el mundo que aquella cámara deliberativa iba a permanecer restringida a lo largo de la noche. En ocasiones, desde una de las ventanas de la primera planta veía llegar a sus consejeros. Venían las dos damas ancianas y el hombre alto y demacrado del funeral, también el señor Rafferty con una señorita con aspecto, al menos desde lejos, de guapa.

El negocio de mi hermano adquiría mayor solidez y con el tiempo alcanzó ese estado de prosperidad característico de quien pide prestado dinero para expandir su empresa. Mediante esporádicas informaciones y un poco de deducción, comprendí que había pedido un préstamo de cuatrocientas libras a corto plazo y con un interés del veinte por ciento. El axioma empresarial de mi hermano era que no importaba que el porcentaje de la ganancia fuese bajo siempre que la transacción total fuese rápida. Por casualidad leyó en alguna parte que se habían descubierto en una vieja mansión inglesa mil quinientos ejemplares, de dos tomos cada uno, de una traducción sobre la vida y obra de Miguel de Cervantes Saavedra. Se trataba de libros muy elegantes, forrados en piel y con magníficas ilustraciones; el primer tomo contenía un resumen de la vida de Cervantes, y el segundo extractos de

algunas de sus obras más importantes. Estos volúmenes habían sido impresos y publicados en París en 1813, y aparentemente un lote fue enviado por barco a Inglaterra, en donde quedó almacenado y olvidado por completo. Un librero de Londres era quien había comprado todo el lote por una pequeña suma de dinero, y a él le escribió el hermano ofreciéndole tres chelines y seis peniques por cada juego de libros, siempre y cuando le vendiese toda la mercancía. En aquel momento aquella transacción me pareció arriesgada, ya que era de suponer que el hombre de Londres tendría que tener una idea clara del mercado. Pero una vez más el hermano parecía saber lo que estaba haciendo. Utilizando el nombre de Fondo Naturaleza Simple, colocó una serie de anuncios en los periódicos ingleses, ensalzando el contenido y el formato de la obra, al mismo tiempo que ponía en conocimiento del público una sorprendente y generosa oferta: toda persona que comprase el volumen I por seis chelines y seis peniques recibiría absolutamente gratis el volumen II. La oferta, que tenía una duración limitada, no se volvería a repetir. Recibió no menos de dos mil quinientos pedidos de compra, muchos de los cuales provenían de universidades, y no sería esa la última vez que utilizaría este sistema persuasivo, ofreciendo algo por nada. El negocio dio como beneficio un total de ciento veintiuna libras. De un modo indirecto también me afectó a mí, ya que cuando comenzaron a llegar las cajas de madera repletas con aquellas reliquias de Cervantes, mi hermano me sugirió cortésmente que debía trasladar mi cama y enseres a otra habitación vacía, debido a que ahora el rústico cuarto era su «despacho» así como también su dormitorio. No puse ningún reparo a este cambio y me mostré conforme. Por desgracia, las cuatro primeras cajas de embalaje llegaron justo cuando mi hermano y yo nos encontrábamos fuera de casa y el señor Collopy tuvo que firmar el recibo. Yo fui el primero en llegar y me encontré con las cajas apiladas en la cocina. El señor Collopy me miraba desde su sillón con malhumor.

—En nombre de Dios —dijo en voz alta—, ¿se puede saber qué es todo este jaleo?

—No lo sé. Me parece que en esas cajas hay libros.

—¿Libros? ¡Vaya, vaya! ¿Y qué clase de libros está vendiendo de puerta a puerta? ¿Se trata de libros obscenos?

—Oh, no me parece. Podrían ser Biblias.

—Es lo que me faltaba para ir al encuentro del Justo. Tú oíste lo que dijo hace unos meses sobre los piadosos y dignos Hermanos Cristianos. Y ahora, por todos los santos, está a punto de convertirse en misionero para catequizar a los negros del África o tal vez a los indios pieles rojas. Bien, no hay duda de ello, este país produce unos raros especímenes. No creo que sepa nada sobre la Palabra de Dios. Ni siquiera estoy seguro de que se sepa sus oraciones.

—He mencionado la Biblia por decir algo —protesté.

El señor Collopy se incorporó para buscar con ansiedad su tarro y el vaso. Tras tonificarse, volvió a ocupar su sillón.

—Ya veremos el contenido a su debido tiempo —dijo con firmeza—, y si se trata de libros obscenos, de peregrinaciones lascivas que bordean la pecaminosa indecencia, vómitos cloacales arrojados al rostro de la Providencia, con láminas de prostitutas en cueros, entonces saldrán de esta casa junto con su propietario. Se lo puedes ir diciendo si llegas a verlo antes que yo. Y luego haré llamar al padre Fahrt para que exorcice esta cocina de toda contaminación diabólica y bendiga todo el establecimiento. ¿Me has oído?

—Sí, le he oído.

—¿Por dónde anda ahora?

—No lo sé. Es una persona muy ocupada. Tal vez se esté confesando.

—¿Que se está qué?

—Que podría haber ido a ver al clérigo para consultarle sobre algún concepto teológico abstruso.

—Pues dile que yo le dejaré abstruso si es que está tramando alguna treta, porque este es un hogar en donde se respeta a Dios.

Volví a atacar mis detestadas tareas escolares con la idea de poder terminarlas antes de las ocho y así poder encontrarme con algunos amigotes para una partida de naipes. El señor Collopy permaneció sentado, sorbiendo apaciblemente su *whiskey* mientras contemplaba el fulgor del fuego.

Aquella noche regresé alrededor de las once y para entonces ya no había rastros ni del señor Collopy ni de las cajas apiladas. A la mañana siguiente me enteré de que el señor Collopy decidió irse a dormir temprano y que mi

hermano, habiendo llegado alrededor de las diez, fue en busca del señor Hanafin para que le ayudase a subir las cajas a su despacho. Estoy seguro de que le recompensó con una buena propina, ya que el vaso sucio en el fregadero me atestiguó cierta gratificación adicional procurada del tarro, bien para el señor Hanafin o para mi hermano. Antes de salir para el colegio, le advertí de las terribles sospechas del señor Collopy acerca de los libros y las amenazas de echarlo de la casa. ¿Era Cervantes un escritor inmoral?

—No —dijo mi hermano sombríamente—, pero de todas formas no seguiré viviendo aquí por mucho tiempo. Ya sé cómo arreglármelas con el viejo demonio. Échale una hojeada a estos libros.

Eran unos gruesos volúmenes en octavo verdaderamente bellos, encuadernados al estilo antiguo, que contenían muchas ilustraciones de grabados en madera de boj. Aunque solo sirviesen para adornar las estanterías, sin duda se trataba de una buena adquisición por seis chelines y seis peniques.

Más tarde mi hermano escribió una ingeniosa dedicatoria para el señor Collopy en cada tomo y ceremoniosamente se los obsequió en la cocina.

—Al principio —me contó luego— se mostró apaciguado, pero después estaba encantado y me dijo que yo poseía un excelente gusto. Cervantes, me dijo, era el Aubrey de Veré de España. Su *Don Quijote* era una obra maestra clásica e inmortal, claramente inspirada en el Dios Todopoderoso. Me aconsejó que no me olvidara de enviarle un ejemplar al padre Fahrt. Casi me eché a reír. Sus personajes son *dos* farsantes. ¿Me echarás una mano para empaquetarlos? He comprado un cargamento de papel de estraza.

Naturalmente, tuve que ayudarle.

Una de las peculiaridades de mi hermano era que jamás se distraía o se tomaba un descanso. En unos cuantos días ya volvía a trabajar en su cantera privada, la Biblioteca Nacional.

Al cabo de unas semanas me preguntó mi opinión acerca de los tres manuscritos que había compilado para publicarlos como pequeños libros en el Fondo Naturaleza Simple. El primero se titulaba «Odas y epodas de Horacio, vertidas en prosa inglesa por el profesor Calvin Knottersley, doctor en Literatura, Universidad de Oxford»; el segundo era «Apuntes clínicos

sobre la fractura de Pott, por Ernest George Maude, doctor en Medicina, MRAC»; y el tercero «Natación y Buceo. Un arte noble y masculino, por Lew Paterson». Era evidente que estos ensayos eran refritos de trabajos de otras personas, pero yo no hice ningún comentario, salvo advertirle de la tontería de hacer del doctor Maude un miembro de la Real Academia de Cirujanos. Existía un registro de esta clase de miembros y alguien podría sentirse impelido a consultarlo.

—¿Cómo sabes que no hay registrado un miembro llamado Maude? — preguntó mi hermano.

—Peor aún si es así —le respondí.

Pero más adelante descubrí que el doctor había perdido su título honorífico.

CAPÍTULO X

Una desapacible noche, el señor Collopy y yo nos encontrábamos sentados en la cocina. Él estaba leyendo el periódico, repantigado en su destartalado sillón junto al hornillo. Yo me divertía indolentemente en la mesa con los ejercicios escolares, haciendo de vez en cuando una pausa para reflexionar acerca de las posibilidades de conseguir un trabajo. En realidad me enfermaba esta pérdida de tiempo llamada estudiar, una fútil ocupación en cosas que no me interesaban para nada, y en esos momentos sentía envidia de la vida independiente, casi alegre, de mi hermano. Podía percibir su incipiente madurez y su determinación de hacer dinero, grandes sumas, lo más pronto posible sin preocuparse excesivamente por los métodos empleados. Esta noche se había marchado, posiblemente a alguna taberna a sellar un nuevo trato. Annie tampoco estaba.

Llamaron a la puerta y abrí al padre Fahrt. El señor Collopy le saludó sin levantarse.

—Buenas noches, padre. ¡Y no piense que se trata de una advertencia!

—Ah, sí, Collopy, pero gracias a Dios tuvimos un buen verano. De todas formas, ni usted ni yo salimos mucho.

—Creo que nos merecemos un trago, padre, para mantener alejado de nosotros al invierno.

Mientras el padre Fahrt preparaba su pipa, a estas alturas un preciado solaz, el señor Collopy se incorporó penosamente para traer el tarro, dos vasos y una jarra de agua.

—Perfecto —dijo.

Los tragos fueron servidos y paladeados con delicadeza.

—Le contaré una cosa muy graciosa, padre —dijo el señor Collopy—. Algo tremendamente gracioso. Va a ver cómo se echa a reír. El miércoles pasado tuvimos una reunión de comité. La señora Flaherty asistió. Nos habló acerca de su querida amiga, Emmeline Pankhurst. Quizá a usted le parezca una roja temeraria, pero tiene absolutamente toda la razón. Su intención es acabar con ese bribón de Lloyd George. Yo la admiro.

—Es muy valiente —estuvo de acuerdo el padre Fahrt.

—Pero espere usted a escucharlo todo. Cuando comenzamos a hablar sobre nuestros asuntos, discutiendo posibilidades, intenciones, etcétera, aparece la temeraria señora Flaherty con *su* plan. ¡Poner una bomba en el ayuntamiento!

—¡El Señor nos ampare!

—Hacer saltar por los aires a esos bastardos. Masacrarlos. Despedazarlos. Si se niegan a cumplir con sus obligaciones para con los ciudadanos y la humanidad, no merecen seguir viviendo. Si viviesen en épocas de la antigua Roma serían crucificados.

—Pero, Collopy, yo pensaba que usted era contrario a la violencia.

—No lo dude, padre. Nada más cierto. Pero no así la señora Flaherty. Ella arreglaría a todos esos estafadores del ayuntamiento en menos que canta un gallo. Lo que demanda es *acción*.

—Collopy, confío en que usted le haya explicado la actitud correcta, su propia actitud: movilización, constante denuncia de los hechos, reclamaciones por la negligencia de la Corporación y el despertar de la opinión pública. Lo poco que la señora Flaherty pudiera hacer dentro de esos límites, ahora que se halla en libertad, sería muchísimo en comparación a lo que no haría si estuviera en prisión.

—No sería la primera en este país, padre, que haya sido encerrada en prisión por un ideal. Es un hábito extendido entre algunas personas de aquí.

—Para llevar a cabo una agitación pública es preciso estar en medio del público. Ellos deben verle.

—¿Cómo vería la Iglesia el proyecto de la señora Flaherty?

—No tengo la menor duda de que merecería la más enérgica condena y censura. Una cosa de ese calibre sería altamente pecaminosa. Creo que podría ser calificada de asesinato. No es lícito matar para mejorar un mal

gobierno o la negligencia pública. No hay nada que justifique un asesinato. Uno debe poner sus esperanzas en las elecciones y en el voto, no en el derramamiento de sangre humana.

—Me temo, padre, que ese es el evangelio de las niñas bonitas y de los papanatas. Mis antepasados fueron tipos bravos y violentos. Y qué me dice de los primeros mártires cristianos. Solo pensaban en derramar su propia sangre para defender sus principios. Páseme su vaso.

—Gracias. No hay comparación, naturalmente.

—Ahora escuche lo que le voy a decir, padre. Escuche atentamente. Estamos a principios de noviembre. En el año 1605 en Inglaterra el rey Jaime I perseguía a los católicos, les arrojaba a las prisiones confiscándoles sus propiedades. Fue algo diabólico, peor que durante los tiempos isabelinos. Los católicos romanos eran tratados como perros y sus sacerdotes como cerdos. A uno enseguida le viene a la cabeza el recuerdo de los emperadores romanos, solo que un estúpido como Nerón al menos podía jactarse de que estaba ofreciendo entretenimiento público. ¿Y bien, qué sucedió?

—Jaime fue un monarca despreciable —dijo lentamente el padre Fahrt.

—Yo le diré qué sucedió. Un hombre llamado Robert Catesby se dijo a sí mismo que ya habíamos tenido suficiente y que no podía seguir tolerándose aquella situación. Y tuvo la misma idea que la señora Flaherty. Planeó hacer volar el edificio del parlamento y aniquilar a todo aquel puñado de malditos dominadores, incluido Su Majestad. Me imagino cómo le respondería *él* si usted le saliera con esas patrañas sobre las elecciones y los votos. Le cubriría de insultos y le daría un rodillazo en el vientre. Acuérdesese, acuérdesese del cinco de noviembre.

—Vivían en otra época, naturalmente —contestó el padre Fahrt.

—El bien y el mal no cambian con los tiempos, y eso usted lo sabe perfectamente, padre. Catesby se alió con Guy Fawkes, un valiente que estaba luchando en Flandes. Y con Grant y Keyes y los dos Winters, y con muchos otros hombres saludables, todos católicos. Fawkes era el personaje principal y el factótum de toda la tropa. Se las ingenió para colocar una tonelada y media de pólvora en un sótano debajo de la Cámara de los Lores. Pero había otros dos hombres que todo el tiempo le estuvieron ayudando y bendiciendo los preparativos. Me refiero a Greenway y Garnet. ¿Sabe

quiénes fueron, padre?

—Me parece que sí.

—Por supuesto que lo sabe. Eran *jesuitas*. ¿No es así?

—Mi querido amigo, los jesuitas también pueden cometer equivocaciones. Pueden errar en sus criterios. Son humanos.

—Bien que no erraron en sus criterios cuando atraparon a Guy Fawkes. Desaparecieron con la velocidad de un rayo y el padre Greenway junto con otro sacerdote lograron escapar a un país más próspero. El Padre Garnet no tuvo tanta suerte. Le cogieron y por sus errores recibió un trozo de cuerda de cáñamo para él solo, en lo alto de la horca.

—Un mártir por la Fe, naturalmente —dijo tranquilamente el padre Fahrt.

—Y Fawkes. Le torturaron como solo en el infierno saben hacerlo para que confesase los nombres de los demás. Que me condenen si lo hizo. Pero cuando supo que Catesby y un grupo de sus secuaces habían sido perseguidos, atrapados y asesinados, dejó de resistirse y confesó algunas cosas. ¿Pero quiere que le diga algo? Cuando le pusieron delante suyo toda aquella retórica para que pusiese su firma, créase o no, pero no fue capaz de firmar. La tortura le había dejado descoyuntado. Tenía las manos quebradas a causa de las empulgueras. ¿Qué opina de todo esto?

—Hay que reconocer que la tortura que Fawkes soportó con tanto heroísmo —dijo el padre Fahrt— fue algo que causa consternación y aterroriza, la peor tortura que jamás hombre alguno haya puesto en práctica. Eso se llamó *per gradus ad ima*. Le fue aplicada por orden directa del rey. Se comportó como un valiente.

—No hace falta que le diga que él y unos cuantos más realizaron el salto en alto. El pobre Fawkes no pudo subir las escaleras que conducían a la horca, válgame Dios, de tanto que le habían golpeado y quebrado durante la tortura. Tuvieron que cargarlo hasta arriba. Y fue colgado en el patio del edificio que él había intentado destruir para mayor gloria de Dios.

—Supongo que es prácticamente cierto —dijo con humildad el padre Fahrt.

—Para mayor gloria de Dios. ¿Cómo diría esto en latín?

—*Ad maiorem Dei gloriam*. Es el santo y seña de nuestra compañía.

—Tiene razón. *AMDG*. Lo he escuchado decir en varias oportunidades.

Pero si poner una bomba en los ayuntamientos es tan malo y pecaminoso como usted dice, ¿cómo explica usted que dos jesuitas, quizá tres, fuesen culpables de esa gestión particular, de organizar una guerra contra el poder civil? ¿Acaso no está la señora Flaherty en la misma posición que estuvo el señor Fawkes?

—Ya le he dicho antes, Collopy, que los eventos y opiniones varían drásticamente de una época a otra. En cada siglo el hombre ha estado influido por cosas completamente diferentes. Es muy difícil, casi imposible, para el hombre del presente valorar los conflictos y la atmósfera reinantes en tiempos de Fawkes. Cicerón fue un hombre sabio y honesto, lo cual no quita que tuviese esclavos. Los griegos fueron los hombres más civilizados y sofisticados de la antigüedad, pero muchos de ellos eran moralmente leprosos. Su preocupación por los pecados de la carne tenía un cariz nefario. Pero eso no invalida la sabiduría y la belleza de las cosas dejadas para la posteridad por otro gran número de ellos. Arte, poesía, literatura, arquitectura, filosofía y sistemas políticos fueron formulados y desarrollados en pleno libertinaje. A veces pienso que un clima social degenerado es esencial para inspirar a los grandes hombres en la consecución de sus obras.

El señor Collopy dejó a un lado su vaso y habló en tono un tanto severo, sacudiendo ligeramente el dedo.

—Ahora preste mucha atención, padre Fahrt —dijo—, le voy a decir algo que ya he dicho anteriormente con otras palabras. Que me cuelguen si es que puedo confiar en los de su raza. Siempre están guardando la compostura y alineándose con quienes mueven los hilos. En caso de duda, llámese a un jesuita. Por cada duda que uno tenga él proferirá otras veinte y su discurso estará repleto de «si bien» y de «peros», dislates y pseudoteología. Me parece haber escuchado que la palabra utilizada para esa clase de cosas es *casuística*. ¿No es correcto? Casuística.

—Esa palabra existe, pero en este caso no está bien aplicada.

—Oh, hoy día de un jesuita solo puede esperarse que nos haga una mala jugada y que complique las cosas simples.

—Ese término, *jesuita*. Nuestro fundador Ignacio era español y tenía pensado otro nombre para la Orden, pero se llamó Societas Jesu por orden del santo padre Pablo III. Originariamente el calificativo *jesuita* fue sinónimo

de desprecio y aversión. Lo que pretendió ser un insulto nosotros lo aceptamos como un cumplido.

—Supongo que eso es lo que quería decir; siempre hablaréis un lenguaje ambiguo y engañoso. Sois escurridizos como el mercurio. Es imposible inmovilizar a un jesuita. Después se nos dice que es una orden mendicante. Estoy seguro de que sobre la faz de la tierra no existe una colección de hombres tan pudientes, con iglesias y palacios por todas partes. Algo sé de todo eso. He leído libros. Le diré algo acerca del número 35 de la calle Baja Leeson, esa humilde cueva en donde os escondéis.

—¿Qué?

—En aquel sitio los famélicos frailes beben vino tinto con las comidas. Eso es más de lo que se permitió san Pedro. Aunque san Pedro tuvo una especie de fijación por un gallo. Los santos padres de Clongowes Wood también saben mucho acerca de gallos. Los hacen cocinar al fuego y luego se los comen durante la cena. Y también son grandes conocedores del clarete.

—Esta manera de hablar suya es indigna. Nosotros comemos y bebemos de acuerdo a nuestras posibilidades. Sugerir que somos unos, pues..., sibaritas y glotones es una necedad. Y una necedad ofensiva, Collopy. Me desagrade mucho esa clase de comentarios.

—¿De veras? —dijo irritado el señor Collopy—. ¿Así que ahora criticar a los jesuitas es un nuevo pecado? ¿Le echaría a alguien en el confesionario cinco rosarios por esto? Que me cuelguen si criticar a los jesuitas representa caer en desgracia, recemos un avemaría por el reposo del alma del papa Pablo IV, debido a que le dijo a Ignacio de Loyola que dentro de la Orden había muchas cosas que debían enmendarse. ¿Sabía usted eso? ¿Y por casualidad Ignacio acató los consejos del santo padre? Jamás en su vida. Páseme ese condenado vaso.

—Gracias. Yo no niego que Ignacio haya obrado con equivocación. También lo hizo Pedro. Pero Ignacio fue canonizado en el año 1622 por el papa Gregorio XV, apenas sesenta y seis años después de su muerte. Ahora se encuentra en el Paraíso.

—¿Sabe que murió sin que se le hubiesen administrado los últimos sacramentos?

—Lo sé. Fue llamado repentinamente. Su salud era débil, pero sus obras en

este mundo fueron prodigiosas, y nadie podrá quitarle el inmenso mérito de haber sido el fundador de la Orden, la cual es ahora, así como siempre lo fue, la vanguardia intelectual de la Iglesia católica.

—A mí no me parece que la historia sea tan simple como usted la cuenta, padre Fahrt. Según mi padre, en su tiempo esta Orden provocó un gran número de trifulcas sangrientas.

—Los Padres se hallan esparcidos por todo el mundo, hablan y escriben en todos los idiomas, han construido un espléndido aparato para propagación de la fe.

—Anteriormente algunas personas pensaban que ellos tenían la intención de desmembrar y confundir a la Única, Santa y Apostólica. Oh, hay muchas buenas personas que todavía viven y piensan que la Iglesia estaba a merced de los chicos de antaño.

—Sé que no tiene sentido alguno preguntar quiénes son esas personas tan importantes.

—Cuando yo era joven conocí en Belfast a un jesuita que decía que los jesuitas eran los causantes de la guerra franco-prusiana y de la guerra de los Boers, debido a que se inmiscuían en política y no le quitaban el ojo al Número Uno: dinero.

—¿Habla en serio? ¿Un jesuita?

—Sí, un jesuita. Era un hombre casado, naturalmente.

—¿Se estará refiriendo a algún desagradable apóstata?

—Era un hombre sumamente religioso, tanto que me dijo que esperaba que su hija se hiciese monja.

—Debió de estar hablando con el fantasma de Martín Lutero.

—Me parece que los jesuitas están celosos de Martín Lutero. Él también intentó destruir a la Iglesia católica. Con frecuencia pienso que su intento fue mucho mejor que el de ustedes.

—Válgame Dios, Collopy, es usted un irresponsable. Si llega a hablar de este modo entre extraños, estará en grave peligro de ocasionar un escándalo, de conducir a otros hacia el pecado. Debería ser usted un poco más circunspecto.

—Respeto mi altar y mi hogar tanto como cualquier otro vecino, padre Fahrt. Pero venero la verdad. *Amo* la verdad.

—Pues esa es una buena noticia.

—Yo creo que usted también es partidario de la verdad, siempre que sea la verdad que esté de acuerdo con sus gustos y sus preceptos.

—Tonterías. La verdad es la verdad.

—Hay un dicho en irlandés, lengua en la que siento no estar versado, pero no por culpa mía. Lo cierto es que el dicho es el siguiente: «La verdad siempre resulta amarga». Estoy seguro de que usted sabe que eso es cierto.

—*Magna est veritas et prevalebit.*

—Nunca ha dicho nada tan verdadero, padre.

—¿Acaso no somos un par de estúpidos presuntuosos al hablar de una manera tan vaga sobre un Orden compuesta por hombres como Ignacio y Francisco Javier?

—Aguarde un momento.

—Javier fue el evangelista de Japón. Los evangelistas jesuitas predicaron el evangelio, a menudo de cara a las persecuciones y al martirio, a los indios de los Estados Unidos de Norteamérica, a los nativos de las Filipinas y de los países de Sudamérica, incluso a los ingleses cuando en su país fue proscrita la Iglesia católica. Fueron a todas partes. No había nada que pudiera detenerles.

—Aguarde un momento, padre. Haga silencio por un minuto y escúcheme. No hay duda de que los jesuitas fueron a todas partes y que estuvieron metidos en todos los asuntos. Eran espabilados como halcones. Su poder fue ilimitado, no solo dentro de la Iglesia sino en el resto del mundo. Lograron que toda clase de reyes y reinas y capitanes tuvieran a su lado a un capellán jesuita. ¿Se imagina usted a Parnell con un capellán jesuita?

—Parnell no fue católico, y ni siquiera creo que haya sido irlandés. Es un nombre inglés.

—Estos devotos sacerdotes infestaron las cortes de Europa y tuvieron a estas cortes bajo su influencia. Fueron políticos sacerdotales y nada más. Aquellos príncipes y emperadores borrachos e ignorantes no eran para ellos rivales. Estoy seguro de que con solo mirarle a uno ya le excomulgaban.

—Tonterías. Un sacerdote no tiene poder alguno para excomulgar.

—Es probable. Pero al obispo también lo tenían en el bolsillo. El obispo

tenía que hacer lo que ellos le ordenaban.

—Está comenzando a fastidiarme, Collopy. Tenga, entreténgase con este vaso.

—Ciertamente. Pero Francia tuvo dos grandes hombres. Pascal y Voltaire. Esta pareja no tuvo tiempo para los jesuitas, al igual que no lo tuvieron los jansenistas. ¿No estoy en lo cierto?

—Sí, más o menos.

—Los jesuitas tenían peleas con los de la Sorbona, con los franciscanos y los dominicos en cuestiones relativas a la doctrina. Muchos hombres inteligentes y piadosos creyeron que los jesuitas eran herejes o una facción cismática. No hay humo sin fuego; en todo caso, fuego del infierno. Aproximadamente, desde 1760 en adelante, comenzaron a recibir las órdenes de movilización en Portugal, Francia y algunas partes de la misma Italia. Emisarios, mensajeros y recaderos fueron despachados prudentemente a Roma por varios Estados europeos con el fin de intimidar al papa y conseguir que suprimiese la Orden. Y hay que reconocer que sabían lo que estaban haciendo. En aquellos tiempos el papa no era otro que Clemente XIV. Y he aquí que en el año 1773 emite una bula suprimiendo la Orden porque esta ya no era capaz de continuar la labor para la cual había sido fundada.

—Así es —dijo el padre Fahrt—, *Dominus ac Redemptor Noster*.

—Discúlpenme —intervine yo.

Era totalmente descarado por mi parte tratar de emular a mi hermano como interlocutor. Pero mis esfuerzos en la clase de Schuster sobre Historia de la Iglesia no pasarían desapercibidos.

—¿Sí? —dijo el señor Collopy casi gruñendo.

—*Dominus ac Redemptor Noster* no fue una bula. Fue un buleto. Ahí está la diferencia.

—El muchacho tiene toda la razón —dijo el padre Fahrt.

Al señor Collopy no le agradó mucho mi pedante intervención.

—Llamad a esa cosa como queráis —dijo malhumorado el señor Collopy—, pero lo cierto es que a pesar de todo el santo padre suprimió la Compañía. Se trataba de un asunto de fe y moral y aquí el papa actuó infaliblemente.

—Collopy —dijo ásperamente el padre Fahrt—, eso solo demuestra una vez

más que usted no tiene ni idea de lo que está hablando. No fue hasta el año 1870, cuando Pío IX fue pontificado, que el Concilio Vaticano proclamó el dogma de la infalibilidad papal. Usted se ha pasado por alto casi cien años. Además, en la Iglesia universal la supresión de una orden religiosa no tiene nada que ver con la fe y la moral.

—Utiliza el mismo lenguaje técnico de siempre —dijo el señor Collopy con un tono burlón—. Compórtese como un buen hombre y alcánceme su vaso.

—Gracias. Por ahora estoy bien.

—Una de las más encarnizadas objeciones contra las intrigas de los jesuitas fue la siguiente. Algunos de los sacerdotes mezclaban su trabajo misionero con el comercio, el enriquecimiento y la especulación. Un jesuita francés llamado padre La Valette estaba metido hasta las orejas en eso de la compraventa. Que le vayan a otro con el cuento de orden mendicante.

—Fueron casos aislados.

—No, no lo fueron. La Orden era una especie de Compañía de las Indias Orientales. Era un imperialismo celestial con muchísimo dinero en el banco.

—Vaya, vaya. En cuanto a mí se refiere, en el banco no poseo nada aunque en el bolsillo tengo mi tarjeta de tranvía, a Dios gracias.

—¿Y de dónde consigue ese tabaco que está fumando?

—De las extensas plantaciones que la Compañía posee en Panamá —dijo el padre Fahrt con solemnidad—. Esa supresión fue un serio revés, tramada por los planes secretos urdidos por nuestros enemigos agnósticos. Nuestras misiones en la India, China y a lo largo de Latinoamérica se disolvieron. Fue una victoria para los jansenistas. Un episodio en realidad muy triste.

—Ni que lo diga —replicó el señor Collopy—, pero los astutos jesuitas aún no estaban vencidos. ¡No hay que menospreciarlos! Pronto comenzaron con su contraofensiva. ¡Ah, sí que se las traía la astuta Compañía de Jesús!

—Era su deber ante Dios tratar de salvar a la orden. En Bélgica unos cuantos exjesuitas formaron una nueva sociedad que se llamó «Padres de la Fe». Catalina de Rusia no permitió que el buleto se hiciese efectivo, así que los jesuitas intentaron continuar adelante en aquel país. Al cabo de un tiempo las dos comunidades se fusionaron. Puede estar seguro, Collopy, de que desde entonces mi Orden comenzó a salir de las tinieblas.

—Pero, hombre, si no me está diciendo usted nada que yo no sepa —dijo

afablemente el señor Collopy—. A esa gente no se la podía poner fuera de combate. Demasiado seductores.

—¿Es eso lo que usted piensa? Muy bien. Este es un trago recién servido. Voy a bebérmelo a la salud, física y espiritual, de mi Compañía.

—Yo beberé con usted —dijo el señor Collopy—, pero con reservas en cuanto a las ideas.

Ambos brindaron de forma abstraída.

—Y recordemos piadosamente —dijo el padre Fahrt después de una larga pausa—, la bula *Sollicitudo Omnium Ecclesiarum*, promulgada el 7 de agosto de 1814 por el papa Pío VII después de su retorno de Francia. ¿Sabe lo que eso significó, Collopy?

—Bien, supongo que su gente volvió a salirse con la suya como es normal.

—Esa bula restauró a la Compañía a través de todo el mundo. Y otra vez fuimos acogidos en aquellos países que anteriormente nos habían cerrado sus puertas. Ah, los actos del Todopoderoso son sin duda un misterio.

—Al igual que los actos de los jesuitas —dijo el señor Collopy—. ¿Cambió de manos el dinero? ¿O fue él uno de los papas que hizo fortuna vendiendo escapularios e indulgencias?

—Collopy, creo que le he juzgado mal. Usted no es serio. Está tratando meramente de fastidiarme. No se cree en lo más mínimo lo que dice. Como suelen decir en Irlanda, solo está tratando de ponerme en solfa. Debiera avergonzarse su manera de actuar. En el fondo, usted es un hombre piadoso y temeroso de Dios, y quizá el Señor le perdone.

—Yo jamás bromeo con los asuntos relativos a la religión —dijo solemnemente el señor Collopy—. Si desea alabarme o hacerme algún cumplido, únicamente tenga en cuenta el importante trabajo al cual he dedicado toda mi vida. Un trabajo que no cesará hasta que este viejo corazón se detenga.

—Pues entonces nuestra charla es para usted una especie de precedente. Abrigue en su corazón el recuerdo de la tenacidad de los padres jesuitas. Si sus aspiraciones son loables, estas le llegarán por medio de una constante fe y apelando incesantemente a la gracia de Dios. ¿No lo cree así?

—¿Y qué otra cosa he estado haciendo durante estos años? Sucede que estoy llevando a cabo una obra trascendente, por todos los santos. El mismo

demonio habita en los corazones de esos fantoches de la Corporación.

—No son más que negligentes, están mal aconsejados.

—No son más que una banda de ignorantes, barrigones sacrílegos y ladrones ávidos de dinero, posiblemente salidos de los pantanos, pigmeos provenientes de lugares como Carlow o del condado de Leitrim, que Dios nos ampare. Son hijos de porquerizos y hojalateros. ¿Qué puede saber esta clase de gente sobre las obligaciones de un consejero municipal, por todos los cielos? Seguro que no han sabido lo que es un zapato antes de haber cumplido los dieciocho.

—¿Pero acaso sus secretarios no les informan? Seguramente *son* hombres de Dublín.

—A esos sinvergüenzas ni siquiera se les ocurriría avisarle a un hombre de que tiene que quitarse la ropa antes de tomar un baño. ¿Acaso me está usted tomando el pelo, padre?

—De ninguna manera.

Afuera se escucharon unas fuertes pisadas sobre la grava y alguien tiró del picaporte de la puerta.

Era mi hermano. Una mirada fue para mí suficiente. Tenía el rostro encendido y se tambaleaba un poco. Entre sus dedos sostenía un pequeño cigarro, ligeramente arruinado por la intensa lluvia que caía.

—Buenas noches a todos —dijo de un modo muy afable—. Buenas noches, padre Fahrt.

Se sentó en el centro, estirando sus piernas mojadas en dirección al hornillo.

—Veo que ahora nos dedicamos a los cigarros —dijo el señor Collopy.

Gracias al tarro y al intercambio de réplicas con el padre Fahrt, estaba de un humor alegre.

—Sí, ahora nos *dedicamos* a los cigarros —respondió con desenvoltura mi hermano—, al igual que el padre Fahrt ha evolucionado a la pipa. La degradación es contagiosa.

—¿Y en qué importante misión hemos estado esta noche? —preguntó el señor Collopy.

—Bien, ya que me lo pregunta, le diré *que fue* importante. Importante para esta casa, y sin duda también para esta ciudad. Tengo muy malas

noticias para usted, señor Collopy. De hecho, para todos ustedes. Dentro de una semana...

—¿Qué clase de fanfarronada tenemos que soportar ahora?

—Dentro de una semana, os dejo a todos. Me marché a Londres a hacer mi fortuna.

—¡Vaya, vaya! ¿Se trata de un hecho? Alabado sea Dios.

—¿A Londres, muchacho? —dijo el padre Fahrt—. Bueno, bueno. Es un gran sitio y allí es donde se encuentran las oportunidades, pero los ingleses esperan que se trabaje duro. Por lo menos de los irlandeses. Tendré que hacerte una carta para alguno de nuestros hombres de allí. ¿Has oído hablar de la calle de la Granja? A veces encontrar trabajo no es una tarea fácil. ¿No estarás pensando en irte a las minas de carbón?

Mi hermano lanzó una carcajada, como si hubiera escuchado algo sumamente divertido.

—No, padre —dijo—, a no ser que se refiera a comprar una mina y obtener enormes beneficios en el banco.

—¿A qué te piensas dedicar? —preguntó de forma abrupta el señor Collopy.

—Pues hasta ahora todo lo que he hecho ha sido alquilar dos cuartos, u oficinas, en la calle Tooley.

—¿Y se puede saber por dónde diablos queda eso?

—Es un lugar bastante céntrico y muy cercano al Támesis. Y a pocas calles de distancia se encuentran varias estaciones de ferrocarril. Quiero decir, supongamos que la policía me está buscando.

—¿La quién? ¿*La policía*?

El señor Collopy no estaba muy seguro de haber oído bien. Mi hermano volvió a reírse.

—Sí, la policía. Es muy poco probable que vigilen *todas* las estaciones. Y si así lo hicieran, siempre tendré la oportunidad de escaparme por agua. Después de establecerme, lo primero que haré será tener mi propia barcaza anclada en el río. Jamás llegarán a sospechar de una huida semejante. Nosotros los hombres importantes tenemos que pensar en todas las posibilidades.

—A mí me parece que estás enloqueciendo y no es la primera vez que lo

pienso. ¿Qué me dices del dinero para tu pasaje y para el alojamiento? Si piensas que yo...

—Señor Collopy, no es necesario que me ofenda con esa manera de hablar.

—Que yo recuerde —intervino el padre Fahrt—, nuestra gente aún debe seguir teniendo un albergue. Sus encargados son los hermanos legos y creo que el precio por noche es ínfimo. Podría hacerte una carta, naturalmente.

—¿Tienes dinero? —le demandó el señor Collopy.

—Lo tengo, o al menos lo conseguiré durante la semana.

—¿Es dinero honrado? Si llego a enterarme de que has estafado a alguien, o que has robado en una tienda o que te has aprovechado de personas humildes, te aseguro lisa y llanamente que no tendrás que irte hasta Londres para contactar con la policía. La llamaré yo mismo sin pensarlo dos veces, ya que no existe nada más abominable que la deshonestidad. Es uno de los peores inventos de Satanás. No quiero que ninguna calamidad caiga sobre esta casa. ¿Has oído hablar del mayor Lynch de Galway? Pues tenlo presente. Tenlo muy presente.

—Usted es muy severo, Collopy —dijo el padre Fahrt—. ¿Por qué dar por sentado cosas malas? ¿Para qué tentar al diablo?

—Yo vivo en esta casa —dijo irritable el señor Collopy— y tengo experiencia.

—Por lo que sabemos, este emprendedor joven aún puede traer un gran honor a esta casa.

—Sí, seguramente.

El tono del señor Collopy adquirió ribetes de amargura.

—Yo también podré traer un gran honor a esta casa si logro llevar a cabo el gran objetivo de mi vida. Luego pondrán en la pared de afuera una placa y de todo el mundo las mujeres harán peregrinaciones para visitar mi humilde casa. Para entonces, naturalmente, yo estaré descansando bajo tierra en Deansgrange.

Mi hermano bostezó de forma afectada.

—Caballeros —dijo—, estoy agotado y deseo descansar. Mañana podemos seguir hablando sobre mis planes.

Dicho esto se incorporó y con paso vacilante se dirigió hacia las escaleras.

Nosotros solo atinamos a mirarnos en silencio.

CAPÍTULO XI

Cuando más tarde subí a acostarme mi hermano ya estaba durmiendo, sin duda anestesiado por el *whiskey*. A la mañana siguiente le pregunté si era verdad toda esa historia sobre el proyecto en la calle Tooley.

—Por supuesto que es verdad —contestó.

—¿Y qué es lo que harás allí?

—Voy a abrir la Academia Universitaria Londres. Enseñaré *de todo* por correspondencia, resolveré todos los problemas, responderé a todas las preguntas. Quizá edite una revista, y después un periódico, pero antes que nada tengo que construir gradualmente una reputación. Les enseñaré a los británicos cómo aprender francés o curar sabañones. Lo mío será una compañía limitada, por supuesto. Ya tengo un abogado que me está tramitando los papeles. Mi oficina central será el Museo Británico. Si tú quieres, más adelante puedo ofrecerte un trabajo.

Me pareció generoso de su parte, pero por alguna razón la oferta no me atrajo en ese momento. Secamente le dije:

—Me gustaría conocer las estaciones de ferrocarril que mencionaste la pasada noche en caso de tener que escaparme en un apuro.

—No digas tonterías. Mis operaciones siempre están dentro de la ley. No creo que a los británicos les intranquilece, porque si la policía me estuviera buscando y bloqueasen los caminos, los ferrocarriles y el río, ¿acaso no les queda la Torre de Londres para encerrarme? Está cruzando el río, justo enfrente de la calle Tooley.

—Pues muchos buenos irlandeses pasaron allí una larga temporada.

—Es cierto.

—Y perdieron la vida.

—Bien, prepararé y haré circular una serie titulada *Cómo Escapar de la Torre de Londres*. Tres guineas por el curso completo y facilitándoles a los alumnos a muy bajo costo navajas, revólveres y escalas de cuerda.

—Oh, cállate —dije.

Al volver aquella tarde del colegio todo el mundo se había marchado, pero Annie había dejado una nota en la que me informaba de que mi cena estaba en el horno. Después me dediqué a las odiadas tareas escolares, ya que tenía planeado pasar aquella noche en una pequeña escuela de póquer instalada en casa de un compañero del colegio llamado Jack Mulloy. ¿Me atraían mucho las partidas de cartas? No lo sé, pero de lo que sí estaba seguro era de que me atraía Penélope, la hermana de Jack, la cual en el «intermedio» servía té y trozos de pastel. Era lo que corrientemente se consideraba una buena candidata, cabello castaño rojizo, ojos azules y una sonrisa muy agradable. Y para ser honesto, creo que yo también le gustaba. Recuerdo haberme sentido confuso al pensar que ella y Annie pertenecían al mismo sexo. Annie era una criatura horrible, flácida y larguirucha. Pero tenía un buen corazón y trabajaba duro. El señor Collopy era muy exigente con sus comidas, y aunque se vestía casi como un vagabundo de clase alta tenía horror de las lavanderías y de los lavados en masa. Él sostenía que compartir ese tipo de cosas era la mejor manera de contagiarse la sífilis o alguna dolorosa enfermedad de la piel. Annie tenía que lavar sus camisas y demás prendas, si bien él se encargaba personalmente de sus cuellos de celuloide, los cuales lavaba con agua caliente cada dos días. Ella también tenía que prepararle varios medicamentos, todos los cuales contenían azufre; sin embargo yo jamás me enteré de qué achaques se esperaba que previniesen o curasen aquellas pociones. Durante los últimos dieciocho meses, se le pidió que se hiciera cargo de otra tarea, a la cual ella accedió de buena gana. Mi hermano había dejado de madrugar como cuando iba al colegio y a menudo le daba a Annie algo de dinero de su mesilla de noche para que le trajese «aquello». Él necesitaba una cura y la pobre muchacha se escabullía para regresar con un vaso de *whiskey*.

El señor Collopy regresó alrededor de las cinco y poco después apareció Annie. Parecía estar de mal humor y, sin decir una sola palabra, se desplomó

sobre su sillón y comenzó a leer el periódico. Mi hermano llegó a las seis, cargado de libros y pequeños paquetes. Como percibió que el ambiente no era el más adecuado optó por quedarse callado. La merienda se transformó en una comida muy silenciosa, casi amenazadora. Yo traté de pensar en Penélope. Tomar el té con *ella* sería un asunto muy diferente, un banquete celestial de inaudita delicadeza, y después tendríamos una encantadora charla junto al fuego, aunque algo más bucólica. Me preguntaba si sería fácil o completamente imposible escribir una buena poesía que a la vez fuese enternecedora. Algo que llegase hasta el corazón, que hablara de amor. Es muy probable que debido a mi manera de ser me fuese algo imposible, si bien tenía a mi hermano que era capaz de explicarme este arte y simplificarlo en seis fáciles lecciones por correspondencia. Naturalmente, jamás le comenté nada sobre este asunto, ya que solo lograría hacerme enfadar. ¿Penélope? Pensé en ese nombre. Recordé que Penélope fue la esposa de Ulises y, a pesar del asedio de muchos libertinos mientras su buen hombre estaba haciendo las guerras, siempre le permaneció fiel. Ella aceptaría los impropios requerimientos de sus pretendientes una vez que acabase de tejer, había dicho. Cada noche destejía lo hecho durante el día, para que la promesa jamás pudiera verse cumplida. ¿Qué clase de actitud era aquella? Sin duda emanaba del más profundo y puro amor. Y condimentada con una pizca de astucia. ¿Poseía mi amada Penélope aquellas dos cualidades? De todas formas, la vería un poco más tarde.

Cuando los restos del té fueron retirados de la mesa, el señor Collopy volvió a la lectura de su periódico, pero al cabo de un rato se enderezó en su asiento y comenzó a mirar a mi hermano, que dormitaba al otro lado del hornillo, de un modo feroz.

—Quisiera tener unas palabras con usted, señor pariente —dijo bruscamente.

Mi hermano se despertó.

—¿Y bien? —dijo—. Aquí me tiene.

—¿Conoces a un cierto sujeto de la DMP llamado sargento Driscoll?

—No conozco a ningún policía. Me mantengo alejado de ellos. Son una pandilla peligrosa, a quienes ascienden a una velocidad proporcional al número de personas a las cuales no sé cómo meten en problemas. Tienen un

método infalible por el cual son capaces de hacer que hasta la más respetable de las personas se vea involucrada en un grave follón.

—¿No me digas? ¿Y cuál es ese método?

—Perjurio. Acusarían a un cubo de acero de tener un agujero en el fondo. Son todos hijos de quincalleros venidos del sur del país.

—He mencionado al sargento Driscoll de la DMP...

—De la región asilvestrada de Kerry, apostaría. El cacique se levanta a las seis de la mañana para preparar trece desayunos compuestos por un cargamento de patatas, tal vez unas cuantas hojas de col, harina de maíz, sal y leche cortada. Desayuno para Ella, para Él, para los ocho bebés y los tres cerdos, servido de la misma olla. Esa es la clase de besugos que cuidan la ley y el orden en Dublín.

—He mencionado al sargento Driscoll de la DMP. Ha estado aquí esta mañana. Por lo visto, a estas alturas de la vida ser interrogado por la policía se ha convertido en *mi* cruz, que el Señor se apiade de mí.

—Pues no hacer ninguna declaración es una costumbre muy buena. No le dé esa satisfacción. Dígale que primero desea ver a su abogado, no importa de qué le esté acusando.

—¿Acusándome a *mí*? Esto no tiene nada que ver conmigo. Era a *ti* a quien estaba buscando. Ha estado haciendo averiguaciones. Puedes estar seguro de que rodarán cabezas.

—¿Qué, a *mí*? ¿Y qué es lo que he hecho?

—Un chaval de Islanbridge se cayó al río, se lastimó la cabeza y por poco se ahoga. Tuvo que ser hospitalizado. El sargento Driscoll y sus hombres interrogaron al muchacho y a los demás gamberros que se encontraban con él. Y *tu* nombre fue mencionado.

—No sé nada sobre unos chavales de Islanbridge.

—¿Entonces cómo es que dieron tu nombre? Incluso sabían nuestra dirección y el sargento dijo que tenían un librito con la dirección escrita en la portada.

—¿Ha visto el libro?

—No.

—Esto debe ser obra de algún chivato a quien no le caigo bien, alguien que la tiene tomada conmigo por una ofensa imaginaria. Un liante. Esta

ciudad está repleta de ellos. No sabe lo contento que estoy de marcharme pronto de este lugar. Prefiero mil veces a un depravado y sanguinario sajón.

—Siempre tienes una respuesta para todo. Un hombre intachable.

—Me niego a preocuparme por lo que digan o piensen unos mocosos de los barrios bajos o los guardias urbanos.

—El sargento Driscoll dijo que esos jovencitos estaban experimentando con un artefacto extremadamente peligroso, una especie de aparato mortal. Habían tendido un alambre sobre el río Liffey, sujetando ambos extremos a un poste de luz y puede que a un árbol. Ese joven inconsciente calzaba en los pies unas zapatillas especiales o algo similar. ¿Qué piensas de eso?

—Nada especial, excepto que me recuerda al circo.

—Sí, o a la Danza de la Muerte representada en el Teatro Imperio en temporada de Navidad. Jamás había oído hablar, Dios es testigo, de un espectáculo tan imprudente y pecaminoso. Son los padres quienes me dan pena, los sufridos padres que les han criado a costa de tremendos sacrificios y que para darles una educación a esos jóvenes disolutos han tenido que quitarse la comida de la boca en su vejez. Lo que esos chavales precisan urgentemente, día y noche, son unas buenas sesiones de azotes.

—¿Y cómo fue a parar al agua uno de ellos?

—¿No te lo imaginas? Se pone a caminar sobre el alambre hasta llegar a la mitad del recorrido, entonces le entra pánico, se marea, cae en las profundas aguas golpeándose la cabeza con un enorme trozo de madera flotante. Y naturalmente ninguno de esos gamberros sabía nadar. Fue misericordia de Dios que cerca se encontrase un alguacil. Al escuchar los gritos y el alboroto corrió hacia allí. Pero un parado llegó primero. Entre los dos lograron sacar del río al semiahogado muchacho y lo sostuvieron boca abajo para que echase toda el agua.

—Y los peces —interrumpió mi hermano.

—Fue una intervención de la Providencia que esos hombres estuvieran allí. El genio de la cuerda floja tuvo que ser hospitalizado en la calle Jervis y no me parece que se trate de algo gracioso. Podrías enfrentarte a una acusación de asesinato o de homicidio.

—Ya le he dicho que no tengo nada que ver con eso. No sé nada. Tengo total desconocimiento de los hechos.

—Supongo que lo afirmarías bajo juramento.

—Así es.

—Y todavía tienes la desfachatez de estar ahí sentado de lo más tranquilo acusando a la sufrida DMP de ser adicta al perjurio.

—Y eso es lo que son.

—Por todos los santos, si yo estuviese en el jurado sabría a quién creer en el asunto de Islanbridge.

—Si se me acusase de haber inspirado esta estúpida travesura, removería cielo y tierra hasta desenmascarar a los cretinos que han intentado manchar mi reputación.

—Sí, ya sé a qué te refieres. Pero una mentira conducirá a otra hasta que finalmente estarás tan empantanado en la mendacidad y en el perjurio que el abogado instructor o el juez municipal o quienquiera que sea detendrá el curso del proceso y enviará tu caso al fiscal de la Corona. Y ahí sí que la situación será crítica. Te pueden caer cinco años por perjurio e intento de desviar el curso de la justicia. Y cuando salgas todavía te estará esperando el caso Islanbridge.

—Todas esas personas no me importan un rábano.

—¡No me digas! Pues a *mí* sí. Esta es mi casa.

—Usted sabe que me marché en pocos días.

—Y el sargento Driscoll ha dicho que debes presentarte en la calle College para una entrevista.

—No pienso presentarme en ninguna calle College. El sargento Driscoll se puede ir al diablo.

—Deja de usar en esta casa ese lenguaje soez y depravado o puede que tengas que irte de ella antes de lo que piensas. Estás muy equivocado si crees que me agrada ser perseguido e incordiado por la policía debido a tus despreciables ardides para engañar a unos simples muchachos...

—¡Oh, tonterías!

—Y robarles, robarles el dinero que jamás han ganado, sino extraído de las finanzas de sus sufridos padres y tutores.

—Ya le he dicho que no conozco a ningún joven de Islanbridge. Y ninguno de los jóvenes que yo pueda conocer es un simplón.

—Tienes una de las lenguas más mentirosas de toda Irlanda, eso es un

hecho. No eres más que un despreciable gamberro. Quizás Dios me perdone si es que tengo la culpa de haberte criado del modo en que lo hice.

—¿Por qué no les echa la culpa a esos cuervos, a los santos Hermanos Cristianos? Desmembradores de Dios.

—Te he prevenido varias veces de que dejes de profanar mi cocina con tus viles insultos hacia un grupo de nobles y entregados maestros cristianos.

—He oído que el hermano Cruppy colgará los hábitos para casarse.

—Mira que todavía no eres tan mayor como para no merecer la vara —dijo el señor Collopy con voz chillona—. Recuérdalo. Una buena paliza hace milagros.

Se notaba que estaba muy enfadado. Mi hermano se encogió de hombros sin decir nada y fue una suerte que en ese mismo momento alguien llamase a la puerta. Era el señor Rafferty, que en un principio dudó ante mi invitación de pasar adentro.

—Solo estoy de pasada —dijo—. Deseo hablar brevemente con el señor Collopy.

Pero sin embargo entró. A mí me alegró ver que las hostilidades dentro de la casa desaparecieron súbitamente. El señor Collopy le tendió la mano sin levantarse.

—Siéntese, Rafferty, siéntese. Es una noche un poco turbulenta.

—Ni que lo diga, señor Collopy. Muy turbulenta.

—¿Me acompaña en un trago?

—Vamos, señor Collopy, a estas alturas usted ya tendría que conocerme. Solo los fines de semana. Es una regla inviolable. Se lo he prometido a la parienta.

—Pues entonces mantenga la promesa. Hay que ser consecuente con la agotada naturaleza. Me refiero a la naturaleza de cada uno. Yo me invitaré en nombre de Dios, porque no me siento muy bien de salud. Nada bien.

Se levantó y fue hasta la alacena.

—Por supuesto ya sabrá para qué he venido.

—Ya lo creo que sí. Y precisamente lo tengo aquí.

Una vez que hubo dispuesto sobre el hornillo un vaso y el tarro, sacó del fondo de la alacena un paquete largo envuelto en papel de estraza y lo depositó con cuidado sobre la mesa. Después se sirvió su trago y se sentó.

—Eso tiene un nombre bastante difícil de memorizar, Rafferty.

Para mi sorpresa, luego se dirigió a mí.

—Jovencito —dijo—. ¿Cuál es el término que se utiliza en griego para designar el agua?

—*Hydor* —dije. Jai-dor.

—¿Y cómo se las arreglaban los griegos con las medidas?

—*Metron*. Met-jer-on.[39] Una unidad de medida.

—Ahí tiene, Rafferty, ¿acaso no se lo había dicho yo? Ese objeto apoyado sobre la mesa es un hidrómetro clínico. Como habíamos acordado, usted se lo llevará a la señora Flaherty. Dígale que a partir del próximo domingo al mediodía debe comenzar a hacer las lecturas día y noche durante dos semanas. Y que las apunte meticulosamente.

—Oh, comprendo cuán importante es todo esto, señor Collopy. Y así se lo haré saber a la señora Flaherty.

—En estos tiempos modernos, uno no es nada a menos que sea capaz de producir datos estadísticos. Columnas y más columnas de números, medidas y porcentajes. Supongamos que se creara una Comisión Real para estos asuntos. ¿Adónde iríamos a parar si no pudiéramos producir nuestras estadísticas certificadas? ¿Qué impresión daríamos en el banquillo de los testigos?

—Sin duda no ofreceríamos una imagen muy creíble —dijo Rafferty.

—Pareceríamos unos auténticos palurdos. Daríamos ante el mundo un espectáculo vergonzoso y la gente se preguntaría por lo bajo de dónde hemos salido. ¿No tengo razón?

—Toda la razón del mundo.

—Y cuando la señora Flaherty termine de hacer sus lecturas le pasaremos el aparato a la señora Clohessy.

—Muy buena idea, señor Collopy.

—Y le anticipo una cosa. Una vez que tengamos todas las lecturas y las comparemos, verá que habrá entre ellas muy poca diferencia, apenas leves variaciones. Es posible que hasta demos con un nuevo e importante descubrimiento científico. ¿Quién lo sabe?

—¿Está hablando en serio, señor Collopy?

—Claro, así es como en el pasado se modificó el curso de la historia

mundial. Hay hombres que pacientemente buscan algo en particular, una respuesta a una dificultad irresoluble. Y entonces sucede el milagro. Por accidente resuelven un problema completamente diferente. A mí no me importa cuántos problemas se puedan resolver con la ayuda de un hidrómetro clínico siempre que nos ayude a solucionar aquello que ahora nos preocupa.

—Bravo, bravo, señor Collopy. Me voy cuanto antes, directo a ver a la señora Flaherty.

—Que Dios le acompañe, Rafferty. Le veré como de costumbre en nuestro comité el viernes por la noche.

—Así es. Buenas noches.

Al rato de marcharse Rafferty yo también desaparecí. Tenía una cita con la hermandad y con Penélope.

[39] Juego de palabras intraducible; jai-dor, del inglés *high door*: «puerta alta»; met-her-on, del inglés *met her on*: «encontrarme con ella».

CAPÍTULO XII

La vieja cocina parecía la misma, aunque mi hermano se había marchado llevándose con él las fugaces pero tempestuosas escenas con el señor Collopy. Lamento no poder brindar un informe más interesante acerca de las acciones y palabras en torno a su reciente partida. Había pedido a Annie que le despertase temprano, haciendo hincapié en la gran importancia de esto dado que debía coger a primera hora de la mañana el barco correo de Kingstown a Holyhead. Annie cumplió su encargo, pero no encontró a nadie en la cama de mi hermano ni rastros de sus pertenencias empacadas. Sin duda se habría escabullido al abrigo de la noche, dando por finalizado su último sueño irlandés en casa de alguna otra persona, o tal vez celebrando su partida con una juerga de despedida junto a sus compinches. Me sentí ofendido por haber sido excluido, ya que, además de ser su hermano, me consideraba una especie de asociado-conspirador, en tanto que al señor Collopy su misteriosa partida le enfureció. Nunca supe muy bien por qué, pero sospecho que había planeado una despedida magnánima, con deseos de bienandanza y tal vez el obsequio de una de sus apreciadas y afiladas navajas de afeitar. Al señor Collopy le agradaban mucho estas ocasiones y, con un poco de incentivo y la compañía de su tarro, era capaz de alcanzar altas cotas de elocuencia. El animador que encerraba en su interior había sufrido un desaire y se hallaba muy ofendido. De vez en cuando me preguntaba si yo creía que mi hermano vendría de visita para las Navidades y yo le respondía sinceramente que no tenía ni idea. Annie no pareció darse ninguna cuenta de estos cambios en la casa, a pesar de que aquello le suponía menos trabajo.

Al cabo de unas tres semanas de la partida de mi hermano, recibí una carta suya. Venía en un lujoso sobre alargado, y en el costado superior izquierdo llevaba entrelazadas las iniciales LUA[40] (más tarde me hizo gracia descubrir en un diccionario irlandés que *lua* significa «puntapié»). El papel de carta era grueso y del caro y hacía mucho ruido al ser desdoblado. El encabezamiento, con letras negras brillantes, ponía: «ACADEMIA UNIVERSITARIA LONDRES, calle Tooley, 120 Londres, S.W.2». A lo largo del margen izquierdo había una lista de las asignaturas que impartía la academia: Boxeo, Idiomas Extranjeros, Botánica, Cría de Aves de Corral, Periodismo, Ornamentación, Arqueología, Natación, Declamación, Dietética, Tratamiento de la Hipertensión, Jiu-Jitsu, Ciencias Políticas, Hipnotismo, Astronomía, Medicina Doméstica, Carpintería, Acrobacia y Equilibrismo sobre Alambre, Oratoria, Música, Cuidado de los Dientes, Egiptología, Adelgazamiento, Psiquiatría, Búsqueda de Petróleo, Construcción de Líneas Férreas, Cura del Cáncer, Tratamiento de la Calvicie, La Grande Cuisine, Bridge y otros Juegos de Naipes, Atletismo, Prevención y Tratamiento de los Forúnculos, Administración de Lavanderías, Ajedrez, El Huerto de Legumbres, Cría de Ovejas, Grabado y Aguafuerte, Elaboración Casera de Salchichas, Los Clásicos de la Antigüedad, Taumaturgia Aplicada, y muchos otros temas cuyo significado me era imposible descifrar. Por ejemplo, ¿qué conjunto de estudios abarcaba Las Tres Bolas? ¿O en Pampendarismo? ¿O en El Cultivo de Substancias Agrias?

A continuación transcribo la carta:

Perdona que no haya escrito antes, pero estaba terriblemente ocupado no solo con instalarme en la calle Tooley y la organización del despacho, sino también con reuniones y estableciendo contactos. Supongo que os quedasteis un poco consternados al descubrir aquella mañana que el pájaro había volado, pero me era imposible enfrentarme a una despedida formal con la imagen del lloriqueante señor Collopy vertiendo lágrimas de *whiskey* y el sombrío padre Fahrt dándome su bendición en solemne latín y quizá Annie enjugándose silenciosamente las lágrimas con su delantal. Ya sabes cuánto me desagradan esa clase de cosas. Me ponen nervioso. Por otra parte, lamento haber sido contigo tan reservado en

mis planes, pero era fundamental que Collopy no supiera nada de ellos ya que tiene una habilidad tremenda para causar problemas y en donde mete la nariz siempre origina desastres. ¿Sabías que tiene un hermano en la comisaría de Henley, no muy lejos de aquí? Si supiese mi dirección exacta —que bajo ninguna circunstancia debes revelarle al viejo bribón— estoy seguro de que le pediría a su hermano que me vigilase, y por lo que me han contado parece que es peor que el propio Collopy. Huelga decir que no he utilizado ninguna de las direcciones que me dio el reverendo Fahrt, ya que los jesuitas pueden llegar a ser guardianes mucho peores que los propios polis. Cuando las cosas estén un poco más afianzadas, debes venir a echarme una mano porque el negocio en el cual me estoy introduciendo aún se encuentra en pañales y si se lo sabe llevar puede dar dinero en abundancia y para todos. Aquí también se vive mejor. Las tabernas son mejores, la comida es buena y barata y las calles no están repletas de chiflados como en Dublín. Se puede conseguir información y ayuda sobre cualquier asunto o persona a plena luz del día por una libra, y a menudo por tan solo un par de tragos.

No le prestes demasiada atención a la lista de asignaturas detalladas. No veo por qué no se ha de abordar estas y muchas otras, como, por ejemplo, Vocaciones Religiosas, pero aún no he hecho oficial este documento. Puedes considerar esta lista como un manifiesto, una declaración de lo que pensamos hacer. Nuestro objetivo es una dispersión masiva del saber, perfección humana y civilización. Estamos planeando el mundo del futuro, un mundo con personas geniales y sofisticadas, todas prósperas, intolerantes con los quejicas, los vagos y los políticos arribistas. No me refiero necesariamente a una Utopía sino a una sociedad en donde los errores *innecesarios*, los fallos y el comportamiento impropio han sido erradicados. La manera más simple de abordar este problema es cortando de raíz sus causas, que son la ignorancia y la falta de educación, o una educación equivocada. Todos los días te encuentras con personas que van por la vida completamente perdidas, para las que la existencia es un enigma, les desconcierta prácticamente casi todo y solo están seguras de una única cosa: que se van a morir. No voy a ser yo quien les contradiga en este aspecto, pero

creo que puedo sugerirles unas cuantas ideas provechosas con las que rellenar su paso por este mundo. La semana pasada conocí en una taberna de la calle Tower Bridge a un negro de trato agradable que por lo visto es marinero. Al principio se le veía un poco abatido, pero al cabo de tres sesiones le he enseñado a jugar al ajedrez. Ahora está encantado consigo mismo y se cree un hechicero. También he tenido oportunidad de tomar unas copas con una de las miles de damas que hacen aquí la calle. Quería que me fuese con ella, pero descuida; por su acento me di cuenta de que era irlandesa, y no me había equivocado, ya que resultó ser de Castleconnell, cerca del Shannon. La misma historia de siempre. Vino a trabajar de criada para una señora tiránica y el señorito la tomó por sorpresa mientras estaba haciendo las camas, con lo que llegó a la conclusión de que si esta clase de cosas eran una costumbre del país, no había razón para no cobrar por practicarlas. Si bien hay algo de lógica en su razonamiento, tiene una visión comercial claramente penosa. Le hablé de su madre y de las verdes colinas de Erin y al poco rato ya la tenía lloriqueando, aunque bien podría haber sido a causa de la ginebra. A estas chicas les encanta esa clase de conversación. Pero no pienses que me he convertido en un predicador que cada noche salva las almas de aquellos que frecuentan las tabernas. En raras ocasiones hago esto y siempre que no vaya acompañado. Estoy demasiado ocupado para esta clase de galanteos. Por ahora el personal de nuestras oficinas se compone de cuatro personas: una mecanógrafa, un oficinista y el Otro. El Otro es mi socio, que ha puesto en la empresa buena parte del capital. Con su dinero y mi cerebro no veo que haya nada que pueda detenernos. Pero aún hay más, su madre es una mujer pudiente que tiene una enorme mansión en Hampstead. Él no vive con ella, de hecho su relación no es muy buena, porque al parecer de joven su madre le obligó a estudiar dos años en Oxford. Cuenta que lo pasó horrendamente en aquel sitio. Como firma M. B. Barnes, al preguntarle por su nombre de pila —no se puede emprender una empresa exitosa sin conocer el nombre de pila del socio, aunque no sea más que para insultarle o recriminarle— descubrí que su nombre completo era Milton Byron Barnes. Quizá haya sido esta la causa por la cual le trataron con

desprecio y le amargaron la vida esos ignorantes de Oxford. Tiene un carácter melancólico, pero sabe lo que es trabajar y también sabe cómo hablarle a la gente. No es un poeta, por supuesto, pero está convencido de que su padre, que en paz descansa, había creído serlo y que, al sentirse en deuda con los maestros del pasado, en homenaje a su genialidad bautizó a su pobre hijo con sus nombres. Existen entre nosotros algunas discrepancias, ya que a él le parece que deberíamos cubrir el área de la publicidad, en periódicos, revistas y demás. Está convencido de que ese campo tiene mucho porvenir y no deja de citar aquello de «arrimarse al sol que más calienta». Es verdad que allí se puede hacer pasta gansa, pero por ahora no tenemos capital suficiente para invertir. Yo le digo que se puede conseguir mayor satisfacción y felicidad enseñando a diez mil ingleses a jugar correctamente al billar en cuatro lecciones y por cuatro guineas que metiéndose en el abyecto y encarnizado submundo de la publicidad, pero él me contesta que su intención no es hacer feliz a nadie y que él tampoco aspira a serlo; simplemente desea hacer dinero. Encuentro esta manera de pensar un poco cínica, pero estoy seguro de que en poco tiempo le haré ver lo acertado de mis puntos de vista. Hemos cenado con su madre en dos ocasiones y me pareció una dama muy inteligente. Tengo el presentimiento de que pronto se convertirá en benefactora de nuestra academia y a su debido tiempo nos ayudará con transfusiones de LSD.

[41] Esa es la razón por la cual existen los ricos y por la que jamás debemos envidiarles o insultarles. Son personas que han venido al mundo trayendo consigo armas con las que ayudar a otros congéneres. Compáralos con Collopy, que se pasa todo el tiempo molestando y obstruyendo a los demás, husmeando para ver si encuentra algo malo para poder transformarlo en algo peor, interfiriendo, discutiendo por una insignificancia y fomentando cizaña y peleas entre amigos. Más de una vez he pensado en publicar un curso titulado Cómo no Meterse en los Asuntos Ajenos. Luego le mandaría un ejemplar a Collopy sin cargo alguno. Comparto el alojamiento con un hombre soltero bastante mayor que es propietario de un estanco y en sus ratos libres lee en griego. ¿Que si me agrada semejante compañía? Pues bien, por una parte no tengo

que gastar en cigarrillos y la casera es tan vieja que de vez en cuando se olvida de cobrarme el alquiler.

Que no se te vaya a escapar nada de lo que te escribo en esta carta o en cualquier otra, y no le des a nadie de Dublín la dirección de la academia. Pronto volveré a escribirte. Infórmame de todas las novedades que sucedan. Dale a Annie el billete de una libra que te adjunto y mis saludos. La mejor de las suertes.

Lanzando un suspiro me guardé la carta en el bolsillo. En realidad no decía gran cosa.

[40] LUA: Academia Universitaria Londres.

[41] Abreviatura de *pounds, shillings and pence*: libras, chelines y peniques.

CAPÍTULO XIII

Durante los meses siguientes tuvimos un clima particularmente desapacible: fue una temporada de aguaceros, vendavales y por las noches la temperatura descendía tanto que me obligaba a taparme en la cama con dos abrigos. Pero el señor Collopy no prestaba atención a las borrascas nocturnas. Con frecuencia se marchaba de casa a las ocho y ciertas personas me informaron de que era una figura familiar, resguardada debajo de un paraguas chorreante, en los pequeños grupos mitineros que se juntaban en las esquinas de Foster Place o en la calle Abbey. Pero no se interesaba por el propósito o el mensaje de aquellas reuniones. Iba allí para interrumpir con preguntas molestas, que solo tenían que ver con sus misteriosas preocupaciones. Exigía que se le diese prioridad a las cosas más importantes. Si en el mitin se apoyaba una huelga para protestar contra los bajos salarios en los ferrocarriles, él se oponía replicando que la inercia del Ayuntamiento era mucho más escandalosa y que se trataba de un asunto muchísimo más importante para el país.

Una noche regresó mojado de la cabeza a los pies y en vez de meterse directamente en la cama se sentó junto al hornillo, sacando consuelo de su tarro.

—Por el amor de Dios, padre, métase en la cama —dijo Annie—. Está empapado. Váyase a la cama, que yo le traeré un ponche.

—Ah, no —dijo elocuentemente—. En situaciones semejantes, mi antiguo adiestramiento como lanzador me ayudará a recuperarme.

Efectivamente, al otro día amaneció con un formidable resfriado y tuvo que quedarse unos cuantos días en la cama por orden de Annie, a quien no

le faltaban cualidades dictatoriales. El resfriado fue disminuyendo gradualmente, pero cuando pudo andar otra vez por la casa lo hizo con movimientos torpes y quejándose de que le dolían los huesos. Por suerte no tuvo que pasar por el suplicio de subir las escaleras, ya que en tiempos de la señora Crotty él mismo había construido un lavabo en el dormitorio. Pero su estado era suficientemente preocupante, por lo que le sugerí que de camino a la escuela podía dejarle una nota al doctor Blennerhassett para que se acercase.

—Me temo que ese buen hombre no se mantiene informado —dijo el señor Collopy—. Tiene buenas intenciones, pero ni idea de lo que es la medicina.

—Pero quizás sepa algo sobre esos dolores que le aquejan.

—Oh, está bien.

El doctor Blennerhassett vino y dijo que el señor Collopy padecía un severo reumatismo. Le indicó un medicamento que Annie compró en la farmacia: píldoras rojas en una caja de color blanco con una etiqueta que ponía: «Comprimidos». También dijo, creo recordar, que el paciente debía reducir drásticamente la ingestión de azúcar, que bajo ninguna circunstancia bebiese alcohol, que se tenía que esforzar por hacer un poco de ejercicio y que tomara baños calientes lo más seguido posible. No sé si el señor Collopy hizo caso o no de estas cuatro indicaciones, pero lo cierto es que comenzó a empeorar con el paso de las semanas. Se habituó a usar un bastón, pero en realidad era yo quien tenía que asistirle en el corto trayecto que iba del sillón a la cama. Ahora era un lisiado, y uno muy irascible.

Cierta noche en que había quedado en pasar por la escuela de póquer de Jack Mulloy se me ocurrió una brillante idea. Quedamos en encontrarnos a las ocho y media de la noche, porque por lo visto Jack tenía que ir antes a algún sitio o hacer alguna cosa.

Deliberadamente adelanté mi reloj una hora y lleno de esperanzas llamé a la puerta en la cercana Mespil Road a las siete y media. Al cabo de un instante, Penélope abrió la puerta.

—Vaya, vienes temprano —dijo ella con su encantadora voz ronca.

Con elegancia pasé al vestíbulo y le dije que eran casi las ocho y media. Le mostré mi reloj.

—Tu reloj está adelantado —dijo—, pero ven junto al fuego. ¿Te apetece

una taza de café?

—Por supuesto, Penélope, pero si tú me acompañas.

—Enseguida estoy contigo.

Estaba encantado conmigo mismo por mi inofensiva treta. Por lo visto estábamos solos en la casa. Me vinieron a la cabeza ideas tontas, ideas que no viene al caso mencionar ahora. Yo era un verdadero neófito en esta clase de situaciones. A mi cabeza acudieron los nombres de algunas mujeres voluptuosas y libertinas del pasado y luego comencé a imaginarme cómo actuaría mi hermano si estuviese en mi lugar. Penélope regresó con una cafetera, bizcochos y dos pequeñas tazas preciosas. A la luz su ceñido vestido se veía pulcro, modesto y algo misterioso; aunque tal vez lo que había querido decir era fascinante.

—Pues bien, Finbarr —dijo—, cuéntame todas las novedades sin olvidarte de ninguna.

—No hay novedades.

—No te creo. Me estás ocultando algo.

—Honestamente, Penélope.

—¿Cómo se encuentra Annie?

—Annie se encuentra muy bien. Nunca cambia. De hecho incluso jamás se cambia de ropa. Pero al pobre señor Collopy su reumatismo le ha crucificado. Está estropeado, incapacitado y muy irritado consigo mismo. Hace unos meses se empeñó en salir todas las noches y regresaba hecho una sopa. Y ahora está pagando por ello.

—Oh, pobre hombre.

—¿Y de mí quién se apiada? Cuando estoy en casa tengo que hacer de enfermero.

—Bien, tarde o temprano todo el mundo necesita ayuda. Cuando tú seas mayor quizá tampoco te las puedas arreglar solo. ¿Cómo te sentirías?

—No lo soportaría. Probablemente metería la cabeza en el horno con el gas encendido.

—Pero si tuvieses reumatismo no podrías hacerlo. No serías capaz de agacharte o inclinarte.

—¿No podría llamarte a ti para que me ayudases a meter la cabeza en el horno?

—Ah, no, Finbarr, eso no estaría nada bien. Pero te visitaría igual.

—¿Para hacer qué?

—Para cuidarte.

—Cielos, eso sí que estaría muy bien.

Penélope se rio. Sin duda me había sincerado demasiado con aquel comentario. A pesar de que era completamente cierto, no quería que ella me considerase demasiado lanzado.

—¿Quiere decir que tendré que tener una dolorosa y repugnante enfermedad para que vengas a visitarme? —dije sonriendo.

—Oh, de ninguna manera, Finbarr —dijo—. Pero tengo un poco de miedo del señor Collopy. Una vez me llamó «colegiala malcriada» y todo porque le dije en la calle que tenía los cordones de sus zapatos desatados.

—De sus botas, querrás decir —corregí—. Al diablo con el señor Collopy.

—Vaya, vaya, vaya.

—Es que me pone muy nervioso.

—Pasas demasiado tiempo en esa cocina. No sales lo suficiente. ¿Has ido alguna vez a bailar?

—No. Ni sabría por dónde empezar.

—Es una lástima. Tendré que enseñarte.

—Eso sería estupendo.

—Pero primero tenemos que conseguir que alguien nos preste un gramófono.

—Creo que podré conseguir uno.

Como se podrá comprobar, nuestra conversación era trivial e insípida, y el resto fue más de lo mismo.

Al final me puse un poco más atrevido y cogí su mano. Ella no la retiró.

—¿Qué harías —le pregunté— si intentara besarte la mano?

—¡Vaya, vaya! Probablemente me pondría a gritar con todas mis fuerzas.

—¿Pero por qué?

—Porque sí.

Enseguida se escuchó un alboroto que provenía del vestíbulo. Había llegado Jack Mulloy con dos compinches y parloteaban en voz alta mientras colgaban sus abrigos. Qué lástima, tendría que desconectarme de mis febriles pensamientos y prestar atención a las cartas.

Curiosamente, aquella noche gané quince chelines y al regresar a casa me encontraba satisfecho por cómo se había desarrollado la velada nocturna, incluyendo el breve interludio con Penélope. El camino que cogí de regreso pasaba por Wilton Place, un rincón oscuro y triangular por donde casi no circulaba el tráfico. Sabía que aquel sitio era frecuentado por prostitutas de baja estofa y sus zaparrastrosos clientes. Un pequeño grupo formado por cinco o seis personas reía tontamente al amparo de las sombras, pero al pasar junto a ellos se callaron discretamente. Cuando ya me había alejado unos cuantos metros, oí una sola palabra que provenía de una voz que juraría conocer:

—*Aparentemente.*

Me detuve involuntariamente, con una gran conmoción interna, pero enseguida volví a caminar. En realidad lo que me había sucedido era que justo en aquel momento pensaba en Penélope y aquella palabra causó en mí una breve confusión mental. ¿Cuál era el significado de eso que llamaban sexo, cuál era la esencia de la atracción sexual? ¿Se trataba de algo malo y peligroso? ¿Qué hacía Annie a aquellas horas de la noche en un lugar oscuro rodeada de sinvergüenzas? ¿Acaso era mucho mejor mi conducta, susurrando picardías en el oído de la delicada e inocente Penélope? De hecho, en el fondo de mi corazón albergaba ciertas sucias intenciones, deseos innobles que solo posponía debido a que la oportunidad aún no se me había presentado.

Como suponía, la cocina estaba vacía, ya que antes de marcharme había ayudado al señor Collopy a acostarse temprano. Como no quería encontrarme con Annie, busqué papel de carta, un sobre y subí las escaleras para meterme en la cama.

Allí permanecí tendido durante un buen rato sin apagar la luz, pensando. Después le escribí una carta detallada y confidencial a mi hermano, contándole primero el grave estado del señor Collopy para luego hacerle saber acerca del desolador incidente relacionado con Annie. Antes de poner mi firma dudé durante unos angustiosos minutos si contarle algo sobre Penélope. Pero gracias a Dios prevaleció la razón. Sin agregar nada más, firmé la carta y cerré el sobre.

CAPÍTULO XIV

Al poco tiempo llegó la respuesta en forma de un paquete y de una carta. Primero abrí la carta, que decía lo siguiente:

Muchas gracias por tu más bien alarmante mensaje.

Por lo que me dices del señor Collopy, está claro que padece una artritis reumatoidea, muy probablemente del tipo periarticular. Si logras convencerle de que se deje revisar por ti, verás que tiene las articulaciones inflamadas y en forma fusiforme y creo que comprobarás que el dolor se extiende por las manos, pies, rodillas, codos y muñecas. Probablemente tenga la temperatura alta y lo más aconsejable es que permanezca en cama. El foco de infección de la artritis reumatoidea suele alojarse en los dientes en mal estado y fomenta en las encías la piorrea alveolaria, por lo que deberías decirle a Hanafin que traiga con el taxi al dentista. Por fortuna, en la academia hemos inventado una cura segura para este trastorno, siempre y cuando el tratamiento se siga con regularidad. Aparte te he enviado una botella de nuestra patentada Agua Grávida. Tendrás que encargarte de que se tome una cucharadita tres veces al día después de las comidas. Procura que la primera toma sea antes de que te vayas al colegio, al regresar averigua si ha tomado la correspondiente al mediodía y lo mismo por las noches. Sería conveniente que le dijese a Annie de la importancia de este tratamiento y de la necesidad de una continuidad...

Al llegar a este punto abrí el paquete y muy bien envuelta encontré una botella alargada que traía adherida una llamativa etiqueta. Ponía lo

siguiente:

AGUA GRÁVIDA

Medicamento milagrosa
para una cura completa en el término de un mes
del execrable flagelo llamado
Artritis Reumatoidea.

Dosis: una cucharadita tres veces al día después de las comidas.

Preparada en los
LABORATORIOS ACADEMIA LONDRES

Quizá valga la pena probarlo, pensé, aunque inmediatamente remojé la botella en agua para desprender la etiqueta ya que sabía que no habría forma de que el señor Collopy se bebiese su contenido si llegaba a sospechar que detrás de su preparación estaba mi hermano. Después terminé de leer la carta:

No cabe duda de que me quedé perplejo al enterarme de que Annie podría estar codeándose con esos rufianes del canal. Se trata de mercaderes infames y si no cesa en su conducta será inevitable que coja alguna enfermedad. Estoy seguro de que ni tú ni yo podemos tener una idea aproximada de cuán graciosa y atractiva puede ser o hasta dónde llega su ignorancia e inocencia. ¿Tiene alguna experiencia sobre las Verdades de la Vida? ¿Además de las enfermedades venéreas, conoce los peligros del embarazo? No creo que la llegada de un hijo ilegítimo a esa casa mitigue el estado reumatoideo del señor Collopy.

En tu carta no pones si sospechas que pueda tener alguna infección, pero si la tuviera, un diagnóstico sin previo examen es bastante difícil desde esta distancia. Creo que podemos descartar el Granuloma Inguinal. Aparece en forma de una ulceración de textura rolliza y de color muy rojo. Un síntoma claro es una progresiva debilidad y un marcado agotamiento físico, que a menudo desemboca en caquexia y muerte. Por lo general se contrae en los países tropicales y se limita casi exclusivamente a la población negra, de ahí que podemos descartarla.

Por las mismas causas de rareza, es posible desechar un

Linfogranuloma Venéreo. Esta es una enfermedad de las glándulas y de los nódulos linfáticos, que produce un racimo de dolorosos bubones inflamados en la zona inguinal. El agente causante es un virus. Sin embargo, el Linfogranuloma Venéreo también es monopolio de los negros.

Lo más probable de todo es que Annie, si es que tiene una infección, sea víctima de Su Majestad el Gonococo. En las mujeres los síntomas al principio son tan leves que pasan desapercibidos, pero se trata de una grave y dolorosa expansión. Es muy común que después de la infección de los órganos pelvianos aparezca la fiebre. Entre las muchas complicaciones que pueden surgir las más peligrosas son: endocarditis, meningitis y degeneración cutánea. La endocarditis gonocónica puede resultar mortal.

Nos resta, por supuesto, el Acto Principal. Esta enfermedad la origina un virus llamado *Spirochaeta pallida* o *Treponema pallidum*. Puede causar erupciones cutáneas, lesiones en la boca, agrandamiento de las glándulas de la linfa, pérdida del cabello, inflamación de los ojos, ictericia por lesión biliar, convulsiones, sordera, meningitis y en ocasiones coma. El Último Acto, el más serio, adquiere en la mayoría de los casos una forma cardiovascular debido a que la lesión principal se arraiga en la aorta torácica, justo al lado del corazón. El tejido extensible se destruye, la aorta se hincha y esto puede conducir a una dilatación sacular o a un aneurisma. Es muy común una muerte repentina. Otras consecuencias son paresis, ataxia locomotriz y una total contaminación del cuerpo y de sus órganos. Mis Laboratorios Academia Londres han sacado a la venta un remedio de triple acción llamado «Arrullo de Amor», pero como esta preparación provoca mareos y dolores de cabeza en aquellas personas que no estén infectadas, sería imprudente recetárselo a Annie a ciegas.

Te aconsejaría que en esta fase mantuvieras a Annie bajo una constante observación para ver si detectas algún síntoma y en cuanto sepas algo me lo comunicas. Tal vez podrías inventar alguna estratagema profiláctica, como hacer comentarios respecto a la situación escandalosa de la ribera del canal donde permiten que pululen hombres y mujeres llenos de pústulas, borrachos de alcohol etílico y metílico,

cuyos vómitos contaminados hacen de aquella zona un sitio inseguro hasta para caminar. Puedes agregar que le estás escribiendo una carta a la DMP para instarles a que arresten a toda persona que encuentren holgazaneando por allí. Todos sabemos que Annie no es muy agraciada y atractiva, lo cual no quiere decir que esté a prueba de un buen susto. Por otra parte, tendrías que considerar el contarle al señor Collopy lo que sabes, ya que para un padre siempre es mucho más fácil hablar con su propia hija sobre estos temas tan importantes, siempre y cuando Annie siga siendo inocente e inexperta; de hecho es una obligación paterna. Si no te sientes capaz de adoptar esta vía, lo más lógico sería que entrase en escena el padre Fahrt, ya que el asunto tiene evidentemente un trasfondo espiritual. Si piensas que tomar esta iniciativa te resulta embarazoso, yo podría escribirle al señor Collopy o al padre Fahrt, o a ambos, detallarles la información recibida (sin revelar la fuente) y sugerirles los pasos que se deberían dar para su prevención y/o cura.

Sin embargo, debo decir que dudo mucho que Annie esté metida en dificultades y que lo mejor sería que te mantuvieras atento en cuanto a lo que a ti te toca, informándome si aparece algún síntoma o cualquier otra evolución, sin tomar por ahora ninguna medida.

Vaya, esta sí que era una carta larga y ampulosa, pero debo reconocer que estaba de acuerdo con el último párrafo. Por lo pronto, lo primero que hice fue olvidarme de todo aquel asunto y dedicarme completamente al reumatismo del señor Collopy.

CAPÍTULO XV

Sin pérdida de tiempo le llevé al señor Collopy la botella de Agua Grávida, diciéndole que se trataba de una cura milagrosa para el reumatismo que había conseguido a través de un amigo farmacéutico. También le llevé una cuchara y le indiqué que debía tomar regularmente una cucharada tres veces al día después de cada comida. Añadí a esto que yo me encargaría de recordárselo.

—Pues bien, no sé que decirte —dijo—. ¿Contiene alguna clase de sales?

—No lo creo.

—¿Algo que esté emparentado con el nitrato sódico o el bromuro?

—No. Tengo entendido que este líquido está compuesto mayormente por vitaminas. Yo diría que se trata más bien de un tónico para la sangre.

—¡Ajá! La sangre lo es todo, naturalmente. Es como el engranaje principal de un reloj. Si un hombre no se preocupa de su sangre, se encontrará con toda clase de forúnculos, erupciones y costras.

—Y reumatismo —agregué.

—¿Y cuál es el nombre de este farmacéutico?

—Él... yo lo conozco como Donnelly. Trabaja en Hayes, Conyngham y Robinson. Es un hombre de toda confianza, por supuesto.

—Pues muy bien. Correré el riesgo. ¿Acaso no estoy casi decrepito? ¿Qué puedo perder?

—Nada en absoluto.

Allí mismo se tomó su primera cucharada y al cabo de una semana de tratamiento dijo que se sentía mucho mejor. Esto me alegró y recalqué la necesidad de ser perseverante con el tratamiento. De tanto en tanto le

escribía al hermano para que me enviase una nueva botella.

Al cabo de seis semanas comencé a notar algo extraño en los intentos que hacía el paciente para desplazarse. Sus pasos se hicieron más esforzados y lentos y el suelo crujía debajo suyo. Una noche, estando ya acostado, oí con sobresalto un descomunal estrépito que provenía del dormitorio junto a la cocina. Bajé a toda prisa y me encontré al señor Collopy jadeante y enmarañado entre los restos de su cama. Por lo visto, el colchón de alambre, oxidado y podrido por la enuresis nocturna (hacerse pipí en la cama) de la señora Crotty, había cedido bajo el peso del señor Collopy.

—Vaya, por todos los santos —dijo con voz chillona—, ¿qué me dices de esta situación? Ayúdame a salir de aquí.

Así lo hice, aunque resultó un poco difícil.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté.

—¿Es que acaso no lo ves? La cama se ha desplomado debajo mío.

—Todavía hay fuego en la cocina. Póngase el abrigo y quédese allí un momento. Mientras tanto yo sacaré esto y le traeré otra cama.

—Me parece muy bien. Esta catástrofe me ha dejado temblando. Creo que es una ocasión oportuna para tomarme un par de copitas.

No de muy buen humor saqué las partes de la cama fuera de la habitación y las apoyé en el pasillo. Después desarmé la cama de mi hermano y la volví a montar en el dormitorio del señor Collopy.

—Señor, vuestra cama os aguarda —le dije.

—Pues sí que ha sido un trabajo rápido. Iré tan pronto como termine este último trago. Puedes volver a acostarte.

Al día siguiente, domingo, le pedí prestada a nuestros vecinos su báscula. Cuando finalmente logré colocar al señor Collopy encima de la pequeña plataforma, según la aguja su peso era de ¡ciento ochenta kilos! Me quedé sin habla. Para comprobar que el aparato funcionaba bien me pesé yo mismo y pude ver que lo hacía con exactitud. Lo más sorprendente de todo era que el señor Collopy conservaba el mismo tamaño y la misma forma de siempre. Solo podía atribuirse aquel extraordinario peso al Agua Grávida preparada por mi hermano, por lo que le escribí enseguida explicándole lo que había sucedido. La respuesta que obtuve también resultó ser bastante sorprendente. Decía lo siguiente:

No creas que solo en Warrington Place están ocurriendo cosas asombrosas; por aquí ocurren cosas parecidas. Hace una semana, falleció la madre de Milton Byron Barnes, mi socio. En su testamento, que se ha leído ayer, le deja la casa y unas veinte mil libras en efectivo, y A MÍ me ha dejado cinco mil libras. ¿Qué te parece? Es como si Dios hubiese bendecido a mi academia.

Me apenó mucho enterarme del actual estado del señor Collopy. La causa de ello es más que evidente: dosificación excesiva. En la etiqueta que lleva la botella dice claramente «una cucharadita» y no «una cucharada». Administrada correctamente, el Agua Grávida tiene como objeto hacer aumentar de peso de un modo gradual y controlado para posibilitar la regeneración de las articulaciones reumatoideas, lo cual debería suceder en virtud del mayor peso y por ende de un incremento en el esfuerzo.

Por desgracia, el alarmante sobrepeso que has comprobado es un resultado irreversible causado por el Agua Grávida; no existe ningún antídoto. En esta situación lo único que podemos hacer es depositar nuestra confianza en Dios. En humilde agradecimiento por el legado que he recibido y para ayudar al pobre señor Collopy, he decidido llevarle a él y al padre Fahrt en peregrinación a Roma. El actual pontífice Pío X, o Giuseppe Sarto, es un hombre muy noble y piadoso, y no me parece nada atrevido esperar un milagro que devuelva al señor Collopy a su peso original. Aparte de eso, el viaje tendrá un efecto vigorizante sobre su salud, ya que mi intención es que lo hagamos por mar desde Londres hasta el puerto de Ostia en el Mediterráneo, a solo cien kilómetros de la Ciudad Eterna. Por lo tanto, te ruego que se lo transmitas a los dos peregrinos y les digas que tengan preparados sus pasaportes y sus maletas.

Puedes decirle al señor Collopy que deje de tomar el Agua Grávida, pero no le reveles el propósito espiritual de la peregrinación. Dentro de una semana o así te volveré a escribir.

CAPÍTULO XVI

No tuvo que pasar mucho tiempo para que la rapidez y eficiencia de los métodos de mi hermano se pusieran de manifiesto. Antes de que el señor Collopy tuviese tiempo de moverse por el asunto de su pasaporte, recibió de las autoridades los papeles necesarios para formular una solicitud de dicho documento. Por supuesto, esto era obra de mi hermano. El padre Fahrt no había recibido nada; él ya debía tener un pasaporte, si no no podría estar en Irlanda. Unos días más tarde llegó a mi nombre un paquete certificado con los formularios para la solicitud del visado, los cuales debían ser rellenados inmediatamente por el señor Collopy y por el padre Fahrt y remitidos a la dirección de mi hermano en Londres. También incluía una buena cantidad de dinero en efectivo. La carta decía así:

Procura que los documentos del visado que te envío sean firmados y enviados a mi atención dentro de las próximas cuarenta y ocho horas. Si Collopy aún no tiene listo su pasaporte, ayúdale tú a hacer todo el papeleo necesario y, si es preciso un fotógrafo, *haz que vaya a casa*. En nueve días zarpamos desde Tilbury en el *Moravia* y no quisiera que las cosas salieran mal por demoras insignificantes o a causa de haber querido ahorrarnos unas cuantas libras. Dile al padre Fahrt que no se preocupe por el permiso eclesiástico para viajar, ya que yo me he puesto en contacto con el Provincial de los Jesuitas Ingleses y puedes estar seguro de que ya ha salido una carta para la residencia de la calle Leeson.

He comprado tres billetes de primera clase hasta el puerto de Ostia,

cerca de Roma. Ten en cuenta que el cardenal arzobispo de Ostia es, *ex officio*, el deán del Sacro Colegio y dado que nuestro objetivo es una audiencia privada con el santo padre, nos resultaría de mucha utilidad si lográsemos contactar con él durante nuestro trayecto. Tal vez el padre Fahrt pueda entrar en contacto con él.

La ropa de etiqueta es esencial para acudir a una audiencia, pero dile al señor Collopy que no se preocupe. Mandaré que le hagan un traje elegante en Londres o en cuanto lleguemos a Roma.

He reservado dos habitaciones contiguas en la primera planta del Hotel Élite et des Étrangers, un enorme edificio con ascensor y próximo a la estación. El padre Fahrt deberá arreglárselas por sí solo, ya que a estos chicos no se les permite alojarse en hoteles. Probablemente se hospede en la residencia que allí tienen los jesuitas, o en algún convento.

Adjunto ciento veinte libras en billetes, de las cuales ochenta son para el trayecto Dublín-Londres del señor Collopy y del padre Fahrt, veinte para que tú puedas pagar los gastos de embarque y veinte para calmar a Annie. Dile que mientras su querido padre esté en el extranjero en una importante misión espiritual se abstenga de merodear por la ribera del canal.

Tendrás que ponerte de acuerdo con Hanafin para que el día 7 les lleve a Westland Row, en donde deberán coger el tren vespertino en dirección a Kingstown. No dudes en darles una buena propina a los mozos de cuerda y personajes similares para que le echen una mano al señor Collopy en las difíciles operaciones de traslado y, si fuera necesario también para que carguen con él. Para el viaje hasta el barco haz que se lleven media pinta de *whiskey*, pero dile al padre Fahrt que no le permita a Collopy beber mucho a bordo, ya que al no estar acostumbrado a navegar, si se marea la bebida hará que su estado empeore de un modo atroz.

Yo les estaré esperando en Euston, el día 8 por la mañana, con el transporte y toda la asistencia necesaria.

Te pido por favor que no descuides ninguno de estos detalles y si hubiera algún contratiempo envíame un telegrama.

Y esto es lo que sucedió.

En privado le aconsejé al señor Collopy que se comprara dos trajes nuevos, uno abrigado para el viaje y el otro ligero para el clima de Roma. Se negó en redondo a comprarse un nuevo abrigo, sacando a relucir una prenda en perfectas condiciones aunque un poco extravagante, que dijo haber usado para casarse con su primera mujer (jamás había oído de alguien que se hubiera casado vestido con un abrigo). El padre Fahrt, al ser de origen continental, comprendió todo a la perfección y no precisó ninguna clase de consejos. No ocultaba su emoción ante la perspectiva de ver al santo padre en persona y se refería a esto como a un hecho totalmente consumado y no como a una eventual posibilidad. Hasta donde yo sabía, el padre Fahrt había apelado al misterioso aparato de su Orden, del cual ni siquiera el mismo papa estaba inmune.

Al atardecer del día 7, los dos viajeros, con un aspecto muy atildado, ocupaban sus respectivos lugares en la cocina, paladeando un refrigerio del tarro de un modo muy jovial. Por una sola vez Annie mostró un leve síntoma de excitación.

—¿No queréis que os prepare unos bocadillos para el viaje? —preguntó.

—Dios Todopoderoso, mujer —dijo el señor Collopy sorprendido—. ¿Te crees que nos vamos de visita al zoológico? ¿O a las carreras de Leopardstown?

—Bueno, podríais tener hambre.

—Sí —dijo el señor Collopy con gravedad—, eso podría pasar. Pero para el hambre hay un remedio muy conocido. ¿Sabes cuál es? Un excelente almuerzo. Solomillo, patatas asadas, espárragos, repollo de Milán y mucha salsa de apio. Por supuesto, habiendo degustado previamente un plato caliente de sopa de setas con pan francés. Y cada plato regado con una botella de clarete, del tipo *château*. ¿No es así, padre Fahrt?

—Collopy, no me parece que esa comida sea muy equilibrada.

—Puede ser. ¿Pero acaso no es nutritiva?

—En realidad es probable que le lleve a la tumba.

—Jamás me sentó mal mientras vivía mi madre, que en paz descanse. ¡Esa sí que era una mujer que sabía hornear un verdadero pan de trigo! Con solo ponerle un poco de miel ya tenías todo un banquete.

—Las únicas criaturas que comen razonablemente —dijo el padre Fahrt— son los animales. Casi todos los seres humanos comen demasiado y van a la tumba por culpa de la comida.

—Excepto en los barrios pobres —corrigió el señor Collopy.

—Así es —dijo con tristeza el padre Fahrt—. En esos sitios la maldición es la bebida de mala calidad y peor aún el alcohol desnaturalizado. Que Dios se apiade de ellos.

—En cierta forma ellos tienen más que nosotros, sus organismos están hechos de hierro fundido.

—Sí, pero el ácido es enemigo del hierro. Tengo entendido que mucha de esa pobre gente compra en cantidad aceite para el cabello. Y no precisamente para sus cabezas. Se lo beben.

—Sí. Eso me recuerda algo, padre. Alcánceme su vaso. Lo que hay aquí dentro no es aceite para el cabello.

Mientras se ocupaban de las libaciones, alguien llamó a la puerta. Me apresuré a dejar pasar al señor Hanafin.

—Vaya, por todos los santos —dijo radiante al ver a la pareja junto al hornillo.

—Buenas noches, Hanafin —dijo el señor Collopy—. Póngase cómodo. Annie, trae un vaso para el señor Hanafin.

—¿Así que esta noche cruzamos el pequeño charco?

—Así es, señor Hanafin —dijo el padre Fahrt—. Tenemos asuntos importantes que atender en el continente.

—Así es, señor Hanafin —añadí yo—, y tiene exactamente cuatro minutos para acabar ese trago. Yo estoy al mando de los horarios. En cuatro minutos partimos hacia Westland Row.

Mi voz sonó terminante, inflexible.

—Debo decirles, caballeros —intervino el señor Hanafin—, que jamás les había visto con tan buen aspecto. Están muy elegantes. Jamás le he visto un mejor color, señor Collopy.

—Se trata de mi presión sanguínea —contestó jocosamente el señor Collopy.

Fui estricto con respecto a los cuatro minutos acordados. Cuando se hizo la hora de partir, nos embarcamos en la tarea de conseguir ponerle al señor

Collopy su vetusto y estrecho abrigo. Una vez que lo conseguimos, el señor Hanafin, asistido en parte por mí, lo condujo exitosamente a rastras hasta el taxi, donde con la ayuda del padre Fahrt le introdujo en la parte trasera del taxi, cuyos amortiguadores chirriaron cuando este se desplomó de espaldas en el asiento. Minutos más tarde la vieja Marius trotaba cómodamente y en un cuarto de hora nos deteníamos frente a la entrada de la estación de Westland Row. Desde la calle hasta la plataforma había un numeroso tramo de escalones.

—Que nadie se mueva hasta que yo regrese —dije.

Subí las escaleras y me acerqué a un mozo de cuerda que se hallaba de pie cerca del tren casi vacío.

—Escuche —le dije—, ahí abajo en un taxi se encuentra un hombre muy pesado que no será capaz de subir solo todos esos escalones. Si consigue a otro hombre y ambos nos echan una mano, les daré diez chelines a cada uno.

Sus ojos brillaron, llamó a gritos a Mick, y a los pocos instantes bajábamos los tres. Sacar al señor Collopy del taxi requería más maña que fuerza, pero al rato ya lo teníamos de pie sobre la acera, tembloroso y sin aliento.

—Vea, señor Collopy —dije—, estas escaleras son un infierno. Entre nosotros cuatro le cargaremos a usted hasta arriba.

—Vaya, vaya —dijo mansamente—. He leído que así es como llevaban a los emperadores romanos hasta el Foro de Roma, vestidos con túnicas de oro.

Ordené a los mozos de cuerda que le agarrasen por las axilas mientras que el señor Hanafin y yo nos hacíamos cargo de sus pies, como si se tratara de las pértigas de un carruaje. Los mozos de cuerda se quedaron profundamente impresionados ante el peso que les tocaba cargar, pero no obstante enfilamos hacia las escaleras, tratando de mantener al pasajero lo más horizontal posible, y culminando el trayecto con relativa facilidad. El padre Fahrt se nos adelantó para abrir la portezuela de un vagón de primera clase vacío y el señor Collopy fue depositado con cuidado sobre las plantas de sus pies. Se sentía muy satisfecho y rebosaba de alegría, como si acabase de realizar alguna magnífica hazaña. Mientras el señor Hanafin se dirigía

deprisa en busca del equipaje, yo fui a comprar los billetes.

Faltaban tres cuartos de hora para la salida del tren y media hora para que alguien viniera a ocupar un asiento en nuestro compartimento. Para asombro del señor Collopy, saqué un pequeño vaso y se lo tendí. Luego extraje una botella plana de media pinta de mi bolsillo superior.

—Ya le he echado un poco de agua —dije—, así que se lo puede beber con toda tranquilidad.

—Vaya, por los misericordiosos mártires del cielo —dijo el señor Collopy con alegría—. ¿Alguna vez ha visto algo semejante, padre Fahrt? ¡Bebiendo *whiskey* en un vagón de primera clase mientras esperamos iniciar una peregrinación para arrodillarnos ante el santo padre!

—Por favor, beba con moderación —dijo con seriedad el padre Fahrt—. No está bien hacer esto en público.

Cuando el tren se detuvo en Kingstown junto al barco transbordador, volví a repetir con los mozos de cuerda la misma estratagema. Siguiendo sus propios deseos, dejamos al señor Collopy confortablemente sentado en el salón comedor. Yo estaba extenuado y le dije al padre Fahrt que debía marcharme.

—Que Dios te bendiga por tu enorme ayuda, muchacho —dijo el padre Fahrt.

—Cuando hayas regresado —dijo el señor Collopy—, dile a Annie que debajo de mi cama hay dos pares de medias sucias que hay que lavar y zurcir.

—De acuerdo.

—Y si llega a venir Rafferty por el asunto de las lecturas del hidrómetro, dile que haga circular el aparato. Toma nota de lo que voy a decirte. La próxima en la lista es la señora Hayes, de Sandymount, y la siguiente la señora Fitzherbert, de Harold Cross. Él ya las conoce. Para entonces yo estaré de vuelta en casa.

—Muy bien. Ahora adiós y buena suerte.

De este modo finalmente partieron. ¿Cómo les fue? Esa peculiar historia me fue revelada a través de las epístolas que recibí de mi hermano y que a continuación os paso a detallar.

CAPÍTULO XVII

A las tres semanas de la partida de los peregrinos recibí la siguiente carta de mi hermano:

Bien, ya estamos en Roma alojados en el Hotel Élite et des Étrangers. Aquí la primavera se ha adelantado y el clima ya es bastante caluroso.

Nuestro viaje a Ostia en el *Moravia* acabó sin demasiados incidentes y a mí me resultó muy placentero. Hacía años que no me emborrachaba tanto, aunque creo que un inglés con quien trabé amistad fue mucho más allá. Se cayó y se rompió una pierna. Collopy, que nunca mostró síntomas de estar mareado, también bebió mucho, pero se pasaba la mayor parte del tiempo en la cama. (Gracias a Dios que nos tocaron camas decentes y no esas espantosas literas). Lograr vestirle en aquel suelo inclinado entre el padre Fahrt, un mayordomo y yo nos llevaba por lo menos una hora. Una vez vestido, el movimiento del barco se le hacía cuesta arriba. Tenía que darle a otro mayordomo ya no propinas sino un salario completo para que le echase una mano, pero las pasarelas y los escalones eran casi insuperables. Por lo general traía gente al camarote para que charlasen y bebiesen con él. Su situación no le deprimía en lo más mínimo, y ciertamente el aire del mar le hizo bien. El padre Fahrt nos tuvo abandonados casi por completo. A bordo se encontró con cuatro miembros de su propia Orden y se reunía con ellos durante todo el día. Venía a ver a Collopy solo por las noches, y por alguna razón rechazaba las bebidas que se le ofrecían. Ahora se encuentra en plena forma y de muy buen humor, y se aloja en una residencia jesuita cerca

de aquí. Todas las mañanas aparece en el hotel a las once en punto.

Collopy resulta mucho más manejable y fácil de vestir en tierra firme —puede vestirse sin ayuda cuando se pone aquella ropa harapienta que suele llevar en Dublín— y por regla general pasamos todas las mañanas conversando al sol. Por supuesto, aquí es imposible conseguir *whiskey* irlandés, por lo que Collopy se dedica a la absenta. Yo bebo tanto *brandy* que a veces temo un ataque al corazón. Por las tardes solemos alquilar un carricoche y salir de excursión para visitar sitios como el Coliseo o el Foro y hemos estado dos veces en la *piazza* de San Pedro. Por las noches me cercioro de que Collopy esté acostado y desaparezco hasta las primeras horas de la madrugada. He descubierto que la Ciudad Eterna está llena de burdeles, pero me mantengo alejado de ellos. Hay algunos cabarets excelentes, y por lo que me han dicho, la mayoría de ellos son ilegales.

Y ahora hablemos de nuestra estratagema. Sé que podemos contar con el padre Fahrt para concebir el plan sin siquiera tener que pedirselo. Ayer por la mañana vino acompañado de monseñor Cahill, un personaje notable que además proviene de Cork. Es una especie de funcionario del Vaticano y trata personalmente con el santo padre. No solo es un intérprete con excelente conocimiento de ocho idiomas (es lo que él dice) sino que también apunta taquigráficamente todos los comentarios y observaciones del santo padre durante el transcurso de una audiencia. Traduce oralmente las súplicas de los peregrinos, pero solo toma nota de las respuestas. Es una persona muy amigable que realmente se alegra de ver a cualquiera que venga de Irlanda, y no hace falta decirle lo que hay que hacer ante un buen vaso de vino. Le ha cogido un gran cariño a Collopy, quien, para mi sorpresa, conoce la ciudad de Cork al dedillo.

Nos prometió hacer todo lo posible para concertar una audiencia privada, pero el padre Fahrt guarda en la manga una carta mucho más poderosa. Conoce, o al menos hizo las gestiones necesarias para conocerle, a un cierto cardenal Baldini. Este hombre es lo que llaman un prelado doméstico y trabaja todos los días en la *suite* papal. El padre Fahrt es muy cauteloso y a Collopy solo le ha dicho que el pontífice está muy ocupado y que hay que tener paciencia. Personalmente no tengo

ninguna duda de que nuestra audiencia se llevará a cabo. Tengo tanta confianza en ello que hasta ya le he comprado a Collopy el traje de etiqueta. El cardenal Baldini es franciscano y vive en el monasterio franciscano situado en la Via Merulana, en donde también se encuentra la magnífica iglesia de Santo Antonio di Padua. (Estoy mejorando mi italiano con bastante rapidez). Eso es todo por ahora. Dentro de unos días volveré a escribirte. M.

P.D.: Vigila a Annie. Espero que se hayan acabado sus disparatadas visitas al canal.

CAPÍTULO XVIII

Una semana más tarde, recibí una carta más breve. Esto es lo que ponía:

Bien, ha sucedido lo que anhelábamos. Esta mañana apareció el padre Fahrt como de costumbre y después de comentar cuatro cosas, de un modo informal nos dice a Collopy y a mí que aquella tarde nos pusiéramos nuestros trajes de etiqueta ya que a las seis le haríamos una visita al cardenal Baldini en el monasterio. Fue una noticia de lo más dramática. No hay duda de que el padre Fahrt ha estado trabajando silenciosamente entre bastidores, al estilo jesuita. Me figuré que nos habían otorgado una audiencia privada pero mantuve cerrada la boca.

Luego de terminar de vestirme tomé la precaución de empezar a hacer lo propio con el señor Collopy a las cinco, una decisión muy prudente, ya que vestirle me llevó alrededor de una hora. Se le veía muy gracioso con el traje puesto.

Nos llevaron con el padre Fahrt hasta la Via Merulana. El monasterio es un sitio muy simple y austero, aunque también muy grande aparentemente. La sala de recepción era bastante confortable aunque se hallaba repleta de pinturas sacras. El Cardenal Baldini, un hombre corpulento y de baja estatura, nos recibió de una manera jovial, dándonos la bienvenida en un inglés perfecto mientras nosotros le besábamos el anillo. Luego nos sentamos como en casa.

«¿Y cómo están mis amigos de Dublín?», le preguntó a Collopy.

«Se encuentran en muy buena forma, Su Eminencia. No sabía que usted hubiera estado allí».

«Estuve de visita en el año 1896. Y he vivido diez años en Inglaterra».

«Vaya, vaya».

A continuación el padre Fahrt comenzó a parlotear sobre lo fascinante que es viajar al extranjero, el modo en que nos ensancha las perspectivas y le muestra a los católicos cuán universal es la iglesia universal.

«Yo nunca me he sentido atraído a vagar por el mundo —dijo Collopy—. De alguna manera el hombre tiene que estar allí donde se encuentra su trabajo».

«Muy cierto —dijo el cardenal Baldini—, pero nuestro campo de labores es muy espacioso. Y cada año que pasa se hace más extenso. Mire el trabajo que todavía resta hacer en África, China e incluso Japón».

«Me doy cuenta de la enormidad de esta tarea —replicó Collopy—, porque yo también he estado haciendo trabajo misionero. No del tipo religioso, naturalmente».

El padre Fahrt comenzó a hablar sobre el eje central de la religión: el Vaticano y el santo padre.

Finalmente, el cardenal se dirigió a Collopy diciendo:

«Señor Collopy, tengo entendido que usted y su pequeño grupo desearían tener una audiencia privada con el santo padre».

«Su Eminencia, sin duda sería para nosotros un gran honor».

«Bien, ya lo he arreglado. Será pasado mañana a las cuatro de la tarde».

«Le estamos sumamente agradecidos. Eminencia», dijo el padre Fahrt.

Y eso fue todo. Regresamos al hotel satisfechos con nosotros mismos. Yo fui a celebrarlo directamente al bar América. Para cuando recibas esta carta la audiencia ya habrá tenido lugar. Te escribiré inmediatamente con los detalles de lo sucedido. M.

CAPÍTULO XIX

Dejaré que la siguiente carta hable por sí sola. Su lectura me oprimió el pecho.

Han transcurrido varios días desde aquella audiencia y hasta hoy no me he sentido capaz de enviarte esta carta, algo que no hubiese podido hacer sin la ayuda de monseñor Cahill. Te ruego que la guardes en un sitio seguro, ya que no tengo copia.

Hubo una terrible disputa que por aquí ha causado consternación.

La verdad es que el papa nos mandó a todos al diablo. Amenazó con silenciar al padre Fahrt.

El palacio del papa se encuentra a la derecha de la basílica y apenas cruzamos la entrada el padre Fahrt nos condujo a un pequeño despacho custodiado por la Guardia Suiza. Se trataba de un lugar de reunión privado, ya que a los cinco minutos apareció el cardenal Baldini y tras darnos la bienvenida nos entregó a cada uno una gruesa guía o catálogo. Como llevaba cierto tiempo recorrer aquel sitio deslumbrante y enorme, el cardenal nos iba hablando y enseñando la *loggia* de Gregorio XIII, una galería magnífica; el Salón del Trono; la Sala Rotunda, un salón redondo repleto de estatuas; la sala Rafael, con muchas de las pinturas de este gran hombre; una parte del Museo Vaticano; la Capilla Sixtina y muchos otros lugares que no recuerdo, como tampoco recuerdo el incesante fluir de palabras del cardenal, excepto el comentario de que el Vaticano tiene un párroco (que no es el papa). El esplendor de todo aquello era asombroso. Que Dios me perdone, pero ciertas partes me parecieron un

poco vulgares y todo aquel brillo y ese oro me resultaron a veces demasiado exagerados.

«Al difunto León —dijo el cardenal Baldini— le gustaba codearse con reyes y príncipes y se regocijaba en el arte y en los estudios superiores. No hay duda que su *Rerum Novarum* significó una gran cosa para las clases trabajadoras. Pero el hombre que van a conocer ahora es el papa de los Pobres y de los necesitados. Siempre que puede les ayuda en todos los aspectos».

«¿Es verdad eso?», dijo Collopy.

A mí me vino a la cabeza el milagro que todos esperábamos concierne a su peso. Pero Collopy aún no sabía nada al respecto.

Llegamos ante una puerta y entramos en una habitación bellísima. Era la antecámara al gabinete del papa. El cardenal nos hizo señas para que aguardásemos y se metió por otra puerta. Aquel sitio era placenteramente apacible. Al cabo de unos minutos se abrió la otra puerta y el cardenal nos llamó. Dejamos que Collopy, avanzando lentamente con su bastón, abriese la marcha, mientras que yo iba en el medio y el padre Fahrt en la retaguardia.

El santo padre se hallaba sentado detrás de un escritorio, con monseñor Cahill sentado a su derecha a cierta distancia. Pío X era menudo, muy delgado y parecía bastante viejo. Nos sonrió débilmente y levantándose dio la vuelta al escritorio para venir junto a nosotros. Nos arrodillamos y besamos el Anillo del Pescador mientras sonaba su voz en latín, impartiéndonos, supongo, la bendición apostólica.

Luego volvió a ocupar su asiento detrás del escritorio y los peregrinos y el cardenal avanzamos hacia unas sillas situadas frente al santo padre. Yo elegí una silla alejada, ya que no quería hacer ningún comentario o tener que responder ninguna pregunta. Pude ver que monseñor Cahill ya tenía listo papel y lápiz.

El papa dijo algo en italiano al señor Collopy y monseñor Cahill lo tradujo en seguida, lo cual hizo también con la respuesta, que vertió al italiano.

EL PAPA.— ¿Cómo están las cosas en su país, nuestra querida Irlanda?

COLLOPY.— Solo regular, Santidad. Los británicos aún siguen allí.

EL PAPA.— ¿No es un país próspero?

COLLOPY.— No me parece, Santidad, ya que en Dublín tenemos mucho desempleo.

EL PAPA.— Ah, oír eso apena nuestro corazón.

PADRE FAHRT (en italiano).— Parte de los irlandeses tienden a ser un poco indolentes, *Sanctissime Pater*, pero su fe es tal vez la más fuerte dentro del cristianismo. Yo soy alemán y no he visto nada parecido en Alemania. Es alentador.

EL PAPA.— Irlanda siempre ha sido grata a nuestro corazón. Es un país bendito. Sus misioneros se encuentran por todas partes.

(Al cabo de unos minutos más de vaga conversación, el señor Collopy dijo algo en voz baja que no logré oír. Monseñor Cahill tradujo instantáneamente. El papa pareció sorprenderse. Entonces el señor Collopy soltó una andanada de frases incomprensibles, que también fueron traducidas. Estoy en deuda con monseñor Cahill por la transcripción de los comentarios del papa en latín e italiano, y la traducción también es en gran medida suya).

Collopy habló.

EL PAPA.— *Che cosa sta dicendo questo poveretto?* (¿Qué trata de decirme este pobre hombre?)

MONSEÑOR CAHILL habló.

EL PAPA.— *E tocco? Nonnunquam urbis nostrae visitantium capitibus affert vaporem. Dei praesidium hujus infantis amantissimi invocare velimus.* (¿Se encuentra en sus cabales esta criatura? A veces el calor de nuestra ciudad origina ciertas fantasmagorías en la mente. Invocamos la protección de Dios para esta amada criatura).

Collopy volvió a hablar.

MONSEÑOR CAHILL habló.

EL PAPA.— *Ho paura che abbiate fatto un errore, Eminenza, nel potar qui questo pio uomo. Mi sembra che sia un po' tocco. Forse gli manca una rotella. Ha sbagliato in-dirizzo? Non siamo medici che curano il corpo.* (Querido Cardenal, me temo que ha cometido un error trayendo aquí a este piadoso hombre. Me parece que el Señor le ha señalado. Diríamos que su cabeza no funciona como es debido. ¿No se habrá equivocado de

lugar? Nosotros no somos médicos del cuerpo).

El PADRE FAHRT habló.

EL PAPA.— *Ma questo è semplicemente mostruoso. Neque hoc nostrum officium cum concilii urbani officio est confundendum.* (Pero esto es algo monstruoso. Nuestra sede no puede ser confundida con un despacho del concejo municipal).

El CARDENAL BALDINI habló.

EL PAPA.— *Nobis presentibus istud dici indignum est. Num consilium istud inusitatum rationis legibus continetur? Nunquam nos ejusmodi quicquam audivimus.* (Se trata de un menosprecio hacia nuestras personas. ¿Tiene alguna razón de ser esta inaudita sugerencia? Jamás antes había oído nada semejante).

Collopy murmuró algo.

MONSEÑOR CAHILL habló.

EL PAPA.— *Graviter commoverum ista tam mira observatione ut de tanta re sententiam dicamus. Intra hos parietes dici dedecet. Hic enim est locus sacer.* (Nos perturba profundamente que se nos haga una súplica semejante para que intercedamos en su favor. Es impropio mencionar dentro de estas paredes semejantes cuestiones. Este es un lugar sagrado).

El CARDENAL BALDINI habló en italiano.

EL PAPA.— *Non possiamo accettare scuse e pretesti. Il Reverendo Fahrt ha sbagliato. Ci da grande dolore.* (No nos es posible aceptar excusas y pretextos. El padre Fahrt ha tenido un desliz. Nos apena mucho su manera de actuar).

El PADRE FAHRT habló en italiano.

EL PAPA.— *Non possiamo accettare ciò. Sembra ci sia un rilassamento nella disciplina nella Societa di Gesù in Irlanda. Se il Padre Provinciale non agisce, dovremo noi stessi far tacere il Reverendo Fahrt.* (De ninguna manera podemos aceptar eso. Parece que hay cierta disolución en la disciplina de la Compañía de Jesús de Irlanda. Si el Padre Provincial no toma alguna medida, nosotros nos encargaremos de silenciar al padre Fahrt).

COLLOPY murmuró algo.

MONSEÑOR CAHILL habló.

El CARDENAL BALDINI habló en italiano.

EL PAPA.— *È inutile parlarne. Quest' uomo soffre di allucinazioni, di ossessioni, e è stato condotto su questa via del Reverendo Fahrt. Come abbiamo già detto, tutto questo ci rattrista profondamente, Cardinale.* (Es inútil seguir hablando. Este hombre sufre de graves alucinaciones y obsesiones, y su conducta ha sido fomentada por el padre Fahrt. Como ya hemos dicho, su manera de actuar apena nuestro corazón, cardenal).

El CARDENAL BALDINI habló.

EL PAPA.— *Homo miserrimus in valetudinario a medico curandus est.* (Este pobre hombre requiere atención hospitalaria).

El CARDENAL BALDINI habló de nuevo.

EL PAPA.— *Bona mulier fons gratiae. Attamen ipsae in parvularum rerum suarum occupationibus verrentur. Nos de tantulis rebus consulere non decet.* (Una buena mujer es una fuente de gracia. Pero es a ellas mismas a quien tiene que dirigirse para solucionar sus triviales asuntos privados. No nos parece correcto que nos consulten a nosotros sobre semejantes cuestiones).

El CARDENAL BALDINI habló de nuevo.

EL PAPA.— *Forsitan poena leviora ille Reverendus Fahrt adduci possit ut et sui sit memor et quae sacerdotis sint partes intellegere.* (Tal vez una penitencia más leve ayude al padre Fahrt a tranquilizarse y a tomar en consideración sus sagrados deberes).

Dicho esto el papa se puso en pie y asimismo lo hicieron los miembros de la audiencia.

EL PAPA.— *Nobis nune abeundum esse videtur. Illud modo ex liberis meis quaero ut de iis cogiteat quae exposui.* (Me parece que ahora debemos retirarnos. Les pido a mis criaturas que mediten acerca de lo que os hemos expresado).

El santo padre hizo la señal de la cruz y desapareció por una puerta que había detrás de él.

Silenciosamente salimos por la antecámara, el cardenal Baldini a la cabeza junto al padre Fahrt, ambos hablando entre ellos en voz baja. En esos momentos yo no tenía ni idea de cuál había sido el tema de la audiencia o del significado de las palabras del papa expresadas en latín e

italiano. Solo al día siguiente, cuando me entrevisté con monseñor Cahill, obtuve la información que ahora tienes en tus manos. Le pregunté cuál era el *tema* de las exposiciones del señor Collopy, pero él me dijo que había dado su palabra de honor de que no se lo revelaría a nadie.

La caminata junto al señor Collopy por los corredores del Vaticano fue larga y tediosa. Ningún milagro había curado su fabuloso peso. Supuse que todavía quedaba tiempo.

CAPÍTULO XX

Una mañana aún me encontraba en la cama, ya que había decidido que ese día no iría al colegio y pensaba que quizás nunca volvería a ir. La extraordinaria última carta de mi hermano sobre el santo padre y el padre Fahrt incluía un cheque de veinticinco libras. Para entonces ya había instruido a Annie para que me sirviese el desayuno en la cama y, mientras disfrutaba mi decisión, fumaba y pensaba. Podía oír a los hombres en el camino de sirga gritándoles a los caballos que tiraban de una barcaza. Era asombroso ver lo rápido que cambiaban las cosas en la vida. La herencia de cinco mil libras que había recibido mi hermano era ya de por sí solo un milagro, así como también lo era su proeza de haber fundado en Londres una nueva clase de universidad. Luego los tres se marchan al Vaticano y discuten con el mismísimo santo padre. No me sorprendería en lo más mínimo que mi hermano fuese elegido gobernador de Roma o que regresase a casa ataviado con las vestiduras púrpura de cardenal, ya que sabía que en tiempos pasados era común que los papas designasen cardenales a simples niños. Pensé que me convendría unirme a Manus en Londres. Aun cuando no me adaptase a su negocio, en aquella ciudad habría muchos trabajos para elegir. De repente Annie entró en la habitación y me entregó un sobre color naranja. Era un cablegrama.

COLLOPY HA MUERTO
Y EL FUNERAL ES
MAÑANA AQUÍ EN ROMA.
TE ESCRIBIRÉ.

Casi me caigo de la cama. Annie se quedó mirándome.

—¿Aparentemente ya están de regreso? —preguntó.

—Eh, sí —tartamudeé—. Es probable que tengan que regresar a Londres antes de lo previsto. Ya sabes, los negocios de mi hermano.

—¿No les hará mal tanto viaje y vagabundeo? —dijo—. Puede llegar a ser muy agotador.

—Puede ser, pero fíjate en el dinero que tienen. ¿Acaso no les va bien?

Cuando Annie salió de la habitación, yo me quedé allí tendido, completamente desolado. Y pensar que hace unos instantes reflexionaba acerca de la asombrosa rapidez con que cambiaban las cosas. Le había mentido a Annie sin pensarlo y solo ahora me daba cuenta de que el difunto era su padre. Encendí otro cigarrillo y comprendí que no tenía ni idea de lo que debía hacer. ¿Qué *podía* hacer?

Al cabo de un rato me levanté y anduve desconsolado por la casa durante un buen rato. Annie había salido, presumiblemente a comprar comida. Estaba ante un verdadero dilema sobre cómo transmitirle las malas noticias. ¿Cómo se lo tomaría? Esta pregunta no dejaba de acosarme. Pensé que un par de botellas de buena cerveza no me harían ningún daño. Estaba por ponerme el abrigo cuando algo me detuvo, saqué el cablegrama y me quedé contemplándolo. Después hice algo que supongo fue cobarde por mi parte. Dejé el papel sobre la mesa de la cocina y salí apresuradamente de la casa. Crucé el canal por el puente de la calle Baggot y al rato me hallaba sentado en una taberna frente a una botella de cerveza.

En realidad todavía no tenía la costumbre de beber en abundancia, pero en aquella oportunidad me pasé muchas horas intentando desesperadamente sacar algo en claro. No tuve mucho éxito. Cuando me marché eran las tres de la tarde y me llevaba a casa debajo del brazo seis botellas de cerveza.

Al llegar no encontré a nadie. El cablegrama había desaparecido y en su lugar había una nota que decía: «TE HE DEJADO ALGO EN EL HORNO. Descubrí una chuleta y algunas otras cosas» por lo que me puse a comer. Annie tenía sus propios amigos y probablemente se había marchado a verles. Daba lo mismo. Me sentía pesado y con mucho sueño. Con cuidado cogí las cervezas, un vaso y un descorchador y me fui a la cama en donde

enseguida caí en un profundo sueño. A la mañana siguiente me desperté bien temprano. Abrí una cerveza y me fumé un cigarrillo. Poco a poco comencé a recordar los sucesos del día anterior.

Cuando Annie apareció con el desayuno (el cual no me apetecía nada) tenía los ojos muy irritados. A pesar de haber estado llorando sin parar se la veía tranquila.

—Lo siento mucho, Annie —dije.

—¿Por qué no lo traen aquí para enterrarle junto a mi madre?

—No lo sé. Estoy esperando una carta.

—Ni siquiera se han parado a pensar en mí.

—Estoy seguro de que han hecho todo lo que han podido dentro de sus posibilidades.

—Aparentemente.

Los siguientes tres o cuatro días fueron muy sombríos. En la casa reinaba un completo silencio. A ninguno de los dos se nos ocurría qué decir. Yo volví a salir a beber cerveza, pero no tanta. Por último, recibí la carta de mi hermano. Esto es lo que tenía que contarme:

Mi cablegrama ha debido de suponer un duro golpe para ti, por no hablar de lo que habrá significado para Annie. Te explicaré lo que sucedió.

Después del alboroto en el Vaticano, el padre Fahrt y Collopy, especialmente Collopy, estuvieron muy deprimidos. Yo estaba preocupado porque deseaba volver a Londres y a mis negocios. El padre Fahrt pensó que era el momento adecuado para distraerse un poco y hacer algo edificante y reservó dos asientos para un recital de violín en una pequeña sala cercana al hotel. Había reservado los asientos más caros sin cerciorarse de que no estaban en una de las galerías de las plantas superiores. Lo estaban y a ellos se llegaba por una estrecha escalera de madera. El concierto era por la tarde. A medio camino del primer tramo de la escalera había un pequeño rellano. Collopy subió penosamente con la ayuda de su bastón y del pasamanos, mientras el padre Fahrt le cuidaba desde atrás por si perdía el equilibrio y se caía de espaldas. Cuando Collopy llegó al rellano y se detuvo en el centro, todo

el suelo se desplomó con un estrepitoso ruido de madera astillada y el pobre hombre desapareció con un alarido desgarrador por el profundo agujero. Un golpe contundente llegó desde abajo y luego más ruidos de cosas que se rompían. Conmocionado, el pobre padre Fahrt bajó a toda prisa, avisó al portero, fue en busca del gerente y de otras personas y me envió un mensaje al hotel.

Cuando llegué el cuadro era grotesco. Por lo visto no se podía acceder de ninguna forma debajo de las escaleras y dos carpinteros estaban rompiendo cuidadosamente, con hachuelas, sierras y escoplos, el entarimado del vestíbulo debajo del rellano. Sobre uno de los escalones habían dejado una docena de velas encendidas que con una luz espectral iluminaban al tembloroso padre Fahrt, a dos gendarmes, a un hombre con un maletín que evidentemente era el médico y a una numerosa chusma de mirones que obviamente allí no pintaban nada.

Al final los carpinteros consiguieron sacar varias tablas de madera justo cuando aparecían los enfermeros con una camilla. El doctor y el padre Fahrt se abrieron paso hasta el boquete. Hallaron a Collopy tendido boca arriba cubierto por trozos de madera y enlucido, con una pierna doblada debajo suyo y sangrando por uno de sus oídos. Estaba semiconsciente y se quejaba lastimeramente. El médico le inyectó una dosis masiva de alguna substancia y luego el padre Fahrt se arrodilló junto a él y con una voz ronca y susurrante nos dijo que Collopy se estaba confesando. Allí mismo, debajo de la destrozada escalera de aquel vulgar edificio romano, el padre Fahrt le administró los últimos sacramentos.

Conseguir colocar al desafortunado hombre en la camilla después de que el médico le hubiese dado otra de aquellas inyecciones fue una ardua tarea para los enfermeros, que tuvieron que pedir ayuda a dos espectadores. Nadie comprendía cómo podía pesar tanto. (*Nota bene:* He cambiado la etiqueta de la botella del Agua Grávida para prevenir y evitar cualquier sobredosis). Los cuatro hombres tardaron veinte minutos en sacar a Collopy en camilla de debajo de las escaleras en estado ya inconsciente. Luego se lo llevaron al hospital.

El padre Fahrt y yo volvimos caminando al hotel cabizbajos. Me dijo

que estaba seguro de que Collopy no sobreviviría a aquella caída. Al cabo de una hora recibió una llamada telefónica del hospital. Un médico le comunicó que Collopy había muerto apenas ingresado a causa de las múltiples lesiones. El médico quería vernos lo más pronto posible y dijo que se pasaría por el hotel alrededor de las seis.

A su llegada, él y el padre Fahrt sostuvieron una larga conversación en italiano, de la cual, debo ser sincero, no entendí ni una sola palabra.

Cuando el médico se marchó, el padre Fahrt me puso al corriente de los hechos. Collopy tenía el cráneo, una pierna y un brazo fracturados, además de varios desgarros en toda la zona abdominal. Si bien ninguna de estas lesiones era particularmente mortal, a la edad de Collopy era difícil que alguien pudiera haber sobrevivido considerando la magnitud del accidente. Pero lo que les sorprendió al médico y a sus colegas fue el rápido principio y desarrollo de descomposición del cuerpo. El hospital se había puesto en contacto con las autoridades de la Secretaría de Sanidad, que ordenó que el cuerpo fuese enterrado a la mañana siguiente por temor a alguna extraña enfermedad procedente del extranjero. El hospital había llamado a una empresa funeraria, que contrató a nuestras expensas, para que se presentase a la mañana siguiente a las diez y también habían reservado ya una tumba en el cementerio de Campo Verano.

Llegamos al hospital bastante temprano. Collopy ya estaba metido en el ataúd y nos esperaba una carroza fúnebre tirada por caballos junto a un único taxi. Fui a ver al director y le extendí un talón para pagar todos los gastos. Después partimos hacia la iglesia de San Lorenzo Fuori le Mura, cerca del cementerio, en donde el padre Fahrt dijo una misa de réquiem. El entierro fue sin duda una ceremonia muy simple, debido a que los únicos miembros de la comitiva fúnebre éramos el buen sacerdote y yo, y fue él quien dijo las oraciones junto a la tumba.

Regresamos al hotel en el taxi sin pronunciar una palabra. El padre Fahrt me ha dicho que Collopy había hecho un testamento en poder de una firma de abogados de Dublín llamada Sproule, Higgins & Fogarty. Creo que tendré que ir a ver a esa gente. En el taxi me decidí a regresar directamente a Dublín, y luego a Londres, por lo que di algo de dinero al

padre Fahrt para que se las arreglase por su cuenta. Llegaré casi tan pronto como recibas esta carta.

Este fue el último comunicado de mi hermano desde el continente. Dos días más tarde le volví a ver.

CAPÍTULO XXI

A las tres y media de la tarde mi hermano entró en casa sin hacerse anunciar. Gracias a Dios que Annie había salido. Arrojó su abrigo y su sombrero sobre la mesa de la cocina, me saludó afablemente con la cabeza y fue a sentarse junto al hornillo en el destartalado viejo sillón del señor Collopy.

—Y bien —dijo animado—, ¿qué tal va eso?

Estaba muy bien vestido, pero no cabía duda de que se encontraba medio borracho.

—Bastante bien —dije—, pero todo ese asunto en Roma me ha destrozado los nervios. Por lo visto a ti no te ha afectado tanto.

—Oh, estas cosas hay que tomárselas así —dijo, frunciendo los labios—. Nadie llorará por nosotros cuando nos vayamos al otro mundo y no te engañes creyendo que lo harán.

—Le tenía simpatía al pobre viejo. No era tan malo.

—De acuerdo. Su muerte no fue nada apacible. De hecho fue ridícula. Pero míralo de este modo. ¿En qué mejor lugar puede morir un hombre que en Roma, la Ciudad Eterna, junto a San Pedro?

—Sí —dije con ironía—. En ambos casos hubo madera de por medio. San Pedro fue crucificado.

—Ah, estás en lo cierto. A menudo me he preguntado la razón por la cual se dejaron de practicar las crucifixiones. ¿Primero crucificaban al hombre acostado sobre la cruz en tierra y luego la levantaban?

—No lo sé, pero me parece que sí.

—Pues imagínate el trabajo que hubiesen tenido para izar a Collopy.

Estoy seguro de que ese hombre al final pesaba por lo menos doscientos treinta kilos y su tamaño no era mucho mayor que el nuestro.

—¿No sientes remordimientos por tu Agua Grávida?

—Para nada. Creo que su metabolismo se descarrió. Ya sabes que tomar un medicamento patentado implica correr ciertos riesgos.

—¿Fue el señor Collopy el primero en probar el Agua Grávida?

—Tendré que cerciorarme de ello. Mira, coge dos vasos y una jarra con agua. Nos tomaremos un trago antes de salir.

Sacó una botella de media pinta solo un tercio llena. Traje los vasos, sirvió el *whiskey* a partes iguales y nos quedamos sentados frente a frente mientras nuestros vasos reposaban sobre el hornillo, como si fuéramos el señor Collopy y el padre Fahrt. Le pregunté por el padre Fahrt.

—Aún está en Roma, por supuesto, en un estado penoso, aunque intenta resignarse de un modo piadoso. Creo que se ha olvidado de las amenazas del papa. De todas formas, estoy seguro de que aquello no fue más que una fanfarronada. ¿Y cómo se encuentra nuestra Annie?

—Por lo visto también se ha resignado. Le dije lo que tú me habías escrito acerca de la necesidad de un entierro rápido. Pareció aceptarlo. Naturalmente no le he dicho nada sobre el Agua Grávida.

—Perfecto. ¡A tu salud!

—¡Salud!

—He llamado a esos abogados Sproule, Higgins & Fogarty y he concertado una cita con ellos para esta tarde a las cuatro y media. Deberíamos salir y tomarnos algo por el camino.

—Muy bien.

Cogimos un tranvía hasta Merrion Square y en Lincoln Place entramos en una taberna.

—Dos dobles de malta —ordenó mi hermano.

—No —intervine—. Para mí una botella de cerveza.

Mi hermano me miró con incredulidad y de mala gana pidió una cerveza.

—En nuestro negocio no se ve con buenos ojos tomar cerveza o bebidas por el estilo —dijo—. La gente podría tomarte por un cochero.

—Todavía estoy a tiempo de serlo.

—Hay algo que me he olvidado de decirte. La noche antes del funeral fui a

ver a uno de esos sujetos que esculpen monumentos y le encargué que tuviese lista sin falta una lápida para la noche siguiente. Como le pagué más que suficiente, el trabajo estuvo hecho. Por la mañana ya la habían colocado y también pagué para que hiciesen un reborde de piedra cuando la tumba se hubiera asentado.

—No hay duda de que piensas en todo —dije con cierta admiración.

—¿Y por qué no hacerlo? Tal vez jamás regrese a Roma.

—No obstante...

—Tengo entendido que eres un poco literato.

—¿Te refieres al premio que me han dado por el ensayo sobre el cardenal Newman?

—Pues eso entre otras cosas. ¿Habrás oído hablar de Keats, naturalmente?

—Claro que sí. *Oda a una urna griega. Oda al otoño.*

—Exacto. ¿Sabes dónde murió?

—No. En la cama, supongo.

—Al igual que Collopy, murió en Roma y está enterrado allí. Fui a visitar su tumba. Mick, un doble de malta y una botella de cerveza. Es muy hermosa y la cuidan con esmero.

—Eso es muy interesante.

—Escribió su propio epitafio. Tenía una opinión muy modesta sobre su talento como poeta por lo que escribió una burla de sí mismo en la lápida de su tumba. También pudo haberse tratado de una artimaña, una forma de que lo alabaran.

—¿Qué decía la frase?

—Escribió lo siguiente: «Aquí yace uno cuyo nombre está escrito sobre el agua». Muy poético, ¿no te parece?

—Sí, ahora la recuerdo.

—Espera a que te enseñe algo. ¡Bébetelo, por el amor de Dios! Antes de partir saqué una fotografía de la tumba de Collopy. Espera a que la veas.

Después de buscar en su bolsillo interior sacó el billetero y extrajo una fotografía. Me la pasó con orgullo. Se veía una gran losa funeraria con la siguiente inscripción:

COLLOPY
de Dublín

1848-1910
Aquí yace uno cuyo nombre
está escrito en el agua
R. I. P.

—¿No te parece fantástico —rio entre dientes—, «en el agua» en vez de «sobre el agua»?

—¿Y dónde está su nombre de pila? —pregunté.

—No tengo ni idea de cuál puede ser. Tampoco lo sabía el padre Fahrt.

—¿Y de dónde has sacado el año de su nacimiento?

—Verás, me he basado en una suposición. En el hospital me dijeron que era un hombre de aproximadamente setenta y dos años y eso es lo que pone en el certificado de defunción que traigo conmigo. Lo único que hice fue restar. ¿Qué te parece la lápida?

—Me toca invitar a mí. ¿Qué deseas beber?

—Un doble de malta.

Pedí otra ronda.

—La lápida se ve muy bien —dije— y has demostrado ser muy previsor al haberla encargado. Creo que deberías pagarle a Annie el viaje hasta la tumba de su padre.

—Una excelente idea —dijo—. Excelente.

—Será mejor que nos vayamos si queremos llegar a tiempo a esa cita.

Llegamos al despacho de Sproule, Higgins & Fogarty con algo de retraso. Un sombrío empleado nos pidió los nombres y entró en un despacho en cuya puerta ponía: «SEÑOR SPROULE». Luego nos hizo pasar. El señor Sproule era un anciano arrugado como sus propios papeles pergamino; era notable la similitud que guardaba con los personajes de Dickens. Nos recibió de pie ante su silla y después de darnos la mano nos hizo un ademán para que nos sentásemos.

—Vaya —dijo—, ¿no ha sido una pena lo del pobre señor Collopy?

—¿Ha recibido mi carta de Roma, señor Sproule? —dijo mi hermano.

—Por supuesto. También tenemos un corresponsal en Roma. Somos la única firma de Dublín que lo tiene. Trabajamos mucho con las Órdenes.

—Así es —dijo mi hermano—. Nos gustaría tener una idea de lo que dice el testamento. Por cierto, aquí tiene el certificado de defunción.

—No cabe duda de que nos será muy útil. Gracias. El testamento lo tengo aquí. Supongo que no tienen interés en escuchar toda la monserga legalista con la que nosotros los abogados tenemos que insistir.

—No, señor Sproule —dijo impacientemente.

—Bien, no sabemos exactamente el valor de los bienes, ya que en su mayoría consisten en inversiones. Pero les detallaré los deseos del testador. Primero, hay un legado capital. La casa de Warrington Place se la deja a su hija Annie, más la suma en efectivo de mil libras esterlinas. A cada uno de sus dos medio-sobrinos —y esos son ustedes, caballeros— le deja quinientas libras en efectivo siempre que hubiese estado viviendo en su casa hasta la fecha de su muerte.

—¡Santo Dios —exclamó mi hermano—, eso me deja fuera! Hace meses que no vivo en esa casa.

—Siento tener que oír eso —dijo el señor Sproule.

—¡Yo también, después de haberle enterrado en Roma y erigirle una lápida en su memoria, todo pagado de mi bolsillo!

El hombre nos miró a ambos con incredulidad.

—Para eso ya no hay remedio —dijo con seriedad—. ¿Qué más dice ahí, señor Sproule?

—Una vez hecho esto —continuó el señor Sproule—, habrá que crear la Fundación Collopy. Esta fundación le pagará a su hija Annie de por vida trescientas libras al año. La fundación construirá y mantendrá tres establecimientos a los que el testador ha llamado tocadores. Habrá un tocador en Irishtown, Sandymount, otro en Harold Cross y otro en Phibsborough. En la puerta deberá poner la palabra *paz* en letras grandes y cada uno de ellos estará bajo el patronazgo de un santo: san Patricio, san Jerónimo y san Ignacio. Cada uno de los establecimientos llevará una placa en donde diga, por ejemplo: «fundación collopy - Tocador de San Jerónimo». Podrán ver que se encuentran geográficamente bastante alejados uno del otro.

—Sin duda —dije—. ¿Quién será el encargado de diseñar estos edificios?

—Mi querido señor, el señor Collopy ha pensado en todo. Eso ya está hecho. Tengo en mi poder los planos aprobados por el arquitecto.

—¿Ese es todo el testamento? —preguntó mi hermano.

—Substancialmente, sí. Hay unos pequeños legados y una cantidad de dinero para misas a favor del Reverendo Kurt Fahrt, Sociedad de Jesús. Naturalmente, no se puede abonar ninguna cantidad hasta que el testamento sea convalidado. Pero creo que el testamento tendrá validez automática.

—Muy bien —dije—. Mi hermano vive en Londres, pero yo aún sigo viviendo aquí. En la misma dirección.

—Excelente. Ya le escribiré.

Cuando estábamos a punto de marcharnos, mi hermano se giró abruptamente antes de llegar a la puerta.

—Señor Sproule —dijo—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—¿Una pregunta? Ciertamente.

—¿Cuál era el nombre de pila del señor Collopy?

—¿Qué?

Era evidente que el señor Sproule se había sorprendido.

—Fernando, naturalmente.

—Gracias.

Una vez que salimos a la calle, descubrí que mi hermano no estaba tan abatido como pensaba.

—¿Fernando? ¡Extravagante! En este momento lo que más me hace falta es un trago —dijo—. Soy quinientas libras más pobre desde que entré en esa oficina.

—Mira, vayamos a celebrar que mi situación económica ha mejorado.

—Claro. No quiero alejarme del recorrido del tranvía que va a Kingstown porque esta noche he de coger el barco. He dejado todo mi equipaje en Londres. Ese sitio es perfecto.

Nos dirigimos a una taberna de la calle Suffolk y para mi sorpresa no puso reparos en beber chupitos de malta en vez de dobles, en vista de la larga noche que iba a pasar viajando. Se puso nostálgico y comenzó a recordar muchas cosas de nuestro pasado.

—¿Ya has decidido qué vas a hacer con tu vida? —preguntó de un modo informal.

—No —dije—, a excepción de que he dejado el colegio para siempre.

—Muy bien hecho.

—En cuanto a ganarme la vida, supongo que las quinientas libras me permitirán pensarlo al menos durante otros dos años, si es que preciso todo ese tiempo.

—¿No quieres unirme a mí en Londres en el negocio de la universidad?

—Lo he estado considerando. Pero tengo la mala sensación de que tarde o temprano la policía se hará cargo de esa institución.

—¡Tonterías!

—No lo sé. Por muy astuto que seas, me parece que es un asunto muy arriesgado.

—Aún no he metido la pata. ¿No has pensado en intentarlo en este nuevo negocio de los motores? Se ha convertido en algo muy grande al otro lado del charco.

—No se me ha ocurrido. Necesitaría capital. Por otra parte, no sé nada sobre máquinas. Los condenados Hermanos pueden ser muy competentes, pero lo único que he aprendido es que no sé nada de nada.

—Mira, a mí me sucedió lo mismo. La única manera de aprender algo es enseñándotelo tú mismo.

—Supongo que así es.

—Dime una cosa. ¿Cómo está Annie y cómo te llevas con ella? —dijo mi hermano, meditativo.

—Annie se encuentra bien. Se está recobrando de la tragedia de Roma. Creo que te está muy agradecida por todo lo que has hecho, aunque no habla de ello. ¿Sabes una cosa? Sería un bonito gesto de tu parte si le obsequias con cien libras para los gastos de la casa hasta que se resuelva lo del testamento.

—Sí, es una buena idea. Le mandaré el talón desde Londres con una cariñosa carta.

—Gracias.

—Dime: ¿se ocupa de ti como debe?

—Perfectamente.

—¿Te da de comer, te lava la ropa, cose y todo eso?

—Naturalmente. Vivo como un señor. Si me apetece desayuno en la cama.

—Eso está bien. ¡Señor, mira la hora que es! Me tendré que ir si quiero coger ese barco. Me alegra saber que Annie va por buen camino. Es una

muchacha con un gran corazón.

—¿Pero de qué estás hablando? —le dije un poco intrigado—. ¿Acaso no se ha dedicado durante toda su vida a los quehaceres de la casa? Cuando vivía, la señora Crotty jamás hizo nada. Por lo general estaba enferma, que en paz descansa, y el señor Collopy era muy exigente, siempre preguntando si no había almidón en su comida, no importaba lo que le dieras. Incluso sospechaba del agua del grifo.

—Claro. A pesar de todo, Collopy ha pagado su deuda. Celebro la generosidad con que la ha tratado en su testamento.

—Lo mismo digo.

—Sí, no hay duda. Oye, tomaremos los últimos dos tragos de despedida. ¡Paddy, dos de malta!

—Enseguida, señor.

Nos trajo la bebida, de un oscuro color amarillo, y la puso delante nuestro.

—¿Sabes? —dijo mi hermano—, una buena casa y trescientas libras al año de por vida no es broma. Por Dios que no lo es.

Con cuidado agregó un poco de agua en su bebida.

—Annie es una muchacha trabajadora y bien formada. No encontrarás por ahí muchas que se le parezcan. En Londres no verás una tan decente como ella. Allí casi todas son prostitutas.

—Tal vez no te relacionas con la gente adecuada.

—No te preocupes, me codeo con la necesaria. En cualquier parte es difícil hallar personas decentes.

Asentí con un gruñido.

—Y las que encuentras son más bien raras.

—A veces las personas decentes reciben una buena dosis de Agua Grávida.

Mi hermano ignoró este comentario y alzó su vaso.

—En mi opinión —dijo de un modo solemne—, creo que tienes media batalla ganada si te decides a echar raíces. Dime una cosa: ¿jamás has deseado a Annie?

—¿qué...?

Se llevó el vaso a la boca y se bebió todo su contenido de un gran trago.

Después me palmeó en la espalda.

—¡Piénsatelo!

El portazo me confirmó que se había marchado. Aturdido, levanté mi propio vaso y sin pensar en lo que hacía imité a mi hermano, vaciando su contenido de un solo trago. A continuación, me dirigí rápidamente pero sin correr al lavabo. Una vez allí, todo lo que había dentro de mí brotó en una oleada de vómito.

LA SAGA DEL SAGÚ DE SLATTERY

PATATAS Y PETRÓLEO

Esta es la novela póstuma de Flann O'Brien, pero sus páginas están tan vivas que ese calificativo, *póstumo*, parece fuera de lugar aplicado a un texto que no es en absoluto zombi y que, inconcluso, tiene todo el encanto de las promesas felices.

Hay mucho en ella que la acerca al Swift de *Los viajes de Gulliver* y de *Una humilde propuesta*, con la crítica de costumbres, el cientifismo bizarro y la filantropía descacharrada. Esta es una sátira de los Estados Unidos al tiempo que de Irlanda e, incluso, a través de la protagonista e ideóloga de una peregrina revolución alimentaria, una caricatura de las formas puntillosamente moralistas del protestantismo, que no es solo escocés de nación, como ella, sino que, trasplantado como los mismos orangistas, llega al Ulster en que nació nuestro escritor (en Strabane, condado de Tyrone).

Como es moneda corriente en él, los apellidos de sus personajes son distorsiones de palabras que los ridiculizan, como ese Hoolihan, que remite a la palabra *hooligan*, «gamberro». En cuanto a la mansión donde la acción se desarrolla principalmente, su nombre no puede ser justamente más gamberro: Poguemahone (*Póg mo thóin*) significa en irlandés «Bésame el culo», como bien supieron al elegir su nombre los miembros del grupo de folk-punk The Pogues, inicialmente llamado, también, Pogue Mahone. El inveterado juego del autor con las palabras también está presente en el equívoco del que en el capítulo segundo hace protagonista a un tendadero: en inglés, *clothes-horse* o *horse*, lo mismo que caballo.

El carácter de los irlandeses comparte con el de los españoles más de un

rasgo. En la idea del doctor Baggeley de montar un casino para atraer turistas en su viejo castillo normando, he querido ver una concomitancia con el «Americanos, os recibimos con alegría» de *Bienvenido Mr. Marshall*. En su correspondencia y notas, O'Brien dejó pistas de por dónde seguiría la novela. Las he leído: la evolución de algún protagonista es previsible, con paralelismos entre Tim y el presidente John F. Kennedy (asesinado precisamente en Texas, el estado que tan importante resulta ser en la novela), pero mejor dejarlo aquí, y que quede todo ello a la imaginación del discreto lector.

Efectivamente, no pocas veces acusado de misoginia y como para llevar la contraria a Marilyn Monroe en su presidencial *Happy birthday to you*, Flann O'Brien se embarcó en *La saga del sagú* un año después de la muerte de Kennedy, en 1964, el año en que publicó *Crónica de Dalkey*. Según cuenta su amigo y biógrafo Anthony Cronin, O'Brien estuvo obsesionado con los irlandeses de los Estados Unidos desde la visita de JFK a la Isla Esmeralda en junio de 1963. Creyó que su novela sería un éxito en aquel país donde había previsto que transcurrirían dos tercios de la acción, y que incluso —escribió a un importante editor de Nueva York, tan fanfarrona como humorísticamente— sería convertida en película «muy probablemente por mi colega John Huston, que ahora vive por estos pagos».

Pero la salud del autor se deterioró y el cáncer impidió que finalizara la novela. Se publicó, donde él la había dejado, tras su muerte. Hasta hace poco, solo se podía leer en un volumen que recoge una miscelánea de obras suyas, y recientemente ha sido adaptada al teatro. Los siete capítulos que nos han llegado son tan potentes que no cuesta trabajo creer que, de haberla terminado, *La saga del sagú* sería una de sus más divertidas novelas.

ANTONIO RIVERO TARAVILLO

Spandau, verano de 2012, esperando a que salgan al escenario The Pogues en un concierto de su gira Thir(s)ty Years of Pogue Mahone).

— ¡Un maldito escocés, caray!

Tim Hartigan profirió las palabras mientras finalizaba la carta medio inclinado en su silla para mirar a Corny, que alzó su cabeza de lado y parecía poner los ojos en blanco.

Tim era inteligente de un modo *tímico*, muy suyo. Tal vez no fue inteligente haberse metido la carta en el bolsillo de atrás cinco días antes y haberse olvidado de ella, pero eso era porque él no estaba acostumbrado a recibir cartas, y en cualquier caso se dirigía a dar de comer a los cerdos cuando Ulick Slattery, el cartero, se la entregó. Esa mañana una extraña iluminación le hizo pensar en ella y fue inteligente, cuando la sacó al desayunar, examinar primero muy cuidadosamente el sello y el matasellos. Sí, decía: «Houston, Texas, EE. UU.». También estuvo bien cuando abrió el sobre mirando de inmediato el final, para verificar que era de Ned Hoolihan.

De manera abstracta, antes de leerla había apoyado la carta en la elegante jarrita de peltre que contenía la leche, y de la rejilla de plata maciza con una filigrana de oro de veintidós quilates (artículo que era considerado florentino) tomó una tostada seca, la untó con mantequilla generosamente y metió un trozo entre sus firmes molares sin nervios. Levantó su taza de té negruzco y masticó con resonantes bocados. Su anodina vida, temió de repente, estaba a punto de ser perturbada. ¿Sabría cómo tratar con este extraño?

Tim Hartigan, que quedó huérfano de su madre viuda a los dos años, había sido adoptado cuando tenía cuatro por el magnánimo Ned Hoolihan, cuya prima, la hermana M. Petronilla, era madre abadesa en el Hospicio

Dominico del Sagrado Refugio en Cahirfarren. Hoolihan se había encaprichado con el crío, y eso era todo. Era un hombre rico, y se llevó a su nueva presa con su equipaje a su mansión, Poguemahone Hall. Y siendo como era de costumbres sencillas no había enviado a Tim a un colegio de pago, sino a la escuela nacional más cercana, con un ama de llaves de la mansión, encargada de atender las demás necesidades del chico.

Antes de volver a Tim y a aquella mañana, es conveniente añadir aquí algo más acerca de Ned Hoolihan. Su dinero había sido en su mayor parte heredado de resultas de una fortuna que su padre había amasado con inventos de automoción y de motores de gasolina. Realmente, era una leyenda familiar que el ingeniero Constantine Hoolihan había sido timado de forma descarada por Henry Ford I, pero que, mediante su invento de una primitiva computadora alimentada con una dieta de minucias del mercado de valores, el despabilado ingeniero de Bohoola, en el condado de Mayo, había conseguido obtener una cantidad de dinero incluso mayor que aquella de la que había sido desposeído. Su hijo único Ned no siguió su ejemplo de idear cosas nuevas, máquinas, artilugios, modos nuevos de paliar mecánicamente la suerte de la humanidad: él era serio, estudioso, se interesó muy pronto por el campo, la opulenta improvisación de Dios y el gran misterio de la agricultura.

Obtuvo su doctorado en la Universidad de Dublín con una tesis (nunca publicada) titulada *La estratificación del humus alcalino*, al parecer un sistema de proporcionar fertilizante natural mediante el cultivo deliberado de campos de malas hierbas para la producción de estiércol y ensilaje, un proyecto de labranza en el cual crecimientos dispersos de trigo, puerros o nabos constituirían una nociva intrusión.

Cuando compró Poguemahone Hall, un edificio de origen tardonormando con bastante buena tierra, en el oeste, su papel pasó a ser el de hidalgo labrador y experimentador con cultivos de cereales y tubérculos, ayudado por su hijastro (pues así lo llamaba), Tim Hartigan. Pero después de que Ned Hoolihan se convirtiera en un consumado y científico vendedor de semillas, los pequeños labradores y campesinos que lo rodeaban le resultaron una panda intratable. En lugar de sembrar «La Maravilla del Terremoto», una simiente de patata de Hoolihan de infinito vigor y sofisticación, disponible

para ellos prácticamente por casi nada, persistieron en cultivar cepas degeneradas que daban escasas cosechas, las cuales eran víctimas crónicas de roña, añublo tardío, cáncer de rizoctania espantosa y fusoria (o caspa negra). Al apacible e intelectual agrónomo casi le hicieron perder los estribos en el acto. Pero después de algunos años de planificación y prédica tuberosas sin mucho resultado, su paciencia se agotó finalmente ante el rechazo de aquellos a su milagrosamente saludable y abundante semilla de trigo «El Capricho del Maniático», por la cual había recibido una mención y una prima económica del Gobierno de los Estados Unidos. Los campesinos sencillamente preferían semillas que obtenían por sus propios medios y consideraban que los brotes de tizón de rabo negro y roya (o añublo hediondo) eran decisiones pintorescas de Dios Todopoderoso.

Ned Hoolihan puso sus asuntos en vena comercial, nombró a Tim Hartigan su administrador a cambio de un salario decente, y emigró a Texas. Allí adquirió siete mil acres de tierra regular, aró y fertilizó la mayor parte de esta y la sembró con «El Capricho del Maniático». Se extendió el rumor (aunque nunca fue confirmado en carta a Tim) de que se había casado alrededor de esas fechas. Cuando la incipiente cosecha despuntaba tan lindamente, varias erupciones negras desfiguraron las tierras de labrantío. A pesar de lo asquerosa que parecía esta mácula, al examinarse más de cerca resultó ser petróleo. Y el labrador Hoolihan se había convertido en alguien enormemente rico.

Y ahora Tim Hartigan estaba escrutando la carta. Si era lacónica, se trataba del laconismo propio del cariño.

QUERIDO TIM:

Para cuando recibas esta carta seguramente tendrás una visita, Crawford MacPherson, una persona muy amiga mía. Retira todas las sábanas puestas para guardar del polvo, los hornillos protectores y los matarratas de mis habitaciones y haz que Crawford pueda usar cómodamente mi casa. Si recibieras órdenes, obedécelas como si procedieran de mí.

Estos pozos de petróleo míos, alabado sea Dios, dan tanto dinero que he perdido la cuenta. Ahora mismo se alzan trescientas cincuenta torres de perforación, y he creado la Corporación de Petróleos Hoolihan (P. H.).

Naturalmente los políticos están interviniendo, pero creo que los tengo calados. Dale recuerdos a Sarsfield Slattery, al médico y a los otros vecinos. Remito adjunto algún dinero extra.

NED HOOLIHAN

Vaya, vaya. Tim se arrellanó y llenó la pipa pensativamente. ¿Gastará *kilt* este maldito escocés, tocará tal vez la gaita y exigirá su propio tipo de *whiskey*? Pero eso era de pegote, paparrucha de los musicales, como los americanos diciendo que un irlandés solo toma patatas cocidas y haciéndole llevar la pipa en la cinta del sombrero. Muy probablemente este escocés era otro trotamundos, muy bien situado, en busca de una agachadiza o un urogallo o alguna otra cosa..., salmón quizás.

¿Y Sarsfield Slattery? Tim tendría que mostrarle esa carta a Sarsfield, un amigo que ocupaba extrañamente una posición muy similar a la suya en el vecino castillo de Sarawad, donde el rico propietario, el Honorable Doctor Eustace Baggeley, tenía su residencia habitual. Ciertamente sería añadir, sin embargo, que el doctor estaba fuera a menudo, en el sentido de que tenía la costumbre de tomar extraños medicamentos que él mismo se recetaba. Se había hablado de la morfina, de la heroína y de la mezcalina, pero Sarsfield creía que las inyecciones eran una mezcla de las tres, junto con algo más. Como Ned Hoolihan, el doctor también era un pionero a su manera. Y, también como Ned Hoolihan, había adoptado a Sarsfield, otro huérfano, este nacido en Chicago, cuando asistía a un congreso médico en esa ciudad acerca de la extracción mediante el ganado de una droga tóxica e hipnótica a partir de heno importado de México.

Después de que Tim hubiese recogido las cosas del desayuno y lavado los platos, subió los peldaños de piedra acompañado por Corny, para acondicionar de nuevo los aposentos del Jefe, vestir con ropa limpia la gran cama con dosel, barrer los suelos, limpiar el polvo de la elegante salita, encender los fuegos y tirar de la cadena en el retrete. En el baño colocó muy atentamente algunos útiles de afeitar que había dejado atrás Ned, e incluso puso una caña de pescar y una escopeta descargada apoyadas en un rincón de la salita. Órdenes eran órdenes, y Crawford MacPherson no solo sería bienvenido, sino que se haría que sintiese que era auténticamente

bienvenido. Ya era hora, se dijo Tim, de que hiciese un poco de trabajo verdadero para variar, pues era un joven concienzudo. Y pedir consejo a Sarsfield tendría que esperar un poquito.

La mañana pasó rápidamente y ya eran alrededor de las dos aquel día de principios de otoño cuando Tim se sentó a dar cuenta de su amontonada cena consistente en col, tocino, salchicha pulverizada y sanas patatas cocidas de la variedad «La Maravilla del Terremoto» (con *Judas el Oscuro* de Thomas Hardy apoyado en la jarrita de leche). Corny comió ruidosamente un enorme hueso de jamón que originalmente tuvo pizcas de carne. Tim reflexionó mientras acababa su colación sobre el hecho de que algunas personas consideraran a Hardy un escritor más bien reprimido y deprimente, a quien le interesaban más los gemidos que la ligereza de corazón. Bueno, ciertamente era prolijo, pero los problemas que afrontaba eran serios, eran cuestiones humanas, profundas y difíciles, y el gran novelista de Wessex les había traído sabiduría, consuelo, iluminación, una reconciliación con el gran designio de Dios. Y había repoblado el campo inglés. El volumen en cuestión era propiedad del señor Hoolihan.

Un chirriante ruido metálico se oyó en el patio y, mirando a través del espeso cristal distorsionador de la estrecha ventana, Tim vio la parte delantera de un gran automóvil. Sabía un montón sobre coches, y había conducido y cuidado un Lancia cuando Ned Hoolihan residía allí.

—Bah —murmuró—. Un Packard. Hace años que ya no están en el mercado. Basta conducir un Packard para proclamar que eres un viejo.

Pero allí se quedó, inmóvil. ¿Sería este el escocés? ¿O tal vez un vendedor ambulante de estiércol? Corny gruñó débilmente. Quien quiera que fuese, llamaría a la puerta, sin importar que esta fuera la de servicio. Incluso si fuera Judas el Oscuro, llamaría a la puerta.

Pero nadie llamó.

La puerta se abatió ruidosamente hacia adentro y enmarcada en el umbral apareció una anciana vestida con informes y deshilachadas ropas de lana, ojillos enrojecidos y con una cara granulosa y pardusca que a Tim le pareció la pasta de un pastel de manzana. La voz que emitió era discordante y embadurnada con ese retumbante color que no procede más que de Escocia.

—Me llamo Crawford MacPherson —dijo con rudeza y con arrastradas

erres—. ¿He de suponer que es usted Tom Hartigan?

—Tim.

—¿Tom?

—¡Tim!

—Se llame como se llame, dígame a ese cachorro de chucho que deje de enseñarme los dientes.

—Me llamo Tim Hartigan. El perro se llama Corny, señora, y ambos somos inofensivos.

Ella avanzó unos cuantos pasos.

—No se atreva a llamarme señora. Puede llamarme MacPherson. Tenga modales y ofrézcame una silla. ¿No respeta usted a las mujeres o es que está borracho?

Tal vez fuera consecuencia de la alacridad y el buen humor de Tim Hartigan, pero el caso es que Crawford MacPherson relajó sus formas hasta un grado que, si bien aún terribles, no eran ya feroces. De su bolsón sacó una petaca plana de plata y vertió de ella un líquido amarillento en un vaso vacío que había sobre la mesa de Tim. Corny hizo como que dormía vigilante y Tim, ocupado en llenar la pipa, había tomado asiento en una silla cerca de la ventana. MacPherson miraba alrededor lo que en tiempos había sido una cocina extraordinaria, haciendo muecas mientras probaba su bebida.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó finalmente.

—Bueno, señora... MacPherson, quiero decir... no van mal. Ya está casi todo dispuesto para la cosecha, tenemos tres becerras (dos de ellas lecheras), diez bueyes, cincuenta y cinco ovejas, un caballo de silla, tres tractores, aproximadamente veinticinco toneladas de turba y leña, unos cuantos buenos labriegos, y hay una tienda a eso de una milla para los comestibles, los periódicos, el tabaco y ese tipo de cosas... Y hay un teléfono aquí, pero normalmente no funciona.

—¿Y eso le parece a usted muy satisfactorio?

—Bueno... Supongo que las cosas podrían ser peores. El propietario, el señor Hoolihan, no se ha quejado.

—Oh, ¿de verdad? No me diga.

Aquí Crawford MacPherson pareció fruncir el ceño tétricamente en dirección al suelo.

—Sí, creo que es la verdad —le contestó Tim mansamente—, pero solo recibo carta de él de tarde en tarde.

MacPherson soltó su vaso estrepitosamente.

—Deje que le diga algo sobre el señor Edward Hoolihan, Hartigan —dijo ella con severidad—. Soy su mujer.

—¡Dios santo! —exclamó Tim, ruborizándose.

—Sí —continuó ella—, y ni se le ocurra llamarme señora Hoolihan. Ni la ley civil ni la canónica de la Iglesia presbiteriana me obligan al ridículo de recibir un tratamiento como ese.

Tim cambió de postura, incómodo, en la silla, hecho un lío.

—Caramba, bueno... Ya... —comenzó.

—He venido aquí para llevar a cabo un plan que he trazado y que, no obstante, tiene la completa aprobación de mi marido. Naturalmente, no hay límite a la cantidad de dinero que puedo gastar. El señor Hoolihan cree que no hay nada que se pueda hacer con los campesinos de este condenado país. Bueno, eso ya lo veremos. ¡Ya lo veremos!

Tim Hartigan podía avistar nubes tempestuosas en su futuro; algunos truenos. Incluso rayos, quizá.

—El señor Hoolihan —dijo despacio— tuvo problemas con ellos hace unos años. Le parecieron demasiado conservadores. Les ofreció buenos consejos y ayuda material para el ejercicio de la agricultura, pero, caray, no quisieron aceptarlos. Ya ve, están empantanados, MacPherson.

—Ah —dijo ella tomando otro sorbo del vaso—, ¿empantanados? Sí, no tenían tiempo para «La Maravilla del Terremoto», según parece. Pues óigame bien. Puede que estén empantanados, pero lo que me ha traído aquí es asegurarme de que es en su propio fango donde se empantanan. ¿Me entiende? *En su propio fango.*

—Sí. Es improbable que quieran hacer otra cosa.

Crawford MacPherson se levantó, dio unas zancadas hasta la cocina, en la que ardía la lumbre, y se puso de espaldas a esta, amenazadoramente de pie con sus zapatones.

—Lo que quieran o no no es lo importante, Hartigan. No lo fue, en el pasado, cuando una terrible hambruna de la patata barrió el país como si fuera el juicio de Dios, hacia 1846.

—Vaya —se atrevió a decir Tim—, eso fue en los lóbregos días oscuros de antaño, antes de que tuviéramos la buena suerte de disponer de «La

Maravilla del Terremoto».

MacPherson agitó iracundamente su dedo índice.

—La gente de este país —tronó— se alimenta de patatas, que son ochenta por ciento agua y veinte por ciento almidón. La patata es el cultivo de los gandules; y cuando falla, la gente perece por millones. Se están muriendo de hambre... y tratan de comer ortigas... y paja... y trozos de palo, y aun así la diñan. Pero algo más terrible que eso sucedió el siglo pasado...

—Cielos —gritó Tim—, ¿qué calamidad peor que esa pudo ocurrir?

—La que *ocurrió*. No murieron todos. Más de un millón de esos pícaros irlandeses que se morían de hambre escaparon a mi país de adopción, los Estados Unidos.

—Gracias a Dios —susurró Tim con devoción.

—Sí, puede dar las gracias a su Dios. Estuvieron a punto de arruinar América. Crecieron y se multiplicaron e infestaron todo el continente, empapándolo de crimen, alcoholismo, licor ilegal hecho de maíz, atracos a bancos, asesinatos, prostitución, sífilis, el dominio de las turbas, políticas poco limpias y el catolicismo romano.

—Bueno, alabado sea Dios —dijo con voz entrecortada Tim, atónito ante lo violento y súbito de este arrebato.

—Adulterio, bailes salaces, chantajes, menudeo de drogas, proxenetismo, organización de burdeles, ayuntamiento con negros y la absolución de todos sus crímenes por los curas católicos...

Tim frunció el ceño.

—Bueno, muchos otros extranjeros emigraron a los Estados Unidos —dijo—. Alemanes, italianos, judíos..., hasta esos holandeses con pantalones bombachos.

—Los del continente europeo son príncipes comparados con los sucios irlandeses.

—¡Oiga! —gritó Tim.

Estaba enfadado, pero su sentimiento de consternación y de hallarse incapaz de encontrar una respuesta más devastadora era aún mayor. ¿Cómo podía tratar con esta arpía? ¿Es que no estaba en sus cabales?

Ella volvió inesperadamente a la silla junto a la mesa y cayó dejando oír un paf. Apuró lo que quedaba en el vaso.

—Sin embargo —dijo—, no espero que usted comprenda estas cosas ni alcance a conocer su gravedad. Nunca ha puesto el pie en los Estados Unidos.

Tim se puso muy colorado y dio un golpe en el brazo del sillón.

—Tampoco san Patricio, señora.

Ella abrió su bolso, sacó cigarrillos norteamericanos y encendió uno.

—Le haré un resumen —dijo— del asunto tan especial que me trae aquí. El plan tardará bastante en llevarse a cabo, y espero contar con su cooperación y ayuda. El objetivo es proteger a los Estados Unidos de la amenaza irlandesa. El plan será muy costoso, pero tengo tanto dinero proveniente del petróleo de Texas a mi disposición que no temo dificultades por ese lado. El primer paso que daré será comprar y tomar posesión nominalmente de toda la tierra agrícola de Irlanda.

Tim alzó las cejas, con aspecto desabrido.

—Ese sería el camino directo a muchas desgracias en este país —dijo—. Aquella hambruna se debió en parte a los alquileres desorbitados y a los terratenientes que no habitaban sus tierras. El pueblo formó una organización conocida como la Liga de la Tierra. Un hombre contra el que actuaron fue el capitán Boycott. De ahí es de donde procede la palabra *boicot*.

Pero MacPherson, como si no comprendiera, le dio una calada al cigarrillo, pensativa.

—No crea ni siquiera por un instante, Hartigan —dijo con su voz dura—, que tengo intención de enredarme en la política irlandesa. Si tuviera algún deseo en ese sentido, no habría tenido que abandonar América para darle rienda suelta. Compraré la tierra y luego se la devolveré a los arrendatarios a cambio de un alquiler simbólico. Un alquiler de quizá un chelín al año.

—¿Un *chelín* al año por acre?

—No, un chelín al año por cada propiedad sin importar el tamaño.

—Jesús, María y José —susurró asombrado Tim—, eso haría de usted la viva encarnación de la generosidad, un ángel del Paraíso disfrazado.

MacPherson esbozó una sonrisa triste.

—Será con una única condición, que habrá que cumplir a rajatabla. No se les permitirá cultivar patatas.

—¿Pero de qué se va a alimentar la pobre gente?

—De lo que siempre se ha alimentado. De fécula.

Tim metió para adentro los carrillos tomando aire de una forma veloz e inaudible. ¡Sin duda se trataba del extraño fantasma de una mujer! ¿Dónde hallaría cosa igual en todo lo largo y ancho de este mundo?

—Hay una cosa que todavía produce más fécula que la patata —prosiguió MacPherson—. Y es el sagú.

—¿Qué? ¿El *sagú*?

—Sí, el sagú. ¿Sabe usted lo que es el sagú, Hartigan?

Tim frunció el ceño, mientras rebuscaba en su mente desordenada.

—Ejem..., el sagú... es un tipo de pudín, lleno de bolitas chicas... como la tapioca. Supongo que es un cereal, como el arroz. ¿Y estará sometido también a sus propias enfermedades, como las papas...?

De nuevo asomó la sonrisa glacial de MacPherson.

—El sagú —dijo con una minuciosa especie de cortesía— no es como la tapioca, no es un grano, y permanecerá libre de toda enfermedad si se vigila su crecimiento. El sagú viene de un árbol, y este tarda en madurar entre quince y veinte años antes de que pueda dar su copioso, nutritivo y magnífico regalo.

Tim se miró fijamente las botas. La proposición en sí misma era extraordinaria, la complicación del tiempo increíble.

—Ya veo —dijo con ironía.

—El plan es grande —concedió razonablemente MacPherson—; pero, en esencia, es razonable y sencillo.

—En cualquier caso —se permitió decir Tim—, creo que debería hablar de esto con el Gobierno.

—Vaya, es usted listo —dijo MacPherson, casi gratamente—. Ya me he ocupado a fondo de eso. El embajador americano en este país ha recibido sus instrucciones. En breve informará al Gobierno de aquí de que quedará prohibida la inmigración de ciudadanos irlandeses a los Estados Unidos hasta que sea totalmente ilegal el cultivo de patatas en este país.

Tim sospechó que podía detectar una leve difusión de transpiración en torno a su frente. Estaba contrariado por la velocidad de los acontecimientos que vendrían, a no ser que la mujer estuviese tratando de hacerse la

graciosa.

—Bueno —dijo finalmente—, suponga que consigue toda esta tierra como dice, y logra que se declare un crimen la siembra de patatas...

—Entonces —interrumpió MacPherson—, nunca volverá a haber una hambruna de la patata, y nunca habrá otra invasión de los Estados Unidos por parte de los supersticiosos y ladrones irlandeses.

—Sí, ya lo sé. Pero dijo que un árbol de sagú tarda hasta veinte años en llegar a ser útil. Por amor de Dios, ¿de qué se va a alimentar la gente durante todo ese tiempo?

De nuevo esa sonrisa, pequeña pero helada.

—De sagú —dijo.

Tim Hartigan gruñó.

—Sé que soy estúpido, pero no comprendo.

—Naturalmente, preví la cuestión de esa laguna y, por supuesto, he tomado las medidas correspondientes. A partir de dentro de ocho meses, más o menos, mi flota de nuevos buques aljibe de sagú hará el trayecto entre puertos irlandeses y Borneo. Existen ilimitadas reservas de sagú por todas las Indias Occidentales: en Sumatra, Java, Malaca, Siam, y hasta en Sudamérica la palma real vale mucho para el sagú. Pronto verá silos de sagú por todo el país.

Tim asintió con la cabeza, pero con el ceño fruncido.

—¿Y qué pasaría si a la gente no le gusta el sagú, como a mí?

MacPherson dejó escapar una risa muy grave, nada armónica.

—Si prefieren morir de hambre, allá ellos.

—Bueno, ¿y cómo va a organizar usted esta plantación de sagú?

—Los árboles de sagú crecen en cualquier parte, y dos cargueros llenos de brotes llegarán muy pronto. Una simple ley de su Parlamento que expropie a los pequeños labradores y campesinos se puede aprobar rápidamente, con la garantía de que no habrá desahucios, o al menos muy pocos. Usted es joven, Hartigan. Probablemente viva para ver su país natal cubierto de tupidos bosques de sagú, una estupenda vista y en sí misma una garantía de salud, libertad y limpieza social para América.

Se levantó como dando a entender que había acabado.

—Bueno, debo instalarme aquí —dijo—. Hartigan, ¿lo mete usted?

Tim palideció. Ya había visto desde su estrecha ventana que un estrecho furgón para el transporte de caballos estaba amarrado a la parte trasera del Packard, y se había interrogado acerca de él. Sería un poni, se dijo.

—¿En el establo, se refiere? —preguntó.

—No, aquí. Siempre me gusta que esté cerca del fuego.

Tim se levantó en silencio y salió. Parecía no haber límite a los excesos de esta mujer. Esa noche o al día siguiente tendría que enviar un telegrama a Ned Hoolihan para que le confirmara esos trabalenguas y acontecimientos, y le dijera que esta mujer era en realidad su esposa. No podía dejarse ridiculizar, ni permitir que la casa fuera destruida por una loca.

Rápidamente fue retirada una barra de hierro vertical con pestillo en la parte de atrás del furgón y, al tiempo que las portezuelas se abrían, los ojos de Tim hallaron un conjunto de altos palos, redondos y suaves aparentemente unidos de algún modo.

—Por todos los santos, si es un tendedero —refunfuñó.

Se santiguó, tiró del aparato, medio se lo echó al hombro y fue tambaleándose hasta la casa. En la cocina lo plegó de manera que quedara de pie.

—Lo ha hecho estupendamente —dijo MacPherson con un tono de genuina aprobación.

—He de decirle —le comentó Tim al tiempo que se desmoronaba en su silla— que recibí una carta del señor Hoolihan notificándome su inminente visita y pidiéndome que preparara los aposentos de arriba para que usted los ocupe. Así lo hice. Su cama está hecha y la lumbre está encendida en su alcoba. ¿Le gustan las salchichas para desayunar?

—Por supuesto que no. Mi desayuno habitual consiste en gachas de avena seguidas de sagú y nata, con pan moreno y mantequilla natural.

Tim trató de asentir amablemente.

—Bien —sonrió—, el lugar en el que estamos es en realidad la cocina, y más o menos donde vivo yo. Ahora este tendedero... ¿Quiere que se lo suba a su propia chimenea?

Los ojos de MacPherson vagaron pensativos por el suelo.

—Humm... No estoy segura. Déjelo aquí esta noche. Tráigame la maleta del coche y luego enséñeme mi..., mi piso. Le daré un saco de sagú.

Tim Hartigan hizo como se le ordenaba. La mujer con la que ahora tenía que cargar no hizo el menor comentario sobre las opulentas habitaciones de Ned Hoolihan, sino que se dirigió directamente al retrete, dándole a entender a Tim que había sido informada sobre dónde estaba este y todo lo demás. Tim se rascó la cabeza y bajó dando traspiés por las escaleras, agarrando un saco de sagú.

—Tengo que ponerme en contacto con Sarsfield tan pronto como sea posible —se dijo susurrándose a sí mismo—. Si no, estoy bien jodido.

—Vaya, te acompaño en el sentimiento, Tim.

Sarsfield Slattery estaba de pie con el trasero colocado de manera prominente en dirección a un gran fuego de leña, con los pies en una alfombrilla de delgadas cuerdas marrones, tejida por él mismo. Era Slattery de estructura más bien pequeña, delgado, con una rubia pelambrera; sus rasgos angulosos y espabilados los iluminaban unos ojos estrechos de color azul marino, y su peculiar forma de hablar con acento y entonación espasmódicos eran prueba permanente de que había nacido en la parte norteña de Irlanda, cuando en realidad se trataba de una especie de disfraz, pues había nacido en Chicago. Tenía un aire, le gustara o no, de una agudeza y circunspección inefables. Los extraños sabían que tenían que ser muy cautelosos con Sarsfield.

Era mediodía del lluvioso día siguiente. Tim Hartigan estaba tristemente repantigado en una butaca de mimbre, después de haber contado a Sarsfield con detalle la llegada de Crawford MacPherson la víspera, y lo que esta había dicho. El relato hizo que las cosas parecieran muchísimo peores de lo que habían sido y, efectivamente, un camión había llegado esa mañana con sacos y paquetes para la señora, sin que fuera posible ver el contenido.

—Las mujeres —añadió Sarsfield— pueden ser unas sabandijas de tomo y lomo.

Tim acababa de encender la pipa y parecía pensativo.

—No soy un miedica y lo sabes, Sarsfield —dijo—, pero no me gusta nada la idea de estar con *ella* en esa casa. Sabe Dios lo que esa mujer podría revolver y hacer.

—Puedes cerrar con llave la cocina de noche, ¿no?

—¿De noche? ¿Y no podría ella tener ideas raras durante el día?

—¿Qué clase de ideas raras?

—¿No podría bajar las escaleras en cueros?

—Ah, no diría yo que es de esa clase.

—O escribir y decirle a Ned que subí con su bandeja de la cena en pelota viva.

—Ned no se tragaría eso —dijo Sarsfield, mientras se tiraba de la oreja. Hizo una pausa.

—Te voy a decir la verdad: creo que Ned debía de tener una borrachera como un piano cuando se casó con esa, y luego la largó de los Estados Unidos tan pronto como pudo librarse de ella. Lástima que tú cargues con el muerto.

—Vaya —contestó Tim sombríamente—. ¿Y qué te parece todo esto del sagú?

—Paparruchas.

—También es lo que me parece a mí. Pero escúchame, Sarsfield, si se vuelve un poco majareta (un poco más de lo que ya está), ¿en qué situación quedo yo? No tengo testigos. Ahora, si en vez de eso ella accediera a vivir *aquí...*

La mirada con la que respondió Sarsfield fue punzante.

—Por Dios, ¿no tiene derecho una mujer casada a vivir en casa de su marido?

Tim se ruborizó un poco.

—Supongo que sí. No tengo pruebas de que sea su mujer.

—¿No tiene anillo? Lo que me saca de quicio es tu osada idea de deshacerte de ella trayéndola a esta casa. ¿Acaso no tenemos aquí bastantes problemas? Si no tienes consideración por mí, sería necio por tu parte pasar por alto a mi dueño y señor, el Honorable Doctor Eustace Baggeley.

—Oh, ya sé que tendría que consultar con el doctor, Tim. A propósito, ¿cómo está?

—Más contento que nunca, lo que quiere decir que está peor. Ahora se toma su dosis dos veces al día. Habla de convertir este castillo en un hotel de lujo, y hasta de instalar un casino aquí. Ya sabes, dedicarse al turismo. Cree que los americanos son gente muy atractiva porque, como él mismo,

todos parecen tener un montón de dinero. Aunque no quiere decir que lo gasten, la verdad.

Tim frunció el entrecejo, aferrándose a una quimérica esperanza.

—No me digas. A lo mejor podría interesarle la señora MacPherson. ¿Por qué no? Es la mujer de uno de sus mejores amigos, y ella misma dice que está totalmente podrida de dinero.

—Afortunadamente *son* muy buenos amigos —dijo sarcásticamente Sarsfield—. Esa es una buena razón por la que el doctor debería mantenerse bien lejos de la mujer.

—Oh, no sé. El doctor no está mucho por las mujeres, si es a eso a lo que te refieres. ¿Qué diablos es todo ese martilleo, Sarsfield?

Ruidos penetrantes, en parte amortiguados pero lo bastante fuertes, se oían en las entrañas superiores del castillo.

—¿Ah, eso? Es Billy Colum, el Manitas. El doctor le dio órdenes de que levantara una armazón de madera alrededor de las paredes de la gran sala del descansillo y la cubriera completamente con paneles de teca. Ya casi ha acabado la faena, y echado a perder la sala. Creo que se trata del primer paso del proyecto del hotel y casino.

—Dios mío, Sarsfield.

—Sí. El doctor se destruirá a sí mismo metiéndose todo eso en el brazo. Y creo que le da a Billy Colum un buen pinchazo de vez en cuando.

—¿Podría ver al doctor? Creo que debería informarle sobre la mujer de Ned. Puedes estar seguro de que ella lo tiene que conocer, Sarsfield. Más vale que le marque al doctor sus cartas.

—Lo que tú digas, Tim. Hasta donde yo sé, está arriba, en la biblioteca. Ya sabes el camino. Hala, ve.

Tim no sabía el camino, pero se detuvo en el salón para observar a Billy mientras realizaba su extraordinaria labor. Un hueco de unos cuatro pies de ancho permanecía, en una espaciosa y larga estancia, sin el pálido revestimiento de madera brillante ya colocado desde el suelo hasta el techo, construido sobre una pesada armazón de paneles que quedaba como a un pie de distancia de las decoradas paredes originales.

—Vaya maravilla de construcción intrincada, Billy —dijo Tim.

Billy Colum, un hombrecillo de ojos extraviados y arrugado como una

pasa, miró en torno como si fuera la primera vez que viera su obra.

—¿Sabes, Tim —dijo con una voz grave y basta—, que creo que el pobre doctor está un poco chalado, finalmente? Además de su *hola-cómo-estás*, me dijo que tuviera los ojos abiertos ante cualquier joya que pudiera haber en el castillo. Dice que se pueden encontrar en cualquier sitio.

—¿Joyas?

—Joyas. Joyas grandes.

—¿Alguna vez te proporciona algún tipo de tratamiento médico?

—Claro que sí. Mi reumatismo. Me pone aquí en el brazo una cosa para el dolor. ¿Sabes? Es un buen médico, a pesar de todo. ¿Cómo podría levantar el brazo para usar un martillo si no fuera por él?

Tim sonrió al tiempo que continuaba su marcha.

—Un casino será una gran mejora en esta parte del mundo —comentó.

La biblioteca del castillo de Sarawad ostentaba su nombre de manera sombría pero correcta. Una noble, alargada habitación de elevados techos, poseía altas ventanas que parecían extrañamente estrechas, a mano derecha, con otra solitaria en el extremo, y que se correspondían con la puerta. De todas colgaban cortinas de un rojo oscuro, y en esos tres lados los lomos oscuros de los libros se alzaban balda sobre balda desde el suelo hasta el techo. En mitad de la cuarta pared había una chimenea de mármol negro vetado de verde, con morillos de latón en el hogar, y una conflagración de carbón de vapor y leños ardiendo en la parrilla. Había junto al fuego algunas sillas y otro pequeño mobiliario y, algo retirada en la mitad superior de la estancia, una mesa de escritorio ancha y baja. Entre esta y el fuego había un sillón de cuero en el cual estaba elegantemente arrellanado el Honorable Doctor Eustace Baggeley. El doctor era bastante robusto, con abundante pelo negro apelmazado y una raya que partía de la mitad de la ancha frente. Sus rasgos carnosos bien rasurados eran rudos y afables, y en general su aire era el de ese tipo de juventud que advierte a la persona perspicaz de que quien la ostenta no puede ser tan joven como parece. Al levantarse para saludar a Tim Hartigan, su vestimenta parecía ser cara y puntillosa.

—Oh, muchacho —dijo su voz grave y cultivada mientras se levantaba con la mano extendida—, pase, pase y siéntese. Vaya, Tim, ¿qué tal todo?

Tim sonrió, le estrechó la mano y se sentó.

—Pues la verdad es que estoy muy bien, doctor. No se me ocurre nada de lo que pueda quejarme.

—Eso es. Todo a pedir de boca, como decíamos cuando yo era joven. ¿Y

cómo está el señor Cornelius?

—Oh, estupendamente, doctor. Aún en guerra encarnizada con todas las ratas del pueblo.

—Magnífico.

—Vine a ver a Sarsfield, doctor, y se me ocurrió subir aquí y charlar sobre algunas cosas...

—Me encanta que haya venido, muchacho. Y dígame, ¿ha vuelto a padecer ese castigo fibrosítico en la región de la ingle?

—La verdad es que no. Hace meses que no da señal.

—Me alegro. Si da problemas de nuevo, hágamelo saber de inmediato. Tengo aquí, recién llegada de Alemania, una nueva embrocación que se administra subcutáneamente.

Tim extendió la mano en señal de amable rechazo.

—Gracias a Dios no necesito nada, doctor.

—Una afirmación demasiado temeraria —dijo el Honorable Doctor Baggeley, levantándose y yendo a un aparador en el tenebroso hueco del rincón opuesto—. Si su salud está bien, no puede estarlo tanto que un vaso de Kilbeggan de Locke no le añada nuevo lustre.

Mientras le ofrecía el vaso con una leve reverencia, se excusó por no serle posible a él *choquer les verres*, ya que sus riñones le habían aconsejado abstenerse durante un tiempo. Luego le pasó una jarrita de agua y volvió a sentarse, sonriente. Tim recordó haber oído que el alcohol y los narcóticos fuertes eran a menudo incompatibles. Le dio un buen sorbo al fuerte destilado ambarino y empezó a llenar la pipa.

—Doctor Baggeley —dijo—, quería contarle que he recibido visita.

—¿Visita dice, muchacho?

—Sí, una muy extraña. Una mujer escocesa.

El doctor le dio una palmada en la rodilla.

—Vaya, vaya. Conque de Escocia, ¿eh? Y una mujer... ¡Viva Escocia!

Tim apisonó expertamente la cazoleta de la pipa.

—Eso no es todo, doctor. Ahora vive conmigo, en Poguemahone Hall.

—¡Pero muchacho! Vaya, vaya, vaya... ¿Vive con usted?

Se levantó y caminó encantado hasta la alfombrilla que había ante el fuego del hogar.

—¿Viviendo con usted en pecado mortal, en la oprobiosa esclavitud de la carne?

Tim solo pudo dirigirle una débil sonrisa.

—No, doctor, yo no he dicho tal cosa, pero eso no es todo.

—¿No me dirá, querido amigo, que se trata de una distinguida pianista, o de alguien que ha venido a encontrar la Cruz Verdadera en el Pantano de Allen?

—No. ¡Dice que es la mujer de Ned Hoolihan!

Cogido por sorpresa en mitad de su chanza, el doctor fue tambaleándose a su asiento, se dejó caer en él y, sin pestañear, le presentó a Tim una mirada de asombro. Sus ojos permanecían muy abiertos e inmóviles.

—¿Ned... casado... con una palurda escocesa? ¡Santísimo Cristo, la Virgen y todos los santos del cielo! ¿No me toma el pelo, muchacho?

—Creo que no, doctor. No tengo pruebas, pero eso es lo que ella ha dicho. Y creo que dice la verdad. Se llama Crawford MacPherson, y así es como quiere que se la llame, no señora de Hoolihan.

El doctor agachó la cabeza, acunándola en su mano derecha.

—Muchacho, eso es de lo más preocupante, pero mantengamos la calma. Llamaría por teléfono a Ned mañana mismo si supiéramos dónde encontrarlo: el maldito idiota siempre está montado en aviones por encima de ese territorio petrolero de la sucia Texas. Como sabe, muchacho, le advertí que no fuera allí.

—Sí, me acuerdo. Fue una tontería, pero ganó un montón de dinero.

—¿*Dinero*? Bah. Cuando estaba aquí ya tenía más del que podía gastar, ¿y de qué le sirve el dinero a un hombre que se casa con una fulana escocesa de las que limpian pescado en Aberdeen?

Tim vaciló un poco.

—Me da igual ella, doctor, pero creo que no es de ese tipo. Quiero decir que no es una señora, pero en cualquier caso no pertenece a la clase baja trabajadora. Se trajo un caballo.

—¿Un caballo, Tim? ¡Por todos los santos! ¿Por qué habría alguien de traer un caballo a Irlanda, donde se encuentran brutos hasta en el último rincón del país?

—Es un caballo de madera, una cosa plegable, un tendedero, quiero decir.

Me hizo colocar esa cosa delante de mi propio fuego.

Meditabundo, el doctor Baggeley se acarició con el dedo el mentón.

—Ya veo —farfulló—. Sí, eso podría (y solo digo podría) significar una cosa. Lo que llamamos diuresis.

—¿Qué es eso, doctor?

—Una incontinencia patológica. Mojar la cama y toda la pesca.

Tim estaba consternado.

—¡Dios mío! Y el pobre Ned, mi amigo, el pobre Ned. ¿Quiere usted decir, doctor, que esa mujer va a... secar cosas en mi fuego en vez de hacerlo arriba, en el suyo?

Tragó salvajemente su siguiente copa. Entretanto, el doctor Baggeley se había levantado para nuevamente pasearse preocupado y pensativo. Se detuvo.

—¿Sabe usted, querido amigo, si ha traído dinero? Eso constituiría una prueba de que es de verdad mujer de Ned Hoolihan. Después de todo, Ned es muchas veces multimillonario, aunque sea en dólares.

Tim se terminó la bebida y puso el vaso en una mesa auxiliar con un sonido seco tan concluyente, que el doctor lo rellenó distraídamente de inmediato de la botella que ahora estaba en la repisa de la chimenea.

—Escuche, doctor Baggeley —dijo Tim sosegadamente—, si me hace el favor de sentarse de nuevo en su sillón, le contaré cuanto sé del dinero de Crawford MacPherson y sus planes.

—Sí, muchacho.

Se sentó obedientemente, calmándose, y encendió un cigarrillo.

—Según ella, tiene una cantidad de dinero ilimitada, millones y millones, todo el cual puede gastarlo con la aprobación del señor Hoolihan, su esposo. Parece que pueda hacer con él lo que quiera, pero tiene un plan, un plan para cambiar toda la faz de Irlanda.

—¡Dios mío! ¿Y eso por qué?

—Porque odia a los irlandeses.

—Bueno, muchacho, eso es cierto de mucha otra gente, pero hay poco que puedan hacer al respecto. ¿Qué razón en particular tiene ella para odiar a los irlandeses?

—Porque tras la Gran Hambruna de la que hace muchos muchos años,

cuando se malogró la cosecha de patata, América fue invadida por millón y medio de irlandeses, emigrantes muertos de hambre si prefiere, pero que salieron adelante, se establecieron allí, y crecieron y se multiplicaron.

El doctor Baggeley asintió con la cabeza, admirando el don de exponer concisamente que había demostrado tener Tim.

—Por supuesto que no es solo esta influencia lo que fastidia a Crawford MacPherson. Es lo que los irlandeses llevaron con ellos y sembraron en América, cosas que le parecen terribles y sucias.

—¿Qué tipo de cosas, muchacho? ¿Quiere decir bailar acompañados del violín... «Los rastrillos de malvas», «Los tresnales de cebada» y «Ojea la hembra de reyezuelo»?

—No, no, doctor. Dijo que llevaron las borracheras, y pensiones llenas de mujeres pintadas... y la sífilis... y la religión católica.

El doctor chasqueó la lengua.

—Palabra de honor, muchacho, que no podría estar de acuerdo con que los irlandeses fueron pioneros en esas cosas. ¿Y la Iglesia católica? Cielos, ¿no pertenecemos usted y yo a ella? ¿Y recuerda usted al presidente Kennedy?

—Sí. Pero Crawford MacPherson no.

—Aquí tenemos a los Caballeros de Columbano, recuerde. Convertir a los forasteros es lo suyo, y creo que obtienen una indulgencia por cada alma: cuarenta años y cuarenta cuarentenas, o algo por el estilo.

Tim meneó la cabeza.

—Crawford MacPherson tiene un plan, doctor. Un asombroso plan a largo plazo. Quiere asegurarse de que nunca volverá a haber una Gran Hambruna en Irlanda debido a que se malogre la cosecha de patata. Y lo cierto es que eso podría suceder por culpa del modo escandaloso en que la gente de aquí hizo una mueca de desprecio a «La Maravilla del Terremoto».

—Cuánta razón tiene, muchacho. Más de una vez he tratado de convencer a Billy Colum y sus amigos para que hicieran licor clandestino del Terremoto. ¡Con eso sí que cogería uno una trompa como un piano!

—Pero —prosiguió Tim— dice que cualquier patata es en su mayor parte fécula. Quiere que aquí a la patata la sustituya el sagú, que hasta proporciona más fécula y es mucho más resistente. El sagú crece en árboles.

Quiere que haya bosques de árboles de sagú por toda Irlanda. Quiere comprar todas las tierras de labranza y que el sagú sea obligatorio.

Un paulatino asombro y placer fueron cubriendo el vasto semblante del Honorable Doctor Eustace Baggeley. Casi saltó de su sillón y se puso de pie sobre la esterilla de la chimenea, inclinado hacia Tim.

—¿Sagú? ¿Sagú? Ah, hijo mío de mi alma, me devuelve usted a Sumatra, a mis días en el Ejército. ¡Sagú, por san Kevin de Glendalough, bendito sea! La misma palabra *sagú* significa «pan», muchacho.

—A mí no me gusta, doctor.

—Ah, debe de confundirlo con la tapioca. Esta se obtiene calentando la raíz de la mandioca amarga, un arbusto tropical de la familia de las euforbias. La fécula se produce, sin duda, pero no tiene nada que ver con el sagú. A la tapioca también se la llama yuca.

—¿Qué me dice, doctor?

—Así es, muchacho. En determinadas partes de Sudamérica, la carne y la yuca son casi la única dieta de los nativos. Y se las arreglan con ella, pero el sagú les haría unos hombres.

La cara de Tim se nubló como con admiración.

—¿Cree, doctor, que se podrían cultivar los árboles del sagú aquí?

—Por supuesto, muchacho. ¿Por qué no? ¿No tenemos la corriente del Golfo? ¡Cielos, estoy entusiasmado!

—¿Entusiasmado?

—Estoy encantado. Tal vez sea porque soy médico militar, ¿pero sabía que los indígenas del Brasil descubrieron que al asar los tubérculos de la mandioca se descomponía el ácido cianídrico de la savia blanca y lechosa?

—No, ¿pero es por eso por lo que está usted entusiasmado?

—Bueno, no exactamente, pero el arbusto de yuca crece rápidamente en cualquier sitio, y acaba con las malas hierbas. Sin embargo, lo que yo prefiero es el sagú.

Tim dio una chupada a su pipa. Le resultaba más bien difícil que el doctor precisara, y ahora la señora Crawford MacPherson había caído momentáneamente en el olvido. El doctor se había trasladado hacia una bandeja abarrotada de medicinas que había en su escritorio y seleccionaba jovialmente entre lo que contenía.

—Muchacho —dijo—, espero volver a ver, pero en Irlanda, los dorados palacios de Siam, los torreones y cúpulas de Malaca, y las aceras cubiertas de horneados pasteles de sagú..., ah, el salvaje y bruñido encanto de Oriente.

Había encontrado simultáneamente una ampolla y una jeringuilla hipodérmica.

—Pero Crawford MacPherson —alegó Tim— dice que pasarán años antes de que esos árboles crezcan.

El doctor se había puesto a sí mismo una inyección junto a la nalga izquierda, atravesando con la aguja la tela del pantalón. Luego se sintió satisfecho.

—Una palma de sagú de la cepa adecuada, Tim, querido —dijo—, puede madurar en quince años.

—Bueno —replicó Tim—, dice que va a importar sagú a este país en buques aljibe, para dar de comer a la gente en tanto crecen los árboles, ¡y así desacostumbrarla de las patatas!

El doctor sonrió, pero su rostro estaba ligeramente ausente, caviloso.

—Debo conocer de inmediato a esta interesante y valiente mujer, Tim. Ha de hallarse ahora en Poguemahone Hall, supongo. Pero antes de que vaya es fundamental que usted mismo se instruya sobre esta gran novedad, algo que cambiará de forma radical la historia de Irlanda y posteriormente todo el marco social de la Europa Occidental. ¿Ha oído hablar de Marco Polo?

Otro extranjero, pensó Tim. ¿No era bastante de momento tener que arreglárselas con esa escocesa?

—Creo que no, señor —dijo con frialdad.

—Bueno, hay libros aquí. A ver...

Se levantó y caminó con paso firme hacia las recargadas estanterías, mientras buscaba con la vista y tocaba los lomos de los volúmenes con dedo indagador. Bajó dos y se detuvo, en busca de un tercero.

—El caso es que —dijo, todavía dándole la espalda— aunque un árbol tarde en crecer quince años o más, solo se dispone de aproximadamente diez días para talarlo. Hay que hacerlo cuando abre en flor, de no ser así se pierde el sagú. Va todo a alimentar las flores. ¿Comprende, muchacho?

Había regresado a su asiento, poniendo tres libros sobre el escritorio y examinando uno de ellos.

—Bueno, si así son las cosas, doctor —dijo Tim, expansivo—, los árboles deberían espaciarse por lo que se refiere al momento de plantarlos, de otro modo habría decenas de miles de árboles que necesitarían ser talados casi en el mismo día... ¿y dónde se conseguiría la mano de obra en esas circunstancias?

El doctor sonrió, concediéndole su aprobación.

—Pero qué alerta está usted —dijo—. ¡Espléndido! Creo que la buena mujer de Ned tendrá en usted a un capacitado lugarteniente. Sí, ahora estoy marcando ciertos pasajes en estos libros con tiras de papel. Quiero que se tome un respiro y lea esos pasajes: aquí, quiero decir, hoy. Y lea también cualesquiera otras partes que le interesen. En esta tarea puede contar de forma ilimitada con el producto de la Destilería de Kilbeggan, de Locke.

Se levantó al tiempo que lo hacía Tim, sorprendido.

—Pero —preguntó— ¿qué hay de mi nueva jefa en Poguemahone Hall?

El doctor le dio unas palmaditas en el hombro.

—No tiene por qué preocuparse por eso lo más mínimo, muchacho, pues ahora mismo voy a verla. Le explicaré que le he pedido a usted que emprenda una investigación que le resultará muy grata. Así que siéntese y relájese, y tómese otra copa. Cuando baje comprobaré que Billy Colum avanza en la colocación de esos tablones en el salón. Y le diré a Sarsfield que no le moleste a usted aquí y que solamente le suba una bandeja pasadas unas horas.

Tim Hartigan sonrió. Sabía que este hombre podía ser totalmente inaguantable, pero que tenía el corazón en su sitio.

—Bueno, gracias, doctor —dijo—. Es usted muy amable. Haré como dice. Pero me gustaría que advirtiera de una cosa a Sarsfield Slattery.

—¿De qué se trata?

—Nada de sagú.

—¿Cómo? Bueno, ejem, nada de sagú.

Haciendo un ademán con la mano, el doctor se fue; llevaba un bolso muy pequeño.

Tras tomar en sus manos el primer libro, Tim Hartigan regresó a su asiento y le echó un vistazo. Letra de muy buen tamaño, observó aprobatoriamente. Abriéndolo finalmente por el separador, lo puso boca abajo y atendió meticulosamente a su vaso, sirviéndose un generoso cuarto del medicamento de Locke, añadiéndole un poco de agua para potenciar el sabor y luego echándoselo con gratitud gahzate abajo. No era de sorprender, reflexionó, que en los viejos tiempos los monjes fueran grandes eruditos, pues tuvieron el ingenio de hacer en el mismo sitio en que moraban la medicina que daba a la mente madurez y aplomo, saciando la sed corporal al tiempo que aguzaban la sed de sabiduría con ese vino de los toneles de los viñedos de conocimiento humano de Dios. Miró con simpatía la biblioteca a su alrededor, después llevó su libro y los recipientes al gran escritorio y se retrepó lleno de agradecimiento en el sillón particular del Honorable Doctor Eustace Baggeley. Entonces comenzó su lectura.

El depósito de cosmografía dietética de Sleator, pág. 627:

La verdadera palma de sagú prospera en emplazamientos bajos y pantanosos, y crece hasta una altura máxima de treinta pies. Madura para ofrecer fécula entre los quince y los veinte años.

Todo el interior del tallo estará para entonces obstruido con una sustancia medular encerrada en una cáscara dura (la única madera del tallo). En esta fase, se observará que el árbol echará unas florecientes espigas terminales, y después de tres años estas maduran y se convierten en frutos y semillas. Si se deja que continúe el proceso, toda la fécula se consumirá, el tallo se hará una cáscara hueca, y la planta habrá muerto en

ese supremo esfuerzo. Pero inmediatamente aparecen las espigas en flor, el tallo se corta, troceado en porciones que van de los cuatro a los seis pies de largo, y son llevadas a la fábrica.

Allí se parten longitudinalmente, y se saca su fécula medular. Esta se arroja al agua y se lava hasta que todo el material fibroso y otras impurezas quedan flotando en la superficie. Después de permanecer así un tiempo, la fécula se asienta en el fondo de la artesa, y se lava sucesivamente y se decanta el agua. Entonces se seca y constituye lo que se llama «harina de sagú».

Para prepararla para las tiendas, la harina se vuelve a humedecer y se introduce en sacos, en los cuales se puede agitar y golpear bien cuando cuelga del tejado de la estancia.

Después se restriega sobre cedazos de diferente malla hasta que se separa en «sagú perla», «sagú granulado», etc., cuando se seca al aire libre o sobre hornos.

El refinado del sagú hasta los grados que demanda el mercado europeo lo realizan mayormente los chinos de Singapur...

Alrededor de 1913, la importación media anual en el Reino Unido de sagú, harina de sagú y cernido de sagú fue de unas 29.000 toneladas.

* * *

El libro de Marco Polo el Veneciano (2 vols)., del coronel sir Henry Yule, vol. II, pág. 300:

La gente no tiene trigo, pero sí arroz que toma con leche y carne. También tienen vino de árboles como de los que os hablé. Y os referiré otra gran maravilla. Poseen una especie de árboles que producen harina, una excelente flor que se come. Estos árboles son muy altos y gruesos, pero tienen una corteza muy fina, y dentro de esta se hallan repletos de harina. Y os digo que Micer Marco Polo, que fue testigo de todo esto, contó cómo él y sus acompañantes probaron esta harina hecha pan, y les pareció excelente.

Ibid., págs. 304-305:

Una interesante información sobre el árbol de sagú, de la cual también Roderico ofrece un relato; Ramusio sin embargo es aquí más completo y más exacto: «Al quitar la primera corteza, que no es muy gruesa, se llega a la madera del árbol, que forma un grosor todo alrededor de unos tres dedos, pero dentro de esta hay una médula de harina, como la del Carvolo. Los árboles son tan grandes que hacen falta dos hombres para medirlos en palmos. Meten esta harina en tinas de agua, y la sacuden con un palo, y entonces el salvado y otras impurezas ascienden a la superficie, mientras que la harina pura se hunde en el fondo. Entonces se tira el agua, y se coge la harina ya limpia que queda y se hace con ella una pasta en tiras y otras formas. Micer Marco Polo las tomó a menudo y se trajo algunas a Venecia. Parece pan de cebada y sabe muy parecido. La madera de este árbol es como el hierro, pues si se arroja al agua se va directamente al fondo. Se puede partir en línea recta de un extremo a otro como si fuera una caña. Cuando se ha retirado la harina, permanece la madera, como ya se dijo, con un grosor de tres pulgadas. Con esta la gente hace lanzas cortas, no largas, porque son tan pesadas que nadie puede llevarlas o blandirlas si son largas. Un extremo se afila y se chamusca en el fuego y, cuando se han preparado así, atraviesan cualquier armadura, y mucho mejor de lo que lo hace el hierro».

* * *

El archipiélago malayo en 1896, de A. E. Williams:

Cuando hay que hacer sagú, se selecciona un árbol adulto justo antes de que vaya a florecer. Es cortado por una altura cercana al suelo, las hojas y peciolo se quitan y se arranca una ancha tira de corteza de la parte superior del tronco. Esto pone al descubierto la materia medulosa, que es de un color mohoso cerca de la base del árbol, pero más arriba de un blanco inmaculado, de una dureza como la de una manzana seca, pero con fibras leñosas que la atraviesan separadas alrededor de un cuarto de pulgada. Se

corta la médula o se deshace hasta que se convierte en un polvo grueso, por medio de una herramienta construida para este propósito [...].

Se vierte agua sobre la masa de la médula, la cual se amasa y se aprieta contra el tamiz hasta que la fécula se disuelve por completo y pasa a su través, momento en que los desperdicios fibrosos se tiran, y un nuevo cubo lleno lo reemplaza. El agua cargada con el sagú pasa a una artesa, con una depresión en el centro, donde se deposita el sedimento, y el agua sobrante corre por una salida llana. Cuando la artesa está casi llena, con la masa de fécula, que tiene un tono levemente rojizo, se hacen cilindros de unas treinta libras de peso, y se los cubre cuidadosamente de hojas de sagú, y en este estado se vende como sagú en bruto. Hervido con agua, este forma una masa espesa y pegajosa, con un sabor más bien astringente, y se come acompañado de sal, limas y guindillas. El pan de sagú se hace en grandes cantidades, y se cuece haciendo pasteles con él en un pequeño horno de barro de seis a ocho pulgadas de ancho, y lo mismo de largo, que contiene seis u ocho rendijas enfrentadas, de unos tres cuartos de pulgada de ancho cada una. El sagú crudo se parte, se seca al sol, se pulveriza y finalmente se cierne. El horno se calienta sobre una lumbre débil de brasas, y se llena levemente con polvo de sagú. Entonces se cubren las aberturas con un trozo liso de corteza de sagú, y en aproximadamente cinco minutos los pasteles están lo bastante cocidos. Los pasteles calientes están muy ricos con mantequilla, y cuando se hacen con el añadido de un poco de azúcar y coco rallado, son deliciosos. Son blandos, y algo parecidos a pasteles de harina de maíz, pero poseen un ligero sabor característico que se pierde en el sagú refinado que usamos en nuestro país. Cuando no se desea usarlos de inmediato, se secan al sol durante varios días, y se atan en manojos de veinte. Entonces se conservan años; están muy duros, y muy ásperos y secos.

Tim cerró el libro, acabó lo que le quedaba de bebida y rellenó el vaso pensativamente. Frunció el ceño un poco mientras llenaba la pipa. ¿Cómo podía seriamente la gente intentar vivir del sagú? ¿Es realmente un alimento básico, como el pan hecho de harina de trigo entre nosotros? ¿Y a esa gente de Oriente le parecería muy raro que los irlandeses depositaran

tanta confianza en las patatas, incluso si las patatas fueran (y seguro que no lo eran) «La Maravilla del Terremoto»? Según todos los relatos, el Jardín del Edén no era pantanoso y era bastante seguro que ningún alto árbol de sagú resguardaba del calor del sol mientras Adán y Eva escarbaban el suelo sin pecado para obtener las primeras patatas del mundo. Encendió la pipa y entornó los ojos dejándose llevar por el ensueño.

La puerta se abrió hacia el interior con un ruido y Sarsfield Slattery se precipitó dentro, alerta y algo amenazadoramente.

—Tim, ¿ha estado aquí Billy Colum?

—No. Aquí no ha estado nadie. ¿Por qué?

—Le traía una taza de té y una rebanada de pan moreno. El doctor me dijo que estuviera pendiente de él. ¡Se ha ido!

—¿Ido? Cielos, estaba aquí leyendo algunas cosas sobre el sagú para complacer al doctor y, bueno..., pensando... y bebiendo. Creía que Billy seguía trabajando ahí abajo.

—Bueno, ha desaparecido de la faz de la tierra. El doctor está en tu casa. Lo mejor será que lo telefonee.

Tim asintió con la cabeza, sin esperanza.

—Supongo que es lo más prudente —se mostró de acuerdo.

En Poguemahone Hall, Tim decidió abandonar a Sarsfield y subir solo a las habitaciones privadas de Crawford Mac Pherson. Habiendo pasado tan velozmente de la sencillez a la complejidad su vida, ahora empezó a temer una confusión sin límites y resolvió por lo que a él tocaba ser más que cuidadoso. ¿Qué cosas inauditas no podían resultar de la colisión del doctor atiborrado de medicinas y una extranjera que no estaba en sus cabales? ¿Qué cosas incomparables podían suceder en la casa de Ned Hoolihan mientras su propietario estaba arriba en un avión, trazando el mapa de su imperio petrolífero de Texas o marcando el lugar de un pozo de extracción? Tim llamó a la puerta y entró.

El Honorable Doctor Eustace Baggeley estaba elegantemente tumbado en el ancho sofá, con una amplia sonrisa y un brillo en los ojos. Crawford MacPherson se hallaba en el sillón al lado del fuego: no enojada, no afable, sino aparentemente de un aceptable humor neutro.

—Bien, Tim, ¿qué ocurre? —preguntó la mujer.

—Está usted pálido, muchacho —sonrió el doctor.

Tim se permitió tomar asiento, pues su ingestión de la bebida de Locke había, de algún modo, disipado su natural reserva.

—Pensé que debía poner en su conocimiento, doctor, que ese Billy Colum suyo ha desaparecido. Sarsfield Slattery lo echó de menos y después de buscarlo y de gritar su nombre, creímos que debíamos venir aquí y hacérselo saber de inmediato.

MacPherson posó en la mesa el vaso que tenía en la mano.

—¿Qué es esto, doctor? ¿Gente que desaparece? ¿Ca-dáveres de inocentes quitados rápidamente de en medio? Pensaba yo que la cosa estaba tranquila

en este país.

El doctor agitó alegremente una mano.

—Mi querida Crawford, nada en este mundo está siempre tranquilo. Billy es un hombre la mar de raro, lleno de caprichos y que carga con la cruz del reumatismo. Probablemente reaparezca dentro de pocos días. Puede que haya ido a Killoochter a ver a su anciana madre. ¿Dejó algún mensaje, Tim?

—Nada, señor. Simplemente desapareció.

MacPherson se puso en pie.

—Parece que he tenido la desgracia de tropezarme con algún tipo de criminalidad en su castillo, doctor. Algo que huele a secuestros agrícolas, a fenianismo o a algo así. ¿Dónde está la policía? Puedo llamar al embajador americano en Dublín, si hay algún teléfono que funcione en este distrito impío.

El doctor también se levantó, con el buen humor intacto.

—Nada de eso, señora mía. Billy es completamente inofensivo, y un carpintero de primera. Me estaba revistiendo con paneles de madera un salón. Mire, en este país no tenemos horarios de oficina. Nunca se sabe. Podría haber recordado de repente que tenía que mandar una carta, y para eso hay que caminar durante dos millas y media.

La mujer bufó.

—No tengo la menor duda —dijo, con voz severa— de que sus malditas patatas causan debilidad en la cabeza lo mismo que en los huesos. En cualquier caso, es un trabajador suyo, doctor. Deberíamos ir e investigar.

—Pero mi querida Crawford...

—¡Ahora mismo!

En un tiempo sorprendentemente breve tomaron los abrigos y sombreros, y todo el grupo, incluido Sarsfield Slattery, se metió en el añejo Bentley del doctor. Nada podía perturbar el aire triunfal de este y, cuando el coche arrancaba, advirtió a su nueva pasajera sobre qué podía esperar de las descuidadas carreteras rurales de Irlanda, aunque el trayecto fuera de menos de una milla.

—No soy una absoluta principiante, doctor —contestó ella—. Desembarqué del trasatlántico cerca de Cork y conduje mi propio Packard hasta aquí, y las montañas de Kangchenjunga no podrían ser peores. ¿Por

qué no tiene aquí la gente elegantes ponis y cabriolés en vez de esos carricoches tirados por burros?

—Los ponis —contestó el doctor— no sirven para las faenas agrícolas en los campos pequeños. Aquí lo que necesitamos son animales para todo uso, y carros que puedan transportar patatas y abono lo mismo que gente. Cuando estaba en el Ejército, en las afueras de Singapur, arábamos con vacas. ¿Ha tomado usted alguna vez mantequilla de yak, Crawford?

El doctor se rio.

—Claro que no, pero aunque es deliciosa, como el queso de sagú, no es tan nutritiva como la mantequilla de vaca.

—¿*Nutritiva*? Esa es la bobada que dicen los médicos en todo el mundo: ¡*nutritiva!* ¿Son nutritivas las patatas? La utilidad de la comida es mantener viva a la gente, y *en su propio país*. Las patatas apenas son conocidas en los Estados Unidos. Sorprende lo fácilmente que los irlandeses que llegan allí se olvidan de sus papas nativas.

—Eso me recuerda —se interpuso Sarsfield— que Billy Colum se marchó sin comer.

El doctor había ido conduciendo su viejo y garboso coche y ahora se aproximaba a su espléndida entrada almenada, siempre hospitalariamente abierta, con las verjas hacia adentro de par en par permanentemente emparedadas entre piedras y helechos.

—Henos aquí en Sarawad, Crawford. La palabra *Sarawad* es gaélica y significa «antes de que pase mucho tiempo». Un nombre delicioso, convendrá. Equivale a esperanza y mejores tiempos en el porvenir.

Mirando en derredor, la mujer dijo:

—Aquí toda la gente dice un montón de obscenidades y tonterías. Parte de la culpa puede que sea del clima, pero no toda. Espero que tenga algo de beber en casa, doctor.

El doctor se había apeado y se dirigía a las puertas.

—Henos aquí, señora. El castillo de Sarawad, hogar de los sin par productos alimenticios y la verdadera, arrebolada Hipocrene.

Crawford MacPherson no malgastó su tiempo ni admiración en la hermosa y antigua puerta ni en las armas de caza y cabezas de animales que atestaban los muros; parecía dirigir el grupo, como si fuera la dueña del

castillo, subiendo las escaleras hasta la sala que había sido escenario de los esfuerzos de Billy. Las paredes artificiales de teca, inmaculadas y completas, relucían bajo la luz nocturna al tiempo que una silla, un serrucho y el pulcro desorden que deja tras de sí un buen carpintero se hallaban en mitad del suelo.

—Estaba aquí acabando el trabajo cuando bajé —dijo el doctor dando golpecitos en un trozo de pared—. Le eché una mano y él parecía ser el de siempre.

—¿Estaba sobrio? —preguntó MacPherson.

—Tan sobrio como el día que nació, porque Billy jamás tocaba bebida embriagadora alguna. No es que la bebida fuera contra sus reglas, ni las mías tampoco, pero le sentaba fatal a su reumatismo. Es que tenía reumatismo congénito, el pobre. Soportaba como un mártir esa dolencia, nunca se quejaba ni permitía que lo deprimiera.

—Ofrecía todos sus dolores a Dios —dijo Tim píamente.

MacPherson miró furiosamente la habitación y luego una cara tras otra.

—¿Cómo puede ser carpintero un lisiado? —interrogó.

—Oh, el doctor en persona lo cuida —contestó Sarsfield—. Se maneja de lujo, mujer.

—¡No se atreva a llamarme mujer!

—El caso, Crawford —medió el doctor—, es que lo que le aqueja verdaderamente no es la anticuada inflamación de los músculos y del tejido de las articulaciones, sino una afección verruculosa de los tendones que lo deja baldado y con el ánimo por los suelos, pero un dardo mío lo vuelve a poner en condiciones, lo mismo que se da cuerda a un despertador. Puede estar segura de que cuido a mis empleados.

—Ya. Sus músculos están bien, pero los tendones están siempre destrozados. Supongo que esa situación lo agravaría. ¿Y es dado a desaparecer de esta forma?

—La verdad es que no, Crawford —contestó afablemente el doctor—. Pero él dispone cómo organiza su tiempo cuando hace un trabajo, y lo hace a su modo, ¿sabe? Aquí somos como una familia feliz. Billy Colum tenía algo de artista. No se le pueden meter prisas a alguien así; no si quiere que haga un trabajo con estilo, como es debido.

—Y dígame, doctor, ¿esas inyecciones le dan náuseas o lo trastornan de algún modo?

—No, qué va. A veces le hacen cantar, le ayudan a salir de sí mismo. También le ayudan a dormir bien por la noche, pues tiene un poco de insomnio.

—¿Pero come bien?

—Dios mío —interrumpió Tim—, ¿*comer*? La mayoría de los días está tan hambriento que se comería a un fraile de los Hermanos Cristianos. Cuando Billy se sienta, hay zafarrancho de combate. Dele un perol de estofado irlandés: patatas, cebolla y toda la carne que sea, y se lo zampará llenándose el gaznate como un poseso.

MacPherson lo miró ferozmente.

—¿Quiere decirme, joven, que es adicto a la glotonería? Doctor, ¿podríamos, solos usted y yo, visitar sus habitaciones?

—Será un placer, Crawford.

Tim y Sarsfield se miraron el uno al otro lastimosamente mientras partían sus superiores. Esta mujer no hacía distinciones entre personas y clases. Era tan imperiosa y autoritaria con el doctor como con ellos, y aparentemente creía que el dinero de su marido había demolido todas las barreras.

—La tipa esta —dijo pensativamente Sarsfield— me está poniendo de los nervios.

—No me digas, pobre —replicó Tim secamente—. Es la primera vez que está aquí, y puede que la última. Pero yo tengo que vivir con ella, día y noche, y puede que se quede en Pogue Mahone durante años; *durante años*, tío. ¿Te gustaría cambiarte por mí?

—Antes me iría a los Estados Unidos, como Hoolihan. Pero Billy... Sé que a veces el doctor le da un picho con su propia aguja. Algo terrible va a pasar. No oí a Billy abandonar la casa, en realidad no lo eché de menos hasta que fui a llamarlo para la comida.

—¿Por qué todo este lío? —preguntó Tim con tono malhumorado—. Acabó su trabajo y tal vez decidiera largarse a tomar una copa. ¿Oíste al doctor decir que Billy es abstemio total? Esa sí que es buena.

—Escucha, Tim —dijo Sarsfield de forma apasionada—, sabes muy bien que a Billy no se le ocurre ese tipo de ideas. Cuando está cansado de trabajar

y hambriento, la única idea que tiene en la cabeza es atacar ferozmente la comida. Lo sabes de sobra.

Tim no prestó mucha atención, pues estaba examinando y pasando revista a los paneles de madera; un trabajo bien hecho, había de reconocer, y muy habilidoso.

—Esperemos —dijo finalmente— que Billy no aparezca ahogado en un agujero en la ciénaga.

—¿La señora te deja fumar? —preguntó Sarsfield.

—¿Qué? —dijo Tim con voz áspera—. ¿Fumar yo? Fumaré mi pipa cada vez que quiera y donde quiera.

Sarsfield encendió un cigarrillo y le dio agradecido una chupada, sin dejarse intimidar por las voces que regresaban.

—Puesto que tiene usted el instrumento, querida —dijo el doctor al entrar—, podría darles una pasada a los pechos de esos dos chicos. Fuman como carreteros, algo de lo que yo personalmente me mantengo alejado. ¿Alguna noticia, chicos?

—Nada —dijo Tim al tiempo que observaba que Mac- Pherson blandía un estetoscopio.

—Dios santo —susurró Sarsfield, estupefacto.

—Enséñeme, doctor —dijo bruscamente MacPherson—, dónde acabó la tarea el desaparecido.

—Claro —contestó el doctor—. Me detuve para hablar con él y le eché una manita, de aficionado, justo aquí, mire.

Ella asintió con la cabeza y, con los auriculares en su sitio, comenzó a pasar la campana del estetoscopio sobre esa sección en particular de la pared, inclinándose para cubrir las partes inferiores. De repente se volvió a erguir y cambió de opinión.

—Usted —dijo abruptamente a Tim Hartigan—, ¡coja un escoplo o algo y rompa los paneles en esta juntura!

Frunciendo el ceño, Tim se agachó sobre las herramientas. Aún jovial, pero un poco preocupado, el doctor intervino:

—Pero, querida, eso ya es trabajo terminado. Quiero decir que sería una pena romperlo.

Tim entregó cuidadosamente un escoplo y un martillo a Sarsfield.

—Pues sí, doctor. También sería una pena que uno de sus trabajadores perdiera la vida.

Tras un gesto de conformidad de su empleador, Sarsfield introdujo el borde del escoplo en una juntura apenas perceptible y empezó a martillar toscamente hasta que los ruidos del destrozo terminaron con un hueco desigual cavado en los paneles. MacPherson miró dentro.

—Rápido, muchacho —gritó ella—, parta algunos más hacia el suelo y sáquelo. ¡Está ahí, boca arriba!

Siguió la confusión de la faena y de las voces hasta que Tim se halló tras los paneles arrastrando al comatoso Billy para ponerlo en pie y manipulándolo hacia la luz de la abertura y el rescate final.

—Vaya, Dios santo —dijo el doctor boquiabierto—, ¿cómo demonios pudo encerrarse él mismo en la pared? Las puntillitas están clavadas de afuera adentro. Diantre, esto es el colmo. ¿Cómo te encuentras, Billy?

MacPherson, con las manos en las enormes caderas, tenía una expresión torva.

—Doctor, ¿le ayudó usted en este trabajo? ¿Le puso una inyección para sus tendones?

Billy estaba sentado desconsoladamente en el suelo, solo parcialmente consciente.

—Está volviendo en sí —gritó Sarsfield.

—Claro que le ayudé un poco —dijo agradablemente el doctor—. Esa aflicción verruculosa podía hacer que un trabajo delicado como este saliera mal.

—Más vale que lleve a la cama a este hombre —dijo MacPherson a Sarsfield—, y después tengamos un receso en su biblioteca, doctor.

—Será un placer, querida —contestó el doctor, ya recuperado por completo su buen humor—. Siempre hace falta que alguien cuide todo el tiempo a esos hombrecillos tan descuidados.

Sin decidirse al principio, Tim siguió a sus jefes a la biblioteca, contento de haber apartado antes sus libros y utensilios para beber. MacPherson se sentó junto al fuego; poniendo el estetoscopio sobre el escritorio, sacó la botella de Locke y tres —sí, tres— vasos. MacPherson bebió agradecida, aparentemente juzgando que la situación era un pequeño triunfo para ella.

—Querido doctor —dijo—, discúlpeme si mostré modales algo bruscos en este pequeño misterio. Pero me turba el sufrimiento humano. Esa es la razón por la que creo que el dinero del que dispongo debe aplicarse a la mejora de las condiciones del hombre en general.

—¿Mediante la ingesta de sagú, querida?

—Ese es un modo, el modo fundamental para Irlanda. Pero no es en modo alguno cuestión exclusiva del estómago, de dieta, ni siquiera del insólito cambio del panorama nacional. Con vastas plantaciones de pinos de sagú por todo el país habrá, por ejemplo, una nueva vida salvaje en Irlanda...

El doctor dio una palmada.

—Qué encantador, muchacha. Créame que me emociona. En mis tiempos del Ejército —en realidad, durante todos mis días juveniles—, la caza era una preocupación mía que casi llegó a hacer que relegara a un segundo lugar mi trabajo. Nunca disfruté disparando a la gente, sin importarme un pimiento si eran negros o culíes..., ¡pero los tigres! ¡Ah, los tigres!

MacPherson consiguió mostrar el fantasma de una sonrisa.

—Ya, pues yo en mis días juveniles —dijo ella—, cuando investigaba el sagú en las partes más salvajes de Sumatra y la península malaya, tuve que estar alerta ante algunas fieras enormes como el elefante asiático, el bisonte y el rinoceronte, y varias clases de oso...

—¿Qué me dice? ¡Cáspita!

—Pero estos grandes mamíferos apenas hallarían su sustento en Irlanda, incluso si se les permitiera matar y comerse a la gente. Los animales salvajes más pequeños, sin embargo, pueden ser más mortíferos. La rata del sagú es nativa de todo territorio en que crece el pino. El tapir, el sambhur y el siamang, un extraño tipo de simio antropoide, seguramente surgirán aquí. También el macaco cangrejero prosperará en Connemara. No estoy segura de que vengan el tigre asiático y la pantera negra, pues son animales depredadores muy distintos, pero pueden esperarse muchos felinos más pequeños de la jungla y jabalíes. Serían incontables las especies de aves foráneas que se posarían en los pinos de sagú...

—Ah, querida..., la perdiz azul, el faisán argos y la cerceta del algodón, los vi en las casas de comidas de Hong Kong.

—Sí, doctor, pero algo que no se debe ignorar son los enjambres de

nuevos insectos, monos domésticos y serpientes cuadrúpedas y, por todos los santos, el jaleo que armen será algo nuevo para este país, particularmente de noche.

Hubo un breve silencio de reflexión.

—¿Está segura, mi querida Crawford, de que esta... esta turbación de hemisferios, por así decir, merece la pena por el mero interés de cambiar la patata por sagú en este país?

MacPherson posó elegantemente su vaso vacío.

—Por supuesto. ¿No viven millones de personas en esas condiciones en Oriente? ¿Qué sucedería si todos decidieran emigrar a América?

—Hum... Sería un mal asunto. ¿Otra copa?

—Gracias.

—¿Tim?

—Gracias, doctor.

—Tengo que volver a casa, doctor, muy pronto. Tengo cartas que escribir y notas que apuntar. Ha sido un gusto conocerle.

El doctor sonrió sinceramente.

—Ah, mi querida Crawford, para mí ha sido un placer y un honor supremos dar la bienvenida a estos pobres lugares a la esposa de mi querido amigo Edward Hoolihan. Le pediré a Sarsfield Slattery que la lleve a casa en mi coche.

—Muchas gracias. Volveremos a vernos dentro de pocos días. Quiero hablarle de otro derivado muy importante. Me refiero a los muebles de sagú.

Y así, un encuentro tan extraño en sus consecuencias llegó a su final aquella noche.

Al llegar a Poguemahone Hall, Tim Hartigan se despidió de la nueva dueña, recogió en el salón una carta aérea dirigida a él mismo y se dirigió a su aposento en la cocina. Estaba cansado, e intestinalmente un poco irritado por el *whiskey* gastado. Se fue a la cama, volvió a encender la pipa y abrió la carta.

Querido Tim:

Las cosas se están poniendo muy difíciles aquí. Un nuevo pozo petrolífero se pavonea con su torre cada tres días y no creo que consiga alcanzar más de quince horas de verdadero sueño a la semana, totalmente solo y en perfecta paz, paz que fue solo posible reservando la planta entera del Hotel Blue Water Gulf en Corpus Christi con una brigada de mis polis privados para mantener alejada a esa chusma de la prensa y la tele y bloquear todos los asaltos telefónicos. No es que me falten ayuda y ofrecimientos de auxilio. Esos ofrecimientos son tan continuos y persistentes y caen sobre mí desde cualquier sitio en tal diluvio que en este momento tengo los nervios de punta. Un cura jesuita, el padre Michael Peter Conors, se las compuso para ser invitado a desayunar conmigo so pretexto de obtener una suscripción para un nuevo convento de las Hermanitas de la Inmaculada Eucaristía en Dallas (por supuesto, para la vieja Iglesia sigo siendo un primo, como ya lo era cuando era un simple labrador en Poguemahone), y cuando se sacó una especie de libro iluminado para que lo firmara y así fuera recordado en diez mil misas que se ofrecerán por los benefactores en la capilla del convento durante veinticinco años a partir de la fecha inaugural, una

cajita de postas del 357 de Smith and Wesson cayó sobre su maldito plato de beicon. Las reconocí, así como la caja, porque yo también tengo uno de esos pistolones. Apreté un timbre secreto que tenía donde el pie, bajo la mesa, y cuando dos polis se lanzaron sobre el jesuita este y lo cachearon, resultó ser primo del congresista Joshua Hedge, un amigo de verdad que tengo en Washington, creo. Este soplagaítas no planeaba dispararme, por supuesto; solamente quería un cheque, no importa a qué cabrón fuera pagadero, para tener unos billetes con los que jugar y tal vez pagarse unas vacaciones en Europa. Le di cincuenta pavos en billetes, pero le advertí que tendría unas palabras sobre él con Hedge. Me da la impresión de que aquí en Texas todo el mundo va armado hasta los dientes y que cualquier hombre que acostumbre llevar pasta en el bolsillo tiene a un callado guardaespaldas tan pegado a él como sus calzoncillos; no va al baño sin que un pistolero se quede haciendo guardia ante la puerta. No necesito decirte que yo llevo un anticuado Colt 45 y *que sé cómo usarlo*: me dio clases y media hora de práctica cada día el *sheriff* de Fort Worth, un originario del condado de Clare llamado O'Grady. Llevo también un par de bolas de yerba, bombitas unas mil veces peores que el gas lacrimógeno, pero que ni tienen efecto en el lanzador (mi menda), que se toma todas las mañanas una pastilla de yerbamicina. No me escribas aquí, a Corpus Christi, pues mi cuartel general está aún en Houston. Me he mudado de la mansión de Old Mexico y ahora tengo siete pisos en el Houston Statler, y, por favor, toma nota de esa dirección. George Shagge, el acerero de Laredo, quiere que compre el maldito hotel entero y me instale en él, pero no sé, creo que esperaré un poco. Algunos de mis amiguetes de Arizona han sugerido que este estado se asienta sobre un lecho de uranio, y tal vez Texas no sea mi última morada. Pero me gusta esto. Este territorio es tan grande, y tan abultado, con tesoros bajo tierra, que un hombre siente que lo descuida solo con estar en un único sitio. El petróleo significa cientos de millas de oleoductos de gran calibre, algunos van a mi refinería de Houston y otros a las nuevas refinerías que estoy montando en Galvestone y Sabine, y también a Pensacola, en Alabama (no podemos trasladar el petróleo a las costas del oeste y del este si no es por buque

aljibe). Aquí los ferrocarriles están en manos de mangantes. He adquirido una empresa que hace prospecciones en Tulsa (Oklahoma), pues, córcholis, tengo opciones sobre 1.858 millas cuadradas de nuevo territorio aquí, en Texas, donde los resultados de las pruebas han sido más que buenos. El número total de pozos de perforación H. P. en funcionamiento en este momento es 731. Dos tipos de aquí que conozco se han presentado a gobernador en el vecino estado de Nuevo México: Cactus Mike Broadfeet y Harry Poland. Y yo estoy calladamente apoyando a los dos porque así es como son las cosas aquí. Todo este estado rebosa de rufianes y políticos, ¿y cuándo hubo diferencias entre ambas clases de gente? Estoy tan ocupado como el más cabrón, pero no soy idiota: le sigo el juego a Kennedy y seré otro valiente católico estadounidense tan pronto como obtenga la ciudadanía. Cactus Mike dice que estoy perfectamente bien, y que este estado de más de siete millones de almas tiene derecho a un cardenal y que si es elegido para el puesto de gobernador en Nuevo México tiene el propósito de instalar a algunos sobornadores y usar dinero (mío, presumo) en Roma. Dios santo, si quiere servir a la Cruz de ese modo, por qué no, dado que sirve o servía a la cruz ardiente con las ropas del Ku Klux Klan, y ahora con unas elecciones a la vuelta de la esquina no hay escasez de esos pistoleros en camiones de dormir que meten el temor a Jesús entre los putos negros. Podrías creer que llevo suficiente tiempo en los Estados Unidos como para tener algunos amigos por aquí y por allá, pero sinceramente, Tim, estoy solo que te cagas y tengo que luchar como un descosido para mantenerme lejos de los pelotilleros. Algunos de mis colegas, como se llaman ellos mismos, puede que estén bien en el fondo, pero carezco del mecanismo mental necesario para distinguir cuáles de ellos son sablistas o matones. Todos tienen un profundo, sincero y no disimulado interés por el dinero, MI dinero, diría, y no puedo decirte que mayormente lo quieren para mantener en asilos a prostitutas desgraciadas, enseñar el alfabeto a lisiados ciegos, fundar nuevas órdenes religiosas de monjas negras y mulatas y asegurarse sin género de dudas de que los demócratas no perderán jamás este estado. Cactus Mike Broadfeet tiene una insignia que certifica que ha donado

veinticuatro pintas a Nuestra Señora de la Orilla del Lago de Sangre de San Antonio, pero puede que el botón quiera decir que se hinca veinticuatro pintas de licor de maíz a la semana, pues jurarías por Dios que le arde la cara. Como creo que sabes, el único modo de moverse por este territorio, que es tan grande como Alemania, es por el aire. Yo tengo dos aparatos, un reactor y un avión con turbopropulsor, pero me pongo nervioso como un cachorrillo allí arriba, aunque a todos los aviadores y polis les he hecho jurar por la Biblia de Douai que jugarán limpio. Cuatro de mis chicos han sido tiroteados durante los últimos diez meses y una muchacha que tengo de mecanógrafa resultó tan espantosamente atacada que en el hospital de Nueva York en el que ahora está se dice que nunca volverá a andar o a ponerse en pie. Aquí los gánsteres no tienen el más mínimo respeto por el sexo débil. Con una elección estatal a la vuelta de la esquina, los que van por ahí de noche son ahora muchísimos, y Harry Poland ha soltado en la tele la gracia de que Cactus Mike Broadfeet sería el hombre ideal para ser gobernador de Oklahoma salvo porque tiene gingivitis, su amor por el Partido Demócrata es falso, esconde una casa de lenocinio en la sacristía de su Primera Iglesia Americana de los Presbiterianos de Plymouth y tiene poca esperanza de vida (lo último es algo que Poland ha calificado al fiscal como una amenaza de asesinato). De algún modo, creo que Cactus Mike se librará de esto porque es un auténtico tejano de las praderas, es propietario de una gran cadena de fábricas de camisas que va a lo largo de toda la Costa Oeste y se ha corrido la voz de que Harry Poland es un judío de Lituania, aunque lleve una sagrada medalla de oro que le dio el cardenal Spellman y nunca pruebe la carne el viernes. Tiene tiendas de fregonas de algodón en Austin, Amarillo y El Paso, pero los chicos dicen que su verdadera vocación es el negocio de las drogas y que estuvo ligado a esa rama de la mafia, Cosa Nostra. Naturalmente, toma «nieve» por el bien de su salud, y ese es más o menos el color de su cara, ya que no de su alma. ¿Sabes? Estoy lo bastante loco como para competir por el cargo de gobernador en uno de estos estados, solo que aún no poseo la ciudadanía. Lo que SÍ me gustaría de todas todas es que vinieses aquí y me echaras una mano en esto de llevar este fenomenal lío del petróleo, pero está claro que no

puedes con todo ese trabajo que tienes entre manos allí, en Poguemahone. Pero por Dios que necesito a un verdadero irlandés aquí. De todas formas, las cosas serán más fáciles en el futuro, cuando ponga en marcha una verdadera organización: esa es la gran y auténtica palabra de negocios: ORGANIZACIÓN. Señor, tenemos aquí líquido de sobra para engrasar las ruedas. Solo nos falta tener esas ruedas y organizarlas para que giren.

Bueno, Tim, he dejado para el final la gran pregunta que no dejo de tener presente en estos tiempos en el fondo de mi mente distraída: ¿cómo está Crawford, mi querida esposa? Estoy seguro de que quedasteis conmocionados, e incluso tal vez enfadados conmigo, por el modo abrupto en el que la descargué en vosotros sin avisar como es debido, pero, Tim, se puede decir que esa chica me salvó la vida cuando este súbito descubrimiento del petróleo me trastornó y me hizo lanzarme directo a la botella. En tres meses me hallaba en medio de una marea de *bourbon*, ni siquiera el más que decente destilado *whiskey* que tenemos allí, dando órdenes en los campos de petróleo, firmando opciones y cheques y contratando y despidiendo sin una idea clara de lo que estaba haciendo. Dios misericordioso se ocupó de que Crawford estuviera en alguna parte de mi oficina y la inspiró para que viniera a mi lado, guiara mi mano enferma, me salvara de mí mismo y pusiera a mi disposición los mejores médicos que se pueden hallar en todos los Estados Unidos y un especialista de primera: el doctor Feodor Unterholtz de Austria. Nunca me quitó los ojos de encima ni dejó que nadie me echara a perder, y una noche incluso tuvo el temple de echar de casa a Cactus Mike. Un ángel disfrazado si quieres, pero en cualquier caso un ángel. Y no retrocedió cuando hizo falta que se sacrificara ella personalmente. Como seguramente sabrás ya, es una estricta presbiteriana, pero supo que yo nunca estaría verdaderamente a salvo, a salvo para siempre, a menos que se casara conmigo. Bien puedes imaginar la horrible lucha que se dio en su interior, pues por supuesto sabía que yo era un católico irlandés y conocía la visión que nosotros tenemos del sacramento del matrimonio. ¿Ves el obstáculo con que se hallaba? Creo que fue a ver al cardenal Spellman o al cardenal Cushing o a algún otro de forma secreta, pero

una cosa te digo: cuando tuvo que hacer frente a la terrible elección, Crawford no vaciló. ¡Nada de eso! Recibió instrucción de un padre de aquí, aprendió las oraciones como una colegiala de Castlebar y fue recibida en la Iglesia a mis espaldas. Otra alma para Dios, Tim, ¿no son maravillosos los caminos de la Providencia? Yo tomaba tegretol y morfina y benzedrina y no sé qué demonios más, pero una noche casi me caigo de la cama cuando ella me dijo que estaba todo arreglado. Me convirtió en un hombre nuevo, a pesar de estar enfermo. Ofrecí una novena de agradecimiento a Nuestro Señor y Su Santísima Madre, y me importan un comino las befas que los cínicos puedan hacer de todo el petróleo y el dinero que poseo, no hubo ningún problema en conseguir que el cardenal Cushing accediera a ofrecernos una Solemne Misa Nupcial Pontificia con coro gregoriano para la boda. Organicé una especie de espectáculo doble al celebrar la misa, la ceremonia nupcial y el convite en el Houston Statler retransmitido en directo por circuito directo de televisión al New York Hilton, donde tuvo lugar un segundo convite simultáneo, con el senador Hovis Oster y su esposa Bella en representación de mi mujer y de mí mismo, y creo que puedes fiarte de mí si te digo que lo pasaron estupendamente todos (o los aproximadamente 7.500 invitados). Nuestra luna de miel en Miami fue muy corta, por supuesto, y muy *cautelosa*, la verdad, yo tomando Antabus, no sé si sabrás para qué sirve esa medicina; santísimo Dios, es oler un corcho y el pobre bebedor reformado se va directamente a tomar por culo.

Supongo que te preguntarás qué pienso acerca de la idea genial de Crawford de poner fin para siempre al consumo de patata en Irlanda. Bueno, esta América es un gran país en el que más allá del ilimitado horizonte no hay más que otro horizonte que sigue haciendo señas, pero aún recuerdo con mucho cariño la tierra que me vio nacer, mas he de decir que la manera lamentable en que los campesinos nativos trataron mi «Maravilla del Terremoto» aún sigue crispándome amargamente. Si los irlandeses no reconocen una sólida y buena patata libre de bichos cuando les ofrecen una, entonces es que no merecen ninguna, eso es lo que yo creo, y que se han hecho totalmente acreedores a la decisión de

que el sagú se convierta en el fundamento nacional. La pobre Crawford trató de hacer que me interesara por el sagú, pero nada de eso ha estado nunca en consonancia conmigo, aunque quién sabe lo que pensaría con la edad que tengo si hubiera tomado sagú desde la cuna, como la nueva generación de irlandeses seguramente tomará. Mi propia convicción y mi dinero respaldan totalmente el plan de Crawford porque: uno, el negocio sumamente delicado y complicado de manejar los pozos de petróleo, los técnicos geológicos y mineros, los picatostes bancarios y financieros, por no hablar de los políticos estatales o federales, no es una ocupación decente para una joven casada y como Dios manda; y dos, mi querida esposa halla la felicidad en la realización de anhelos filantrópicos lejos de casa. Para mí es un gran placer y motivo de consuelo que haya decidido ver el gran mundo a partir de la resolución, Dios lo quiera, de mejorarlo, y al hacerlo ayudarme a librarme de forma honorable de la carga de la gran riqueza que ha fluido hasta mí, y que sigue fluyendo, en una marea en constante aumento, de suelo tejano. No hay en este mundo mezquino muchas personas dedicadas a los demás, y Crawford Hoolihan es una de ellas. Mas Irlanda puede saludarla, con la bendita santa Brígida y la reina Maeve y todas las otras mujeres de nuestro pasado, sin olvidar a Gráinne. Agradezco humildemente a Dios que ella esté lejos del barullo y hedor de las paraderas del petróleo de Texas, pues nadie puede pretender que la gasolina sea una cosa bonita. Y escucha, Tim: no te engañes si parece de momento que le importas un bledo y te toma por el pito del sereno. Yo le dejé las cosas claras, y le dije de forma categórica que por lo que a mí respecta tú eras el más decente y capaz joven irlandés que viste y calza. Le dije que eras una especie de hijo para mí, aunque no abundé en ese punto. Crawford no va por ahí abriendo su corazón a todo el mundo, pero es lo suficientemente astuta como para no equivocarse con un hombre como tú, ni tan siquiera con nuestro común amigo Sarsfield Slattery. Ah, ¿cómo está Sarsfield? Hay un detalle que me gustaría que apreciaras con especial cuidado. Crawford tiene solo en su dedo meñique toda la caridad, humildad y sencillez de un san Francisco de Asís o una santa Teresa de Ávila, pero hay una cosa sobre la que aún tiene algo que aprender: me refiero al TACTO. Que Dios nos

ampare, pero su actitud directa y métodos honrados podrían ofender a algunos de los patanes sensibles que aún abundan en la verde y agradable tierra de Irlanda. Tiene, si quieres, algo de santa Juana de Arco. ¡Ayúdala y guíala allí, Tim! Nunca te canses de decirle que los irlandeses son despaciosos (tú y yo sabemos que son sencillamente unos perezosos redomados), y que es mucho más fácil dirigirlos con suavidad que empujarlos. Apenas necesito decirte que posee una gran cantidad de los contactos adecuados en las altas esferas, y que el senador Hovis Oster y yo la presentamos a la anciana señora Scheisemacher, madre del embajador americano en Dublín, Charlie Bendix Scheisemacher. Puedo decirte, entre nosotros, que Charlie es un accionista, y no pequeño, de mi empresa H. P. Petroleum, y que lo puedo manejar a mi antojo. Comprobarás que Crawford se mueve rápidamente una vez que se oriente, y si te ha dicho que ya ha organizado que el sagú viaje en buques aljibe a Irlanda como una medida provisional, es perfectamente cierto porque lo ha organizado todo a través de mi propia empresa subsidiaria naviera. Te lo advierto, va a despertar a Irlanda, ¡ya era hora!

Escríbeme, Tim, y cuéntame lo que pasa y cómo van las cosas. ¿Qué impresión ha causado Crawford en mi tierra nativa? ¿A cuántas personas ha conocido allí? ¿Qué piensa de ella Sarsfield Slattery? Y mi viejo contrincante Baggeley, ¿cómo se comporta? ¿Y ha tenido ya noticias de mi esposa? Espero que no se conozcan, porque las costumbres sobre la salud del doctor hacen que no se pueda confiar en él. El chequecito extra adjunto, del que no hace falta que hables a Crawford, es para ti. Escribe, escribe, ESCRIBE, Tim, y cuéntame todas las noticias.

Tuyo, Ned.

(Aquí se interrumpe el original).

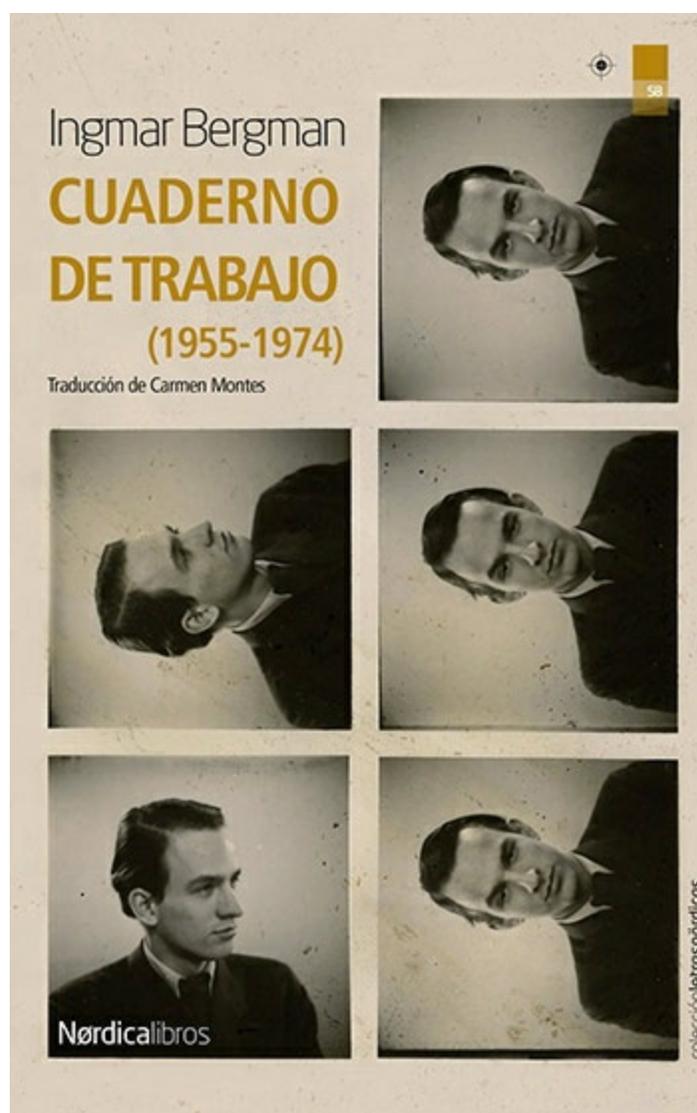
Si te ha gustado

El consumo de patata en Irlanda

te queremos recomendar

Cuaderno de trabajo

de *Ingmar Bergman*



COMPAÑERO DE TRABAJO

Estamos a principios de los ochenta, nos encontramos en el corazón de la campiña, es una mañana de invierno. He ido con la linterna hasta el autobús escolar que cada mañana recoge a un puñado de niños junto al acceso a una de las granjas del distrito. Una pesada capa de nubes, ni rastro de la luna. Hoy es un grupito menor el que se ha reunido en la oscuridad. Tres de ellos son hermanos. Su familia pertenece al movimiento evangélico Indre Mission. Esa circunstancia suele complicar nuestras conversaciones, pero anoche ponían en la tele la serie *Space 1999*. Mientras esperamos el autobús allí plantados, me alumbro con la linterna la punta de las botas y pregunto qué les pareció el capítulo de ayer. Salía un robot con una lesión por quemaduras, una especie de zombi. El niño más pequeño, que se llama Jakob, es el que siempre se pronuncia sobre cuestiones morales en nombre de todos sus hermanos. Enseguida me deja claro que en su casa no ven *Space 1999*.

El autobús vendrá por la cima de la pendiente, y sabemos que está a punto de llegar cuando sus faros iluminan el cielo sobre el pantano. Se me viene a la cabeza otra serie de televisión que estoy viendo. No es para niños, y mi madre no comprende por qué me siento tan cerca de la pantalla cuando la ponen. No es bueno para la vista, pero ella me deja, porque le he dicho que tengo que sentarme así de cerca para comprender. Dado que es para adultos. Pero no es verdad. Tengo que sentarme cerca para tenerla cerca. Si hubiera podido meterme dentro y tocar todos los componentes, lo habría hecho. En la serie hay un religioso malvado que quiere mandar sobre unos niños, y quizá por eso no sea fácil preguntarle a Jakob si su padre los deja ver esa serie... También puede que me avergüence por otra razón, pero el autobús del colegio no ha llegado aún, ya he apagado la linterna, así que pregunto de todos modos:

—Y *Fanny y Alexander*, ¿eso sí lo ves?

Nieve sucia y medioderretida bajo las botas.

—¿Eso qué es? —pregunta Jakob.

—Nada, una peli sueca —digo.

Ya se atisba un vago resplandor sobre el pantano.

—En mi casa solo vemos los documentales de naturaleza —dice Jakob, y ahí se acaba la conversación.

—De todos modos, esa serie sueca no tiene nada de particular —digo, y si Jakob, en su condición de representante moral de sus hermanos, hubiera tenido idea de hasta qué punto estaba mintiendo, me habría incluido en sus oraciones en la escuela dominical. Porque *Fanny y Alexander* es lo más extraordinario que yo he visto en mi vida. Y a decir verdad es eso, precisamente, lo que hace que me sienta incómoda en aquella oscuridad: *Fanny y Alexander* es la puerta a un mundo que es una necesidad imperiosa.

El 18 de marzo de 1960, diez años antes de que naciese yo, Ingmar Bergman escribe en su diario de trabajo: «(pienso escribir como me parezca y como quieran mis criaturas. No como exija la realidad exterior)».

Lo ha escrito entre paréntesis. Como si susurrara, como si estuviera contando un secreto. Yo lo escucho, y esa última parte de la cita, «No como exija la realidad exterior», es la que ahora arroja una luz clarificadora sobre el interés de mi yo de los doce años por aquella serie de televisión. Por eso, entre otras razones, me siento todo lo cerca que puedo de la pantalla. Porque allí dentro, en *Fanny y Alexander*, se nos describe cómo es ser niño, existir, pero no tal y como exige la realidad exterior, y por eso lo que veo me parece verdadero. Me da miedo el obispo, su compulsión controladora y, después, su cuerpo carbonizado de verdad. Y me encantan los cálidos salones rojos de la abuela, siempre transitados de adultos de lo más extraño. Comprendo sin el menor esfuerzo que la realidad es un sueño, y que el sueño se hace real, y después de haber visto la serie, debo aceptar la idea, tal como le ocurre a Alexander, de que yo tampoco me voy a librar del obispo.

Después vino *Sonata de otoño*: me sentaba cerca de la pantalla para ver bien. Fueron las caras de los adultos, los giros de sus respuestas, la luz y la intensidad... Que los adultos fueran, por fin, reales, porque los adultos de la película, esa sensación daba, eran verdaderos, al contrario que la mayoría de los adultos que deambulaban por mi cotidianidad aferrándose a lo superficial y a lo decente. Y vi *Persona*, *Escenas de un matrimonio*, *Gritos y*

susurros, El séptimo sello..., y no entendí nada, pero sí comprendí lo más importante, aprendí a conocer el nombre y el rostro de Bergman, y mi madre me veía allí sentada en el cojín, delante del televisor... También en ella creció el interés. Que mirase, me decía, que mirase todo lo que quisiera, mientras mi padre estaba cada vez más preocupado porque al final tendrían que ponerme gafas.

En la adolescencia abandoné a Bergman. Durante un tiempo, me vi obligada a sobrevivir, y eso es algo que a veces hacemos aferrándonos a las exigencias de la realidad exterior. Pero fue un plazo breve. Llegué a la universidad y empecé a estudiar literatura sueca. Strindberg, Enquist, Ekman, Lagerlöf, y en cuanto entregué el trabajo de fin de máster, me fui corriendo a casa a escribir mi primera novela. Nunca pensé entonces que fuera culpa de Bergman, pero así fue en realidad, seguramente. Él me atraía desde el otro lado del estrecho de Öresund, y un crítico escribió sobre mi primera novela: «Lleva a Bergman en el asiento trasero todo el trayecto». En aquel momento, yo lo negué. Sostenía que era Kerstin Ekman la que iba en el asiento trasero. Pero ¿quién sabe? ¿Y si los llevaba a los dos? En compañía de Enquist, además. Un trío de lo más entretenido, ahora que lo pienso.

Pero en realidad, Bergman no surgió en mi conciencia creativa hasta más tarde. Fue en mi cuarta novela, cuando me debatía con mi papel de autora. Luchaba con la soledad y con la sensación de que tal vez fuera un sinsentido escribir un libro tras otro, para lanzarlos a lo que quizá resultara ser un vacío. El trabajo se me antojaba una lucha, y una lucha acaso infructuosa. Hablé de mis cavilaciones con un amigo, pero él no era artista y no podía ayudarme contándome sus experiencias. Sin embargo, sí supo adónde remitirme:

—Tienes que leer *Linterna mágica* —dijo.

—¡Ingmar Bergman! —dije, como si se hubiera encendido una luz, y de vuelta a casa entré en una librería de viejo y compré *Linterna mágica*.

Lo leí una vez. Lo leí dos veces. Era como llegar a casa, o más bien: era como si por fin hubiera encontrado a un amigo que lo entendía todo. No era un amigo sin complicaciones, ni un amigo moralmente irreprochable ni un

burgués, ni un abogado defensor ni un superhéroe, no, sino un amigo muy atormentado, enfermo del estómago, con una estela caótica de mujeres e hijos tras de sí, nervioso, colérico, distante; y aun así tan presente que, al leer *Linterna mágica*, me sentí menos afligida. Luego compré y leí todo aquello que pude encontrar en suelo danés. Los guiones, las antiguas referencias fragmentarias al cuaderno de trabajo... Iba leyendo a salto de mata, intuitivamente, como si la lectura fuera una conversación.

El redescubrimiento de Bergman dejó huella en mi trabajo; una huella palpable. En el relato *Minna necesita un local de ensayo* (2013) aparece Bergman entre el reparto de personajes. Lo convertí en un personaje secundario de un relato sobre una compositora copenhaguense que ha perdido la voz y el local de ensayo, y que finalmente huye a Bornholm. Solo lleva consigo un vestido playero y el bañador y, literalmente, lleva a Bergman en la mochila. La compositora lo saca de vez en cuando y él le dice lo que piensa de la situación.

«Uno tiene que hacer lo que es necesario», le dice Bergman, por ejemplo, y Minna vuelve a lo que es necesario, aunque Bergman se está citando a sí mismo: «Uno tiene que hacer lo que es necesario; si no hay nada que sea urgente o necesario, no hay que hacer nada», escribe en el cuaderno el día 26 de marzo de 1961. Pero igual habría podido decírmelo a mí aquí y ahora, desde el otro lado de la mesa, mientras escribo estas líneas, y yo habría podido responderle:

—Ya puedes tomarte el suero de la leche y apaciguarte los demonios del estómago, Bergman.

Por pura casualidad, corregí la última versión de *Minna necesita un local de ensayo* en la isla de Gotland, donde el Centro de Escritores y Traductores del Báltico me había becado con una estancia, con sede en Visby. No me pasó inadvertido el hecho de que Fårö se encontraba cerca de allí, ni tampoco que me habían asignado lo que el director del centro llamaba «la sala Linn Ullmann», puesto que allí se alojó y escribió la artista. (Alojarse en la habitación de la hija para escribir sobre el padre es una circunstancia que obliga...). Lo que, por otra parte, me sorprendió fue que el Centro de Escritores tuviera un cine solo para Bergman. Arriba, en los altos del

edificio, podía uno desenrollar una pantalla, dirigirse a la estantería y elegir la película, el documental o la entrevista de Bergman que quisiera.

Por las noches me instalaba en la sala de cine, y me llevaba a dos poetas finlandeses que también se alojaban en el centro. Y allí nos quedábamos sentados. Vimos las películas que yo no había visto nunca. Todas las películas «intermedias», pero creo que a los poetas finlandeses empezaron a apetecerles otras cosas antes que a mí, porque la tercera noche me vi allí sola. Lo que me llamó la atención durante esas noches fue lo diferentes que éramos Bergman y yo en la expresión. En comparación, yo soy una suerte de minimalista, observé. Desde luego, Bergman no es minimalista en absoluto, constaté además. Es teatral.

Huelga decir que cogí el autobús hasta el estrecho de Fårö. Estaba lloviendo y subí al barco creyendo que, una vez en la isla, podría alquilar una bicicleta. No se podía, así que tuve que volver a Gotland, alquilar una bicicleta allí y luego volver a cruzar el estrecho hasta Fårö, ida y vuelta, y con un tiempo espantoso. Empecé a pedalear con un poncho impermeable de color rojo con el viento soplando fuerte de cara y una lluvia nortea torrencial.

—O sea, quieres que llegar hasta allí resulte de lo más difícil, ¿no? —le dije a Bergman, mientras pedaleaba con todas mis fuerzas.

«Es que ES difícil llegar —respondió él, a lo que yo objeté que la verdad es que no hay por qué hacerlo más difícil de lo que es, y él respondió como de costumbre:

—¡Uno tiene que hacer lo que tiene que hacer!».

A pesar del impermeable rojo llegué empapada a la iglesia de Fårö. Dejé la bicicleta apoyada en el muro de piedra y no me costó nada encontrar la tumba. En la mochila llevaba un termo de café. Lo saqué. Con aquella lluvia, no había más gente en el cementerio, y yo ya estaba empapada, así que me senté en la tumba, me serví un café y me quedé allí bebiendo en silencio. Cuando ya solo quedaba un trago en la taza lo esparcí sobre la tumba de Bergman. Y dije:

—Tienes que acordarte de ver el lado positivo de la muerte, Ingmar. Ahora el estómago sí aguantará un poco de café. Y la verdad, me gustaría darte las gracias...

Y se las di. Bien alto. Pero sentí como si no fuera suficiente gratitud. Y tuve que entrar y sentarme un rato en la iglesia, y después subí pedaleando y me tomé un dulce en el Café Fresas Salvajes, y me harté de comprar libros de Bergman, que metieron en una bolsa de plástico del Systembolaget para que no se mojaran con aquella lluvia torrencial.

Y así volví en la bicicleta hasta el barco, un tanto desconcertada. No es propio de mí comportarme como una *groupie*. Nunca he sido fan de nadie. No tengo ningún gurú, ningún héroe, ninguna imagen paterna que me explique qué está bien y qué está mal, así que ¿a qué venía aquel ritual?

Gratitud, sí. Pero ¿por qué? A lo largo de los años he sentido interés por otros grandes artistas cuyas tumbas o cuyas personas jamás se me habría ocurrido rociar con café. Soy una persona sobria y equilibrada y muy trabajadora, ¡y no tengo ídolos! Pero mientras me acercaba al atracadero del transbordador vi con claridad que mi gratitud tenía que ver con el espacio de trabajo. Primero el hecho de que, con *Fanny y Alexander*, Bergman hubiera mostrado el camino hacia esa realidad que no se guía por las apariencias. Ingmar Bergman se había convertido en mi compañero de trabajo. Un colega y un buen amigo, que se ponía a mi disposición cuando lo necesitaba, siempre lleno de comprensión, de seguridad y de sabiduría. Y además, a diferencia de todos los demás que conozco, estaba dispuesto a acompañarme en cualquier momento hasta ese lugar en el que estoy a solas de verdad.

A principios de verano vino a verme una periodista de un importante diario danés. Le dije que iba a escribir el prefacio del cuaderno de Bergman, y que sentía una gran humildad ante semejante tarea, puesto que las películas, los guiones y en concreto las notas de trabajo de Bergman significaban mucho para mí. La periodista objetó que Bergman le parecía simplemente un tipo de artista de un egocentrismo insoportable. Yo había preparado una empanada de espinacas, porque la periodista venía de muy lejos, y de no ser porque acababa de meterme en la boca un buen trozo de empanada, le habría dicho:

—Sí, y menos mal.

Estoy segura de que habrá quienes lean el cuaderno de Bergman como la

expresión de un genio egocéntrico que no hacía otra cosa que pensar en la misión artística que tenía en esta vida, mientras que sus hijos, sus mujeres y todo el mundo debían arreglárselas como podían. Yo no veo ese cuaderno así, es decir, como desviaciones de la moral. Yo los veo como obras generosas, y además sé —puesto que me he pasado los últimos diez años recomendando a artistas serios necesitados de un compañero de trabajo que lean a Bergman— que lo que consigue ese cuaderno lo consigue con más gente, no solo conmigo. Yo soy una de esas personas que acompañan a Bergman alegremente hasta el material más crudo para conversar con él. Es lo que llevo haciendo treinta y cinco años más o menos: hablar con Bergman acerca de todas las imposiciones de la realidad exterior que yo, pese a todo, ni puedo ni quiero obedecer. Él me lo dice entre susurros. Es un secreto, y quiere contármelo a mí: existe una versión del mundo distinta a aquella según la cual vive la gente. Los sentimientos de las personas pueden verse en cómo se comportan, cómo hablan, cómo se mueven. Que el trabajo es duro, agotador, pero también alegría, presencia y necesidad. Me susurra todo aquello que una vez hizo que me avergonzara en la oscuridad matinal, al lado de Jakob, que no hacía otra cosa que ver en la tele documentales sobre naturaleza. Bergman susurra:

«Hay en la garganta un grito de ira y de soledad y de hartazgo y de necesidad de contacto y de nostalgia y de desasosiego. Es un grito enorme y sin palabras que quiere salir. Pero hace unas horas no estaba. Y puede que tampoco esté mañana». (*Cuaderno de trabajo*, 10-5-71).

Eso me susurra, ni más ni menos, y yo le respondo también con un susurro: «gracias».

Dorthe Nors

El consumo de patata en Irlanda



«Quien vive sin patatas no goza de buena salud» o «Nunca pudo mantenerse de pie quien pasó mucho tiempo sin patatas» son algunas de las sentencias que leeremos en *La boca pobre*, uno de los tres títulos del genial Flann O'Brien que hemos reunido en *El consumo de patata en Irlanda*. Además de *La boca pobre* este volumen incluye *La vida dura* y *La saga del sagú de Slattery*. Las tres tienen en común una visión irónica, ácida e irreverente de la sociedad irlandesa. En *La boca pobre* y *La saga del sagú* las hambrunas (y la patata como único alimento), el nacionalismo y la emigración a Estados Unidos están muy presentes y en *La vida dura* O'Brien toma la religión, elemento central en Irlanda, como diana de su sátira. Flann O'Brien conforma, junto con Joyce y Beckett, la «santísima trinidad» irlandesa (en palabras de Edna O'Brien), y es con diferencia el más divertido de los tres. Un escritor que siempre nos sorprende y que no dejará a nadie indiferente.

Flann O'Brien (Brian O'Nolan, Strabane, Tyrone, 1911 - Dublín 1966). Escritor irlandés. Trabajó para la Administración Pública desde 1935 hasta 1953. También colaboró durante 26 años en el Irish Times con el seudónimo de Myles na gCopaleen, ya que al ser funcionario no podía escribir con su nombre. En sus artículos retrataba con un estilo mordaz la política de su tiempo. Su estilo y el argumento de sus libros son muy originales y fueron alabados por Samuel Beckett y James Joyce, quien, ya prácticamente ciego, leía sus novelas con la ayuda de una lupa. Joyce dijo de O'Brien y de este libro: «Un escritor auténtico, con el verdadero espíritu cómico. Un libro realmente divertido». En Nórdica Libros estamos entusiasmados con la obra de este genial irlandés y con *En Nadardos-pájaros* hemos cumplido el sueño de publicar todas sus novelas: *El Tercer Policía*, *Crónica de Dalkey*, *La boca pobre* y *La vida dura*. En el libro *El canon occidental*, del famoso crítico literario Harold Bloom, aparecen *El Tercer Policía* y *Crónica de Dalkey* como dos de las obras más importantes de la literatura en lengua inglesa.

Título original: An béal bocht / The hard life / Slattery's sago saga

© 1941 by Flann O'Brien
The Estate of Flann O'Brien, 1961
1973 by Evelyn O'Nolan

© De la traducción: Antonio Rivero Taravillo y Iury Lech
Edición en ebook: julio de 2018

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-17281-65-6

Diseño de colección: Filo Estudio
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

PORTADA

EL CONSUMO DE PATATA EN IRLANDA

LA BOCA POBRE

DE CERDOS Y HOMBRES

PRÓLOGO

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

LA VIDA DURA

INTRODUCCIÓN

NOTA DEL TRADUCTOR

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI

LA SAGA DEL SAGÚ DE SLATTERY
PATATAS Y PETRÓLEO

1
2
3
4
5
6
7

PROMOCIÓN
SOBRE ESTE LIBRO
SOBRE FLANN O'BRIEN
CRÉDITOS
CONTRAPORTADA

«En la prosa de O'Brien hay, como en la de Scott Fitzgerald, una desenvoltura luminosa, una gracia punzante que resplandece en cada página... O'Brien posee, como Beckett, el don de la frase perfecta, el arte, que los dos aprendieron de Joyce, de infundir al lenguaje normal una tonalidad lírica».

JOHN UPDIKE

«Quien vive sin patatas no goza de buena salud» o «Nunca pudo mantenerse de pie quien pasó mucho tiempo sin patatas» son algunas de las sentencias que leeremos en *La boca pobre*, uno de los tres títulos del genial Flann O'Brien que hemos reunido en *El consumo de patata en Irlanda*. Además de *La boca pobre* este volumen incluye *La vida dura* y *La saga del sagú de Slattery*. Las tres tienen en común una visión irónica, ácida e irreverente de la sociedad irlandesa. En *La boca pobre* y *La saga del sagú* las hambrunas (y la patata como único alimento), el nacionalismo y la emigración a Estados Unidos están muy presentes y en *La vida dura* O'Brien toma la religión, elemento central en Irlanda, como diana de su sátira.

Flann O'Brien conforma, junto con Joyce y Beckett, la «santísima trinidad» irlandesa (en palabras de Edna O'Brien), y es con diferencia el más divertido de los tres. Un escritor que siempre nos sorprende y que no dejará a nadie indiferente.

